1
R
151

ANT
XIX
394

CASTRO Y SERRANO.

OBRAS LITERARIAS.

PRIMER VOLUMEN DE LA COLECCION.

CARTAS
TRASCENDENTALES.

R-41.229
BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

CARTAS TRASCENDENTALES

ESCRITAS

Á UN AMIGO DE CONFIANZA

POR

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

EN 1862.

PRIMERA Y SEGUNDA SERIE.

MADRID.—1887.
IMPRENTA DE FORTANET,
Calle de la Libertad, núm. 29.

PROPIEDAD.

PREÁMBULO.

Veinticinco años han pasado desde que se publicó por primera vez este libro, y á pesar de ser numerosas las ediciones (legítimas unas, fraudulentas otras) que del mismo se han hecho, aún hay quien lo busque. Esto mueve al autor á reimprimirlo una vez más, conservando su primitiva forma literaria, y negándose á introducirle aumentos ni correcciones ningunas.

Cuando una obra de circunstancias, como lo era la presente en 1862, logra adquirir cierta popularidad, y sobrevive á los dias en que se publica con honra y provecho para su autor, el deber de éste es conformarse con el fallo del público, prescindiendo de sus particulares opiniones. Si hoy la retocase y adicionase, segun es uso, quizá la mejoraria con cuadros nuevos

y episodios curiosos; pero quizá se expondría á que dijeran que en el mero hecho de tocarla la habia echado á perder. Publicándola, en cambio, tal y como se escribió, ni el público ni la crítica pueden retractarse de lo que opinaron.

Hay otra razon que aconseja no modificar ni enmendar el primitivo texto de estas *Cartas*, y es que por la fecha de su orígen tienen ya adquiridas, en cierto modo, condiciones arqueológicas. El cuarto de siglo á que se refieren las costumbres de que se ocupan, podria en otros tiempos ser corto plazo para una modificacion social; pero en los actuales es el suficiente para que produzcan interés los hechos relatados, áun bajo el aspecto de amenidad histórica. El propio autor, al corregir las pruebas, se ha sonreido más de una vez pensando en esto; pues la marcha vertiginosa de nuestro siglo no se conoce nunca tanto, como leyendo estudios de costumbres con posterioridad, más ó ménos larga, á la época en que se escribieron.

No es, pues una obra de *trascendencia* actual la que su autor reproduce hoy. Es un libro que se ha agotado y que lo piden; es una repeticion de observaciones que siempre gusta

tener presentes al examinar el curso de las sociedades; es, sobre todo, un tributo de gratitud por parte del autor á las páginas que le dieron sus primeros goces literarios, y de que una dama, tan entendida como bella, dijo un dia:

«Las CARTAS TRASCENDENTALES son las muñecas filosóficas con que las mujeres de nuestro país se han enseñado á jugar á hombres.»

1.° de Mayo de 1887.

PRIMERA SERIE.

CARTA-PRÓLOGO

Á LOS LECTORES.

MUY SEÑORES MIOS:

Una violacion de correspondencia es el orígen de este libro.

Sostenia su autor relaciones con un amigo de confianza, que le contaba sus cuitas y á quien daba sus más francos consejos, cuando un dia se vió acometido en la calle (el autor, no el amigo) por una señora, de cuyo nombre no quiere acordarse, la cual le amenazaba nada ménos que con el escándalo y el ridículo, si se deshacia el matrimonio de su hija.—La sorpresa del interpelado no pudo ser mayor; pues le remordia, en efecto, la conciencia de estar trabajando para desbaratar aquel casamiento, que á su juicio era un disparate mayúsculo. Pero á nadie habia revelado directa ni indirectamente su oposicion; de nadie, sino de un sueño á voces, podia sospechar la venta de su secreto; y esta circunstancia inverosímil le dejó

absorto ante la furiosa suegra, que amontonaba en descomunal monólogo todo linaje de denuestos.

La perplejidad del autor duró bien poco: un nuevo individuo, terciando en la conferencia, se llegó á felicitarle por las *cartas* que estaba dando á luz en un periódico acreditado. Entónces no hubo lugar á duda. El imprudente ANATOLIO, que era para quien todas las cartas del presente volúmen se habian escrito, no bien recibió las dos primeras, y juzgádolas en su infantil amistad más dignas de ser leidas por el público, que aprovechadas por sí mismo, las dió á la estampa en LA AMÉRICA, donde acababan de leerlas el amigo que apretaba las manos y la enemiga que apretaba los ojos.

Pasado aquel incidente, el autor pensó de esta manera:—«Cartas que alarman á mujeres capaces de arañar en la calle, y que agradan á amigos capaces de murmurar de todo en los cafés, no pueden ménos de ser leidas por mucha gente. El secreto es ya inútil, puesto que Anatolio acaba de romperlo; el escándalo, si de su publicacion resultase, está ya dado; las venganzas, si á ellas concitan, por ventura, no pueden ser más dolorosas que ya lo han sido... Reunamos, pues, los borradores de las cartas divulgadas hasta ahora, y de las que aún permanecen inéditas, y hagamos con ellas un libro, que, si no aprovecha á Anatolio, podrá aprovechar á muchos otros Ignacios y Josés, Dolores y Petronilas que andan por el mundo, faltos, ciertamente, de lectura un tanto

sabrosa y entretenida, y un si es no es trascendental y grave.

Hé aquí, señores lectores, la razon de ser del libro que os dedico. Aquéjame, sin embargo, el temor de que por haberle querido dotar de frivolidad y trascendencia á un tiempo, aparezca á vuestros ojos como el coronel aquel que hacía dramas, y pasaba entre los poetas por un valiente, y entre los militares por un coplero.

Madrid 1.° de Febrero de 1862.

PRIMER PROBLEMA:

¿POR QUÉ RAZON VIVIA YO EN MADRID HACE QUINCE AÑOS COMO UN POTENTADO CON VEINTE MIL REALES DE RENTA, Y HOY QUE TENGO TREINTA Y CINCO MIL VIVO COMO UN PORDIOSERO?

CARTA PRIMERA.

Mi querido Anatolio (y llámote así para ocultar tu verdadero nombre de Antonio, y la miseria de que me hablas en tu carta): ¿con que te extraña que en solos quince años haya duplicado el valor de la vida cortesana, y pídesme razon del fenómeno para retirarte con tiempo á una aldea, por si siguiendo de este modo, es decir, tus rentas progresando tan visiblemente, llegas á tener que pedir limosna á las puertas de un templo?

Razon te sobra para asustarte y precaverte, amigo mio; pero no esperes de mí que aplaque tus temores ni impida tu retiro, si es que te decides á emprenderlo; porque yo en este punto soy como aquellos médicos que dicen para tranquilidad del doliente: — «No se asuste Vd., ni haga medicina ninguna; eso es nervioso.»

Si á tí te basta una contestacion así, y dejas de quejarte en cuanto sabes el nombre de tu mal, escucha y tiembla.

Por el verano de 1845, casi á la misma fecha de donde arranca la primera parte de tu problema, se estableció en Madrid, calle de la Victoria, cierto catalan cuyo nombre no hace al caso, pero cuya industria merece especial mencion en este sitio. Habia adornado su tienda primorosamente. Divanes de caoba forrados de damasco encarnado circundaban el salon en su primera parte. Un mostrador de palo santo, sirviendo de antemural á una anaquelería de la misma madera, ocupaba el segundo trozo; en el centro del cual, como reina ó presidenta de las sesiones que allí iban á verificarse, se ostentaba, sobre un tabladillo coqueton, la catalana más vistosa que peluquero alguno ha adornado jamás. Al pié de los divanes, una cómoda tarima, pintada de negro, recibia las extremidades de los que en ellos se arrojaban; y una estufa colocada en el comedio del salon, y una gran lámpara de cristal que pendia de su centro, y grandes espejos en que recrear la vista, y multitud de periódicos con que recrear los sentidos, todo convidaba á pasar agradablemente el rato en el nuevo establecimiento, que bien pronto mereció el favor del público.

Aquella era una tienda de limpia-botas.

¡Cosa rara, Anatolio!... ¡en Madrid se desconocia esta industria! — Los soportales de la Plaza Mayor, las Covachuelas del Cármen, y algun que otro rinconcejo vergonzante, daban albergue los domingos por la mañana á ciertos rapazuelos de cajon al hombro y cepillo en mano, quienes, *este*

pié quiero, éste no quiero, lustraban el calzado de los transeuntes, con harto rubor y balumba del favorecido. — Ahora la cuestion estaba resuelta. Comodidad en el fondo, coquetería en la forma, y todo ello por seis cuartos, ¿quién se exponia á que su criado trajese las manos llenas de betun cuando venía á servirnos el chocolate?—Bien es verdad que el gasto se aumentaba alguna cosa; pero, ¿quién repara en seis cuartos miserables, y dos y medio más de escuálida propina, ante las lunas venecianas en que los jadeantes lustradores convertian las palas de nuestras botas?

Por entónces, con corta diferencia, se estableció asimismo en Madrid una Sociedad anónima bajo la razon social, que ahora se dice, Collantes, Moore y Compañía, la cual obtuvo temporalmente el privilegio de los coches de plaza.

¡Horror, querido amigo!... Una capital de doscientas cincuenta mil almas, no tenía coches de alquiler. — Porque tú recordarás aquel clásico *simon* que para bodas y bautizos tomaba por algunas horas el pedestre vecino de la Córte, y que segun el *Curioso Parlante*

tan cerca está de baul
como distante de coche.

Y recordarás tambien la tauromáquica calesa, de cuyas numerosas ediciones quedan aún algunos ejemplares para recuerdo histórico; y la campestre tartana que nos conducia á la Venta del Espíritu Santo ó Alameda de Osuna, en ménos horas que

se necesitaban luégo para curarse los magullamientos; y recordarás, como bello ideal del género, aquella media docena de vehículos, desecho de casas ilustres, que, por cien reales diez horas y por cincuenta cinco, comprometian cincuenta y cinco veces á una familia desde su casa hasta Palacio! Todo eso lo recordarás con pena por los hombres de entónces, y con orgullo por las gentes de ahora.

La cuestion, pues, estaba tambien resuelta.—Preciosas berlinas traidas de Lóndres exprofeso, arrastradas por yeguas anglo-sajonas, servidas por criados de flamante librea, aderezadas al primor; ¡y todo á tus órdenes por cuatro reales para la carrera, y por ocho para una hora mortal: ¡oh! esto era el progreso llevado á sus últimas especulaciones, esto era la dicha terrestre!

Y además, Anatolio, salia muy barato como ves; ó por mejor decir, de balde; ó mejor dicho todavía, ahorrándonos dinero.—Porque en calzado se gastaba más; porque en una hora haces cuatro visitas ó cuatro negocios, que ántes te ocupaban medio dia; porque si llueve no pierdes el sombrero ni manchas el traje; porque puedes acompañar galantemente á una señora amiga, sin gran dispendio; porque te evitas una pulmonía desde el teatro á tu casa por una friolera; porque vas á un concierto ó sarao, en coche como Dios manda, y sin gastar un caudal; y en fin, porque sale muy barato, porque tienes carruaje cuando no lo puedes tener. —¿No es esta, amigo mio, no es esta la verdad?

Pues continuemos. — Yo no sé cómo nuestros padres se hacian las camisas en casa. Ninguna mujer sabe hacer una camisa. Coserlas, pase, y esto es lo de ménos, pero cortarlas, ninguna. Todas te dirán lo contrario; pero créeme: nuestros padres vivian hechos unos fachas con sus camisas domésticas.

A remediar este mal, vino á Madrid, por la fecha de que te voy hablando, cierto francés que, establecido en la calle del Cármen, puso con gran razon sobre su muestra: *Al regenerador de la camisa.* — Este mozo ya habia regenerado los guantes.

Y permíteme que intercale aquí una digresion. — Yo no sé si tú sabes que los guantes de Madrid son los mejores de Europa. Esta verdad se dijo por primera vez en el Congreso, creo que por uno de los Barzanallana, estándose discutiendo cierta cuestion de aranceles. — Los guantes de Madrid deben la fama de que gozan á lo suave y elástico de su piel, á la pureza de su corte y á la pulcritud de su cosido; es decir, á que son muy buenos y muy bonitos. Ello sí, son caros, porque verdaderamente, las cosas buenas han de costar el dinero; pero bien pueden gastarse catorce reales en los comunes y veintidos en los novísimos, mejor que las dos pesetas de antaño que nos ponian las manos como costales. Ello tambien tiene el inconveniente de que hay que renovarlos con mucha frecuencia, por lo mismo que la belleza de la forma y el color de paja que hoy casi exclusivamente se usa, atraen la atencion sobre las manos;

pero de esto tiene la culpa la moda, y así que se acabe nos ahorraremos ese dinero, que al fin y al cabo habíamos de gastar en una tontería ménos bella.

Quépate el consuelo de que tu patria reina por los guantes, y volvamos á la camisa.

La camisa moderna es la prenda más cara que viste el hombre. Ni el *paletot* de más lujo, ni la capa mejor costeada, se pueden comparar á la camisa. Supon que cualquiera de esas prendas te cueste mil quinientos reales (que costar es), y que te dure en buen uso cuatro años (que no es flojo período de duracion). La cubierta exterior del traje te cuesta al año trescientos setenta y cinco reales. Veamos ahora la camisa. — Doce camisas (que no es mucho echar para cuatro años) á cuatro duros cada una (y son de ménos lujo que la capa de setenta y cinco), importan novecientos sesenta reales. Supon ahora que no haces lo que debes hacer para ir decente, es decir, mudarte cada dia, y que te rebajo el cincuenta por ciento de limpieza (que es rebajar): te sale el planchado de la camisa (con planchadora de á dos reales, ó sea de tercero ó cuarto órden) en treinta reales al mes, que suman trescientos sesenta reales al año; lo que unido al capital de la prenda (y sin contar composturas ni desperfectos) da un guarismo anual de seiscientos reales redondos. En resúmen: la camisa cuesta al año doscientos veinticinco reales más que la capa.

Probablemente tú no te habrias echado nunca esta cuenta, como no te habrás echado muchas

otras. Ni sabrás que tu abuelo se mudaba de camisa sólo los domingos; lavada que habia sido en casa y planchada por el ama de cría de tu padre; cortada con patrones de papel por tu abuela, y cosida en el colegio por tus tias carnales. Ni habrás parado mientes en que en aquellos tiempos se llevaba la camisa sobre el cuerpo, miéntras que hoy, gracias á la prevision inglesa, necesitamos usar camisa de seda, ya que no traje completo, para librarnos de la irrupcion nerviosa de los tiempos presentes; y contar siquiera con un par de batista bordadas para grandes recepciones y bailes; y tener por lo poco media docena de algodon de Manchester para dormir; y cuatro al ménos de franela abotonada para constipados y pulmonías. Todo lo cual está tan distante del verdadero lujo, como tu abuelo lo estaba de la comodidad y el *confortabilismo* en su traje interior.—¿Y extrañarás ahora que la camisa cueste lo que cuesta?

Pero apartemos la vista, mi querido Anatolio, de tan grosero asunto, que haria ruborizar á una señora inglesa, y entremos en más floridas consideraciones.

¿Te acuerdas de aquellos dias no muy lejanos en que dos bailarinas extranjeras, la Fouco y la Guy-Stephan, compartian el entusiasmo y el dinero del público de Madrid? — Por entónces se hizo célebre entre nosotros un personaje de humilde condicion hasta la fecha, pero que hoy ya todo el mundo conoce bajo el seudónimo de *El Valenciano*.

No contentos los entusiastas de la piruetería con

enriquecer al empresario del Circo en fuerza de asistir á los certámenes coreográficos, se propusieron tambien enriquecer al Valenciano comprándole cuantas flores producian los jardines de Madrid, para arrojarlas cada noche á los piés de sus apasionadas. El Valenciano era sin duda un verdadero artista: los ramilletes que salian de su taller, más que de rodar por las tablas, eran dignos de adornar un trono. Exquisito gusto en su confeccion exterior, primoroso casamiento de colores, armonía en los aromas, y hasta ¡pásmate, amigo! hasta recados y citas picarescas, ya en cifra, ya en claro romance, formadas con florecitas menudas entre el césped!—Decirte el éxito de estas obras, fuera excusado; pero hablarte de su precio, es casi preciso en estos momentos. ¡Cinco, diez, quince, cincuenta duros!... costaba un ramillete del Valenciano. ¡Treinta, sesenta, doscientos... tenía encargados cada dia!

De entónces data este nuevo género de industria, que hoy cultivan multitud de personas de ambos sexos, á quienes el vulgo llama en general *valencianos* y *ramilleteras.*—Tú mismo los ves á la puerta de los teatros, á la puerta de los bailes, cerca de todos los sitios donde se celebra algo; y no perdiendo ocasion de evidenciarse cuando el santo del dia, la festividad de la semana ó los sucesos del mes, justifican los presentes de flores frescas.

Con tal facilidad, ¿quién no manda un ramo de ellas, y nunca de los baratos, á la casa que frecuenta, á la señora que mira con predileccion, á

la chica con quien salió de año, y esto cada vez que algun acontecimiento lo exige? ¿Quién no los ofrece en el teatro, en el baile, en el paseo, cuando las otras señoras los ostentan, humillando á las que no los tienen?

Por eso yo no censuro que tú los compres, ni que los compre nadie; ántes bien lo creo un poco supérfluo, pero lo conceptúo un más que necesario. Si todos compran flores, y flores caras, cómpralas tú; y cuando la ramilletera del Teatro Real te pida un duro por una camelia, como suele pedirlo, dále el duro, que un duro no significa nada cuando se trata de tu honor aplicado á las narices de una mujer.

¡Teatro Real he dicho! Y ¿cómo no se me habia ocurrido nombrarlo y nombrarlos ántes?—Porque tú recordarás los teatros de Madrid en 1845.—¡Qué lunetas! ¡qué adornos! ¡qué luces de aceite! Ello es verdad que por doce reales oíamos comedias de Hartzembusch y Breton representadas por Matilde y Teodora, por Latorre y Romea: tambien es cierto que oíamos óperas de Rossini, Bellini y Donizzeti, cantadas por Ronconi y Salvi, por Moriani y Tamberlick, por la Persiani y la Viardot.—Pero ¡qué diferencia, Anatolio! Hoy es verdad que tenemos malos cómicos y muy peores comedias: tambien es cierto que nos cantan malas óperas muy malos cantantes por lo comun; pero ¿no da gusto el sentarse en butacas de terciopelo, el respirar aquella atmósfera de buen tono, aquella encantadora coquetería que reina en

nuestros teatros, gracias al precio de veinte, treinta, cuarenta reales que cuesta un asiento?—Porque, no lo dudes, amigo mio, las gentes acuden á un lugar con tanto más gusto, cuanto más dinero les cuesta; y pues las gentes van, ¿por qué no has de ir tú? ¿por qué no he de ir yo? ¿por qué no hemos de ir nosotros?—Todo se reduce á gastar algunas pesetas más, que al fin y al cabo habíamos de emplear en otras necedades.

No te aconsejo, pues, que despidas el abono del Teatro Real, ni el turno que tienes en la Zarzuela; ni mucho ménos que dejes de asistir á los estrenos de comedias y dramas, títeres, perros sabios, niños danzantes, prestidigitadores, campanólogos, organografistas, y toda esa caterva de notabilidades que á subidos precios se hacen ver y oir cada dia en nuestros coliseos. ¿Habria yo de aconsejarte que representaras un papel ridículo en la sociedad, dejando de asistir adonde todo el mundo asiste?

Además, muchas funciones de esas (dos por lo ménos á la semana) se destinan en Madrid á establecimientos benéficos y casas de caridad. Ya sabes que nuestras damas han aguzado en este punto su ingenio de un modo fabuloso; pues no se contentan con el precio del billete que te dan por la fuerza, sino que aspiran á un par de duros sobre la tasa, lo cual importa al año un puñado de los mismos. Pero ten presente que esa contribucion (que yo llamaria de *carreteras morales* porque sirve para allanar el camino del cielo) tiene muy buen destino; y que más vale gastar en eso el dinero,

que no en las majaderías en que lo empleamos ordinariamente. Bien conozco que el presupuesto se eleva alguna cosa, porque tenemos *Rifa de la Trinidad* en Enero, *Alhajas de la Puerta del Sol* en Febrero, *Bailes de máscaras* en Marzo, *Cuestacion de Semana Santa* en Abril, *Beneficios dramáticos* en Mayo, *et sic de cæteris* hasta que la serpiente se muerde la cola, es decir, hasta que vuelve á llegar Enero; pero ¿qué vas á hacerle?

Y, por otra parte, ese es el gasto más insignificante que nos ofrece la sociedad. Cuenta, si no, lo que te cuesta el vestido con que debes presentarte á ella, y verás que la limosna de guante blanco es lo de ménos.

El año 45, tú lo recuerdas como yo, Dártigues era el mejor zapatero de Madrid. Sus botitos de charol, que por entónces nos parecian extremadamente caros, costaban setenta y cinco y ochenta reales. Baltár, su émulo, llegó á ponerlos á noventa ¡horror! Este calzado era sólo para los grandes de España.—Hoy, tambien lo sabes, hasta los pequeños de las provincias nos desdeñamos de usar ese calzado de municion. Reynaldo lleva ciento, Baron ciento veinte, Colwin ciento cuarenta, y el *Fornisseur de l'Imperatrice* que habita en la *rue la Paix*, donde ya debemos tener todos nuestra horma, se contenta con nueve duros, siempre que nosotros paguemos el porte, y el amigo que nos los ha de entrar de contrabando por la frontera.

¿Te hablaré del sombrero?—¡Para qué! De sesenta reales que costaba entónces un excelente

sombrero, hasta noventa que llevan hoy por uno malo (¡pero qué malo!), hay el caudal de Judas de diferencia.

¿Te hablaré del sastre?—Ya veo que me tapas la boca para que no te recuerde la cuenta que *debes* pagarle por los cuatro trapos que te hizo este invierno. ¡Diez duros un chaleco! ¡Doce un pantalon! ¡Treinta y cinco un frac! ¡Cincuenta un *paletot!*—Sí, sí, ya callo... ¡silencio!

Pero me dejarás que te hable de la onza que tienes que jugar en una partida *d'écarté* la noche que vas á la tertulia; y de las dos que te cuesta de vez en cuando asistir á una gira campestre; y de las seis que importa una mala cacería en los montes de Toledo; y de las doce que empleas en dejar á Madrid el mes de Julio! — Tambien me permitirás que te recuerde lo mal que se come por dos duros en cualquiera de las pocas fondas que hay en Madrid; y la obligacion en que te ves por lo tanto de pedir *á la carta* ostras de Ostende á veinticuatro reales la docena, vino *grave* á cincuenta el cuartillo, langosta de no sé dónde á cinco duros la pieza, cabeza de jabalí á lo que quieren pedir por probarla; y tantos otros manjares de uso vulgar en el dia, de los cuales no puedes prescindir cuando obsequias á un amigo, en las mil ocasiones que de obsequiarlos se te ofrece obligacion.

Paso en silencio, querido Anatolio, por no hacerte demasiado prolija esta carta confidencial, un ramo desarrollado en Madrid fabulosamente de algunos años á esta parte, y que por lo humilde

merecerá más bien tu desdén que tu cuidado. Hablo del ramo de propinas.—Allá por los tiempos de mari-castaña, los vecinos de la Corte no estaban obligados á propinar más que las siguientes festividades: Pascuas, dias de santo, bautismo, casamiento, y algunos la viudez. Pero los modernos hemos arreglado la cosa de mejor manera. Hoy se propina todo lo que se propinaba ántes, y además estotro; la llegada á la Corte; la admision del criado; la salida de la Corte; la despedida del criado; al que lleva el obsequio casa del amigo; al que trae el obsequio de casa del amigo; á nuestros criados y dependientes por cualquier pretexto; á los criados y dependientes del amigo por idem; al mozo del café; al mozo de la fonda; al mozo del baño; al mozo del Casino; al mozo de cordel; al mancebo de la peluquería; al oficial del sastre; al oficial del sombrerero; al oficial del zapatero; y en fin, á todo el mundo.

Las propinas antiguas partian de dos cuartos y terminaban en una peseta; las de ahora parten de peseta y terminan en cinco duros. Un *napoleon* es lo corriente. Las propinas absorben, no lo dudes, amigo, el veinticinco por ciento de nuestras rentas. — Pero es preciso darlas, me dirás; y tienes muchísima razon en darlas y en decírmelo: ¡qué demonio! al fin y al cabo van á parar á pobres, y mejor se gasta el dinero en eso que en tonterías.

¡Pero es que yo no tengo dinero que gastar!— me repites al fin de tu carta, y me pides consejo sobre tu última y ya casi irrevocable determinacion.

Creo que estoy viendo lo que ha pasado por tí.—Tú frecuentas alguna casa honrada, en donde por desahogarte refieres tus cuitas, y los señores de esa casa te han debido decir:

—«Desengáñese Vd., Sr. D. Anatolio, la vida que Vd. lleva es una vida ruinosa: el hombre soltero no tiene nunca camisa; todos esos gastos que Vd. hace son supérfluos, y dejan de hacerse cuando se tiene mujer. Cásese Vd., y métase á vivir como Dios manda, que en estando casado, los duros parecen onzas.»

¿No es verdad que te han dicho esto muchas veces? — ¿No es verdad que por esto me pides parecer sobre el recurso de casarte?

Pues bien: cásate, Anatolio, pero aguarda al correo que viene (porque esta carta es ya muy larga), y te presentarás á la Vicaría con el conocimiento de lo que cuesta una mujer en Madrid.

Despues filosofaremos.

CARTA SEGUNDA.

Supongo, mi querido Anatolio, que pensarás casarte con una muchacha que te corresponda.— Llámase, entre nosotros, *corresponder*, á figurar en el mundo un tantico más que la persona correspondida. Es decir, que si nosotros levantamos del suelo como cuatro, no nos corresponde persona que levante ménos de seis. — En esto habrá convenido, por supuesto, la buena familia que te aconseja.

Siendo tu novia, como no puede ménos de serlo, oriunda de una casa que posee más de cuarenta y cinco mil reales de renta (consejero, ex-ministro, general, comerciante, etc.), se habrá educado en las Salesas, ó en las Ursulinas, ó en Nuestra Señora de Loreto.

Sabrá cantar, tocar el piano, nadar, montar á caballo, pintar al fresco, tirar la pistola, hablar mejor que el suyo cualquier idioma extraño, y otra porcion de cosas que ántes aprendíamos los hom-

bres, pero que ahora hemos convenido en que las aprendan y practiquen nuestras mujeres.—Tendrá además la costumbre de concurrir dos veces por semana al teatro, otras dos á tertulias de confianza, una á *suarés* (vamos españolizando la palabra) de gran tono, y otra recibirá en su propia casa, sirviendo el té á los amigos de su padre.

Por humilde y modesta que haya sido su educacion (yo me complazco en reconocerlo así), acostumbrará á vestirse de *mañana*, de *tarde* y *noche;* paseará un par de horas todos los dias, como medida higiénica; hará florecitas en casa para distraerse, y tomará baños los veranos en San Sebastian ó en Deva.

Su señora madre (á quien considero desde ahora adornada de todas las virtudes) la habrá enseñado á ser una amiga más bien que un *ama* de su doncella; sabrá tratar con dignidad y amor á sus criados; dará limosnas; habrá pedido muchas veces á la puerta de un templo para los niños expósitos; será madrina con frecuencia en las bodas de los pobres; y, por último, tales habrán sido las ideas religiosas y morales que le hayan inculcado desde su niñez, que la llamarán sin duda, y con razon, el ángel de la casa.

Ya ves, amigo, que no te deseo una mujer cualquiera, sino ántes bien una mujer de las que se encuentran pocas en el mundo. Ni te hago la ofensa de presumir que la has buscado rica, porque ni eso es lo que te aconsejan tus buenos consejeros, ni lo que le conviene al hombre que anhela el ma-

trimonio por reducir á modestos límites su vida disipada. Además, que las ricas, como tú sabes, son más pobres que las pobres mismas; porque con su caudal traen al matrimonio el derecho de gastar ellas solas el suyo y el de su marido.

Sea, pues, tu esposa futura una de esas esposas que se escogen con libre albedrío, y de las que se dice que *valen lo que pesan*, ó que *no tienen pero*, ó que ni *buscadas con un candil*, ó que son la *pareja* de su *oveja*.

Ello es que te casas, ó que ántes de casarte te llama un dia tu suegro á su despacho, y te dice:

—«Señor mio: á la altura á que han llegado las cosas, es necesário que hablemos con franqueza. Mi hija no lleva nada. Ya sabe usted que yo he sido un hombre honrado, y que por consiguiente no vivo más que de mi sueldo. El desahogo de mi posicion me ha permitido educar á la chica de la manera brillante que á usted le consta. No lleva patrimonio ni se lo puedo dejar; pero lleva una educacion que vale más que los tesoros. Usted, por otra parte, posee lo suficiente para la vida de ámbos, y dichoso yo, que veo en eso mismo la garantía de que no ha buscado en mi casa más que el amor y las virtudes.»

Paso en silencio tu contestacion, tus protestas, tus emociones, y cuanto delante del suegro se acostumbra en tales casos á sufrir y á expresar.—Se hacen los regalos, se tiran las tarjetas, se sufren cuatro bromas de mala especie, se visita al cura, y cátate casado, Anatolio.

Tu nuevo papá tenía razon: la chica no ha llevado nada; pero en tí está el que si no gana mucho con el casamiento, tampoco pierda de las comodidades que disfrutaba en su casa. Todo tu conato se cifra, pues, en que no tenga motivo de exclamar algun dia:—«¡Para qué me casaria yo con este hombre?»

A este fin, principias por buscar habitacion decente en que albergar á la nueva familia.—Yo presumo que tú no has tenido casa propia, y por consiguiente te anuncio que de quince años á esta parte no se comprende cómo las gentes de Madrid viven en casas, ó, por mejor decir, cómo las pagan. Sería más económico lo que ideó un amigo mio, que era comprar un carruaje para pasear de dia y dormir por la noche. En efecto; un cuarto que tenga sala para recibir, gabinete para estar, despacho para tí, y tocador para tu mujer, puedes hallarlo fácilmente por doce ó catorce mil reales al año. Eso sí; será todo muy reducido, pero ni un duro ménos. Tendrá tambien mucha escalera.—¡Ah! se me olvidaba: y para darte las llaves te pedirán (va siendo lo corriente) seis meses adelantados y seis en depósito.

Con tu cuartito ya, no necesitas más que arreglarlo y meterte dentro.—El arreglo de ahora se parece bastante á lo que cuentan de los palacios en las *Mil y una noches*.

No sé si recordarás los muebles de la casa de tu abuelo; de tu abuelo, que era cinco veces más rico que tu padre, y diez veces más rico que tú.

Doce sillones de pino dorados; una mesa de lo mismo; seis cornucopias iguales; un reloj de sobremesa con música; dos floreros de á tercia, y una araña de cristal con seis luces. Esto era lo principal, lo régio, lo que pasaba la vida enfundado, lo que no se veia más que cuando tu abuela daba muestras de su fecundidad. Por el interior de la casa, buena cama, buena mesa, y cuatro trastos de madera pintada.

Hoy, ya lo sabes, la alfombra del año pasado no puede servir éste; la funda de los muebles es no sólo ridícula, sino hasta criminal; el oro no se usa, porque puede estar cubriendo una mala madera. Ébano, caoba, encina, palo santo, limonero, haya, son el material ordinario de nuestros mueblistas: y como el precio de la primera materia es menester que quede oscurecido, se ha inventado la mano de obra artística, para que en un mueble de ébano, lo de ménos sea el ébano. La escultura, reservada ántes para la silla arzobispal de la catedral de Toledo, se emplea hoy en cualquier *lavabo* ó *mesa de noche*. Las incrustaciones de marfil y oro se aplican hasta á las puertas y ventanas.—Voy á decirte una cosa atrevida, pero que es una verdad. Así como cierto escritor, que ahora no recuerdo, ha dicho de Cleopatra que su hermosura, con haber cautivado á Marco Antonio y asombrado á Plutarco, no podria sostener hoy competencia con la de una *griseta* de París vestida de domingo, así digo yo que el gabinete de Agripina, la primera sibarita del mundo, la que se bañaba

todos los dias en leche de burra para que su cútis de abuela se conservase terso, la madre de Neron, en fin, el monarca más ostentoso del universo; el gabinete, digo, de esta reina, sería hoy *cursi* seguramente, ante el de la esposa de cualquier director de un *crédito moviliario.*

No creas por esto que yo supongo que tu mujer necesite de estos lujos, ni que tú debas consentírselos y costeárselos; lo que quiero decirte es que *de tal palo tal astilla*, y que si hoy se emplean veinte mil duros en *poner* una sala decente, tú no puedes gastar ménos de veinte mil reales en poner la tuya con humildad.

Paso en silencio menudencias de todos sabidas y por todos sospechadas, que á hacer caso de ellas, ocuparian volúmenes enteros. Mi objeto actual es reseñarte á grandes rasgos los misterios de la vida contemporánea, y no esperes que critique ni abulte lo usual é indispensable, que quizá no ha sido nunca ni tan cómodo ni tan barato como en el dia: póngote de relieve únicamente lo supérfluo y dispendioso que vamos inventando, y que por fuerza debemos usar, para que juzgues con conocimiento de causa el nuevo estado á que te arrojas.

Desde luégo sumais la noche del matrimonio, los amigos de tu mujer y los tuyos; es decir, que por el mero hecho de casarte, duplicas en un dia tu sociabilidad. Pero así como cuando estábais solteros, las amigas de tu mujer y los amigos tuyos no eran para vosotros sino carga transitoria en ocasiones dadas, ahora, que ya formais familia,

contraeis para con ellos deberes de un órden más elevado.

Todo el que tiene casa de cierta especie, esto es, que cuenta con renta de cierta especie, y con amigos de cierta especie, está obligado á *dar de comer*.

Yo no sé si la frase que acabo de subrayar te explicará lo bastante mi idea, sin otros comentarios. No se trata aquí de *dar de comer al hambriento*, que encargan las Obras de misericordia, sino de dar de comer al que no tiene hambre, al que no puede tenerla, al que necesitas servirle mucho y muy bueno, para que pueda apreciar la diferencia que hay entre su casa y la tuya.—Este *dar de comer*, es el renglon más caro de la vida moderna matrimonial.

Cuando tú eras niño, es decir, hace muy pocos años, no se *convidaba* á comer en las casas más que dos ó tres dias al año, y eso á los amigos más íntimos. Antes de proceder al convite, durante el convite y despues del convite, habia que hacer todas estas cosas: pensarlo, meditarlo, discutirlo, acordarlo, resolverlo, proponerlo, excusarlo, instarlo, aceptarlo, señalarlo, prepararlo, ejecutarlo, agradecerlo, propalarlo y recordarlo.—Un convite formaba época en tu casa, como era época el casamiento de tu hermana mayor, la investidura de tu grado de bachiller, la cesantía de tu padre, ó el aniversario del nacimiento de tu abuelo. Un convite costaba mucho, pero abultaba más.

Cuarenta dias ántes del de San José, por ejem-

plo, ya tu padre y tu madre, cada uno á personsa y en tono distinto, decian estas indispensables palabras: —«Supongo que contamos con usted para el 19.—Creo excusado advertirle á usted que para el dia del Santo, le preparamos un ayuno.—Por supuesto que el dia del Patriarca pasará usted un mal dia con nosotros...»—Y así por el estilo.

Miéntras tanto, cada noche cuidaba tu madre de que la cocinera atracase de nueces ó bellotas á los pavos que se estaban cebando, y tu padre hacía reflexiones sobre los preparativos que quedaban por hacer, y sus temores de que iban á faltar muchas cosas á última hora. Tu casa estaba mes y medio fuera de ley. Por todas partes vajilla que se saca, cristalería que se repone, plata que se limpia. Los amos en dos piés, los criados en uno, los chicos en volandas.—«Aquí se colocará *fulano*, allí *citano*, acullá *perengano*.—Primero se sirve la carne, despues el pescado.—No mujer; el pescado primero.—Que se lo pregunten á la generala...» etcétera, etc.

Llegaba el momento fatal. En tu casa no se habia almorzado: ¿quién pensaba en eso? A vosotros se os estaba vistiendo; tu padre se ponia camisa con chorrerras; tu hermana un adorno de cabeza con abalorios; tu madre una paletina de pieles, y los criados levita y corbatin.

«¡A la mesa! ¡á la mesa!»—y comenzaba lo indescriptible.

Convidantes y convidados, hambrientos los primeros por el ayuno forzado, y hambrientos los

segundos por el ayuno voluntario, que era de rigor, todos se sentaban á la mesa decididos á comer como pocas veces, áun cuando todos disimulaban su secreto interés, afectando la mayor indiferencia. No podia hablarse de la comida ni del extraordinario. El frio del invierno que acababa, el calor presunto del verano que iba á venir, las novedades teatrales, un poco de cosas públicas y mucho de no contestar nadie acorde de lo que se decia, alternaban con estas frases obligadas: —«No me ponga usted tanto.—Soy de poco comer.—No tengo ganas,»—y otras por el mismo órden, que formaban ciertamente maravilloso contraste con la voracidad física de los comensales.

Para tu padre la comida tenía muchas faltas; para tu madre muchas sobras, y para vosotros mucho motivo de indigestiones. Era, en fin, un mal dia, pero UN mal dia.

Ahora hemos arreglado las cosas de otra manera. Todos los dias hay convite, ó para bien decir, todos los dias hay dos mesas: —«A las once y á las seis.»—Así se le participa á los amigos y conocidos.

Crees que vas á almorzar solo, porque no has convidado á nadie, y llaman á la puerta tres personas.—«¡Sinforiano (tienes que decir en seguida), tres cubiertos!»—Son con efecto tres amigos que vienen á almorzar á tu casa. Han madrugado para patinar en el estanque del Retiro, y á la vuelta han dicho:—«¿Dónde almorzaremos? Casa de Anatolio.»—Tú te alegras mucho y haces señas

á tu mujer para que cuide de que se refuerce la batería.

Los amigos principian por burlarse de tu soledad.—«¿Cómo te puedes acostumbrar á almorzar solo? (dicen en tono de chunga).—No nos trates mal (murmura alguno).—Yo quiero una tortilla al rom (exclama otro), y despues lo que haya.»

Todo esto, como se dice en alta voz, se oye en la cocina, y sirve á un mismo tiempo de broma elegante y de aviso ejecutivo...—«¡Yo quiero vino blanco!—¡Yo negro!—¡Yo agua, pero templada!»—Y dicho se está, que tú debes tener prevenidas todas estas cosas y muchas más que puedan ocurrir, porque de seguro ocurren diariamente.

Tu mujer, en tanto, que no almuerza con vosotros, porque eso no está bien, recibe á unas amigas que salieron de mañana *á tiendas*, y que han venido á saludarla, con nuevas modas que le estimulan á adoptar.

—«¿Por qué no se viene usted á comer algun dia con nosotros, generala? (exclama tu esposa para hacer que no se admira de los nuevos trajes).—Porque no tienen ustedes ostras frescas.—Y tú Carolina, cuándo vienes?—Yo, si viene Jesusa, esta misma tarde.—Vaya, pues tenga usted ostras, y vendré yo tambien!...»

No quiero decirte, Anatolio, que en esto entran tus amigos y se convidan los seis, porque no me taches de exagerado y mentiroso, áun cuando en

afirmarlo dijese la verdad. Pero ten por seguro que un dia sí y otro no, tu casa parecerá una fonda; que se pondrán más faltas á tu mesa, de las que hayas oido nunca en figones y cafetuchos; que tu repostería, por modesta que quieras tenerla, ha de estar tan provista como la de un antiguo obispo; y que con todo eso, no lograrás la fama de Anfitrion, ni de Creso, ni de Jatin, sino ántes por el contrario, se dirán en *círculos* y *sociedades* estas ó parecidas palabras:

—«En casa de Anatolio no se come mal.—Pero abundan mucho las salsas.—Yo no tomo nunca asados en su mesa.—No saben asar.—Lo que sí suele tener son mariscos.—Pues yo nunca veo ostras sino cuando las pido.—¡Para diario, no es mal bodegon!—Donde se come muy bien es casa del chileno.—Y casa del director del canal de Urgel.—Y casa de Fernando.—¡Y en muchas partes, hombre, en muchas partes!...»

Tales son los requiebros que han de prodigarte, amigo mio, aunque dediques á la cocina las tres cuartas partes de tu renta; aunque te arruine el proveedor; aunque te empeñes para dar gusto. Pero no creas que puedes excusarte por ello de tener mesa puesta y cubierto prevenido para cuantos lleguen; porque *dar de comer*, es preciso ahora en toda casa decente; porque si no das de comer no tienes amigos, ni tertulias, ni trato, ni posicion, ni nombre, ni carrera posible; y no porque las gentes se hayan hecho más desvergonzadas que lo eran ántes, ni porque dejen de comer en su ca-

sa, ni porque exploten su pico; sino porque la moda lo ha dispuesto así, el trato social lo ha sancionado, las reglas del mundo lo ordenan, y la costumbre ha hecho de la casa un hotel perpétuo, y de los dispendios gastronómicos un artículo de primera necesidad.

Ahora bien: ¿seré yo capaz de aconsejarte que te pongas en ridículo, apagando la cocina?—¿Qué diria tu suegro? ¿Qué pensaria tu mujer?

Y ya que de tu mujer y tus amigos se ha hablado, justo será que toque otro particular de los que han de terciarse con frecuencia en la nueva posicion á que aspiras.

El dia en que tengas á comer una amiga de tu esposa, procurarás llevarlas por la noche al teatro. Esto, despues de estar puesto en razon, no es cosa que arruine á nadie, ni que concite contra tí las murmuraciones del vulgo.—Oye lo que te cuesta.

Primeramente, mandas al criado á la calle de Carretas por un coche de dos caballos y cuatro asientos. Le encargas, como hombre económico que ya eres, que mire bien la hora del reloj del cochero, y miéntras esta comision se desempeña, preparas á las señoras y sales á la puerta para no perder tiempo. Rectificada allí la hora por evitar disputas despues, os colocais, y mandas que os lleven á un café, pues no es cosa de que á la amable niña á quien obsequias, se la vaya á llevar en seco al teatro. Ellas piden quesitos helados, y tú café. Nada de bizcochos ni barquillos. La cosa ha de ser en familia.—«¡Mozo! ¿cuánto debo?»—

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

«Cinco y medio.»—Das seis, y al Teatro Real.

En la puerta del teatro despides el carruaje, y suponiendo que no tienes quimera, ni necesitas la intervencion de la autoridad, pagas el correspondiente medio duro por la hora. Si quieres quedar bien, das ocho cuartos de propina.

Llegas al despacho de billetes, y pides tres butacas (nada de palco); pero observas al dártelas que son de la primera fila ó de la última junto á las puertas, de donde no puedes tomarlas ni áun con el pretexto de que no hay otras; pues todo el mundo sabe que una fila de revendedores las está ofreciendo de las buenas, desde la Puerta del Sol hasta la plaza de Isabel II. Te apartas, en efecto, dos pasos de la ventanilla, y ya encuentras á tu hombre con los tres billetes consabidos.—«¿Cuánto importa?»—le preguntas.—«Noventa reales, caballero,»—es su respuesta.—Ofreces ménos, se retira, le llamas, y tira acá, tira allá, no los sacas ménos de ochenta. Bien es verdad que su coste legítimo asciende á setenta y dos reales, porque son de papel.

Y aquí conviene que yo te haga una pregunta:—¿Por qué razon en las *contadurías* de los teatros (modernísima socaliña mal importada de Francia) se le lleva más dinero al que lo paga adelantado?

Entras, por fin, en el teatro, y te acomodas; pero como las butacas son un poco altas y las mujeres tienen las piernecitas cortas, no hay más remedio que pedir un par de banquetas, si es que

ya un acomodador hábil no te las ha traido. Entónces caes en que la convidada no trae gemelos, porque no venía prevenida para teatro; pides unos, y ya no necesitas nada hasta el primer entreacto.—Llegado que es, sales tú primeramente para desahogarte y fumar, cuando la ramilletera, de que te hablé en mi anterior, se encara contigo y te ofrece dos ramitos de flores *para las señoras*. Tú no los tomarias porque tienes confianza con tu mujer; pero te asalta la idea de que no tienes tanta con su amiga, y sobre todo, temes pasar por miserable ante la florista, que al parecer te ha conocido. Escoges los más pequeños y los más malos, y pagas por ellos cuatro pesetas, si no ha nevado por aquellos dias.

Al segundo entreacto invitas á las señoras para que salgan á respirar el aire; y ellas, que son prudentes, no hacen más gasto que un vaso de agua y tres dulces, que te cuestan cuatro reales.—Termina la funcion, y ¡oh, infame teatro! que tan caliente está por dentro, tan frio y pulmoníaco está por fuera. —«Señorito, un coche,»— gritan cien aurigas á tu oido: tomas el coche (de dos asientos), colocas á las niñas, y tú, subido en el pescante, diriges la ruta hasta la casa de la amiga de tu esposa; desde donde te encaminas á la tuya, en cuya puerta das catorce reales al cochero, porque son más de las doce, porque os habeis parado, y porque érais tres personas, con lo cual se acabó la funcion.

CUENTA DE CARGO.—Un carruaje de cuatro

asientos para ir: once reales. — Café y helados: seis.—Butacas: ochenta.—Banquetas: ocho.—Gemelos: cuatro.—Flores: diez y seis.—Agua y dulces: cuatro.—Carruaje de vuelta: catorce.—Total: ciento cuarenta y tres reales.

CUENTA DE DATA.—*(La escena ocurre un año despues.)*—«Isabelita (le preguntan á la amiga de tu esposa), ¿le oyó usted *El Trovador* á la *Penco?*—No, señor.—¡Oh, pues fué una lástima, porque lo cantaba admirablemente!—¡Ah! si, ahora me acuerdo... creo que se le oí una noche que estuve con éstos.»

Ese *éstos* te costó ciento cuarenta y tres reales.

Y no te quejes, Anatolio; la vida elegante ha hecho á las gentes desagradecidas, por mayor decoro. Hace algun tiempo duraba todavía la añeja costumbre de no admitir los obsequios sino á la fuerza: ofrecerlos era ya un acto imprudente; aceptarlos era prueba de excesiva confianza, casi de parentesco; dar las gracias por ellos, hablar de tu finura, de tu amabilidad, de tu esplendidez, era cosa que duraba dos ó tres meses, si el gasto se habia elevado á veinte reales. Pero ahora sucede todo lo contrario: ofrecer un obsequio es ridículo; debe principiarse por hacerlo: resistirse á ser obsequiado es de mal tono; debe principiarse por aceptar: dar las gracias, demostrar alegría, expresar reconocimiento, es cosa de campesinos y gente ordinaria; todo lo más que se hace, es ponerle faltas á la cosa, ó hablar de otra semejante que es mucho mejor y más cara.—Así está el mundo,

amigo mio; y ¿qué vas á hacerle? ¿No tienes que vivir en él?

Pero insensiblemente me separo del asunto principal, y fuerza es renunciar á digresiones, si estas mis cartas no han de ser interminables.—Íbate hablando de una escena en que tu esposa aparecia en público, para lo cual, como á tí no se te oculta, debe presentarse digna de la casa de donde salió, y más digna aún de la en que ha entrado.—Necesito, pues, decir algunas palabras sobre el traje de tu mujer.

¡Dichosos una y mil veces los griegos y romanos, que andaban medio desnudos, y cuyas mujeres, por lujosas que fuesen, invertian tan pocas varas de tela en sus túnicas y mantos!—Bien es verdad que las griegas y las romanas solian tener armazon propia, y sus trajes, más bien que para vestirse, servian para mejor modelar contornos de pura raza; miéntras que nuestras mujeres de hoy, si á la romana y la griega se vistiesen, habia (por lo comun) que alquilar balcones para silbarlas.—¿Quieres que te diga lo que es una mujer de nuestros dias?

La mujer elegante de nuestros dias es un compuesto de muchos huesos, un poquito de carne, y almidon.

Lo primero y lo segundo, esto es, los huesos y la carne, no dejan de costar el dinero; porque como hay ese desequilibrio de proporciones, se necesita un abono de médico, una cuenta abierta de botica, y otras menudencias higiénicas, para

regularizar el ejercicio de los nervios. Pero lo que cuesta extremadamente caro, es el almidon.

Yo no sé qué economista inglés sacó la cuenta estos años pasados, y resulta que si las mujeres europeas no usaran almidon, comerian pan de trigo veinte y cinco millones de criaturas que no lo comen hoy. Y eso que el uso de las ballenas, el alambre, la estera, la palma, la pita, el acero y otros ingredientes que se han introducido en la armazon reservada de la mujer moderna, excusan una gran parte de almidon, que afluye en forma de roscas al comercio. Pero como para nosotros la sustancia es lo de ménos, debemos seguir llamando almidon á lo que por tal se tiene, sea cualquiera la forma en que nos lo vendan.

Así, por ejemplo, cuando necesitas comprarle á tu mujer unas *cocas*, ó sea armaduras de alambre para ahuecarse el pelo (porque ninguna lo lleva aplastado como Dios le dió), ó unas tenacillas de cañoncitos para rizársele ahuecado tambien (porque ninguna lo lleva con el rizo natural), ó un añadido de pelo de muerto para que abulte el suyo (porque ninguna se contenta con el vivo que tiene), ó un peine de cierta forma para que abulte el peinado doble de lo legítimo (porque todas han dado en abultar mucho por todas partes); cuando gastes un dineral en estos requilorios, bien puedes arrimar la cuenta al capítulo de almidones, y denominarla *almidon de la cabeza*.

Así, por ejemplo, cuando vayas á casa de madame Colombe (la introductora en Madrid del

Corsé Nupcial) á encargarle un corsé para tu esposa, que tenga... pero en ¿qué diablos de asunto vamos á meternos?—Tenga lo que tenga, tú lo pagas, y apuntas en el libro: *almidon del pecho.*

Y cuando encargas á París un *miriñaque*, y y cuando la modista te lleve un tontillo, y cuando el mercader te cobre doble tela de la usual para un vestido, y cuando pagues muchas varas de encaje para un fleco, y muchas varas de cinta para un ribete, y mucho exceso de todas las cosas para mucho bulto en todas ellas; esas partidas que nada tienen que ver con el traje, porque son ampliaciones del traje mismo; esas partidas de bulto y que en bulto se emplean únicamente, créelo, esas partidas son hijas legítimas del almidon, y al almidon moral si no al físico deben aplicarse.—Entre la enagua almidonada, que fué el principio, hasta el tacon de la bota de hoy, que es el almidon del calzado, hay una serie no interrumpida de abultamientos hijos los unos de los otros, que han encarecido un setenta y cinco por ciento la vida matrimonial.

Y si sólo el bulto cuesta tanto; si los desvanes y huecos mujeriles se compran á tal precio, ¿qué no sucederá con la parte indispensable y sólida de que han menester para *presentarse dignamente?*

Espera otro correo, lo sabrás, y concluyo.

CARTA TERCERA.

Anatolio: me tienes muy incomodado. He sabido que estas mis cartas confidenciales, escritas para tu uso particular, las has dado á la estampa nada ménos que en *La América*; en *La América*, que es uno de los mejores periódicos de España, y de los de mayor y más escogida clientela.—Y si se tratase sólo de *La América*, ménos malo, porque al cabo y al fin los lectores de esta *Revista* son antiguos conocidos mios, y tengo de ellos recibidas demasiadas pruebas de benevolencia, para dudar de que sean personas reservadas y formales, como requiere el asunto que nos ocupa. Pero es el caso que las dichosas cartas han aparecido tambien en *La Época*, *La Esperanza* y algun otro periódico; porque como las *letras* se consideran entre nosotros bienes realengos de que cualquiera puede echar mano cuando se le antoje, de aquí el que periodistas honrados y de intachable conciencia, no tengan inconveniente, si de artículos literarios

se trata, de apoderarse de lo que es ajeno sin contar con la voluntad de su dueño.

Se han hecho, pues, públicas mis cartas; y esto que lo consideraria únicamente como un honor tratándose de otras producciones, lo considero hoy como una calamidad, porque me ata la lengua, ó por mejor decir, la mano, para decirte cosas y hablarte de pormenores que áun cuando nadie se reserva de oir en su casa, todos hacen como que se ruborizan cuando los oyen en público.—Ya sabes que el rubor ha ido subiendo por grados desde el corazon hasta las orejas.

Además, yo que no me siento cobarde para decir todo lo que creo justo, sea cualquiera la persona que haya de oirlo, experimento ahora un miedo supino al habérmelas con las señoras mujeres en lucha sangrienta y descomunal. Porque ¡qué quieres! Anatolio, será una debilidad, pero me gustan mucho; y me gustan tanto más, cuanto con mayor adorno y coquetería se me presentan; hasta el punto de que si yo fuera ministro de Estado veinte y cuatro horas, les concedia á todas las bonitas la gran banda de Cárlos III, y la de Isabel la Católica, y la de María Luisa, y quizá que el Toison de Oro, para que borreguillo y cintas, todo lo llevasen en el pecho; que á fe, á fe, habian de ostentarlas con más gracia que los magistrados del Tribunal Supremo de Justicia.

Pero el que yo experimente esa debilidad por ellas, no debe hacerme abdicar de mis derechos fiscales en asunto tan árduo como el que me con-

sultas; y si he de decirte todo lo cierto, témome concitar el encono de las más guapas, que las más guapas son precisamente las que mayores escollos van poniendo á la vida matrimonial.—¿Para qué has consentido, pues, que mis cartas se publiquen?

Íbate diciendo en mi anterior, que vestir á una mujer con elegancia era hoy negocio de cuenta y cuentas; porque si complicado es en el momento de resolverlo, mucho y más se complica á la hora de pagarlo.—Siempre fué costosa la vestimenta mujeril, áun en tiempos en que la modestia del traje era la moda más preciada; y bien se sabian nuestros abuelos que el uniforme más ostentoso de un ministro, no costaba tanto como el atavío de nuestras abuelas en dia de *Corpus-Christi*.—El terciopelo, la grana, el raso, los encajes, el oro y pedrería fueron desde antiguo materias usuales en el tocado de la mujer, sin que en esto haya que culpar á la generacion presente de pródiga y despilfarrada.—¡Quizá hoy valen las cosas mucho ménos que nunca: quizá jamás se ha podido vestir á una muchacha mejor y con ménos dinero!—¿A dónde está, entónces, lo espantable?—me preguntarás.

Dormitaba yo una noche en la butaca de un teatro, aburrido por lo monotono de la representacion, cuando mis ojos se fijaron y mis ideas detrás, en el opulento duque de Osuna. Una sucesion de pensamientos, que ahora no sé explicarte, me llevó á comparar mi traje con el suyo.—La camisa del duque era tan blanca y estaba tan bien

planchada como la mia; su chaleco era de rico casimir como el que yo llevaba; su pantalon, de saten no era seguramente más fino que mi pantalon, sus guantes habian costado lo mismo que los mios; nada, en fin, habia entre nosotros que se diferenciase por su mérito ó por su riqueza.—¿A dónde estaba, pues, consignada la diferencia de sus seiscientos mil duros anuales, con los seiscientos poco más de mi renta?—Confiésote, Anatolio, que aquella noche tardé tres ó cuatro horas en dormirme, y no hubiera pegado los ojos todavía, si á puro cavilar no hubiese dado en el item del fenómeno.—¿Quieres saberlo?—Yo necesitaba reservar dos años por lo ménos mi traje, y el duque de Osuna lo variaba un dia sí y otro nó.

En eso y no en otra cosa está lo espantable del tocado actual de la mujer.—Apuesto á que todavía existe en tu casa el traje con que se casó tu abuela, la mantilla blanca que sacó de novia la tarde de San Juan, el redingote de paño negro que vestía el Jueves Santo, y los zapatos quizá que llevó al primer baile de la Corte. ¿Qué importa que costase mucho todo esto, si se compraba una vez para toda la vida?

Hoy el lujo, amigo mio, no está tanto en el precio de las prendas, como en la variedad de las prendas mismas; hoy el lujo no asusta por lo intrínseco, sino por lo reincidente.—¿Cuántas veces salia tu madre á paseo cada año?—Dos.—Pues tu mujer necesita salir dos veces cada dia.—¿A cuántos saraos asistia tu madre cada año?—A uno.

—Pues tu mujer debe asistir á uno cada semana.

Y no pienses arreglarlo de otra manera; que quien lo ha de arreglar ya lo ha dispuesto así: existe un tirano sin corona á quien todos debemos acatamiento, y á ese tirano, que se llama MUNDO, no hay que contrariarle en la más mínimo.—Pero el mundo—me dirás—lo representan una porcion de mentecatos.—¿Lees tú los artículos de modas?—Te aconsejo que los leas, como yo, mitad para reirte y mitad para estudiar filosofía práctica.—Vaya un símil:

«Decididamente la inconstancia de la primavera tiene en absoluta perplejidad á las modistas. Aún apunta apénas el virginal boton de la rosa de Alejandría, cuando un cierzo destructor hiela y desgarra la naciente vegetacion de los oásis encantados. ¿Qué es esto? ¿dura el invierno todavía?—Hé aquí, bellísimas y amables lectoras, por qué no podemos deciros con seguridad si al *brocado* debe sustituir el *pamplinê*, ó si las aéreas gasas de la India deben robar ya el puesto á los pesados agremanes de Escocia. Pero la cuestion no puede tardar en resolverse; y áun sabemos de cierta condesa, de breve pié y alabastrina mano, que, rompiendo con las tradiciones de la intemperie, se presentará uno de estos dias luciendo las encantadoras formas de que la dotó próvida natura.—Adelantemos, sin embargo, algunas ideas, siquier sea peligrosa su revelacion, para que nuestras damas no se hallen sorprendidas al relumbrar los templados

albores del mes de Marzo.—Este año se enseñará el pecho un centímetro más que el anterior.—El tacon de la pulida bota de raso-azufaifa, acabará en punta, para que el andar sea dificultoso y el vaiven é indecision de la cadera, equipare á nuestras bellas con las encantadas hijas del celeste imperio. El miriñaque se abultará mucho, sobre todo por delante, para que las jóvenes solteras se confundan fácilmente con las casadas.—Van á desterrarse por absurdos los adornos á lo *magenta*, que serán sustituidos con ventaja por los llamados *calvario*, en razon á estar compuestos de crucecitas coquetonas de terciopelo-enredadera.—Las manteletas que eran redondas, serán cuadradas.—Los abrigos que eran cuadrados, serán triangulares.—Los velos que eran triangulares, serán exágonos...»

¿Entiendes, Anatolio?—Cuatro desvergüenzas dichas para encandilamiento de ojos profanos: media docena de frases obligatorias para que las pobres mujeres las crean; y luégo mucho de cuadrar lo redondo, de exagonar los triángulos; es decir, de hacer imposibles los trajes de ayer ante la forma de los trajes de hoy; hé aquí la sustancia de los artículos mensuales de modas.

¿Y sabes quién dispone todo esto?—Cuatro pilletes medio perdidos, pero con mucho talento y no menor gracia, que ganan cincuenta *francos* á la semana por hacer el artículo; media docena de habilísimos dibujantes, no bien hallados, que ganan ochenta ó ciento por diseñar los figurines;

y unos cuantos sastres y modistas que en connivencia con fabricantes de París y Lyon, se devanan los sesos por inventar extravagancias para evidenciarse y ganar dinero; hé aquí el respetable congreso, la soberana asamblea, el gran conclave en que se elaboran las leyes del color, hechura y coste de nuestros trajes.

Pero no es eso lo más cómico; sino que de esa orgía perdurable, de esa asociacion de tunos que pasan el dia riéndose de la humanidad y dando vueltas á la cigüeña de la máquina para que las figuras nos movamos haciendo contorsiones delante de un espejo, resulta luégo en la vida real que, sin darse cuenta de lo que ocurre, van los hombres llamados serios, los magistrados que encanecen administrando justicia, los generales que se inutilizan ganando batallas, los legisladores que pierden la salud ordenando códigos, van, digo, muy de prisa por la calle y del brazo de sus mujeres á encargar á Baron que las botas de Margarita acaben en punta, y á casa de Irma á que la manteleta de Clotilde sea triangular, ó el vestido de Isabel tenga un centímetro más de escote que el año anterior.—¡Oh! si los inventores de modas tienen talento, como presumo, ¡qué carcajadas darán cuando reflexionen ó presencien escenas semejantes á las que te describo!

Y no lo dudes, amigo mio: tú tambien tienes que ir con tu señora á encargar todas esas cosas; porque tu señora se ha educado brillantemente, que te dijo tu suegro; y tu suegro mismo, con

ser consejero de Estado, iba, cuando era preciso, á desempeñar estas comisiones; y no me vengas diciendo que Francia y Francia, pues si ahora Francia dá la moda al mundo, hubo un tiempo en que esa nacion la recibia y acataba de España, como tiempo vendrá en que unos y otros la recibamos, con entusiasmo, de los patagones.

Nada, nada; hay que rascarse los bolsillos para que tu señora se presente como Dios manda; para que no eche de ménos la casa de su padre; para que no diga algun dia tocando el borde de la desesperacion: —*¿Por qué me casaria yo con este hombre?*

Y si tú no vendes tus propiedades para costear eso, tiembla, Anatolio; mira que habrá quien las venda para sustituirte; mira qué llenas están las historias de casos peregrinos como el que ya presumes; mira que las mujeres no pueden pasarse hoy sin ciertas cosas; mira que un médico amigo mio, á quien su diligencia y mérito ha puesto al frente de cierta asociacion para corregir ciertos abusos femeniles, me ha asegurado que el noventa por ciento de las damas que caminan sin brújula, andan á todos vientos por su pasion al lujo; mira que los desastres domésticos de que tú y yo solemos tener noticia en el café Suizo, reconocen una causa semejante; mira, en fin, que *el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla.*

Pero veo que te va impacientando la lectura de esta carta, y quisieras tenerme delante para decirme: —¿Qué es esto? ¿A dónde vamos á parar? Si me estoy soltero me pierdo: si me caso me

arruino: ¿qué es, pues, lo que debo hacer? ¿has descubierto algun estado medio, es decir, una especie de union liberal que allane los obstáculos de ambos partidos?

Antes de responder, voy á contarte un cuento.

Refiérese de un estudiante, más pillo que devoto, que deseando poner en calzas prietas á cierto anciano cura, de bondadosísimo carácter, pero de talento muy escaso, pidióle confesion general por asunto grave, y se llegó á sus piés, afectando tremendas revelaciones.

—Acúsome, padre (dijo), que pienso ser sacerdote.

—Hijo mio (exclamó el cura poco ménos que asombrado); no sé por qué tengas que acusarte de ello; ántes bien es resolucion que te honra mucho, y que te aconsejo seguir.

—Pero es el caso (añadió el estudiante), que tengo dada palabra de casamiento á una muchacha de ojos negros, capaz de hacer perder la chabeta al más pintado.

—Entónces, hijo mio, si tu vocacion no ha de ser sincera, te aconsejo que abandones la carrera eclesiástica y te cases.

—Pero es el caso, padre, que mi madre y mis hermanas no tienen más amparo que yo; y si no me hago cura, perdemos una capellanía que es todo nuestro patrimonio.

—¡Ah! siendo esto así, no hay que dudar, hijo; olvídate de la muchacha, y hazte clérigo.

—Pero, padre, es que la muchacha va para

tísica, y dicen todos que si la abandono se muere sin remedio.

—Pues entónces, hijo mio, no tienes que consultar á nadie: ántes que cometer un asesinato, cásate.

—Pero, padre, si mi pobrecita madre se muere de hambre por mi culpa, ¿no cometo tambien un asesinato?

—Sin duda alguna, hijo mio; y una madre es lo primero. No hablemos más del asunto; hazte sacerdote.

—Pero, padre, si además de lo que llevo dicho, media la circunstancia...

—Hijo mio (interrumpió el pobre cura levantándose); súbete á la torre y tírate de cabeza: no encuentro otra cosa que aconsejarte.»

Y eso mismo es lo que yo te debia aconsejar, Anatolio: puesto que te hallas en el caso que presumo, cierra los ojos y tírate por un balcon.— Pero como esto no has de hacerlo, óyeme todavía.

Hará cosa como de cincuenta años, que los hombres celebraron un gran banquete para festejar la venida al mundo del siglo XIX; del siglo de los fósforos y del vapor; del siglo de los intereses materiales, de los adelantos de la industria, de la perfectibilidad física del género humano. Las mesas se pusieron en toda la extension de Europa: nadie dejó de recibir esquela de convite; todos los europeos tenian designado en aquel dia su atadero y su pesebre. Llegaron, pues, y como era debido, cada uno dejó el freno á la puerta. Comie-

ron, bebieron, brindaron y se emborracharon. Hasta aquí, todo era natural y lógico, todo ordenado; pero llegada que fué la hora de marcharse, se armó la confusion que es de *ene* en toda concurrencia numerosa; y con el aturdimiento y el vinillo tomó cada uno el freno que primero hubo á las manos, ni más ni ménos que sucede en ciertas de nuestras tertulias con los gabanes. Desde entónces, Anatolio, data la gran calamidad de que te lamentas, y que no sé adónde ha de conducirnos.—Todos los europeos llevamos los frenos cambiados.—No creas que es otra cosa lo que pasa.

El que nació para vendedor ambulante, quiere ser tendero; el que nació para tendero, quiere ser comerciante; el que nació para comerciante quiere ser banquero; el que nació para banquero, quiere ser príncipe: todos llevan los frenos trocados.—El que sólo posee bienes de fortuna para andar tranquilamente á pié, compra caballo; el que puede gastar caballo, compra una berlina; el que puede usar berlina, echa carretela; y el que sólo puede costear carretela, pone yeguada y disputa premios en las carreras de caballos: todos llevan los frenos trocados.—El sastre que tiene buena parroquia y junta dinero y fama, no educa á su hijo para sastre, con lo cual le aseguraria fama y capitales mayores; sino que lo hace abogado para que hilvane pedimentos y remiende informes, gastando miéntras la fortuna que le dejó su padre. El abogado de gran celebridad y clientela, no piensa en

dejar á su hijo por heredero del bufete, para que áun cuando otra cosa no sea, le conserve, con la modestia de su posicion, el fruto de sus afanes: lo hace diplomático, y puede morir seguro de que si en las córtes extranjeras no se burlan del chico, se reirán con su dinero entre los bastidores de un teatro. Tu padre, en fin, que era excelente y rico labrador, se desdeñó de hacerte vinatero, con lo cual la industria vinícola de tu país hubiera ganado mucho: en cambio te hizo abonado del Teatro Real, cortejador de damas en la Fuente Castellana, y todo lo que de ordinario suele hacerse hoy con los hijos de casas ricas. Y por último, el consejero con cuya hija piensas casarte, en vez de hacer de la muchacha una admirable madre de familias, la ha hecho una mala duquesa.—Todos llevais, pues, los frenos trocados.—Ó ponte tu freno, y hazle á tu novia que se ponga el suyo, ó así que os caseis, subíos á la torre y echáos de cabeza: no tengo otro consejo que daros.

Concluyo por ahora, mi querido Anatolio, esta correspondencia, con un axioma filosófico-moral que entrego á la consideracion de los reformadores modernos, y es el siguiente:—La sociedad del siglo XIX sería la mejor de las sociedades históricas, si no *estirara la pierna más allá de donde alcanza la sábana.*

CARTA SIN NÚMERO

DIRIGIDA

AL SEÑOR CASTRO Y SERRANO

POR

LA SEÑORA DE LOPEZ (1).

SEÑOR DIRECTOR DE LA AMÉRICA:

Amigo y señor mio: trato, aunque con poca intimidad, á una señora á quien siempre he tenido por de mucho talento, por más que nunca la haya visto hacer alarde de él; y esa señora, que lee la parte más amena de su excelente *Revista* y ha hallado mi nombre entre sus colaboradores, acaba de dirigirse á mí, por conducto de su esposo, con la pretension de que refute las CARTAS TRASCENDENTALES que ha publicado el Sr. Castro y Serra-

---

(1) Apénas se publicaron en *La América* las cartas que preceden, cuando el director de esta Revista recibió las dos que se intercalan aquí, suscrita la primera por el popular autor de *El libro de los Cantares*, y firmada la segunda por *La señora de Lopez*.—Publícalas ámbas el autor de este libro, á pesar de los piropos que se le echan en la primera, porque los cree bastante compensados con los insultos de la segunda; y porque así es necesario para la mejor inteligencia de la que viene detrás.

no, con aplauso de cuantos las han leido, en *La América*, donde vieron por primera vez la luz, ó en otros periódicos que se han apresurado á reproducirlas, persuadidos de su inmensa *trascendencia*.

La buena señora á que me refiero no ha tenido presente, al dirigirse á mí con tal pretension, que el autor de las CARTAS TRASCENDENTALES es uno de mis más antiguos, leales y queridos amigos, y que si yo soy capaz de escribir *cuatro cuentos de color de rosa* ó cuatro *cantares*, donde el sentimiento ha suplido la falta de inteligencia, no lo soy de dilucidar las árduas cuestiones económico-sociales que tan magistralmente ha trazado el Sr. Castro en las susodichas cartas, que indudablemente bastan por sí solas para acreditarle de profundo pensador, de observador inteligentísimo, y de uno de nuestros mejores hablistas. Pero, ¿qué le parece á usted que debo hacer yo, obligado á optar entre desairar á una señora á quien respeto, ó lidiar con un amigo á quien quiero mucho? De seguro que he de quedar vencido en el combate por falta de fe y por falta de inteligencia. Digo por falta de fe, porque yo, que tengo experiencia de la vida de soltero y de la vida de casado, creo que las CARTAS TRASCENDENTALES se resienten algo de la naturaleza de su autor, que no por ser el andaluz ménos andaluz que conozco, deja de ser andaluz. Lo que debo hacer, por más que esta conducta sea un poco egoista, es decir: *tio, yo no he sido*, y dejar que mi amiga y mi amigo se descrismen solos, literalmente se entiende.

Algo violenta, algo apasionada y hasta algo injusta es la carta en que la señora de Lopez me incluye las armas con que en nombre de su sexo he de lidiar; pero áun así, me parece que lo mejor es lo que hago: remitir á usted la carta en cuestion para que la publique, sustituyendo el nombre que traia al pié, con la calificacion de *La señora de Lopez*, que equivale al anónimo, pues siempre habrá en Madrid trescientos Lopez que tengan señora.

Digo que la carta es algo violenta, algo apasionada y hasta algo injusta, porque el autor del precioso libro *El Amor maternal*, que con dolor de los que le conocemos permanece inédito, tiene en mi concepto grandes títulos á la gratitud, á la consideracion y á la indulgencia de las madres, y áun del bello sexo en general.

Por lo que hace al desaliño y la sencillez con que la carta está redactada, no dudo que encontrará indulgencia en el público, porque su autora estaba, al escribirla, muy distante de pensar que habia de imprimirse.

Con este motivo B. á Vd. L. M. su amigo y servidor,

ANTONIO DE TRUEBA.

La carta á que aludo dice así:

«Sr. D. Antonio de Trueba.—Muy señor mio y amigo: aunque Lopez le dirá á usted más por menor la gracia que solicito de usted, tanto yo como Mariquita y Dolores, y todas las otras se-

ñoras que sabe usted vienen á casa, quisiéramos que, como cosa puramente suya, escribiese usted un artículo contra las infamias que ha escrito el señor Castro y Serrano en unas CARTAS TRASCENDENTALES que hemos leido en *La América*, y que para mayor picardía han copiado otros periódicos.

Siento muchísimo que usted no hubiese estado en la tertulia de casa la noche que leimos las tales cartas, para que hubiese oido las cosas que á todos se nos ocurrieron contra lo que el Sr. de Castro dice de las mujeres y áun de los hombres; que si hubiera estado usted, fácil le sería escribir un artículo que ni todos los abogados del mundo le pudieran desmentir.

Aunque yo entiendo poco de escrituras, con lo que á todos se nos ocurrió aquella noche y á mí me ocurre, voy á decirle á usted como Dios me dé á entender, lo que se le puede contestar al señor de Castro, aunque usted no necesita Pájaros-pintos, como aquel conde de la *Redoma encantada;* que si no tengo talento, tengo hijos y marido á quienes quiero mucho, y si una no sabe cómo se escriben artículos, sabe cómo se gobiernan las casas y lo que pasa en ellas.

Con los consejos que el Sr. de Castro le dá, aviado está como hay Dios el pobre Anatolio ó como se llame.—Pregúntele usted á Lopez lo que hizo cuando le dejaron cesante, y dígaselo usted al Sr. de Castro y á su amigo en el artículo que escriba, para que sepan hacer milagros. Teníamos veinte mil reales de sueldo, y Lopez,

cuando le quitaron el destino, vino á casa muy apurado diciendo cómo nos habíamos de componer con diez mil, que era todo lo más que él podria agenciarse hasta que cayeran aquellos ministros y volviesen á colocarle.—Hijo, le contesté yo; no te apures por eso, que se compuso lo de Caparrota, y tambien se compondrá lo nuestro. —¡Ya! me replicó; lo de Caparrota se compuso ahorcándole á las once; y como nosotros no encontremos otro medio más sencillo de componernos, frescos estamos!—¡Caramba, dije yo, que os ahogais en poca agua! Tengo un medio sencillo para salir de apuros, y es gastar con arreglo á diez mil reales de sueldo, en lugar de gastar con arrreglo á veinte mil. Así lo hicimos, y tan contentos vivimos miéntras Lopez estuvo cesante, como ahora que está empleado.—Averigüe usted si no cuál tiene más apuros, la familia que vive con diez mil reales ó la que vive con veinte mil, y verá usted que allá se andan en eso, si cada una se arregla á lo que tiene. Si Anatolio vivia hace quince años como un potentado con veinte mil reales de renta, y hoy con treinta y cinco mil vive como un pordiosero, será porque no sabe lo que se pesca ó porque dá con consejeros como el Sr. de Castro. Si en lugar de aconsejarle el Sr. de Castro que se tire de cabeza por la torre, le aconsejara que para atender á las nuevas necesidades quite de las antiguas, es decir, que para atender á las propinas y los coches de plaza, suprima un principio y del cuarto principal se suba

al tercero, veria como hoy vivia sin más apuros que hace quince años.

¿No le parece á usted que es una cosa muy fácil poner faltas á todo y encontrarlo todo malo, y cuando una dice: pues dígame usted cómo lo he de hacer mejor, contestar, como hace el Sr. de Castro: «súbase usted á la torre y tírese de cabeza?» Pues á mí me parece que el que pone faltas debe poner tambien remedios.—¡Que es una necesidad sostener mesa de estado! Suponiendo que eso sea cierto, el mal no es tan grande como el señor de Castro supone, á no ser que el que convida á sus amigos sea tonto. Si no es tonto, convidando á muchos amigos á comer en su casa, irá á comer á casa de muchos amigos. Si es tonto y no va, él se tiene la culpa.

Todo esto va con las familias en general, y no es lo más desatinado que dice el señor de Castro. Donde está la infamia es en lo que dice de nosotras las mujeres; que si se le creyera por su buena cara, era cosa de hacernos á todas la cruz como al diablo.

Sí, señor, es una infamia y una calumnia suponer que las casadas nos vendemos si nuestro marido no nos costea el lujo. Las que se venden con más frecuencia por eso, son las solteras; que si tienen novio necesitan ir bien para conservarle, y si no le tienen necesitan ir bien para encontrarle. Por eso es tambien más cara la vida de los solteros.

Las mujeres casadas, que somos como Dios manda, no necesitamos lujo porque no necesitamos

buscar quien nos quiera; y para conservar al que nos quiere, si no nos bastáramos nosotras, ni lo jurado ante el altar, bastarian nuestros hijos. Hasta para los hombres peores, más puede una mujer diciendo soy la madre de tus hijos, que poniéndose un vestido de cien duros.

Estoy segura de que el Sr. de Castro que murmura del lujo, le gustan las mujeres lujosas. Esto les pasa á casi todos los predicadores del dia. ¿A qué debe atenerse una, al sermon ó á los gustos del predicador? Ustedes los hombres que tanto murmuran de nosotras, no saben á qué atenerse. ¿Qué extraño es que nos vuelvan tarumba, y en el afan de acertar á complacerlos á ustedes incurramos en el desarreglo y la extravagancia? A las que lo ignoran todo, les llaman ustedes unas *bestias;* á las que aprenden algo, les llaman *sábias;* á las que se educan brillantemente, las llaman *hombrunas;* á las que son espléndidas, *despilfarradas;* y á las que son ahorrativas, *miserables.* ¿Cómo quieren ustedes que nos eduquemos y nos portemos para que seamos respetadas y queridas y no vilipendiadas? Ni ustedes mismos lo saben. ¡Parece mentira, Dios mio! Y que no lo sepan ni mi marido ni otros que no se meten en honduras, pase; pero el Sr. de Castro y los que como él se meten á catedráticos *Reparos*, deben saberlo, están obligados á saberlo, so pena de que una pueda llamarles botarates.

. . . . . .

. . . . . .

Yo no sé si el que ha escrito las CARTAS TRASCENDENTALES es soltero ó casado; y si es soltero, no quiero hacerle el agravio de suponer que ande en malos pasos; pero sí digo que apénas hay solteros, porque la mayoría de los hombres tienen mujer aunque no lo parezca. El mayor gasto de los solteros, es el que hacen con una mujer ó con dos, ó con más, si no directa, al ménos indirectamente; si no es dándoles dinero, dándoles cosa que lo vale, y por eso digo que apénas hay solteros. Si soltero el hombre se arruina por una mujer, y casado ha de arruinarse por la suya, ruina por ruina debe preferir la legal, la justa, la santa, la que Dios manda; aquella ruina sobre la cual aparezcan los ángeles á quienes ante Dios y el mundo, con la frente y la voz muy altas y el corazon palpitando de alegría y de orgullo y de amor, pueda darles el dulce nombre de hijos.

Lo que es una infamia y una iniquidad, es aquello de «nada, nada; hay que rascarse los bolsillos para que tu señora se presente como Dios manda, para que no eche de ménos la casa de sus padres, para que no diga algun dia tocando el borde de la desesperacion: *¿Por qué me casaria yo con este hombre?*» La mujer que dice esto no es mujer, que es una excepcion de las mujeres, y por consiguiente, hace muy mal el que lo ha escrito en dar á entender que todas en general somos capaces de tal exclamacion, si nuestro marido no satisface nuestros caprichos.

Pregúntele usted á Lopez cuántas veces ha

visto ni ha oido en mí nada de lo que dice el señor de Castro, y eso que si yo no me tengo por mala, tampoco me tengo por muy buena.

En resumidas cuentas, Sr. D. Antonio, lo que debe usted probar en el artículo que le digo, si es usted tan amable que quiera complacernos á todas las amigas y á mí, es: que el que hace quince años estaba muy bien con veinte mil reales y ahora está muy mal con treinta y cinco mil, lo está porque no sabe de la misa la media; que la vida de los solteros es ménos honrada y más cara que la de los casados, y que la calificacion de las mujeres se debe hacer de este modo: el ochenta por ciento *buenas*, por naturaleza y conviccion; el quince por ciento *malas*, porque los hombres las han hecho; y el cinco por ciento *rematadas*, porque así las parió su madre.

Si el Sr. de Castro quiere tirarse de la torre, que suba y ¡cataplúm! pero que deje á los demás conformarse con esta vida tal como Dios la ha hecho.

Perdóneme usted la libertad que me he tomado, y mande á su servidora y amiga

Q. S. M. B.
La Señora de Lopez.

CARTA CUARTA.

Á LA SEÑORA DE LOPEZ.

Enemiga y señora mia: principio dándole á usted las gracias porque se ha dignado dirigirse á mí, aunque sea con ánimo de confundirme; pues así como los antiguos realistas decian de sus monarcas, *que hasta cuando ofendian honraban*, así los galantes modernos decimos de las señoras, *que hasta cuando hieren acarician.*

Dóime, pues, por acariciado (en el sentido honesto de la palabra) con la epístola que á modo de aguijon ha remitido usted á mi antiguo y queridísimo amigo Antonio de Trueba, para que él me endilgue una fraterna literario-social, en contra de las CARTAS TRASCENDENTALES que el imprudente Anatolio tuvo el mal acuerdo de dar á la estampa de los periódicos de Madrid.—Pero ¿á quién ha ido usted á dirigirse, señora mia?—Nada ménos que á un poeta, mi compadre, con quien me ligan desde la niñez indisolubles lazos de cariño, y hoy hasta de parentesco; el cual, léjos de

participar del corajillo que á usted dominaba al escribirle, aprovecha la ocasion para echarme cuatro piropos, tales, que me habrian hecho ruborizar, si el rubor subiera á las mejillas cuando uno es piropeado por personas á quienes debe tan acendrada y fraternal estimacion.—¿No es cierto, señora, que los muchachos de Lopez no se ponen encarnados cuando usted les llama hermosos?

Y vea usted por dónde he venido sin querer á llamarla *madre*, que es el epíteto más fuerte que tengo que dirigirla en contestacion á su carta.—¿Me he metido yo acaso con las madres de familia? ¿He hablado yo, en mi correspondencia con Anatolio, de nada que se roce con la santidad del hogar doméstico, de ese hogar nacido en la aldea, cultivado en la provincia, degenerado algun tanto en la Córte? ¿Me consultaba Anatolio sobre la vida oscura y laboriosa de la clase media, ó sobre las costumbres del mundo elegante de que usted, señora mia, está tan léjos, como cerca se hallan sus hijos y sus hijas á quienes se incita diariamente con el ejemplo?—Cuando he hablado de lujo, ¿he podido acaso aludir jamás á usted?

Bien sé que el dia en que Lopez se quedara cesante, entraria en su casa medio ahogado de pena y sin poder balbucear la terrible noticia; miéntras que usted, colgándose de sus hombros y enjugando sus lágrimas, le alentaria á arrostrar con ánimo sereno los peligros de la escasez, asegurándole que una prudente economía iba á nivelar sin trabajo los gastos con los ingresos, de forma que los hijos

no advirtieran el imponente *déficit*. Bien sospecho que Lopez dió aquel dia gracias á la Providencia de todo corazon, por haberle deparado tan dulce y cariñosa mujer; y que en este momento creyó compensadas todas las amarguras del matrimonio, ó por mejor decir, se abrió á su vista una nueva senda de felicidad, en la union santificada en los altares. Y comprendo asimismo cómo usted principió á echar planes económicos, con más talento que un Gladstone ó un Salaverría, por término de los cuales se verificó el milagro de que ni los de casa ni los de fuera advirtiesen la semi-ruina, y usted sola llevara *la procesion por dentro*, como suele decirse.—Pues ¿no he de saber, no he de sospechar, no he de comprender esas cosas, si yo tambien soy hijo de una madre que convierte las pesetas en duros, á pesar de que ignora la mágica negra, y ha criado y educado una caterva de muchachos, con ménos renta de la que cobra el cazador del coche de una bailarina de moda?

Desengáñese usted, señora Lopez, que no es una *madre de familia* la que ha debido dirigirse á mí para impugnar las opiniones que no yo, sino el mundo moderno, sustenta. Y si pruebas necesitase de la verdad de lo que he dicho, me las daria su carta de usted y el silencio de las damas y galanes á quienes he fotografiado, y que confundidos no se atreven á chistar. ¿Por qué no reclaman ellos?—Usted ignora probablemente que monsieur Michelet escribió hace poco en Francia un ruidoso libro sobre *El amor*, en que daba di-

versas zurras al bello sexo; y que á pesar de la inmensa talla de pensador y filósofo que distinguen al firmante del libro citado, sobre el humilde troncha-plumas que borrajea estos renglones, le han armado tal gresca las señoras francesas, y sobre todas, cierta comunicante anónima de los Bajos Pirineos, que no hay por dónde agarrarle.—¡Calcule usted cómo se meterian conmigo las españolas si pudieran!

Pero esto no es decir que yo desdeñe sus argumentos de usted, ni que vaya á dejarlos sin respuesta. Al contrario; su apreciable epístola me proporciona la ocasion de dar remate cumplido á mis anteriores cartas, y áun cuando no otro deber más sagrado, éste justificaria la presente.—Repítole á usted, pues, mi agradecimiento.

Principia usted, señora, por decir que es muy fácil poner faltas á todo, pero mucho más difícil indicar el remedio. Tiene usted razon sobrada; y este achaque de que usted me moteja, es cabalmente el cáncer de la época actual. Háse extendido y se arraiga más cada dia la costumbre de desmoronar lo que mal ó bien se mantiene derecho, sin que nadie se tome el trabajo de poner puntales á lo que se derriba, ni de hacer presupuestos de reedificacion.

Apénas apunta el bozo en la mandíbula de un muchacho aplicado; apénas habla sin tropezarse, y escribe de corrido, cuando ya se lanza á periódicos y academias tronando contra todo lo que ve, contra todo lo que oye, y contra todo lo que existe

(para lo cual hay siempre datos de sobra, porque en todo lo que existe, en todo lo que se oye, y en todo lo que se ve, abundan los defectos); y ese muchacho adquiere popularidad, prestigio y hasta renombre, cuando bien mirado no es otra cosa que un albañil científico, literario, político ó social; es decir, un peon de palanqueta, que tan distante se halla de arquitecto ó ingeniero, como usted, señora Lopez, de cantar misa.—Y en esto quizá consiste ese cambio radical de opiniones que se verifica frecuentemente en nuestros dias, achacado hasta ahora á corrupcion ó inmoralidad, cuando en mi juicio deberia achacarse á falta de madurez y entendimiento; pues si á los veinte años se dicen ciertas cosas, porque no se piensa más que en destruir, llegados que son los treinta, y con ellos la edad de edificar, se encuentra uno con que pensó y dijo una porcion de tonterías.

Por eso creo yo urgente que por el *Ministerio de asuntos morales* (ministerio no creado todavía, pero que hace muchísima falta) se publique un decreto que diga así:

«Queda prohibido en la tribuna y en la prensa denunciar un defecto, sin añadir á continuacion la manera de remediarlo.»

Y ¡ay! señora mia; si este decreto se publicase, ¡qué de reputaciones vendrian al suelo, qué de sabios enseñarian la calabaza, qué de publicistas y oradores se tendrian que echar á memorialistas de portal!

No, no espere usted que yo voluntariamente

me declare albañil, cuando tengo la presuncion de ser, si no arquitecto, al ménos un regular alarife ó mediano maestro de obras; y allá va la prueba.

¡Que la pasion del lujo nos devora!

Esto no se ha atrevido usted á negarlo, porque lo conoce lo mismo que todo el mundo.

Y ¿qué remedio?

Ciertamente que las cosas que se introducen poco á poco no se pueden desterrar en un solo dia; pero así muchas otras pasiones pudieran tener un correctivo tan eficaz, como puede tenerlo el lujo.—El lujo (y recuerde usted que lujo es lo vano y ostentoso, no lo agradable y útil), el lujo viene siempre de arriba abajo, nunca de abajo arriba; y así como los defectos que de las últimas clases de la sociedad suben hasta las más elevadas, son muy difíciles de corregir, así los que de éstas se contaminan á aquéllas, hallan bien pronto su moderador en la moderacion respectiva del grupo social que los produce.—Pero ¿quién contiene á las clases elevadas (me dirá usted), cuya independencia estriba en lo más incontrastable que se conoce, en los bienes de fortuna?

Esta pregunta sólo puede hacerla el que ignore que la única clase fácil de gobernar, es la clase elevada. No hay que dictarle á ella órdenes ni decretos: basta con que el monarca, su jefe inmediato, proclame y practique una idea, para que al punto la adopten todos por espíritu de imitacion y por gala de vasallaje.—Luis XV de Francia eleva su córte al más alto grado de ostentacion, y bien

pronto la sociedad francesa camina á su ruina por el lujo. Casi al mismo tiempo Cárlos III de España sustituye los brillantes y perlas de la corona por los aceros y azabaches, y la sociedad española hace gala de una modestia que casi se parece á la mezquindad.—Luis Felipe I, en diez y ocho años de reinado, morigera las costumbres de su córte. Napoleon III, en nueve de imperio, triplica el valor de la vida de París.—Ni una palabra más sobre este asunto.

Pero ántes de pasar á otro, permítame usted, señora, que proteste, aunque con el respeto debido, contra una falsa interpretacion que usted, en su loable acaloramiento, ha dado á ciertas palabras mias.—Sería verdaderamente una *infamia* y una *calumnia* suponer que las mujeres casadas se venden si su marido no les costea el lujo.—Líbreme Dios de pensar ni haber dicho despropósito semejante. Merecia, si tal cupiera en mi imaginacion, ser citado por injuria y calumnia ante los tribunales ordinarios.—Lo que yo he dicho y podido decir, es lo que hasta la ley ha previsto: que el crímen está más cerca de la miseria que de la abundancia. Y ¿sería esto, acaso, llamar ladrones á los pobres?—Continúo.

Uno de los problemas que usted tiene por más importante, y con harto fundamento, es el que se refiere á la educacion de la mujer.—«¿Cómo hemos de componernos? (exclama usted en un momento de amarga perplejidad). A las que lo ignoran todo, las llaman ustedes unas *bestias;* á las que

aprenden algo, las llaman *sábias;* á las que se educan brillantemente, *hombrunas*... ¿Cómo quieren ustedes que nos eduquemos para que seamos respetadas y queridas, y no vilipendiadas?»

Tiene usted razon, señora, en pensar que los hombres somos un poco demasiado exigentes para con el sexo, á quien ya genéricamente llamamos *bello,* como para descartar de él la parte que no nos guste. Son tales las tildes, puntos y comas de que queremos adornar á la mujer, que más que mujer parece que deseamos un *cronómetro* de carne y hueso. Si se adelanta, nos parece mal; si se atrasa, peor; si anda siempre, nos alarmamos; si se para, nos aburrimos; y ha llegado á tal punto la exageracion de algunos, que cierto escritor de mucho talento opina que la mujer pierde su virtud desde el instante en que oyendo sonar la campanilla de su casa, se mira al espejo para arreglarse los bucles.

Pero entre las exageraciones hay siempre un justo medio; y si hablando pedimos mucho, esto no obsta para que cuando llega el caso de recibir, nos contentemos con lo posible y razonable.

Que ¿cómo debe educarse á la mujer?

Pregunta es esta á la cual no sé que haya contestado nadie terminantemente, ni juzgo fácil una categórica contestacion.—Formar un plan de estudios para la mujer; ajustar á una pauta uniforme la educacion femenina, sería tan absurdo como lo que se hace hoy, esto es, dejarla abandonada al acaso, ó todo lo más el capricho de la persona que

paga el colegio.—Sin embargo, yo que, como usted va viendo, me atrevo á todo, me atreveria á encerrar en una fórmula concreta el pensamiento genérico de esa educacion. Héla aquí:

¿Como debe educarse á las mujeres?

A CADA UNA SEGUN SUS MEDIOS.

Antes de explicar esta idea, le referiré á usted un hecho histórico.

Napoleon I, cuyo entusiasmo por la gloria rayaba en delirio, no contento con premiar en vida á los representantes de la gloria de Francia, instituyó un colegio destinado exclusivamente á educar por cuenta del Estado á las huérfanas de los condecorados con su *Legion de Honor*. Este colegio, de que usted habrá oido hablar probablemente, se llama *Saint Denis*. Decir á usted las rentas de que le dotó, las preeminencias que le concedió, y el lujo que acompañaria á todas las particularidades de este establecimiento, será inútil habiendo dicho ya que era obra del que edificó el *Panteon* y la *Magdalena*.

Más de medio siglo despues, Napoleon III, su sobrino, estableció en París no uno, sino muchos colegios para educar tambien por cuenta del Estado, á las huérfanas de los trabajadores. Estas escuelas, llamadas de *arrondissement*, si la memoria no me es infiel, están dotadas con modesta abundancia: se dá en ellas de comer y de vestir, se educa física y moralmente á las jóvenes, segun el código familiar, y se las enseña un oficio.

Ahora bien: ¿quiere usted que le diga una cosa triste y otra alegre?—De San Dionisio han salido

multitud de *Loretas:* de las escuelas de barrio salen multitud de madres de familia.—Y ¿es acaso porque la educacion moral de San Dionisio sea imperfecta? Nada de eso.—¿Es porque se ha bastardeado el pensamiento del fundador? Tampoco.—¿Qué es, pues, lo que sucede? ¿dónde está el misterio?

En San Dionisio se hace á las mujeres duquesas, y al salir del colegio no se les da ducado.—En las escuelas de barrio se enseña á las niñas á ser pobres, y cuando salen de ellas se encuentran sabiendo serlo.—Hé ahí todo el secreto de la educacion.

Nuestros padres de ahora, al pensar en sus hijas, se hacen esta pregunta:—«¿Cuánto podré yo gastar en la educacion de la muchacha?»—En vez de hacerse esta otra:—«¿Cuánto podrá gastar la muchacha despues que yo la eduque?»—El primer sistema, conduce generalmente á la ruina: el segundo, puede conducir á la felicidad. Pero como los hombres, para justificar todos sus errores, inventan una bonita frase, han inventado para justificar este de que me ocupo, la que Anatolio oyó de boca de su suegro el dia en que fué á pedir la novia:—«Mi hija no lleva nada; pero he procurado darle una brillante educacion, que vale más que todos los tesoros.»—¡Error! ¡error! Si la niña no tiene nada, debe llevar la educacion brillante de las que no tienen nada; educacion por cierto muy diversa de la educacion brillante que conviene á las niñas que tienen algo ó que tienen

mucho.—Una duquesa educada brillantemente en la escuela de barrio, será una duquesa deplorable: una huérfana pobre educada brillantemente en San Dionisio, será... lo que al diablo le dé la gana.

¿Se va usted enterando, señora Lopez? Necesitaré insistir más sobre este punto para probarle á usted que la educacion moderna del bello sexo está por lo comun muy mal entendida, y que no es tan imposible el coordinar las cosas de modo que las mujeres sean respetadas y queridas, en vez de vilipendiadas?

Usted misma es un ejemplo, señora. Su padre de usted la educó previsoramente para diez mil reales. Tuvo Lopez veinte mil, y vivieron ustedes tan en grande. ¡Pero le quitaron el empleo, y bajó de nuevo á los cuarenta duros!... usted ya sabe lo demás.

Voy á pasar en claro algunos argumentos de los llamados *ad hominem*, que usted desliza en su carta, por miedo de que al correr de la pluma se me deslicen á mí algunos otros *ad mulierem*, de lo cual tuviera siempre que arrepentirme.—Porque, verdaderamente, ¿qué gracia tendria que yo, aceptando la argumentacion de usted y penetrando en lo sagrado de sus intenciones, dijese por ejemplo:—«Señora Lopez, usted sienta el principio, sin conocerme, de que el sermon dice una cosa y el predicador hace otra: yo con el mismo derecho, supongo esas cualidades en usted: es así que usted asegura que jamás le pide á Lopez lujo ni trajes, luego usted, señora mia, se despepita por los tra-

jes y por el lujo.»—¿Qué le pareceria á usted esta argumentacion?

Además, yo he tenido la franqueza de declarar en mi última carta que me gustan mucho las mujeres (excepto usted, señora Lopez, que es casada), y que me gustan tanto más, cuanto con mayor adorno y coquetería se me presentan; hasta el punto, añado ahora, de que entre una hermosa mal compuesta y una fea prendida con elegancia, estoy completamente por la fea. ¿Se puede ser más franco?

Pero ¡ay! ¡si las mujeres supieran que léjos de ser esto una extravagancia mia, la mayor parte de los hombres piensan del mismo modo! Unos tienen el valor de confesarlo, arrostrando la impopularidad de la idea: otros, y son los más, me llevan hipócritamente la contraria; pero en llegando la hora de ejercer, se escapan por la tangente como yo.—Y ¿por qué esta predileccion hácia el adorno femenino?

Preciso será declararlo, señora, puesto que usted me obliga á ello.—Las mujeres (excepto sin duda usted), tienen una porcion de defectos físicos insoportables. Las Vénus de Milo y de Médicis, no son la regla, sino la excepcion del sexo. Si me fuera permitido hablar con usted á solas (sin excitar los celos de su Lopez), á la cuarta razon se daba usted por vencida. Omitamos, pues, pormenores.

Ahora bien: constituido el mundo como lo está, nosotros tenemos la eleccion, ustedes la pasion;

nosotros escogemos, ustedes se exponen: y ¿qué raro, si el primer impresionado ha de ser el sentido de la vista, que nos agrade más lo bonito que lo feo, lo escogido que lo vulgar, lo bien matizado que lo monótono, lo graciosamente disimulado que lo naturalotamente descubierto?—Y no es eso sólo. Suponiendo que ustedes carezcan de defectos físicos, y que esto sea tambien una calumnia mia, el mundo les ha ordenado vestirse, es decir, cubrir la perfeccion, ocultar la hermosura.—¡Qué mucho, si la hermosura ha de estar velada, que pretendamos formar una idea de ella, por los mismos velos que la cubren!—La cara es el espejo del alma (dicen todos): el traje es el espejo de las costumbres (digo yo): y preséntenme ustedes (añado) una mujer vestida como á ella se le ocurra, que yo diré, sin peligro de equivocarme, cómo tiene su casa, cómo tiene sus hijos, cómo está el ropero de su Lopez, y hasta cómo están los cacharros de su cocina!—Si, pues, todo esto es cierto, ¿á qué espantarse de que desdeñe yo, de que desdeñemos muchos, una mujer hermosa mal adornada, y nos vayamos detrás de una fea compuesta con pulcritud y esmero?

—«Pero, señor mio (dirá alguno): ¡eso es predicar el materialismo!»—Precisamente aguardaba yo ese argumento, para echar encima del que lo hiciera, el peso máximo de mi razon.

Prescindiendo de que lo material y lo espiritual no están bien deslindados todavía, y de que son materiales muchas cosas de las que se achacan al alma,

y espirituales muchas otras de las que se refieren al cuerpo; prescindiendo de esto, que no es poco prescindir, áun en el caso presente no hay nada que pueda tacharse de materialismo.—Pues qué, ¿se visten, por ventura, las mujeres á su capricho propio? ¿es invencion humana el elemento de belleza que debe acompañar al traje?—Nada de eso, señora mia (digo yo á mi vez): la coquetería de la forma, la eleccion de las tintas, la superposicion de las telas, el casamiento y matiz de los colores, todo eso está tomado de la flores y de las aves, de esas divinas creaciones que para encanto de los sentidos regaló al hombre con tanta profusion, variedad y capricho la naturaleza. La naturaleza da la norma de esos adornos: la naturaleza vistió de finísimas telas y de preciosos colores todo lo que quiso que fuera bello; y si la mujer es bella como dicen, y si es el encanto del hombre, y si es la mitad privilegiada de la humana especie, y si ha de estar vestida, necesario es que se vista como los pájaros.

¿Lo ve usted, señora Lopez, cómo sin ser un materialista, ni un lebertino, ni siquiera un *botarate*, se puede gustar del adorno de la mujer, y predicar la compostura como una virtud, y hasta la coquetería como un precepto caprichoso de la naturaleza? ¿Y ve usted, tambien, cómo sin dejar de ser *una mujer como Dios manda*, y sin abandonar sus hábitos de buena hija, buena esposa y buena madre, puede usted pensar en ir bien vestida, y muy limpia, y muy coqueta, imitando, por

ejemplo, á las palomas, que á pesar de su traje planchado, y de su adorno de cabeza, y de su collar de colores, y de sus botitas de tafilete, salen por la mañana á buscar el pan de sus hijos, y se recuestan por la tarde sobre los huevos para dar aliento y vida á sus pichones? ¿Ve usted, por último, cómo puede haber armonía, y la hay en efecto, entre el sermon y los gustos del predicador?

Porque me parece que no necesitaré probar aquí que nada tiene que ver el lujo con la compostura; y que un trajecito de algodon, y unas cintas de tafetan, y unos adornos de tul liso, y media docena de flores frescas, pueden componer muy agradablemente á una muchacha; que si ella ha lisado sus cabellos, y ha blanqueado su piel (con agua clara se entiende), y corta y une con primor esos trapos, y los borda, y los matiza y se los coloca, el diablo me lleve, iba á decir, si no corro yo en verano y á las tres de la tarde desde la Puerta del Sol á la de Hierro, por verle la cara.

Compónganse las mujeres todo lo más que puedan; pero dejen el lujo para las que lo deben gastar: aprendan á distinguir lo bueno y lo bonito, lo caro y lo agradable; que no es lo que más gusta lo que más cuesta, ni tampoco á todas las edades ni á todas las posiciones les conviene un mismo tocado: sepan, por fin, que en el mundo de las criaturas como en el de los pájaros, tienen sus admiradores y fama propia, oropéndolas y golondrinas, canarios y pavos reales.

Voy ya á concluir esta tremenda carta. La ley concede para la contestacion dobles líneas de las del ataque, y yo creo que estoy ya fuera de la ley. Pero no concluiré sin decirle á usted que, áun cuando le perdono las melévolas insinuaciones de que he sido objeto por su parte (y eso que ignoro el contenido de las líneas que mis amigos de *La América* suprimieron), no por eso me niego á darla explicacion de los puntos de esas líneas que la merecen.

Sí, señora de Lopez, yo soy soltero; pero pertenezco al número de los celibatos, no al de los cotorrones: estoy soltero, porque no me he casado *todavía;* y léjos de ser enemigo del matrimonio, lo creo por el contrario el mejor, el más legítimo y hasta el más cómodo de los estados: lo creo bueno bajo el punto de vista religioso, bajo el punto de vista social, y hasta bajo el punto de vista (Dios me perdone) del egoismo.—Lo que me ha sucedido hasta ahora, es lo que sucedia á cierto poeta con el trabajo; era *tímido para trabajar:* yo he sido *tímido para casarme.* Y esa timidez depende de que he visto por lo general en los tontos mucha prisa de hacerlo, y he dicho para mí:—«Puesto que los tontos se apresuran, cosa será discreta el retrasarlo.»—Estoy, pues, retrasado, pero como esos relojes que andan mal, que al fin dan la hora.

El dia que la dé, podrá *salirme* mal, pero de seguro no *habré ido* mal á darla.—Usted dice que de cada cien mujeres las ochenta son buenas por-

que sí. Tambien *la española infantería es valiente porque sí*, y sin embargo, la instruyen bien, la equipan bien, la arman bien y la dirigen bien, para que sepa ser valiente.—No basta que las mujeres sean buenas; es menester que sepan y puedan serlo.

Además, usted habrá reparado que cuando queremos tirar por la reja que da á la calle un hueso de cereza, damos por lo comun en los hierros, y el hueso vuelve á la sala. Esto debia ser absurdo, porque hay veinte pulgadas de hueco por cada una de espesor, y lo natural sería que el hueso se fuera á la calle; pues no, señora: lo frecuente es que se quede dentro.—Por eso yo temo que al buscar entre cien mujeres la mia, no tope, si me precipito, con una de las ochenta buenas, sino que haga el diablo que tropiece con alguna de las *quince á quienes otros hombres hayan hecho malas*, ó con una de las *cinco que son rematadas porque su madre así las parió*.—Hé ahí por qué no he tirado demasiado pronto el hueso por la ventana.

Lo que necesito yo para tirarlo, y lo que necesitan todos los que en mi caso se hallan, es tener una mujer que nos busque otra mujer. Si esto fuera posible, que lo dudo, la cuestion del matrimonio estaria favorablemente resuelta.—Los hombres vemos á las mujeres sólo por fuera, miéntras que ustedes las ven por dentro. Pero es tal la pasioncilla de la envidia, que léjos de encaminar á las otras hácia el punto de la felicidad, como pudieran hacerlo, las dejan á la ventura si no las encaminan

contra un poste.—Que cada mujer casada se proponga de buena fé casar bien á una soltera, y de cien matrimonios, los ochenta serán felices.—Déme usted á mí un hombre, y verá usted cómo lo caso perfectamente.

En fin, para muestra de mis disposiciones, voy á concluir esta carta dirigiendo á usted, señora de Lopez, la última quintilla de otra que un gran poeta amigo mio (poeta que tanto se distingue por los versos que no hace, como por los muchos excelentes que ha hecho), con la última quintilla de una carta que el autor de *Don Francisco de Quevedo* dirigió á cierta amiga suya el dia despues de sus bodas.

Adios, niña encantadora,
que feliz os haga Dios;
yo me caso sin demora:
¿teneis hermanas, señora,
que se parezcan á vos?

SEGUNDO PROBLEMA:

¿TENEMOS OBLIGACION LOS ESPAÑOLES DE HACER ALGO EN FAVOR DE NUESTRAS MUJERES?

CARTA PRIMERA.

Mi querido Anatolio: ¿creerás que de resultas de mis anteriores inocentes cartas á tí, ha habido multitud de personas que me tengan por enemigo de las mujeres? ¿Creerás que ha habido madre que me diga:—«Señor mio, los casamientos estaban malos; pero con sus dichosas cartas de usted, no hay duda que se pondrán mejores,»—y luégo ha prohibido á sus hijas que me saluden?—¿Con qué ojos habrán leido esas gentes mis pobres cartas?

¡Enemigo yo de la mujer, cuando la he dedicado un libro entero (digo mal, libro nó, porque todavía no le han dado esa forma), cuando he dedicado artículos sin cuento, á cantar sus afecciones de madre!—¡Enemigo yo del matrimonio, cuando despues de casar á una porcion de gentes, ya no me falta más que casarme á mí!

Pero á bien que si alguna duda les queda de las excelentes disposiciones que hácia el bello sexo me animan, éstas mis nuevas cartas asegurarán mi re-

putacion en este punto; porque, Anatolio, voy á pedirte auxilio para que formemos una sociedad en favor de la mujer española.

No te figures, ante todo, que la sociedad de que te hablo pertenece al número de esas de *socorros mútuos* en que, á pretexto de socorrer á los demás, principian los fundadores por socorrerse á sí mismos; ni que, filántropo de última moda, haya descubierto alguna ingeniosa combinacion para comerciar con las lágrimas ajenas.....—y aquí se me viene al pico de la pluma la revelacion de un incidente que, para que te sirva de advertencia, no quiero dejar de referirte.

Hace pocos dias se presentó en mi casa un caballero de muy regular porte, solicitando hablarme sobre cierto asunto de interés. Recibíle con la atencion que puedes figurarte, y sentado que fué, principió su discurso en estos términos:

—Yo soy (me dijo gravemente) fundador y secretario de una sociedad que cuenta ya gran número de suscritores, y que aspira á reunir muchos más entre las personas cristianas y caritativas.

—Pretendo (me apresuré á decirle) verme completamente adornado de ambas virtudes.

—Ya lo sé (replicó con galante sonrisa), y por eso es esta una de las primeras casas á que acudo. La sociedad (añadió), exige muy cortos sacrificios en cambio de grandes ventajas. Dos, cuatro y seis reales al mes, son las cuotas en que se dividen las tres categorías de los asociados.

—Bien poco me parece (le dije) para que na-

die dude en pertenecer á una asociacion que tiene por base el cristianismo, y por fórmula la caridad. Sepamos de qué se trata.

—Usted sabe muy bien (continuó con gran calma el fundador-secretario) que el hombre es moroso por lo comun para ciertos asuntos, y á veces hasta casi criminalmente descuidado.

—Es muy cierto.

—A remediar muchos males que proceden de la apatía humana, es á lo que se dirige mi sociedad.

—¡Admirable pensamiento! (exclamé).

—Yo he hecho (prosiguió animándose) una ingeniosa combinacion, por medio de la cual pobres y ricos se auxilian mútuamente con grandísimas ventajas. Suponga usted que el que da dos reales, tiene acompañamiento de amigos y caja propia; el que da cuatro, tiene esto mismo, cama imperial y veinticuatro blandones; y el que da seis, disfruta acompañamiento de amigos, caja propia, cama imperial, veinticuatro blandones y nicho perpétuo...

No le dejé concluir, Anatolio. Aquel hombre venía, como ves, á que pagase por entregas mi sepultura.

Nó, no es la sociedad que te propongo una de esas sociedades en que á merced de ingeniosas combinaciones de supervivencia, se obliga al suscritor á que esté constantemente deseando la muerte del mayor número de sus compañeros para aumentar sus ganancias; ni es siquiera como la de aquellos filántropos liberales que á pretexto de salvar galle-

gos, los compraban blancos en Galicia para venderlos por negros en Cuba. Mi sociedad no es de especulacion, es de propaganda; no busca suscritores, busca adeptos. Pretendo sólo *crear atmósfera*, como ahora se dice, en favor de nuestras pobres mujeres.

Para conseguirlo, necesito hacerme un poco socialista; pero no te asustes por ello. El socialismo es como cualquiera otra cosa, como una pistola, por ejemplo: cargada puede matar, vacía puede servir hasta para juguete de un niño.

Yo tengo comparado el socialismo con la higiene, y á nadie se le ha ocurrido que la higiene sea un disparate.—¿Has leido tú algun libro de higiene?—Léelo y te reirás mucho. Son tantas las cosas que te encarga, que concluirás por establecer que el hombre ha venido al mundo únicamente para cuidarse. Las veinticuatro horas del dia alcanzan con trabajo para observar los preceptos de la higiene. Si la higiene fuera verdad, sería mentira el mundo.—Los higienistas, sin embargo, han hecho un gran servicio á la humanidad, y es encargarle tantas cosas, que el hombre no pueda ménos de hacer algunas: ese algunas, es la práctica racional de la higiene.

Bajo este punto de vista, el socialismo no debe asustar á nadie. Lee un sistema socialista, y si tienes buen sentido, te reirás á carcajadas; pero considéralo como una amenaza perpétua á la salud del mundo; como un rebuscador de miserias humanas á todas las cuales aplica por receta su cor-

respondiente remedio; como un expositor de dolores alarmantes, y no hay duda que su lectura te atraerá el convencimiento de que debe hacerse algo entre lo mucho imposible que encarga: ese algo es la práctica racional del socialismo.—Los socialistas, entre muchos males pasajeros, han producido un bien permanente: en fuerza de querer que se mire á todas partes, han hecho que se fije la vista en lo que no se habia mirado nunca.

Mi socialismo, pues, no debe producir espanto, sino consuelo. Voy á desentrañar algunas miserias sociales, pero es para tener el gusto de indicar la manera de remediarlas. No voy á destruir, sino á allegar materiales de reedificacion.

La mujer española, Anatolio del alma, está perdida. Con esto de haberla declarado *señora de nuestros pensamientos y reina de nuestro albedrío*, nos hemos olvidado de darla de comer.

Hubo un tiempo en que sin duda alguna la mujer española era señora y reina de nuestros padres: nacia y se educaba para ellos; crecia y se desarrollaba á la sombra del que más tarde ó más temprano iba á ser su marido; inmóvil en la provincia, en el pueblo, en la calle y tal vez en la casa donde habia visto la luz primera, tenía contado su destino, como contados iban siendo sus dias; el hombre á quien estaba dedicada, quizá ántes de nacer, era el niño con quien jugaba, el adolescente con quien sonreia, el galan de quien escuchaba los primeros requerimientos de amor, y por último, el padre de sus hijos. Feliz ó desgraciada la historia

de su niñez, próspero ó adverso el resultado de los planes de su familia, la mujer española tenía sólo dos caminos, pero los tenía: el claustro ó la coyunda; era monja ó era madre: ¿á qué necesitaba aprender oficio?

Porque en ese tiempo no habia telégrafos eléctricos, ni ferro-carriles, ni carreteras de primero, segundo y tercer órden, ni movimiento contínuo de empleados, ni relevo incesante de guarniciones de tropa, ni grandes centros civilizadores, ni posibilidad de elevarse desde la humilde cuna á la posicion distinguida;—y por consiguiente, ni movilizacion, ni emigracion, ni alteracion perpétua de vida y de costumbres. El hombre, como la mujer, estaba encerrado en un estrecho círculo: ó fraile ó marido. Si fraile, del convento de su pueblo; si marido, de la hija de su vecino.—Tal era la razon social en los tiempos en que se peleaba sólo *por mi Dios, por mi Rey y por mi Dama.*

Ahora, Anatolio, se pelea por muchas más cosas. Ahora nadie vive en el punto en que ha nacido, nadie saluda á la muchacha con quien jugó, nadie se casa con la mujer que le prepararon, nadie sabe cuál es su destino, ni dónde estará su felicidad, ni en qué tierra hará alto, ni cuál será la familia que sustituya á la propia.—Siglo de embate, de movimientos, de lucha, el hombre corre desalado en pos de una dicha que tal vez sueña sin fundamento, pero que persigue sin cesar por todas partes.

La mujer en tanto ha quedado reducida á su

antigua condicion, con leves excepciones. Ella permanece en la aldea, en el pueblo, en la ciudad; ella no toma parte en nuestra movilizacion ni en nuestro vértigo: ajena á las contiendas políticas, sociales y filosóficas que nos exaltan, es todavía la mujer de la rueca y el huso, la mujer del hogar doméstico, la que no entiende nuestros libros, la que juzga ridículas nuestras conversaciones, la que anatematiza nuestra movilidad, la que espera inocente y confiada nuestro regreso. — Tal es la mujer de la clase media española, no lo dudes.

Nosotros hemos progresado y progresamos incesantemente, pero á ella la hemos dejado rezagada. Hoy como entónces, la educamos en la ignorancia de las cosas útiles, la relegamos á la vida doméstica; la decimos que espere, y sin embargo, no volvemos.—Entónces se encuentra sola: sabe todo lo que necesita para vivir acompañada, y se ve á lo mejor sin compañía; vive con el aislamiento de quien se reserva para álguien, y ese álguien la deja aislada. Más claro, Anatolio; el hombre de la clase media asciende y desea mejorar: la mujer de la clase media no asciende, y tampoco se conforma con descender. ¿Qué recurso le queda?

Tú conoces como yo la honradez de nuestra clase media; no necesito decirte su exclusivo pensamiento en este trance: la independencia honrada por medio del trabajo; esa es su vocacion y su deseo.—«El hombre no viene (dice ella); yo no buscaré al hombre, porque me degrado en buscarlo; yo necesito emanciparme, yo trabajaré.»

Pero ¿es posible que se emancipe? ¿basta para emanciparse la fuerza de voluntad?

Del estudio minucioso de esta importante cuestion, se desprende un axioma tristísimo que debe formularse así:

«La mujer española no puede ganar su vida con el trabajo de sus manos.»

Para justificar lo que tiene de axioma esta proposicion, necesitaré esforzarme muy poco.—El trabajo de la mujer está reducido en España al bordado y á la costura.—El trabajo industrial de otro órden, no pertenece entre nosotros ni puede pertenecer á la mujer de la clase media. Las fábricas y los talleres ocupan un rango demasiado humilde, para que atraiga otras trabajadoras que las menesterosas y proletarias. Luégo diré por qué la mujer española que se llama *decente*, no puede concurrir á nuestros talleres y fábricas: conste, por ahora, que tiene cerradas sus puertas.

Quedándole sólo la costura y el bordado, claro es que si algun impedimento físico en las manos ó en la vista, por ejemplo, la impide dedicarse á estas delicadas labores, la mujer no tiene más espectativa que la miseria; y si áun con sus manos y vista buena, pierde en el ejercicio del trabajo, como es muy comun, alguna de las cualidades necesarias para seguirlo, tampoco espera hallar compensacion á su laboriosidad.

Paso en silencio las alternativas que sufre el trabajo, respecto á su escasez ó abundancia, segun las épocas del año; lo inconstante de la forma de

las labores, segun los caprichos de la moda, y las dificultades que por lo mismo ofrece á la mujer el simultáneo ejercicio de mil industrias diversas. Fíjome sólo en que hay trabajo, y examino su ejecucion y su recompensa.—Para ello necesito observarlo en alguna parte, y tomo por observatorio á Madrid.

Una de las industrias que en Madrid ofrece mayores ventajas á la mujer de la clase media, es la guantería. — La costura de guantes reune las condiciones de limpieza, sencillez, prontitud, recato y abundancia que la mujer decente necesita para su trabajo. Con una maquinilla que cuesta cincuenta reales, y la confianza de un guantero cualquiera, se encierra una señorita en su casa á hacer lo que el vulgo tiene formulado tan admirablemente en esta frase: *coser y cantar.* — Yo no sé lo que una muchacha puede cantar al dia, pero si sé que no puede coser más que tres guantes, y eso si es *larga* y si trabaja de sol á sol. Cada guante requiere tres horas de costura seguida; y tres horas de pérdida total, en lo que se llama *huecos* del trabajo, suman las doce horas que el par y medio exige sin levantar cabeza. Ocho dias, pues, de incesante laboreo, bastan para dar por cosidos, ribeteados y abotonados los veinticuatro guantes. Veamos ahora su producto. — Los guanteros de más fama, es decir, los que venden más caros sus guantes, abonan á la costurera dos reales por cada par: de ellos hay que descontar la seda, que cuesta dos cuartos próximamente; y otros dos cuartos de

quiebras, que luégo te diré lo que son, dejan reducido el producto á diez y ocho reales, ó sea dos y cuartillo de jornal diario. ¿Te parece las galas que echarán las pobres mujeres?

Cuatro quiebras se reconocen en este oficio: la primera, es manchar un guante; la segunda, picarlo; la tercera, prolongar las costuras de los *junquillos* un centímetro más que la línea de los dedos; y la cuarta, carecer de labor durante el verano: las tres primeras torpezas se pagan con indemnizacion de ocho reales por cada una, y la última con el ayuno. Considera que por pulcra, diligente y cuidadosa que sea la costurera, ha de incurrir cada mes en alguna de las faltas dichas (lo cual no es mucho, si se atiende á que pasan por sus manos y su máquina de hierro noventa y seis guantes), y verás que me he quedado corto en la partida de las quiebras. Añádote además que me he ocupado de la aristocracia del arte, es decir, de las mujeres que cosen guantes de catorce reales; que si éstas comen lo que ves, calcula lo que comerán las que cosen guantes de cinco reales y medio.

«Pero, ¡eso es una atrocidad! (te estoy oyendo decir): que dejen los guantes y se apliquen al bordado, por ejemplo, pues como cosa de más lujo y mayor coste, producirá tambien más ganancias.» —Tienes razon, y vámonos en seguida casa de una bordadora.

Hay bordadoras de muchas clases: en blanco, en negro, en metales, en terciopelo y seda; á la

cadeneta, al *crochet*, á la cinta, etc., etc. Si la mujer quiere ganar su vida bordando, necesita saber de todo esto, pues como el bordado está sujeto á los caprichos de la moda, la moda obedece siempre al programa de su constitucion social: *hoy diferente de ayer, mañana diferente de hoy*. Requiérese por lo mismo en la muchacha que se dedique al bordado, una educacion esmerada, ó un aprendizaje largo y difícil. Pero esto no es de nuestra incumbencia: la mujer sabe bordar de todo, y pide trabajo en un almacen.—Lo primero que hace el almacenista es enseñarle bordados franceses y alemanes de extraordinario mérito, para que los iguale ó los mejore: en seguida le da siete varas y media de percal blanco, por ejemplo, y le encarga que se las convierta en unas enaguas para la marquesa de N. Con esto, y con alguna prevencion poco galante, despide el almacenista á la bordadora.

Hétela ya en su casa con un dibujo que le ha costado real y medio, con un paquete de madejas de algodon fino que le ha costado seis reales, con un mazo de agujas, un lápiz y un pedazo de hule, importante todo medio duro próximamente; hétela en su casa el hule sobre la rodilla, el dibujo sobre el hule, el percal sobre el dibujo, y el lápiz sobre el percal, llevándose la mano de la boca á la tela, y reproduciendo en labios y mejillas los negros garabatos que pintorrea.—Los cinco paños de las enaguas requieren cinco dias para dibujo y perfilado; cinco, y ocho de bordado de cada paño, componen mes y medio, durante cuyos huecos se

festonan y recortan las puntas, se unen, se lavan y planchan los paños, se pelan los apuntes de los ojetes, ó lo que es lo mismo, se aprovechan las horas de media luz, las veladas de noche, los instantes de cansancio de la cintura, y hasta los momentos del comer, del dormir, del pensar. Porque mes y medio para el bordado de unas enaguas, significa un bordar constante de setecientas veinte horas, suponiendo que la mujer ha descansado ocho cada dia, que es mucho descanso; y si meditas que setecientas veinte horas tienen cuarenta y tres mil doscientos minutos, y que en cada minuto ha de dar la bordadora sesenta puntadas, sin cuyo arte no sale nuestra cuenta, es decir, no se acaba el bordado en el tiempo predicho, te asustarás al hacer la reflexion de que dos millones y medio de puntadas finísimas, se pagan á la bordadora con setenta reales. —Sí, Anatolio, setenta reales; porque el bordado de estas enaguas no vale más que cuatro duros; y como has de rebajar medio que costaron los avíos, no necesitas ser gran matemático para saber que la bordadora ha ganado doce cuartos cada dia.

Ya te estoy oyendo decir: —«¡Que haga guantes, que haga guantes y tire el bordado, porque despues de quedarse ciega, y manca y jorobada, se va á morir de hambre!» — Y tienes mucha razon: los ciento cuarenta y cuatro guantes del mes y medio no representan más que medio kilómetro de cosido recto, para lo cual poca ciencia y atencion se necesitan; miéntras que las cinco tiras de las enaguas,

á tres cuartas de largo y una de ancho, representan cuatro varas cuadradas de pasta bordada, ó lo que es lo mismo, la alfombra de tu gabinete de estudio, hecha á puntazos de alfiler, pero moviendo la alfombra de abajo arriba para cada puncion.

¿Vas haciéndote cargo, Anatolio, de lo que te refiero? Porque supongo que considerarás ciertos, como lo son, los guarismos que acabo de presentar, y más bien ocasionados á la exageracion por defecto que por exceso. Mide con un hilo, como yo lo he hecho, las costuras de un guante, y verás que representan una extension de tres metros veinticinco centímetros, que multiplicados por ciento cuarenta y cuatro, dan medio kilómetro; ¡medio kilómetro de costura! ¿Entiendes? ¿cuánto dinero llevarias tú por ensartar en la punta de una aguja y cuerpo á cuerpo una procesion de mosquitos que tuviera medio kilómetro de larga?—Cualquiera mujer lo hace por cien reales. Una proporcion análoga podria hacerte con el bordado.

Y te pongo estas comparaciones, no para exagerar el asunto de que trato, sino para hacerte más perceptible la verdad de los hechos; porque presumo que miramos generalmente con indiferencia una porcion de cosas graves, sólo porque no nos paramos á considerarlas en sus más vulgares analogías.

Un caso que voy á referirte te dará la razon del método que empleo.—Al restablecimiento de la monarquía borbónica en Francia, se presentó á

las Cámaras un proyecto de ley para indemnizar á las familias nobles que perdieron sus bienes con la revolucion. La suma presupuesta se elevaba á lo que los franceses designan con el modesto nombre de *milliar*, es decir, á mil millones de francos; y áun habia miembros del Parlamento que consideraban mezquina esta restitucion. Un diputado entónces se levantó, y dijo:—«Creo, señores, que hablais así de la suma, porque no os habeis detenido á examinarla. Desde la muerte del Salvador del mundo hasta el momento en que hablo, no han pasado todavía tantos minutos como francos dais á la nobleza. Decid ahora que os parecen pocos.»

Y la discusion quedó en tal estado, amigo mio; porque la verdad es que faltan aún sobre cuarenta millones de minutos para completar el *millar* á que se aludia.

Pues bien; una cosa semejante creo yo que sucede con más de una cuenta que no echa el hombre, hasta en asuntos que se ofrecen favorablemente á la contabilidad. Y si no, contemos... Pero temo hablarte de cuentas, y esto lo deduzco de que yo estoy ahora harto de hacerlas. Así como así, la materia es larga y no corre prisa. Continuaré.

P. D. Abro esta carta para decirte que acabo de saber las puntadas que tiene un par de guantes. Segun una costurera de Mr. Lafin, la cual se ha

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

entretenido en apartar un garbanzo cada vez que atravesaba la aguja por veinte dientes de la máquina, un par de guantes regulares tienen siete mil y pico de puntadas. Pasan, pues, de medio millon las que hay que dar para coser ciento cuarenta y cuatro guantes.

CARTA SEGUNDA.

Antes de pasar adelante, amigo mio, quiero decirte por qué la mujer española no puede concurrir á nuestras fábricas y talleres. Ha sido esta una proposicion demasiado atrevida, para que deje pasar mucho tiempo sin justificarla.

La industria española está en mantillas; y dígote esto, á pesar de la regeneracion que estamos contemplando, porque así es la verdad. No basta que la industriosa Cataluña y la feraz Andalucía y la rica Castilla y todas las comarcas de nuestro país, en mayor ó menor escala, despierten de su letargo y levanten fábricas magníficas ó mejoren las que ya tenian; no basta que en nuestras exposiciones públicas aparezcan tejidos primorosos, y porcelanas bellas, y metales bien labrados, y objetos de diversa índole producto de nuestra industria nacional;—no basta esto para decir y mucho ménos para creer que tenemos industria. La fabricacion española, como toda fabricacion incipiente

está limitada todavía á producciones fundamentales, esto es, á aquellas que exigen con preferencia el uso de las máquinas sobre el uso de las manos; y aparte de que la *máquino-factura* no es la más á propósito para emplear hombres de ciertas condiciones y mujeres de cierta educacion, hay una circunstancia esencialísima que privará aún por largo tiempo á la clase media española del recurso de la industria.

De las dos razones que acabo de indicarte, la primera es justa, la segunda reprensible.—No podemos, efectivamente, obligar á las personas educadas con delicado esmero, á que den vueltas al eje de una máquina, ó carden la lana con un rastrillo de hierro, ó manipulen al lado de una caldera de vapor. Para que la clase media pueda tomar parte en la industria, es necesario que la industria se afine, se perfeccione hasta producir los objetos de lujo. Trabajos industriales son los del lavado de oro á las márgenes del rio Missouri, y trabajos industriales son los del dorado de una estatuita de Pradier en las márgenes del Sena: sin embargo, son bien distintas las clases de gentes que pueden emplearse en la industria de California y en la industria de París. Si un pueblo ha de llamarse completamente industrial, es preciso que funda el hierro y que fabrique agujas, que cultive la morera y borde el raso; que abrace, en fin, los orígenes y el término de la produccion.—En cuanto á la segunda razon, es más moral que física.

Los españoles somos muy soberbios, y tenemos

á la industria por demasiado humilde: no apelamos á ella sino como último recurso, cuando debiéramos tomarla por base de los recursos más permanentes. Hay que sacar al pueblo de ese error, ó mejor dicho, de esa preocupacion ridícula y absurda; hay que crear tradiciones industriales, jerarquías industriales, costumbres industriales; hay que elevar el trabajo manufacturero en la consideracion pública, y sobre todo á los ojos de la mujer.

¿No has reparado nunca, Anatolio, en una pequeñez, que puede ser acaso muy trascendental? Lee la cuarta plana de un periódico extranjero, francés, sobre todo, y verás la multitud de casas de comercio, establecimientos, industrias, agencias y hasta sociedades que se anuncian bajo los nombres de *Madama Fulana*, *Viuda de Citano*, *Hijas de Perengano*, etc.—Lee la cuarta plana de un periódico nuestro, y verás si por casualidad descubres un solo anuncio ó reclamo en que la parte activa y responsable sea una mujer española.—¿No merece este fenómeno la pena de pensar en sus causas?

Muere en España el fabricante, el industrial, el trabajador, que en fuerza de laboriosidad y mérito ha adquirido reputacion y bienes de fortúna: ese dia contaba con lo más difícil de poseer para quien depende del público, con clientela; desde ese dia el ejercicio de su arte ó industria era sencillísimo no sólo para él, sino para cualquiera otro; y ese dia, sin embargo, señala la ruina de su familia. ¿Por qué?

Porque al fallecimiento de un fabricante ó industrial español, su viuda é hijas, que habian tenido á gala desconocer la industria de su padre; que habian permanecido retraidas de los talleres; que eran completamente ajenas al movimiento comercial, no tienen más remedio que proceder á la liquidacion y traspaso del establecimiento, lo que equivale á consumir su importe en breve plazo y mendigar despues una limosna, si no más humillantes y vergonzosos auxilios.— ¿Qué se diria de la mujer del sillero *Fulano*, por ejemplo, si se ocupase en saber cómo se hacen las sillas? ¿Qué se diria si las hijas del rico fabricante de camas de la calle de *Tal* ajustasen los sábados las cuentas de herreros y pintores, fondistas y enfermeros de un hospicio? — «A mi mujer la reservo para señora (dice el pobre hombre): á mis hijas no las dedico á menestralas (repite infatuado con el lisonjero presente que disfruta).— Y su mujer y sus hijas, que aplauden la cordura de su padre y marido, lloran despues á mares la ignorancia de todos, cuando la pobreza las reduce á patronas de huéspedes, ó cuando la liviandad las señala un puesto despreciable en los registros de la policía.

No lo dudes, Anatolio: á uno de estos dos extremos conduce generalmente en España la muerte del industrial; miéntras que en Francia, donde la mujer y las hijas no desdeñaban el trato de su casa, ni tenian á orgullo desconocerlo, sino ántes por el contrario, una llevaba los libros de fabricacion, otra los de venta, aquélla se entendia con los par-

roquianos, ésta con la correspondencia exterior, y todas, cuál más cuál ménos, contribuian al adelanto del patrimonio comun; en Francia, digo, á la muerte del cabeza de familia, si bien muere mucho, no muere todo, como en España.

Es necesario, pues, comenzar por perseguir la preocupacion de las mujeres contra el oficio ó arte que en su casa se cultiva, y persuadirlas de que, áun mirada la vida bajo el prisma material que se mira hoy, es preferible poseer bienes de fortuna y llamarse tendera, que ser la señora de *Fulano* y morirse de hambre.

Antes de proseguir, voy á salirte al encuentro de una objecion.—Tú habrás oido, á gente moderna por cierto, que la emancipacion de la mujer no es conveniente por el lado moral; y se fundan en que las dotes de independencia relajan los vínculos de la familia, á la manera que la emancipacion del hombre le separa del centro paternal. Esto es muy bonito, y hasta cristiano; pero la cuestion debe plantearse así:—¿Puede la mujer depender de sí propia sin emanciparse?—No.—Luego teniendo que depender de álguien, mejor es que dependa del trabajo que de la granjería; preferible es que se emancipe algo de la familia, á que se emancipe mucho de la honradez.

Además, el hombre ejerce por lo comun una presion despótica sobre los seres que le son inferiores. Llamamos sexo débil á la mujer, y sin embargo abusamos frecuentemente de su debilidad. ¿Qué hará la mujer cuando el hombre abuse? ¿se

irá con otro? ¿se morirá en un rincon?—Ni para lo primero tiene derecho, ni lo segundo debe exigirse de ella. No queda, pues, á la mujer otro medio que contrabalancear el despotismo del hombre con la posibilidad que tiene de desprenderse de él y acudir, en último extremo, á su emancipacion por el trabajo. ¿No te ha ocurrido á tí nunca la idea de que el hombre es déspota con la mujer, porque cree que ésta no tiene recurso alguno para vivir fuera de su lado? ¿No crees que el hombre sería más atento, y más humano, y más justo, si supiera que la mujer no le necesita absolutamente?

Yo pretendo que se haga en el órden económico, lo que en el religioso no ha podido ni debido hacerse. Tú sabes bien que si el matrimonio fuera disoluble, tendria más condiciones de armonía en el terreno práctico; porque nada hay que asuste al hombre como la posibilidad de que le quiten lo que posee. Pero ¡á dónde iríamos á parar con el divorcio! La union eterna es quizá la mayor conquista del catolicismo; y un tanto más ó ménos de libertad y dicha interior, no merece la pena de anublar los divinos resplandores de esa institucion que es la base de la sociedad y de la familia; que echan cada dia de ménos los que no la poseen; que tratan de hacer compatible con sus sectas los protestantes más decididos; que adoptan instintivamente en nuestros dias hasta los pueblos incultos, cuya necesidad, en fin, presienten los pensadores de todas partes, y cuyas excelencias ha cantado Proudhon casi con tanta fe como San Pablo.

Yo pretendo, repito, que se haga en el órden económico lo que, sin alterar el dogma pueda cubrir el vacío que la índole del corazon humano abre fatalmente en la vida conyugal. Demos á la mujer condiciones de independencia, que esto bastará para tener á raya el brusco predominio del hombre; dotémosla de medios de subsistencia propia, que esto mantendrá ese equilibrio de poderes indispensable en toda sociedad humana: y no haya miedo de que la mujer abuse como el hombre; no haya miedo de que deje á sus hijos, ni renuncie al hogar, ni mantenga viva una lucha que perturbe la paz del matrimonio; no: la mujer está formada de una masa diferente á la nuestra, la mujer (digan lo que quieran en contrario los que no la conocen ó los que la estudian en ejemplares mundanos), la mujer es tierna, es dócil, es sumisa; tiene encarnados en su alma los instintos de la obediencia y del deber; hace gala de su debilidad, para entregarse más por entero á la fuerza del hombre; es un conjunto de elementos amorosos que producen por resultado amor; y cuando este amor se apodera de ella, cuando la mujer ama, entónces prescinde de todos los derechos sociales, renuncia á todas las garantías especulativas, desprecia lo que pertenece al cuerpo para amar más y más lo que pertenece al espíritu; no calcula, no comercia, es toda del hombre y para el hombre. «Pasamos la vida (como dice Chateaubriand) hablando mal de las mujeres, cuando las mujeres no tienen otro defecto que el ser lo que nosotros

queremos que sean.» Pensar, pues, mal de las mujeres (digo yo) es pensar mal de nosotros mismos. No hay miedo en dar á la mujer condiciones de independencia, al paso que sí es preciso estimularnos á nosotros para hacernos más dependientes, cuando la poseemos de por vida.

Ahora bien: eduquémosla con ánimo de que pueda ser útil á sí propia; y aquí me tienes nuevamente sobre el tema de la educacion.

¿Debe ser la mujer sabia, ó ignorante?

No creas que voy á detenerme mucho en contestar, aunque arrostre la sonrisa de los que me oigan.—La mujer debe ser ignorante.—Pero, ¿cómo? ¿de qué? Hé ahí lo que voy á decirte.

Hemos dado en atribuir á la palabra *ignorante* una significacion más lata de la que tiene. Ignorante, entre nosotros, equivale á estúpido; y sin embargo, no es esa su verdadera significacion. Por eso te has asustado.—Sócrates *ignoraba* los fundamentos de la música: Mozart *ignoraba* los fundamentos de la filosofía de Atenas.—¿Me has comprendido?

Pues bien: yo quiero, ó por mejor decir, creo que la mujer debe ser ignorante, no estúpida; creo que se la debe educar, pero no como al hombre.—Y ¡ay del dia en que acabemos de educar á las mujeres como las educamos hoy, esto es, casi, casi lo mismo que á los hombres! Pues cuando ellas sepan lo mismo que nosotros, cuando puedan lo que nosotros, cuando sientan, piensen y ejecuten lo mismo que nosotros, y por añadidura sean en-

cantadoras como lo son, Anatolio del alma, ¿quién las resiste? ¿quién las gobierna? ¿quién dará de mamar á nuestros chicuelos?

La mujer debe ser ignorante con relacion á lo que el hombre necesita aprender; pero debe ser sabia con relacion á lo que á ella misma corresponde. Si una mujer llega á saber tanto como Séneca, no lo dudes, sería estúpida; al modo que si Séneca hubiese llegado á saber tanto como tu madre, sería hoy el ludibrio, que no la honra de los cordobeses.—¿Me entiendes ahora tambien?

Pero temo que me preguntes lo que suelen preguntar los patriotas anglo-americanos: ¿y por qué esas diferencias entre hombres y mujeres? ¿pues no son unas y otros la misma materia y el mismo espíritu? ¿no constituyen ámbos la familia humana? ¿qué privilegio puede tener ni invocar el hombre sobre su compañera?

Permíteme que te trate con cierto desdén si tal preguntas. Pues qué, ¿no has reparado que á la mujer no le sale bigote en el labio superior, ni patillas alrededor de la cara? ¿no has caido en que la mujer tiene la carne más redonda, más blanca y más suave que tú? ¿no has observado que la mujer más alta apénas tiene la estatura del hombre más pequeño? ¿no te dice nada, por último, el que tu madre fuese mujer y no pudiera ser hombre?—Hay diferencia entre el hombre y la mujer, porque las hay entre el sol y la luna, porque las hay entre el mar y las montañas, porque las hay entre el que da el pecho á un niño y el

que sale á buscar una piel de oso para abrigarle.

Por eso digo yo, y siento como axioma, que el que quiera saber lo que necesita una mujer, no tiene más que buscar lo contrario de lo que necesita un hombre.

Nombré al sol y á la luna, y no quiero apelar á otros datos para mi dialéctica. ¿Quieres un plan de educacion completo?—Eduquemos al hombre y á la mujer como Dios educó al sol y á la luna.

Ambos son redondos, ó por lo ménos lo parecen; ámbos dan luz y calor (ya sabes que el calor de la luna está probado); ámbos presiden el sistema planetario, como si dijéramos, el sistema viviente de la inmensidad; ámbos giran en amante consorcio prestándose sus bienes, y ayudando en comun á producirlos; ámbos se aman y se buscan y se acarician; y para decirlo en una palabra, á él se le llama ÉL, y á ella le decimos ELLA.—Él es más alto y más grande, ella más baja y más pequeña; él es fuerte y soberbio, ella débil y tímida; él da una luz que deslumbra, un calor que abrasa, una fecundidad que engendra: ella en su luz es dulce, en su calor suave, en su fecundidad productora; él preside los trabajos del hombre, ella vela el alumbramiento de la mujer.—¿Sabes lo que pienso, Anatolio? ¿Si serán el sol y la luna, en la tésis divina de lo absoluto, lo que el hombre y la mujer en la tésis humana del pequeño mundo terrenal?

No me contestes, y continúo:—Eduquemos al hombre y á la mujer como Dios educó al sol y á

la luna. Démosle á él todo el calor, toda la luz, toda la fuerza, toda la actividad; hagámosle profundo en sus concepciones, vehemente en sus actos; que en el invierno hiele, que en el verano abrase; que él conjure la tempestad, que él rasgue la bruma, que él cultive la tierra, que él tirite y que sude, que trabaje, en fin, todos los dias, aunque duerma todas las noches. Démosle á ella toda la ternura, toda la suavidad, toda la gracia: su luz, reflejo y no más de la del hombre, que sea superficial, pero agradable; su calor, asimismo prestado, que temple con dulzura contínua, más al alma que al cuerpo, más á la imaginacion que á la materia; sus tareas y cuidados que reemplacen tambien á los de su compañero, pero con ménos exigencias, con menor energía; y ya, por último, que vela por el hogar del hombre, que no haya de velar todos los dias del mes ni todas las horas de la noche.

¿Enseñarás á la mujer las ciencias? ¿Por qué ni para qué? Basta que tenga la luz prestada de sus nombres, de su objeto y trascendentales fines.

—¿Enseñarás á la mujer las artes y la industria? ¿Por qué ni para qué? Basta que tenga las nociones indispensables para auxiliarlas, para coadyuvar á su ejecucion, para producir resultados de consuno; pero sin pretender que adquiera iniciativa, sin imbuirla un poder creador que ni necesita, ni tiene, ni obtendrá nunca.

Despues de todo, lo que hace falta á la mujer, y lo que yo quiero para ella, es posibilidad de ven-

der la ciencia, de vender el arte, de vender la industria; es decir, de cambiar por dinero sus facultades; y tú sabes bien, Anatolio, que la ciencia, y el arte, y la industria que se venden, no son las del filósofo y el sabio, sino las del recolector, las del obrero, que siguen al sabio y al filósofo en el resultado de sus tareas.—El expendedor del pan no necesita las mismas cualidades del que siembra el trigo; así como el que fabrica pitos para los muchachos, no necesita conocer los fundamentos de la acústica, ni la teoría de las vibraciones.

Enseñemos, pues, á la mujer un arte ó un oficio.

Los oficios ó artes que deben cultivar las mujeres están indicados por ellos mismos. Todo lo que es limpio, minucioso, ordenado y bello, parece y es verdaderamente propio de la mujer. Las obras de paciencia, con especialidad, no pueden encargarse á nadie mejor que á ella. Además, en la duda de buscar divisiones arbitrarias, se deben seguir siempre las divisiones de la naturaleza.

Hay en el mundo tres clases de trabajos: los que verifica el cuerpo con abstraccion del entendimiento, los que verifica el entendimiento sin ocupar al cuerpo, y aquellos otros para quienes ni el entendimiento ni el cuerpo necesitan dedicar toda su accion. Los primeros, esto es, los *corporales*, son para el hombre rudo; los segundos, *mentales*, son para el hombre ilustrado; y los terceros, que podremos llamar *indiferentes*, están convidando á la mujer.—¿No sería ridículo, por ejemplo, ver á

un hombre detrás de un mostrador despachando billetes de lotería? Y ¿no sería ridículo ver á una mujer sacando punta al eje de un carro?—Luego no hay que calentarse mucho la cabeza para determinar los oficios de la mujer.

Y ahora que te he hablado de hombres robustos que pasan su vida detrás de un mostrador vendiendo billetes de lotería, sígueme á un paseo mental por esas calles, y encontrarás ocupaciones productivas y honestas para un sinnúmero de mujeres.

Ve ese *almacen de modas* (que así es necesario hablar para que nuestros contemporáneos nos entiendan) y oye la conversacion que una dama, recien salida del carruaje que hay á la puerta, entabla con uno de los cuatro ó seis jóvenes, elegantes, apuestos, instruidos y honrados, que consumen diez y ocho horas del dia detrás del mostrador.

—A los piés de usted, condesa.

—Adios, Nicanor; ¿qué tal?

—Perfectamente: ¿y las señoritas?

—Gracias. ¿Tiene usted encaje de Alenzon de tres dedos?

—Sí, señora, aunque no tan bonitos como esos tres dedos con que usted me señala el ancho.

—Gracias. Y ¿á cómo?

—A como usted guste, condesa. A cincuenta reales.

—¡Jesús! ¡qué judío!

—Y ¿se divierten ustedes mucho?

—¡Pichst! Yo no lo pago más que á diez y ocho reales.

—Usted se lo llevará de balde. ¿Ha abierto sus salones la marquesa?

—No sé. Conque, ¿á cómo lo último?

—A cuarenta y nueve y medio, condesa, y pierdo dinero.

—Ustedes lo que pierden es la conciencia. Yo no paso del duro.

—¿Cuántas varas mido?

—Tres cuartas.

¿Te parece, Anatolio, digna ocupacion de un hombre que ha pasado su niñez en un colegio, que ha estudiado geografía y matemáticas, que conoce el francés y la partida doble; te parece digna ocupacion la suya, requebrar por costumbre á una dama que no le gusta, sufrir su indiferencia desdeñosa, y mentir, por último, en cuanto á precios y valores de la mercancía, más que un gitano miente cuando ajusta la compra de un borrico? ¿No te parece que todo lo que compra la mujer (y la mujer compra dos terceras partes de lo que se vende) debe venderlo la mujer misma?—Pero sígueme á otra parte, y observa.

Mira aquella tiendecita, especie de cajon de pasas puesto de pié, cuyo mostrador comprime contra la anaquelería el abdómen de tres ó cuatro mozos, alguno de los cuales esconde ya sus barbas en el chaleco: míralos sentados en sillas altas á manera de chicos que comen en mesa grande, entretenidos en pegar con goma de boca las puntitas de papel que se despegaron de un abanico; repara la coquetería con que apuntan al ojo de una aguja

para enhebrar hilo negro y coser con él los desgarrones de un paraguas; detente á contemplar la escrupulosidad *monjil* (dispénsame el calificativo) con que restauran la aguada del paisaje deslustrado, y díme: ¿no te parece que esos oficios son propios y exclusivos de la mujer? ¿No te parece que aquellos hombres están robando fuerza productora á la sociedad?

Entra en los estanquillos y verás qué de señores graves, encanecidos en la holganza de algun destinejo que les quitaron en otra época, ocupan sus viriles años en vender cajetillas de Alicante y pitos de la Coruña, papel de la Pantera y fósforos de Yurrita, como si en efecto estuvieran haciendo algo. ¿No te dan ganas de entrar con el escobon del templo y arrojar á aquellos mercaderes que negocian con el hambre de la mujer?

Asómate á una tienda de papelero, y observa cuatro ó seis tagarotes de veinte años, recien venidos de la Liébana, que con las manos amoratadas de sabañones, doblan plieguecitos de papel y los casan y arreglan para formar cuadernillos de escribir: ¿no se te ocurre que aquellos zánganos debieran tirar más propiamente del carro en que vienen las resmas, y dejar la plegadera de marfil para las delicadas manos de una muchacha?

¿Y qué me dices del oficial de ebanista que pasa el dia restregando la muñequilla del barniz por el tablero alisado de una mesa, ó dando de lija á los contornos de una flor tallada, ó cubriendo con panes de oro la superficie del marco de un espejo?

¿No se te subleva la sangre de pensar que aquel hombre cobrará á la noche diez y seis ó veinte reales por su soñoliento ejercicio, miéntras una mujer está dando treinta mil puntadas de guante por diez y seis ó veinte cuartos?

Y ¿qué me dices del oficial de impresor que ha compuesto estas líneas? ¿no te parece un vago, sentado quince horas en un taburete zancudo, teniendo delante la caja de las letras de plomo, á su derecha el galerin para colocar la columna, y en su mano izquierda el componedor, á donde allega y encarrila los caractéres sin poner casi nada de su entendimiento y ménos todavía de su fuerza física?—¡Ah! ¡Loor una y mil veces á la reina Victoria de Inglaterra, que ha protegido é inaugurado por sí misma la primera imprenta en que van á componer líneas las mujeres! A Inglaterra estaba reservado, que no á la Union Americana, de donde no ha venido nunca ni vendrá jamás nada verdaderamente humanitario; á Inglaterra, digo, estaba reservado el dar el primer paso en la verdadera emancipacion de la mujer: ¡oficios cómodos y no derecho electoral, es lo que necesitan las pobres!

Sí, Anatolio: si á las mujeres se les diera la educacion que te he indicado, y si los hombres comenzáramos á estimar más á la que tiene las manos un poco descompuestas por la labor, que un mucho pulidas por la holganza; si se hiciese de moda el preguntarlas, y de moda el decir qué ejercicio lucrativo tenian en reserva para el dia de ma-

ñana; si acostumbrásemos á desdeñar á la que hace gala de ignorarlo todo, y tributásemos elogios á la que, no necesitando de nada, se ocupa de algo, verias entónces qué puestos conquistaban las mujeres en la sociedad; cuántas lágrimas les excusaríamos (vergonzosas á veces) cuando buscan al hombre porque no tienen otro remedio; y por último... pero no creo prudente continuar en este camino. Oye mi última palabra.

Yo quiero en la mujer un compuesto indefinible de ignorancia y sabiduría: yo quiero que la mujer ignore todo lo que el hombre necesita saber; quiero que sepa todo lo que el hombre debe razonablemente ignorar: yo quiero que la mujer y el hombre respondan en cuanto á la accion de sus sentidos, al fin para que existen en la tierra, al fin para que Dios los ha criado; quiero que sean un compuesto de elementos diversos que constituyen un todo armónico. El hombre ha de llevar la iniciativa, la ciencia, el derecho, digámoslo así; la mujer ha de llevar la ejecucion, la prudencia, el mecanismo, en una palabra. Él y ella han de ser tan discordes como necesitan serlo el macho y la hembra de los moldes de fundicion: cada uno de por sí, la mitad; separados, nada; juntos, todo.

Nuestros abuelos no querian que la mujer aprendiese á leer ni escribir; y este absurdo de hecho, era, en mi juicio, una admirable prevision de derecho. «El hombre aprende esto (decian ellos); ¿para qué ha de aprenderlo la mujer?»—Y tenian razon. Deslindemos los campos: que el hombre

no robe á la mujer sus quehaceres, sus ocupaciones, su ciencia; que la mujer no se entremeta en la ciencia, en las ocupaciones y quehaceres del hombre. Vivan ámbos tan separados como deben vivir los que han de estar unidos. Las ruedas dentadas hacen mover las máquinas, porque el diente de una se amolda á la mella de la otra: equidistad los dientes, y despues de romperse, se parará la máquina.

Piensa en lo que llevo dicho, Anatolio; y si yo he acertado á explicarme bien, ó tú á comprenderme, creo que de mis dos últimas cartas sacarás estas dos conclusiones.

Primera:—La mujer debe ser independiente.

Segunda:—La independencia de la mujer le asegura su dichosa dependencia del hombre.

TERCER PROBLEMA:

EL HOMBRE DEL SIGLO XIX, ¿DEBE CASARSE?—EN CASO AFIRMATIVO, ¿DEBE BUSCAR MUJER VIEJA Ó JÓVEN, FEA Ó BONITA, RICA Ó POBRE?

CARTA PRIMERA.

Llego, Anatolio, al punto más comprometido de mi correspondencia; á aquel en que es preciso sintetizar; al que exige soluciones prácticas en un asunto puramente teórico y que hasta el dia se ha resuelto por los nervios. El siglo en que vivimos no consiente que se diga «hice tal cosa sin saber por qué:» ahora es preciso decir «hice un disparate, pero yo sé las razones por que lo he hecho.» —Las razones, pues, en que los hombres y las mujeres deben apoyar los disparates ó corduras que ejecuten respecto al matrimonio, van á ser el objeto de estas cartas.

Al abordarlo francamente contigo, me encuentro con el primer brazo del problema:—*El hombre del siglo XIX, ¿debe casarse?*

Pregunta es esta á la cual están contestando por mí los novios y las novias en los tribunales eclesiásticos. Jamás se ha hablado peor del matrimonio que en la época presente, y nunca sin em-

bargo se han hecho más casamientos que ahora. Y es que sucede cuando se habla de matrimonios lo que cuando se habla de *los tiempos*. Por todas partes oirás decir:—«Están los tiempos muy malos;» y esto se dice cuando en veinticinco años ha triplicado la riqueza de la nacion, ó lo que es lo mismo, cuando España disfruta lo que jamás ha disfrutado; pues sin conquistas, ni anexiones, ni flotas americanas, crece en poblacion y riqueza al nivel de los mejores países de Europa.—Lo mismo sucede con los matrimonios:—«¡Están perdidos los casamientos!»—dicen las mujeres; y apénas hay mujer ni hombre disponible en estos tiempos, como te lo voy á probar con la inflexible lógica de los números.

Tú sabes que en 1857 se hizo en España el primer recuento de poblacion, bien hecho. Ese recuento arrojó quince millones y medio de peninsulares próximamente: de ellos, cerca de nueve millones eran solteros; cinco millones y medio casados, y más de millon y medio viudos; esto es, personas que habian acometido la árdua empresa. Teníamos, pues, de quince millones y medio de españoles, cerca de nueve, solteros; y más de siete, casados y viudos.—Dos años despues, en 1859, ¿qué número de matrimonios creerás que se verificó? Echa largo, y todavía no acertarás que fueron ciento doce mil novecientas tres bodas las que autorizó la Iglesia.

Ochenta y seis mil y pico de solteros se casaron aquel año; doce mil y tantas viudas reincidieron

durante el mismo; ¡y cosa particular! cerca de catorce mil viudos no tuvieron inconveniente en volver á ponerse el collarejo, probando así que habian quedado aún más satisfechos que las mujeres.—¡Ciento doce mil novecientas tres bodas en un año: Anatolio! ¿lo entiendes? una boda por cada ciento treinta y siete habitantes.

Pero no es eso todo: los números hablan muy alto, y puesto que en números estoy, voy á apurarlos para asustarte.—En ese recuento de que te hablo, resultaron ocho millones de habitantes comprendidos entre la edad de diez y seis á cincuenta años, esto es, en la edad un tanto exagerada de los matrimonios; pues ni habrás conocido muchas personas casadas á los diez y seis, ni me negarás que los cincuenta son el límite ordinario de la viudez. Pues bien: de esos ocho millones escasos de habitantes susceptibles de matrimonio, habia casados siete millones y doscientos mil, ó lo que es igual, todos los que racionalmente podian estarlo.

¿Me preguntarás ahora si el hombre del siglo XIX debe casarse?—Yo no sé si debe casarse; lo que sé es que se casa.

Y hace perfectamente en ello. El matrimonio no es la felicidad, como muchos dicen, y de ahí proviene su error, porque la felicidad no es de la tierra; pero es el más normal y legítimo de los estados, el ménos propenso á la ruina física y moral, el mejor de los males de la vida en el mejor de los malos mundos posibles.—Es además

el matrimonio la única fórmula práctica de la *autonomía* del hombre.

No te asustes al oir usar ciertas palabras: cuando aparecen en el mundo del pensamiento ideas nuevas, es necesario usar nuevas voces para expresarse; y en tal concepto uso yo de la palabra autonomía.—Si lees periódicos, como supongo, estarás cansado de verla escrita á propósito de todo, y cansado tambien de saber lo que significa, aunque no de encontrar tan á la mano la idea que representa.

La autonomía del hombre, pues, su *yo mismo*, el verdadero ejercicio de su personalidad, no principia hasta despues del matrimonio. El hombre para ser libre, para ser independiente, necesita ligarse á una mujer y á unos hijos: no es rey de su persona, hasta que es esclavo de su familia. Y aquí notarás el error en que por lo comun incurren los solteros, cuando dicen que conservan el celibato para conservar su independencia.—¡Independiente el hombre soltero!, ¡y hace dependiente su vida del interés de los extraños, no del amor; del interés, que constituye la dependencia más servil y bastarda de cuantas existen! ¡Independiente el hombre soltero!, ¡y tiene que depender de todo el mundo!

El hombre soltero es independiente para vivir sin casa ni hogar; es independiente para sufrir sus propios pesares, sin que ojos amorosos le consuelen con su llanto; es independiente para padecer sólo sus dolencias físicas, sin que á nadie le im-

porte su curacion; es independiente para querer los hijos de cualquiera, sin la esperanza de que esos hijos le llamen padre; es independiente para galantear á todas las mujeres, sin la ilusion de que alguna le conserve fidelidad despues del galanteo; es independiente para arruinarse, sin que un freno social contenga sus dilapidaciones; es, en fin, independiente para morirse, sin el miedo de que nadie vaya á poner una flor en su sepultura!—Tal es la independencia tan decantada del celibato.

El matrimonio, por el contrario, establece alrededor del hombre una pequeña sociedad, provista de códigos sabios é imparciales, que regulan y armonizan todos sus movimientos; y como nunca es más libre el individuo que cuando está dendro de las leyes, nunca tampoco, como acabo de decirte, es más rey de su persona que cuando se hace esclavo de su familia.

La familia, concretando sus afectos, le aparta de los afectos mercenarios sin violencia; la familia, exigiendo condiciones de estabilidad, le hace olvidar su vida de aventuras; la familia, reclamando recursos contínuos, le obliga á pensar en el trabajo que enaltece y honra; la familia, ocupándose con desinteresado interés de cuanto le concierne en el órden doméstico, proporciona al hombre la independencia social, que de otra suerte se halla cohibida por las necesidades personales; con la familia, el hombre es hombre; sin la familia, el hombre es poco ménos que una mujer.

Debe, pues, casarse el hombre del siglo XIX, aún con más razon que se casaba el hombre del siglo XVIII; como se casará el del siglo XX con más razon que el del XIX; porque el matrimonio es un progreso. — Lo que el hombre de este siglo debe hacer para casarse, es pensarlo maduramente, lo cual es un progreso tambien, y no fiar á la impremeditacion un acontecimiento que principia con la juventud y acaba en el sepulcro.

Hé ahí todo lo que tengo que decirte acerca de la primera cuestion.

Pero como consecuencia de ésta, nacen las dos ramas que constituyen el segundo brazo del problema: — *Dada la necesidad del matrimonio, ¿debe buscarse mujer vieja ó jóven, fea ó bonita?*

No esperes que vacile en el consejo que corresponde al primer extremo de esta segunda tésis. La edad de la mujer propia, puede y debe reducirse á verdadera fórmula matemática. Si en las demás cualidades de la esposa cabe discusion, y por consiguiente divergencia de opiniones, lo que es en cuanto á la edad no cabe ninguna.

La mujer debe ser mucho más jóven que el hombre.

Acepta, Anatolio, este principio como un axioma.—Tú habrás oido decir muchas veces, y así es la verdad, que la inocencia siempre parece niña; y es que la malicia, compañera inseparable de la experiencia, crece con nuestra edad á despecho de educaciones y misioneros. Hay en la edad algo de terrible que no depende sólo del miedo hácia

el término de la vida, sino de la pesadumbre moral que acarrean la experiencia y la malicia que recogemos con ella. Cuando el hombre echa de ménos los dias de su niñez, no creas, no, que se acuerda de unos goces, casi siempre ficticios y por consiguiente no disfrutados; lo que recuerda con dolor, lo que echa de ménos con honda amargura, es el dia, cada vez más distante, en que la falta de malicia y de experiencia le hacía ver sonrosado lo que entónces se le presenta negro.

Es, pues, la poca edad garantía aceptable de inocencia y blandura de corazon; al paso que los años ofrecen por sí mismos motivo suficiente para esperar endurecimientos y falsedades. — Ahora bien: desde cualquiera edad que mires el matrimonio, siempre la juventud de tu consorte con relacion á tu edad, ha de ser garantía de que por pequeños que sean tus desengaños, serán sin duda mayores que los suyos; y caso de que alguno lleve engañosas ilusiones al tálamo, preferible es que la engañada sea la esposa.

El matrimonio no es, como generalmente se cree, un contrato entre dos personas: es un contrato que hace una persona con otra. Alguien de los dos se halla ménos ofuscado al contraer la coyunda; alguien de los dos va más ciego, ó si se quiere, ménos precavido al matrimonio. Si el ciego es la mujer, esta ceguedad, depositada primero en tí y despues en vuestros hijos, prolongará la inocencia de tu esposa, y por consiguiente la dicha de vuestra union. Pero si el ciego eres tú, si ella es la

que ve claro en la pequeña sociedad que formais, no lo dudes, al cabo de poco tiempo tu mujer es ó desgraciada ó perjura.—El hombre se distrae de su falta de ilusiones en el trabajo, en el estudio, en los negocios: la mujer no se distrae de su aburrimiento más que con la liviandad ó con las lágrimas.

Prescindo de la conveniencia, universalmente reconocida, de que el jefe tenga mayor representacion social que el subordinado: prescindo tambien del inmenso ridículo que acarrea al matrimonio la desigualdad de edades, cuando el anciano se ve escarnecido por la muchacha, cuando la vieja se ve burlada por el jóven, cuando el jóven y la muchacha se ven acusados de avaricia, cuando la anciana y el anciano se ven tachados de concupiscentes. Prescindo asimismo de la escasa juventud que goza la mujer, y prescindo de esto, porque el asunto tiene más trascendentales complicaciones.

Hay un fenómeno en la naturaleza (si es que las ideas *naturaleza* y *fenómeno* pueden avenirse) sobre el cual he meditado profundamente, sin que hasta ahora y á propósito de esta cuestion le hubiese hallado satisfactoria inteligencia. Este fenómeno consiste en lo efímero y transitorio de las bellezas femeniles, siendo así que con tanta proligidad y esmero se hallan aglomeradas en la porcion escogida del género humano. La mujer, en efecto, criada para producir muchas y muy agradables impresiones á la vista del hombre, dispone por tan cortos dias de sus gracias personales, que

casi da lástima de un tan exquisito trabajo, dado para tan pocas horas de lucimiento. Esta idea ponia siempre en tortura mi imaginacion.

Pero cuando despues he reflexionado en las circunstancias que rodean la vida de la mujer hermosa; cuando la veo ocupada dia y noche en aumentar y perfeccionar sus atractivos; cuando observo la persecucion constante, la adulacion perenne, la glorificacion eterna con que el hombre la acosa sin permitirla momento de reposo familiar, ni instante que dedique á la vida comun de las demás criaturas; cuando medito luégo en la impresionabilidad y ligereza del sexo, tan á propósito para dejarse seducir por lo vano y supérfluo de las cosas del mundo, entónces he conocido que la perpetuidad de su hermosura equivaldria á la inhabilitacion de su destino; que una mujer siempre hermosa, sería con dificultad buena mujer, buena esposa y buena madre.

Por eso las gracias y hermosura de la mujer, se limitan á la época de la juventud; época de que el hombre necesita de exterioridades para hacer la eleccion, y pasada la cual, la hermosura es reemplazada con exceso por los afectos desinteresados de la familia.

Una vez perdida la lozanía de la juventud, principia la mujer á verse libre de persecuciones importunas; deja de pensar en lo frívolo, que sólo le producia requiebros galantes, para pensar en las cosas sérias de la vida, que pueden producirla sinceros elogios; y si alguna vez echa de ménos

la palabra que tantas veces halagó su oido cuando niña, vuelve á escucharla con emocion de boca de su hijo, porque para un hijo no hay en el mundo hermosura mayor que la de su madre.

No es, pues, un fenómeno de la naturaleza, sino ántes bien, una consecuencia lógica del órden de la vida, el fugaz atractivo de la mujer; y tanto es esto cierto, que á poco que en ello se medite no podrá ménos de exclamar el pensador, parodiando al poeta: *¡Ay infeliz de la que vive hermosa!*

Sí: ¡infeliz de la mujer que tiene por oficio la hermosura; infeliz de la mujer que, pasada la época de su juventud, que es la época de sus gracias, la época de sus devaneos, la época en que pueden perdonársele sus debilidades, y sobre todo la época en que necesita agradar, conserva perenne la belleza provocadora é irresistible que cautiva y sojuzga al más varonil entendimiento! ¡Desdichada de ella y de los que la rodean; tanto más si son sus hijos y su esposo!

¡Dichosa en cambio (y dichosos los que la cercan) la mujer que á un agradable continente reuna la belleza moral de su alma y la belleza física de su amor!—Porque hay una belleza física de que apénas se han ocupado los hombres con la pluma, áun cuando no sea yo el primero que la haya notado en el mundo; y esta es la belleza material de la pasion, la hermosura tangible, permítaseme llamarla así, que posee la mujer cuando se extasía en la contemplacion del hombre amado. Semejante belleza, que no se marchita con los años, que no

puede ser codiciada de los otros, que es tanto más legítima y verdadera cuanto ménos procede de la voluntad; semejante belleza, digo, basta seguramente para justificar el epíteto de bello que ha recibido el sexo que la posee.

La otra hermosura de la mujer no es más que un gancho de que la naturaleza se ha valido para atraer á los hombres que necesitan exterioridades deslumbradoras, de esas que hablan á los ojos ántes que al entendimiento. Por eso no son igualmente hermosas todas las mujeres, porque no todos los hombres necesitan el mismo iman. Y la prueba de que es esto, y no otra cosa, se obtiene, no sólo meditando en lo efímero de su existencia, sino en lo dudoso de la existencia misma de esa hermosura.

Parecerá herética esta proposicion que voy á escribir, Anatolio; pero piensa en ella ántes de escandalizarte:—*La belleza física de la mujer es una mentira.*

Y ya que he sentado esta proposicion, escucha otra:—*Todas las mujeres son bellas.*

Es una mentira la belleza de la mujer (considerada para otra cosa que para iman), como es una mentira el sentido del tacto, considerado para otra cosa que para percepcion de primeras impresiones. Recuerda una ley física que dice que el hábito, ó costumbre de tocar, embota la sensibilidad del tacto, y se te vendrá á la imaginacion esta otra ley moral que formulo yo diciendo: que el hábito ó costumbre de contemplar la belleza de las fac-

ciones, embota la facultad de discernir sobre esa misma belleza.—No de otro modo, que siendo posible esta última ley, te explicarás por qué tus padres, tus hermanos, tus amigos de la infancia, no sólo no te parecen feos, sino que áun siéndolo muy mucho, se te figuran en ocaciones tan bellos como los más hermosos de la tierra. Y ciertamente que á no estar tonto ó loco, como la generalidad de las gentes no lo está, sería imposible que te pareciera hermosa la cara que es fea, como es imposible que te parezca fea la cara extraña que á todas luces es hermosa.

Hay, pues, mucho de costumbre en esta cuestion de la belleza de las facciones; costumbre que nos coloca en una especie de limbo psicológico, desde el cual no comprendemos ni un *máximum* ni un *mínimum* de hermosura, sino el medio término que tanto se parece á la indiferencia.—Pregunta á un novio si le parece su novia bella, y de seguro te dirá que sí: pregunta á un marido si le parece hermosa su mujer, y, como te conteste con la mano puesta en el corazon, te dirá que no lo sabe. Cuando novia, le parecia tan bella como debe parecernos la mujer que nos ha enamorado primeramente por las facciones: cuando esposa, no le parece ni más ni ménos bella que en lo que en mayor ó menor grado evidencie la hermosura de su alma.—Desaparece, digámoslo así, la faccion del rostro á medida que aparece la faccion del espíritu; y en tanto conservamos la calma de apreciar los contornos artísticos, en cuanto vamos per-

diendo la serenidad que se pierde irremediablemente por la pasion.

Puedes asegurar, sin temor de equivocarte, que no está bastante enamorado de su mujer el hombre que aprecie con exactitud todos los grados de su belleza física; así como puedes asegurar que sí lo está muchísimo el que tiene por hermosa á la mujer que no lo es para los otros.

Acabo de escribir la palabra *otros*, y con ella he tocado la parte lastimosa de la cuestion.

Créeme, Anatolio, el hombre que se casa con una mujer hermosa, y nada más, adquiere una hermosura para encanto de los otros, no para recreo y encanto de sí mismo. Los otros la contemplan siempre nueva, es decir, siempre en la forma que á él le sorprendió al enamorarse de ella; miéntras que él, pasado cierto tiempo, y embotada, como te dije ántes, su facultad de discernir, no posee más ni ménos que una mujer cuya belleza le cansa, si es que la percibe todavía.

Y ¡ay del desdichado que posee con indiferencia una hermosura deslumbrante y provocadora para los demás! ¡Ay del desdichado que pasea por las calles una mujer, más hermosa para todos que para sí mismo!

La belleza del alma en cambio, esa belleza que al cabo de cierto tiempo nos hace percibir una belleza física que no existe, es ménos ocasionada á la admiracion y al deseo de los otros, en cuanto va más honestamente oculta entre los pliegues de la existencia moral. Su propio sér repele agresiones

indignas; su falta de aliciente exterior la precave de duras pruebas; su aparente vulgaridad la permite confundirse en la multitud; y sobre todo, su privilegio de duracion y acrecentamiento, la hace triunfar siempre de esa otra belleza tan resbaladiza y tentadora, como pasajera y deleznable.

No te cases, no, amigo mio, con una mujer hermosa: las mujeres hermosas son como los cuadros buenos, que no pueden comprarlos los pobres sin arruinarse; pero sí pueden verlos y admirarlos en los museos. Deja á las mujeres hermosas para adorno de salones y de palacios, que allí donde no tienen que ser madres de familia, que allí donde no tienen que ser mujeres propias (en la rigurosa acepcion de estas frases), allí se compondrán y adornarán para exhibirse despues á tu vista, radiantes de gracia y hermosura, en la gran rotonda del Teatro Real, ó en la vasta galería de la Fuente Castellana.

CARTA SEGUNDA.

Invoco al principiar esta segunda carta, Anatolio mio, á todos los númenes antiguos y modernos que en casos graves han invocado prosistas y poetas, para que me iluminen con la antorcha del buen sentido, por este espinoso campo en que me mete el deseo y la obligacion de hablar sobre asuntos peligrosos. ¿Conoces tú alguno más peligroso que el mercantilismo del amor?

Pues de eso tengo que hablarte en justa solucion del problema acordado; por más que yo debiera esquivar, como hacen todos, ciertas cuestiones desagradables, en que se corre el riesgo de disgustar á muchos y no dejar satisfecho á ninguno.—Pero tú me preguntas:—«¿Debo buscar para casarme mujer rica ó mujer pobre?—y fuerza es contestar á tu pregunta.

Desde luégo te diré lo que dice el mundo: entre una mujer muy rica y otra muy pobre, no es dudosa la eleccion.—Y «¿cual es la mujer muy rica?» me dirás.

Una mujer muy rica es la hija de un caballero que posea seis mil duros de renta propia. — Seis mil duros de renta, ya lo sabes, es en España el sueldo de un arzobispo, de un capitan general de ejército, de un ministro de la corona; ó lo que es igual, el límite de las ambiciones públicas. Y te recuerdo esto, porque presumo que tienes una idea equivocada de la renta de los magnates.

Tú oirás por ahí hablar todos los dias de fortunas fabulosas, de millones de capital y miles-duros de renta; pero no sabes que la mayor parte de eso es conversacion. Seis mil duros de renta territorial, suponen unas propiedades cuyo valor excede de ciento cincuenta mil duros; y ciento cincuenta mil duros de tierra, son muchos cortijos y muchos millones. Abre los libros del impuesto directo, y verás que muy poca gente posee esos capitales. Recorre la lista de los que pueden ser senadores por derecho propio, y verás qué poquísimos logran justificar la renta de diez mil duros. Hasta para los grandes de España, esa cantidad que he presupuesto pasaria, si fuésemos á profundizar, por la norma de sus rentas. Sólo los banqueros difieren de este cálculo, y sin embargo, los banqueros, como te indicaré despues, son mucho más pobres que los grandes de España, áun cuando parezcan mucho más ricos.

Para formar idea exacta de los capitales, es menester no perder de vista que estamos en el siglo del crédito, en el siglo del papel-moneda y de los valores ficticios. La gran conquista de la civiliza-

cion que se llama *crédito*, ha hecho que cada duro de plata que posees represente otro duro de papel que pagarias á la vista si te lo presentaran, lo cual convierte en cuarenta reales tu duro primitivo; y como el que tiene cuarenta reales puede girar por otros cuarenta, sin girar en falso, resulta que cada duro tuyo vale en este siglo ochenta reales; ochenta reales que en realidad manejas, ochenta reales que cuentas como fortuna propia, que te producen intereses, y que te dan una consideracion cuádruple de la verdad.—Por eso el que tiene seis mil duros de renta radical, figura hoy á la altura de veinticinco mil, y veinticinco mil duros de renta, ya lo sabes, suponen una hacienda ó un giro de ocho millones de reales al interés del tres por ciento consolidado.—Es, pues, un millonario el hombre que posee seis mil duros de renta fija.

Además, todo el que por herencia ó propio trabajo ha llegado á adquirir seis mil duros de renta, hay derecho á creer que tiene otros dos lo ménos de sueldo, cesantía ó emolumentos públicos y privados. El general, el magistrado, el comerciante, el título que posee esta fortuna, han adquirido seguramente condicion militar, civil ó industrial que produce cuarenta mil reales al año. Puedes asegurar, sin temor de equivocarte, que el que tiene seis mil duros de renta, tiene ocho.—Considera ahora que un rentista semejante no se trata sino con otros que le igualan ó le superan en recursos; lo cual equivale á decir que así como él hace disfrutar de la mitad de su renta á sus

amigos, en saraos, festines y recepciones, él disfruta á su vez de gran parte de la renta de los otros, por una especie de asociacion tácita de capitales, que es la que constituye el lujo. Cuéntale, en consecuencia, cuatro ó seis mil duros más de representacion y disfrute, con cuya suma tendrás que el propietario de que me ocupo gasta al año catorce ó diez y seis mil duros, que le dan la consideracion justísima de un potentado.

Con una hija de este señor es con quien quiero casarte, Anatolio, ó por mejor decir, con quien tú, para hacer negocio, deberias casarte.—Voy á pasar por alto que ese caballero no te quiere, ni su mujer tampoco, y sus parientes y amigos mucho ménos. Voy á pasar por alto el ridículo social que arrostras con aspirar á la mano de una muchacha rica, por cuya sola circunstancia han de reirse todos de tu amor. Pasaré tambien por alto los pesares y sofocos que acarrea el matrimonio judicial y forzado: de todo esto quiero desentenderme, porque aspiro á pintarte el asunto de color de rosa.

Vas á ver la lotería que te busco.—Quieran ó no quieran los padres, la chica quiere; sus tres hermanos menores están de tu lado, y protegen la correspondencia: el gobernador de la provincia te saca la novia, y la deposita: un señor obispo, amigo de tu familia, da solemnidad al acto echándoos las bendiciones: al año de casado tienes un chico: á los diez y ocho meses se muere tu suegro, y heredas: ¡casamiento redondo!

Vamos ahora á echar cuentas. Con la muerte de tu suegro y desmembracion de la casa, hay que suprimir de un golpe los cuatro mil duros de representacion y disfrute de capitales ajenos. Despues suprimiremos los dos mil duros del sueldo del difunto. En seguida separaremos tres mil duros para tu suegra. Ahora haremos cuatro partes de los tres mil duros que restan, y adjudicaremos quince mil reales á tu mujer; pero como la muchacha se casó á disgusto, le descontaremos el tercio y quinto en que la desheredaron justamente, y tomarás diez mil reales al año en el octavo de un cortijo de la provincia de Córdoba; que si los años vienen buenos, y la contribucion no sube, y no teneis pleito en las particiones, y el colono es honrado y paga, te produce cerca de cuarenta duros todos los meses.—Ya tienes para costear el ama de tu primogénito.

Y no esperes la muerte de tu suegra: en primer lugar, porque las suegras no se mueren nunca; y en segundo, porque como ha quedado verde, y fresca, y bien cuidada, y rica, ántes del semestre se casa con un *pollo* sin vergüenza, y ántes de dos años pide limosna.

Si todo esto que te he dicho no es verdad, me dejo cortar un dedo.

Pero hay otras clases de riquezas, podrás decirme; y tienes razon, y vamos á buscarlas. ¿Te parece bien la hija de un banquero?

Los banqueros suelen no tener bienes raíces; pero tienen en cambio muchos bienes de los que

ahora se llaman *moviliarios*, ó como si dijéramos, *creditoriales*. ¡Esta sí que es verdadera riqueza, y esto sí que es negocio para un yerno! Anímate, y á ella.

Los banqueros son los señores feudales de la Edad presente. La única diferencia que hay entre estos magnates modernos y los magnates antiguos, es la calidad y la forma del feudo. El feudo de la Edad Media se recibia en trabajo, en fuerza personal, en prerogativas escritas; miéntras que el feudo de ahora, reunido en un solo cuerpo, se cobra por medio de cupones en las cajas de la Deuda pública.

Señores de vidas y haciendas, los caballeros de los siglos bárbaros, disponian de una considerable extension de terreno como de estado propio; ejercian sobre sus colonos, no sólo derecho señorial, sino la absoluta influencia en sus asuntos privados; cobraban cánon de la tierra que ni labraban ni poseian á título legítimo, porque de sus comarcas sólo ellos podian ser propietarios; eran por lo comun émulos y espanto de los reyes; se hacian entre sí la guerra, no en favor de tal ó cual idea, sino por resentimiento ó ambicion personal, guerra que llevaban hasta el exterminio; vencidos unas veces, vencedores otras, ellos solian desaparecer de sus tierras, pero las tierras no se veian por esto libres de otro señor que inmediatamente les reemplazaba: eran poco sabios aunque astutos, poco prudentes aunque diplomáticos, poco amables aunque flexibles en ocasiones; y para decirlo de una

vez, sus poco numerosas y renombradas personalidades, absorbian la dominacion física y moral de los Estados.

Los feudales de ahora poseen tambien grandes extensiones de terrenos, bajo los nombres, de dehesas, cotos, y otros análogos; construyen en el centro un castillo adonde se retiran en la estacion calurosa; ejercen sobre sus colonos no sólo el derecho de dominio á título de rentistas, sino el derecho electoral á título de elegibles; infunden el espanto en gobiernos y reyes cuando se niegan á empréstitos y contratos; libran guerras exterminadoras á sus vecinos, en el hemiciclo de la Bolsa ó en las cajas del Banco; cobran un cánon sobre la tierra que no poseen, bajo la forma de tres, cuatro ó cinco por ciento; quebrados ó quebradores, alguno suele desaparecer, pero la *plaza* no por esto se libra de un sustituto; hasta el derecho de *pernada* y otros semejantes los conservan con leves variaciones de concepto: son poco sabios aunque astutos, poco prudentes aunque diplomáticos, poco amables aunque flexibles cuando les acomoda; y en fin, sus contadas y célebres individualidades absorben la dominacion física y moral de las naciones.

¿No reconoces, Anatolio, por este exactísimo paralelo, que nos hallamos en plena Edad presente?—Hay, sin embargo, una notable diferencia entre ambas Edades: los señores del siglo x dejaban á sus hijos por herencia su nombre y su fortuna, su castillo y su mesnada, sus colonos y sus tierras; miéntras que los señores del siglo xix

brillan un momento con los penetrantes fulgores de una luz eléctrica, y desaparecen como ella, habiendo fundido en el aparato el oro que la produjo.

Van ya tres generaciones de banqueros, desde que Pitt con su sistema de crédito público legalizó esta clase, y yo te conjuro á que me digas cuáles son los La-Cerda, los Alvarez de Toledo, y los Ladron de Guevara que conoces, producto directo de esa aristocracia mercantil. Échate á buscar, y esto es lo que más nos importa, los yernos de banquero que perpetúen la riqueza de sus suegros, y yo te daré por cada uno un consejo contrario de los que voy á darte.

Los banqueros no son más que unos mendigos opulentos: ellos gastan, pero no tienen; á diferencia de los verdaderamente ricos, que tienen, pero que no gastan.—Esta diferencia del tener y el gastar, necesita una poca explicacion.

Tú conoces, pues andan por esas calles, multitud de hombres que gastan mucho, y á los cuales no se les conocen propiedades, rentas, ni áun siquiera crímenes.—«Fulano gasta mucho»—se dice á todas horas; y sin embargo, esto no quiere decir remotamente que fulano *tenga*. ¿Y cómo gastan si no tienen? me preguntarás.—¡Pues ahí verá usted!—es lo único que se me ocurre contestarte.

El *gastar* no es ni más ni ménos que una costumbre como cualquiera otra: el que llega á adquirirla, gasta y gasta y gasta sin saber qué ni de dónde. Los primeros gastos son generalmente producto de la disipacion de la propia fortuna; pero

agotada ésta, los mismos gastos sirven de base para la adquisicion de nuevos recursos con que hacer gastos nuevos. Esto parece una paradoja, pero es una verdad. Cierto usurero á quien increpaba yo porque habia prestado ochenta mil reales á un perdido, me contestaba con esta gran razon:—«Yo le presté los cuatro mil duros, porque vino á pedírmelos en coche.»

Establécese, no lo dudes, entre el gastador y los que tienen dinero, una atmósfera de confianza y de deuda flotante, que sostiene por cierto tiempo las esperanzas de los unos y los gastos de los otros; produciendo el fenómeno que como inexplicable nos ofrece el gastador. Esta situacion es transitoria y concluye como los fuegos artificiales, por un trueno gordo; pero ántes de concluir existe, y despues de concluido en unos, se reproduce en otros y da lo mismo.

No creas que voy á decirte ahora que los banqueros pertenecen á esta clase de gentes, no; sería faltar á la verdad: lo que voy á decirte es, que se parecen mucho en sus gastos; y que el que toma los gastos del banquero por medida infalible de su fortuna, está expuesto á lamentables equivocaciones. El banquero que no gastase mucho, tendria que romper su banca; y áun cuando los excesivos gastos le dan por resultado frecuentemente la bancarota, si no hiciera esos gastos, ni tendria nunca banca entera, ni en una ocasion solemne tendria tampoco banca que romper.

La hija del banquero se educa por lo comun no

sólo entre el fausto de las hijas de los grandes, sino entre la disipacion que exige la índole especial de los negocios de su casa. Ignorante ella de lo que sucede por su alrededor, sólo ve las ricas alfombras que pisa, el gran espejo que reproduce su figura, la opulenta mesa á que concurren cada dia media docena de convidados, los talegueros que todas las mañanas vacian con argentino estruendo montones de numerario en la caja social; y lo que es más que todo, el perfume de adulacion que exhalan cuantos se acercan á admirar la belleza que suele ó nó tener, y el crecido capital que la suponen. Esta dichosa niña no echa de ménos más que un perfil; el perfil de la cuna, el del apellido, el pronombre con que se engalanan otras muchachas que ella visita, y que tienen ménos trajes y ménos carretelas. Por eso es innato en la hija del banquero el deseo de título; y por eso, que no por mala índole ni por fata de sentido moral, fija siempre la vista en jóvenes de las casas ilustres, con preferencia á los de ilustre entendimiento ó ilustre honradez. De aquí nace el proverbio vulgar, *talegas y pergaminos.*

Supongo, pues, Anatolio, que te diriges á la hija de un banquero. ¿No llevas un título de Castilla? Estás perdido.—Insiste, sin embargo, en pretenderla, en enamorarla, en engañarla, y lo consigues. Oye la cuenta.

Ya sabrás que los banqueros no dan dote. Como buenos comerciantes que son, han inventado la siguiente ingeniosa teoría:—«El hombre que

se case con mi hija, ó quiere á mi hija ó quiere su dote; si quiere á mi hija, no necesita dote; y si quiere su dote, ó lo quiere para disfrutarlo ó para disiparlo: si lo quiere para disiparlo, no se le doy; y si lo quiere para disfrutarlo, le doy el rédito, porque tratándose de imponerlo en negocios ó en banca, ninguna banca ni negocios mejores que los de su padre.»

Con esta luminosa teoría, se excusan los banqueros de aprontar un solo duro para el casamiento de sus hijas; contentándose todo lo más con imponerlas en los libros de caja un dote nominal, cuyos réditos se obligan verbalmente á tener á disposicion del marido hasta que Dios quiera, esto es, hasta que se mueran ó hasta que truenen.—Yo no sé cuándo se mueren los banqueros ricos: he visto poquísimas veces anunciado el entierro de alguno; pues lo que he visto con más frecuencia, es un párrafo en los periódicos semejante á este:

«Ayer falleció en esta Corte el conocidísimo comerciante Don *Fulano de Tal.* Hombre de gran fortuna hace algunos años, habia experimentado contratiempos de tal naturaleza, que le obligaron á abandonar los negocios. Modelo de hombres activos y desinteresados, baja al sepulcro sin más bienes que su honradez y el recuerdo de los muchos beneficios que dispensó durante su larga carrera.»

Tambien, aunque no en los periódicos, he oido en sociedad trozos de diálogos como los siguientes:

—¡Conque dicen que ha tronado el banquero *Fulano!*

—¡Hombre! ¡parece mentira!... ¡era tan rico!

—¿Sabe usted quién se ha pegado un tiro? El bolsista *Citano.*

—¡Demonio! ¡pues si tenía yo no sé cuántos millones!

—Ayer parece que se escapó el contratista de la gran carretera de...

—¡Jesús! y ¿qué ha hecho ese hombre de su inmensa fortuna?

—La casa de *Perengano* y compañía ha suspendido sus pagos.

—¿Será posible? ¡Dicen que era uno de los hombres más ricos de Europa!...

Et sic de cæteris.—Une estas cosas que yo he oido á las que tú hayas oido por ahí, medita en ellas, y verás que son muy pocos los capitalistas moviliarios que hacen los huesos viejos. Considera despues que la hija llama al trueno de su padre una *desgracia;* que no por eso deja ella de ser la hija de un millonario; que se casó contigo para hacerte feliz; que no puede ni quiere descender del rango que la corresponde; que has arrostrado el ridículo de casarte *única y exclusivamente* (que dice siempre el mundo) por interés; que entre si son flores ó no son flores, esto es, entre si la muchacha llega ó nó á ser rica, tú has derrochado tu pobreza sin que te lo agradezca nadie; y por último, que hay más hijos y nietos de banqueros pidiendo limosna, que albergados en castillos y alquerías:

considera todo esto, y dime si estás resuelto á escoger mujer rica para casarte, entre la clase de banqueros y capitalistas.

¡Oh! ¡yo siento en el alma, querido amigo mio, no poder contarte media docena de historias que te probarian lo pobres que suelen ser algunos ricos! Pero ese mismo temor que me veda contártelas, por miedo de que me citen á juicio las cien familias que se creyesen aludidas, te hará conocer que nunca el pintor de costumbres tiene más razon que cuando sin nombrar á nadie en su cuadro, le arañan cien personas porque lo pintó.

Desiste, pues, Anatolio, de casamiento por interés; sigue la opinion comun que los proscribe y anatematiza; aunque ántes de intentar el casamiento opuesto, te aconseje que lo examines y pienses como el actual. ¿Quieres que emprendamos la tarea?

CARTA TERCERA.

A fuerza de hablarse mucho y mal de los casamientos por interés, parece que tácitamente se sancionan y subliman los casamientos desinteresados. Pero yo no participo de esa opinion: me sucede con esto como con la gordura, que no por llamar bárbaro y bruto al que está gordo, me creo autorizado para decir que es entendido y cortés el que está flaco.

Harto se ha reido ya la humanidad del refran español *contigo pan y cebolla*, para que yo me entretenga en burlarme de él. Este refran lo inventó sin duda un tonto que estaba rabiando por casarse; pero no dice la historia los muchos otros refranes que inventaria despues de casado: yo presumo que uno de ellos fué, *donde no hay harina todo es mohina.*—Sea de esto lo que quiera, yo anatematizo, Anatolio, los casamientos desinteresados casi con tanta violencia como los casamientos por interés.

Si por casamiento desinteresado se entiende que el hombre de segura posicion y abundantes recursos busque una muchacha pobre y honrada para hacerla feliz; si por casamiento desinteresado se entiende que la mujer de buena fortuna propia, no aspire á duplicarla con el matrimonio, y escoja entre la turba de sus pretendientes el más galan, el más bello, el más instruido y el más honrado, aunque sea el más pobre; si esto se entiende así, no tengo que decirte lo que elogio y ensalzo el casamiento sin interés.

Pero si por matrimonio desinteresado se entiende (y es lo que sucede en la generalidad de los casos), cerrar los ojos y casarse, un desdichado sin recursos con una desdichada sin fortuna, á pretexto de que el amor es ciego, y de que en cuestiones de corazon no debe consultarse á la cabeza; si esto es así, como lo es, entónces condeno, abomino, me burlo casi tanto de los casamientos espiritualistas, como de los evidentemente materialistas.

¿Qué significa una sociedad con presupuesto de gastos en que se olvida el presupuesto de ingresos? ¿Qué justificacion puede tener ante Dios ni ante los hombres la idea de hacer feliz al alma por unos dias, arrostrando la infelicidad del alma y del cuerpo para siempre?

En una de mis primeras cartas, Anatolio, te dije que no estaba aún bien averiguado lo que era espiritual y material; dónde concluia el cuerpo y dónde comenzaba el alma; cuándo las acciones

humanas eran morales, y desde cuándo podian llamarse físicas.—Un amigo mio que tiene tanto talento como instruccion, y que suele meditar en cosas que no se ocurren á nadie, me decia cierta mañana:—«No he podido dormir esta noche, pensando en el grano de arena que divide al puñado del monton, y al monton del puñado.» — Pues bien, una cosa semejante me pasa á mí cuando pienso en el espíritu y en la materia, con relacion á la vida social: ¿cuál es el bocado de pan que divide al apetito de la gula? ¿En qué punto de la comida deja el hombre de obedecer al precepto físico de comer para alimentarse, y principia á contrariar el precepto moral de la continencia?

Yo no pude decir á mi amigo qué grano de arena tenía que añadirle al puñado para que fuera monton, ni sé decirme á mí mismo, qué bocado de pan establece el límite entre la alimentacion ordenada y la gula pecaminosa: lo que sí sé es que los puñados de arena se convierten en montones, y que la satisfaccion del apetito se convierte en gula; lo cual me prueba que, no por ser microscópica é imperceptible á la vista del hombre, deja de existir una trabazon tal en las acciones de la vida humana, que todo en ella es moral y físico á la vez, sin que pueda establecerse punto alguno de separacion.

Pero el hombre no se para en pelillos: cuando necesita una cosa y no la tiene, la inventa; y como ha necesitado disculpar las borricadas amorosas que comete en su vida, ha dicho:—«El amor per-

tenece al alma, y no tiene nada que ver con el cuerpo: las pasiones del alma son metafísicas, y no pueden sujetarse á cálculo: el matrimonio no es otra cosa que el término social del amor humano: el que en cuestiones, pues, de amor y matrimonio piensa, medita y calcula, es en filosofía, materialista; en religion, impío; en sociedad, salvaje, etc., etc.»

Tal es la manera con que discurren los que llevan escrito en su pendon, *contigo pan y cebolla.*— A estos desdichados no se les ocurre que lo primero que vieron en la mujer de quien se enamoraron fué el cuerpo; y que el cuerpo estaba vestido, por lo cual quizá les llamó la atencion; y que aquel cuerpo y aquel traje se recogian de noche en una casa; casa, vestido y cuerpo, sin los cuales no hubieran experimentado la pasion moral, y para adquirir los cuales se necesita, sin embargo, dinero físico. Estos desdichados aseguran, para engañarse más, que el amor puro crece en las contrariedades, y las desafían por lo mismo con cierto valor heróico; pero olvidan que las contrariedades en que el amor crece son las morales, y de ninguna manera las físicas, que abatiendo el ánimo y enervando el organismo, producen naturalmente el desamor, y en ocasiones llevan hasta el aborrecimiento. Estos desdichados, por fin, pasan su vértigo amoroso predicando el más puro espiritualismo, hasta que una semana despues de casados principian á predicar el materialismo más grosero, causando terribles males con una y otra predicacion, falsas ámbas, pero desastrosas una y otra,

porque se fundan, al parecer, en hechos palpables.

Si distinguieran el amor y el matrimonio, quizá tendrian razon; porque el amor pertenece en efecto á los sentimientos morales, miéntras que el matrimonio es una institucion social, y por lo mismo sujeta á las necesidades y exigencias del mundo. Más claro todavía: se puede amar de balde; pero para casarse, se necesita dinero.

El que se lanza, pues, al matrimonio sin dinero, ó lo que es lo mismo, sin elementos legales para adquirirlo, es tan loco y está tan expuesto á catástrofes privadas y públicas, como el que haciendo oficio del amor, busca una mujer rica para colocarse. Y como en los hechos similares hay siempre una perfecta armonía, áun cuando correspondan á causas diferentes, bien puede decirse de los unos lo que se diga de los otros, porque á iguales peripecias quedan sujetos.

El hombre pobre que se casa con mujer pobre, y el hombre pobre que se casa con mujer rica, sufren ¡cosa rara al parecer! las mismas, mismísimas contrariedades.—Ambas mujeres se convencen pronto de que sus maridos las engañaron miserablemente; que el uno se casó por hacer algo, y el otro se casó porque hicieran algo con él: ámbas principian á desdeñar primero y á despreciar más tarde al hombre que no agencia ni áun lo necesario para sí mismo: ámbas se distraen á la vista de otros hombres y otros maridos que más envergonzados ó ménos nulos, gozan en sociedad de una posicion independiente;

y ¡cosa no ya rara, sino providencial! si alguna diferencia hay entre el desamor de ambas esposas, es que la pobre suele dar al marido participacion en el fruto de su industria, miéntras que la rica sólo le arroja algun hueso del festin, mezclado con las más crueles invectivas y los más despreciativos reproches.

El amor, lo repito, pertenece al órden moral; pero el matrimonio pertenece al órden compuesto; y el que se case sin medios físicos, tiene mucho adelantado para conocer y sufrir todos los tormentos morales de la creacion.—Estudiemos.

Se carece en España de un recurso social con que se cuenta en otros países, y que facilita en gran manera la cuestion del matrimonio. Este recurso es el mercantilismo.—En España, hablar de amor y de intereses, es cosa poco ménos que repugnante; y de ahí resulta una teoría bellísima por el lado caballeresco, pero cien veces fatal por el lado práctico y razonable.

Los padres españoles se parecen bastante á los novios de que hablé poco há; á esos que no ven en el enlace del hombre y la mujer más que una cuestion de espíritu; siéndolo, como lo es, de espíritu y materia, de alma y de cuerpo, de ternura y de pan. Nada más comun que oirles decir cuando se trata de boda:—«Yo les doy á mis hijos la bendicion y el consentimiento, pero nada más.»—Los hijos, en efecto, se casan, reciben el consentimiento y la bendicion; pero ¿qué hacen despues?

Todos los españoles que hemos vivido algun tiempo en Francia, sabemos que los franceses, á la manera que por sus leyes tienen dividido el matrimonio en religioso y civil, lo dividen tambien en espiritual y material, al tiempo de celebrar los contratos.—Cuando dos padres españoles se avistan para tratar de bodas, dice el uno:—«Mi hijo quiere á tu hija;» y contesta el otro:—«Mi hija quiere á tu hijo.»—«Pues casémoslos,» exclaman ámbos, y los casan. Mas cuando los padres franceses se juntan con un fin análogo, dice el uno:—«Mi hijo quiere á tu hija y tiene esto;» y contesta el otro:—«Mi hija quiere á tu hijo, y lleva lo otro.»—«Pues casémoslos,» exclaman ámbos; y al casarlos les entregan una dote.—¿Necesitaré esforzarme mucho para probar que este es el casamiento razonable?

Y no me salgas preguntando si todos los franceses son ricos; porque yo no te hablo de riquezas, sino de dote. Los ricos entregan una rica dote; pero los pobres entregan tambien la parte alícuota de su humilde peculio, y el efecto social es siempre el mismo.—Los recien casados españoles, no teniendo con qué establecerse, han de recurrir al fin y al cabo á la mesa y la casa de sus padres; miéntras que los franceses cuentan por cada matrimonio una nueva industria, una nueva produccion, un nuevo centro de trabajo y actividad, que sumados contribuyen al desahogo privado de la familia y al bien público de la nacion.

No quiero yo decir con esto que nuestros pa-

dres son avaros y los de otros países no lo son; todo lo contrario: nuestros padres rarísima vez dejan de socorrer y asistir á sus hijos casados, lo cual suele ser frecuente fuera de España, en donde el casado se segrega mucho de la familia; pero la asistencia y socorro de nuestros padres es una asistencia inproductiva, una variante de la limosna; al paso que la asistencia y socorro, simbolizados en la dote, constituyen, como he dicho, un elemento de fortuna privada y pública á la vez.

Esta costumbre, que en mi sentir debe llegar á ser ley de las sociedades, es no sólo conveniente bajo el punto de vista económico, sino más aún bajo su aspecto moral. El padre que se desvive trabajando so pretexto de que lo hace únicamente en favor de sus hijos, y cuando estos hijos se casan no los establece con su dinero, ese padre comete una mentira de lesa moralidad; mentira de que se persuaden bien pronto los extraños y que relaja el vínculo amoroso de los propios: ese padre es un verdadero avaro. El hijo que al casarse no cuenta con el auxilio directo de su padre, y sufre privaciones y representa un papel ridículo en la sociedad, y se dedica á vago por no poder dedicarse á otra cosa, ese hijo está muy expuesto, áun siendo bueno, á cometer el atroz delito de esperar con impaciencia la muerte de su padre. ¡Ay! ¡si los padres que siguen esta teoría por falta de reflexion ó por costumbre ¡ay! si levantaran la cabeza una hora despues de muertos, y vieran el repugnante espectáculo de repartirse un botin co-

diciado desde muchos años, á fuerza de privaciones y de escasez!

La teoría de la dote, además, mejora las costumbres y ordena los matrimonios. El jóven que fué disipado cuando gozaba el usufructo de la casa paterna; la jóven que fué desgobernada y fútil cuando recibia por toda instruccion los halagos de su familia, esos jóvenes, una vez unidos y en posesion de bienes ó recursos propios, suelen por lo comun regenerarse de improviso; comienzan á pensar sériamente en lo que siempre tuvieron por supérfluo; estudian y practican la manera de acrecentar la fortuna que poseen; nace en ellos la emulacion de no ser ménos que otros que se encuentran en un caso análogo, y se convierten en buen marido y excelente mujer, contra todas las previsiones del mundo. Pero si esos jóvenes, en vez de botarates y mal educados, son modelo de hijos, y se casan, y no cuentan con medios de establecerse segun sus principios, entónces, no hay que dudarlo, ni buenos hijos, ni buenos esposos, ni buenos padres; al cabo de algun tiempo se habrán convertido, con muy contadas excepciones, en una mujer que se aburre de su marido, y en un marido que se desespera de tener que vivir con su mujer.

—«Y cuando no haya dote (vas á decirme), ¿será posible el matrimonio? ¿habrá de renunciarse al enlace de los hombres y las mujeres?»—En primer lugar, Anatolio, todos los padres deben dar, deben poder dar dote á sus hijos: en segundo, el que extravía la cuestion con su mala inteligencia,

eres tú. Yo no he puesto tasa á la dote: tampoco me he fijado en que la dote sea dinero. Cada padre debe tener algo que dar á sus hijos, y á ese algo, llámale dinero, ó instruccion, ó laboriosidad, ú oficio; llámale, en fin, como quieras, pero que sea dote.—Un jóven que posee con perfeccion la dote de fabricante, puede aspirar y debe concedérsele la mano de una jóven que posea una fábrica: ambas dotes, que tanto vale la una como la otra, constituyen un casamiento igual y desinteresado.—¿Necesitaré continuar poniéndote ejemplos?

Lo que no puede, lo que no debe consentirse, es el matrimonio por amor á secas; el matrimonio de *contigo pan y cebolla.*—Escandalízate si quieres con esta proposicion; anda esta noche á la tertulia, y dí delante de las muchachas que yo proscribo los casamientos por amor á secas: ¿qué me importa? Contestaré con la frase estereotipada en nuestros Parlamentos:—«Yo tengo el valor de mis opiniones: aquí está mi mano para responder de lo que he dicho.»

¿No has advertido que estos casamientos á que aludo sólo se verifican desde los quince á los veinticinco años? ¿Por qué, si se fundan en una teoría respetable y justa, no son propios de todas edades, ó por mejor decir, de la edad madura, que es la más irreflexiva en materias de amor? ¿Por qué coinciden estos casamientos con la tontería?

El código civil francés te lo está contestando, y pronto, segun dicen, te lo contestará el código español.—No conozco nada más absurdo, ni más

ocasionado á desastres, que la actual ley española, por la cual un chisgaravís sin oficio y sin fortuna, arranca brutalmente del seno de sus padres á una pobre muchacha enloquecida por accidentes exteriores; y la arranca por mano de la autoridad, y este despojo horrible lo sanciona la Iglesia (que en tal lugar colocan á la Iglesia nuestras leyes), y todo el mundo se rie de la locura de la muchacha y de la audacia del chico, miéntras los padres lloran en impotente desconsuelo la ingratitud, el desamparo legal y la perfidia humana!—¡Gloria á los jurisconsultos que van á introducir en nuestras leyes el derecho de patria potestad sobre los hijos hasta la edad de la razon, y el derecho de independencia filial sobre los padres desde esta misma época!

Eduquen los padres convenientemente á sus hijos hasta que madure su entendimiento, y usen los hijos de libertad desde que su entendimiento haya madurado; que ni entónces se consumarán los escándalos que hoy vemos, ni el matrimonio será cuestion que se trate en las aulas de las universidades y en los billares de los cafés.

CARTA CUARTA.

Así como en el cuerpo humano hay vicios de conformacion que la medicina no puede curar, así en el cuerpo social hay vicios de conformacion tambien que la filosofía no puede destruir. Son tan radicales las causas y orígenes de estos vicios; se hallan tan ligados á la índole de la naturaleza humana, que todo lo más que puede hacer el moralista es lamentarse de ellos, indicar su existencia para evitar el contagio, y ponerlos de relieve por si alguno, al verlos tan deformes, quiere corregirlos en sí propio.

Aludo, amigo mio, á aquellos vicios que se adquieren en las extremidades de la fortuna; á los que tienen los ricos por ser demasiado ricos, y los pobres por ser demasiado pobres.—Ya ves que la curacion es difícil, si para dar principio á ella se necesita matar al enfermo.

No entra ahora en mis cálculos dilucidar por extenso esta cuestion: bástame indicarla, para ha-

cer aplicaciones al caso presente del matrimonio. ¿No se trata, en efecto, de buscar mujer rica ó mujer pobre?

Las mujeres excesivamente ricas no se parecen á las demás. Abroqueladas con el antemural del dinero, de ese dios que algunos pensadores miopes han llamado del siglo XIX, pero que ha sido dios de todos los siglos, suelen descuidar ciertos perfiles morales, en la persuasion de que dudas de fama pueden muy bien cubrirse con certidumbres de fortuna. Todo lo que en las otras mujeres constituye el adorno más preciado, es para ellas, si no insignificante, impertinente: todos los miramientos sociales que coartan la voluntad de la mujer, son para estas mujeres, cuando no ridículos, absurdos. —¡Que se contraviene á las reglas establecidas! Y ¿qué?—¡Que se traspasan los límites de lo justo! Y ¿qué?—¡Que las gentes principian á murmurar! Y ¿qué?

Este «y ¿qué?,» significa:—«El contador de mi casa se encarga de arreglar esas cuentas.»

Las mujeres excesivamente pobres, no se parecen tampoco á las otras. Abroqueladas con el antemural de su honor, que es *lo único que poseen,* segun sus propias palabras, suelen descuidar asimismo ciertos perfiles de otra especie, como si con ser muy honradas solamente, pudieran hacer á un hombre feliz. Ellas no saben conducirse como es debido en sociedad. Y ¿qué?—Ellas olvidan pronto el favor que se hizo al escogerlas. Y ¿qué?—Ellas abusan del estado en que se las coloca, y se hacen,

contra su orígen, soberbias; contra sus intereses, pródigas; contra sus necesidades, indolentes.—Y ¿qué?

Este «y ¿qué?,» significa:—«Bastante tiempo he sido pobre; ahora quiero disfrutar; para eso soy honrada.»

Ambos grupos de mujeres, poco numerosos por fortuna, tienen en el mundo, como justa compensacion, sus similares entre los hombres.—Los hombres excesivamente ricos descuidan, no ya perfiles, sino gruesos contornos de su vida social. Acostumbrados al halago de todo el mundo, á la aprobacion general de sus actos, á la compra de casi todo lo que se vende, se creen autorizados para prescindir de las leyes y reglas á que se hallan sujetos los demás hombres. La disipacion de la fortuna en el juego, la disipacion de la salud en los banquetes, la disipacion de la moral en las orgías, son para ellos casi preceptos de su posicion jerárquica; y como el mundo, que anatematiza estos desórdenes en el comun de las gentes, parece que los disculpa algun tanto en los poderosos, por eso éstos oyen con cierto desdén los clamores de la opinion pública, y obedecen únicamente á los instintos de su privada opinion.

Cásense en buen hora estos señores con las mujeres excesivamente ricas, que para un semestre que ha de durar, ó acaso ménos, la union sagrada que autoriza la Iglesia, lo mismo da que ésta se verifique con buenas ó malas condiciones. De todas maneras, esa union no constituye por lo general

un verdadero matrimonio: es sólo una alteracion de estado que necesitaban los cónyuges para entrar en el dominio de ciertos derechos y preeminencias sociales.—Aliados el hombre poderoso y la mujer opulenta, forman ordinariamente, más que matrimonio, dos tipos de que la sociedad se muestra necesitada: la señora rica y el señor fastuoso. Ella abre sus salones, que tuvo cerrados cuando soltera, porque á casa de las solteras no se va á tomar té; y él abre sus caballerizas y sus cotos á la buena sociedad masculina, que permanecia alejada, porque el trato de los solteros no es apetecido por señores formales del gran mundo. Ambos se redondean con el matrimonio; pero no redondean entre ámbos una verdadera figura matrimonial.—El mundo, que lo comprende así, los escoge por blanco de su murmuracion, no por modelo para sus costumbres; y como la clase es corta, y como mi predicacion no va á convencerles, creo oportuno excusar, respecto de ellos, mis sermones.

La sociedad á quien yo hablo, la sociedad que tú representas, es esa gran masa humana que, áun cuando apellidamos genéricamente *clase media*, tiene dentro de su seno infinita variedad de matices, desde el democrático más popular, hasta el aristocrático más regio. Esa clase media es la que gobierna ya las sociedades, la que llena el mundo, la que constituye el presente y la que ha de apoderarse del porvenir. A esa, pues, es á la que hay que buscarle soluciones para sus problemas; que

á estas mismas soluciones, como sean tales, vendrán á acogerse con el tiempo la democracia que sube, y la aristocracia que baja á confundirse con la gran clase media del siglo que viene.

La solucion que yo propongo á tu matrimonio, es la siguiente:—Bajo el punto de vista social, busca similares: bajo el punto de vista moral, busca altezas.

No arrugues el entrecejo, juzgándome metido en el terreno de la metafísica. Acabo de escribir dos frases, cuya oscuridad, si es que la tiene, será muy pronto aclarada. Como cuestion administrativa, busca una mujer que se te parezca: como cuestion de honor, busca una mujer que te exceda en virtudes, y si es posible, que las tenga todas.

La mayor parte de las desdichas matrimoniales domésticas, consisten en la diversidad de la educacion, no en la diversidad de luces, como muchos creen. Son y pueden ser felices un hombre de mucho talento y una mujer de escasa inteligencia: son y pueden ser muy felices un hombre de vulgar ingenio y una mujer de agudeza extremada. Donde no cabe la felicidad es entre un hombre y una mujer de distintas educaciones. Y como las educaciones las da la semejanza de la clase; y tras de las educaciones están los gustos, los deseos, las costumbres, y en una palabra, la vida social, por eso te exijo similares, esto es, una garantía verdadera de tranquilidad, la única garantía aceptable de dicha doméstica.

Además, la semejanza de jerarquías trae con-

sigo la semejanza de relaciones, y ésta trae consigo tambien la semejanza de necesidades.—Un matrimonio en que ninguno de los dos aliados tenga que reprochar al otro ni su orígen, ni su parentela, ni sus amistades, ni sus pretensiones, es un matrimonio que está muy cerca de la felicidad. —Y cuenta con que no te hablo de la semejanza de fortuna, ó por mejor decir, de identidad de bienes, .porque en este punto me refiero á lo manifestado en una de mis anteriores cartas: los bienes se conmutan físicos con morales; y si una mujer es rica porque posee una buena dote, un hombre es tambien rico cuando posee las dotes de adquirir una fortuna semejante.

Respecto á las virtudes, voy á ser tan absoluto como lo fuí en las edades: no admito vacilacion ni medio término: virtudes, todas.—Pero ¿adónde está (sospecho que vas á preguntarme, interrumpiéndome) esa frialdad de corazon que me vas pintando, para resolver la cuestion del matrimonio, que es una cuestion de sentimiento, por medio de la lógica?

Y yo que no tengo prisa de concluir mis razones, te contestaré en el acto á esa pregunta incidental.

Entre las cosas qne el hombre no agradece á la Providencia, es una, cierto instrumento invisible con que el Creador nos ha dotado, por medio del cual ejecutamos una porcion de operaciones cuyo éxito matemático atribuimos á nuestro entendimiento, sin que él seguramente tome parte. El

hombre en su soberbia no quiere confesar que las más bellas y útiles acciones de su vida, las ejecuta sin darse cuenta del móvil que le impulsaba á acometerlas; y prefiere achacar á cálculos anticipados y disposiciones preconcebidas, lo que es producto natural y repentino del instrumento en cuestion.

Así, por ejemplo, cuando se pone á comer y repugna una vianda que en otros tiempos causaba su delicia, dice que aquel dia se encuentra enfermo y no quiere cargar el estómago; pero la verdad del caso es que otro dia, tal vez lejano, la vianda repugnada perturbó sus órganos digestivos, y por eso el instrumento le avisa ahora que rechace lo que no puede ménos de serle perjudicial. —Así, por ejemplo, cuando paseando á la orilla de un rio ve un cuerpo humano que arrastra la corriente, y se arroja tras él, con peligro de su propia vida y sin esperanzas de salvar la ajena, dice que los deberes religiosos por una parte, y su agilidad física por otra, le indujeron á intentar una empresa desesperada; pero lo cierto es que el instrumento le empujó hácia el agua sin cálculos ni razones, pues de haberlos formado, no es verosímil que consumase un sacrificio que los deberes no imponen, y para el que la agilidad era impotente.—Así, por ejemplo, cuando de ordinario despierta á las nueve de la mañana, y el dia de viaje despierta á las cuatro, porque á las cinco es la marcha, dice que él se compone de manera que no necesita despertador; pero lo positivo es que el

instrumento ha hecho esta vez de criado, como otras veces hace de misionero, otras de médico, otras de héroe, etc., etc., etc.

Somos, efectivamente, poseedores de un instrumento que obra hasta milagros; y como el hombre es aficionado á la nomenclatura con preferencia á más serios discursos, no ha hecho gran caso del orígen de la cosa, contentándose con poner muchos nombres á los efectos de la cosa misma. Cuenta, pues, en su diccionario moral con las siguientes frases y palabras: *instinto*, *presentimiento del corazon*, *influjo de las pasiones*, *simpatía*, *fuerza de voluntad*, *atractivo irresistible*, *destino*, *imán*, *casualidad inexplicable*; *capricho de la naturaleza*, *coincidencia feliz*... y otras, y otras, y otras, todas las cuales las aplica á determinados casos, y como si expresaran diversas ideas: cuando la idea, el orígen y el instrumento, no son más que uno.

En la necesidad ahora de dar tambien nombre á ese instrumento, pues que yo no he de ser ménos que los demás, voy, Anatolio, á dárselo; y considerando que sus principales funciones son ayudar á la memoria, forzar el entendimiento, y dar impulso á la voluntad, me creo bastante autorizado para llamarle el *muelle del alma*.

Tienen, sin duda alguna, las potencias del alma un muelle misterioso cuya residencia se me antoja colocarla en el cuerpo, al cual somos deudores, como te dije ántes, de nuestros más bellos y útiles impulsos. Este muelle, que por fortuna se

gasta pocas veces y que no se rompe más que una (¡ojalá supiéramos componerle!), nos impulsa siempre hácia el bien, nunca hácia el mal; es un amigo cariñoso que ni se engaña ni nos engaña; es un centinela infatigable que nos asiste cuando despiertos, que vela por nosotros cuando dormidos. A él debemos el volver repentinamente el cuerpo en las noches de frio y desembozarnos para dar limosna al pobre que acaba de pedírnosla en la esquina inmediata; á él somos deudores de la fuerza que adquirimos en el incendio para salvar á hombros una criatura cuyo peso nos rendiria en instantes ordinarios; á él debemos la lucidez del insomnio continuado, cuando el amigo espirante necesita nuestra presencia por muchas horas; á él debemos el valor sobrenatural que nos anima en los momentos de una gran catástrofe; él es, en fin, al que abandona nuestro médico la curacion de una grave enfermedad, cuando dice que *hay que dejar obrar á la naturaleza.*

Ya ves si somos deudores á este instrumento de muchas y buenas cosas. ¿Por qué, pues, no confiarle la solucion de otras que tienen quizá menor importancia de las que inadvertidamente le confiamos?

¿Quieres decirme, Anatolio, por qué razon cuando entras en una sala y miras á las personas que están de visita, sabes ya en el momento de sentarte á cuáles has de dirigirte con franqueza y con cuáles te has de mostrar ceremonioso? ¿Quieres decirme por qué entre dos sujetos á quienes

hablas por primera vez, hay uno cuya amistad deseas inmediatamente, y otro que te es repulsivo desde el momento? ¿Quieres decirme por qué cuando miras á una porcion de mujeres, y apénas acabas de saludarlas, sabes ya la que va á hacer caso de tus obsequios y la que va á rechazarlos? ¿Quieres decirme por último, y esto es lo más importante, por qué no te engañas nunca en estas apreciaciones, por qué rarísima vez tienes que arrepentirte de haber seguido el impulso primero de tu corazon?

Déjote pensar algunos minutos en esta idea, y continúo.

Te he hablado de las virtudes que deben adornar á la mujer que elijas por esposa. Parece mentira que sea menester recomendar esto; pero aunque triste, es una necesidad en los tiempos presentes.

Tú lees, tú asistes al teatro, tú frecuentas la sociedad, y por eso vas á comprenderme.—Háse desarrollado de poco tiempo á esta parte una literatura que yo califico con el epíteto de *tísica*, porque no sólo se complace en seguir paso á paso los progresos de la fiebre lenta del individuo, sino que refleja tambien los progresos más rápidos aún de la fiebre que corroe las entrañas de la sociedad. Esta literatura ha obtenido gran boga, la obtiene aún, y yo espero que la obtendrá mayor en adelante.

Los apasionados de ella, esto es, las gentes que ante el encanto de la forma olvidan ó quieren olvidar la pestilencia del fondo, emplean un argu-

mento ingeniosísimo para defenderla.—La literatura, dicen, es siempre el reflejo de las sociedades: en tanto aparece corruptora una literatura, en cuanto está corrompida la sociedad á quien retrata.—Y el argumento, como ves, al paso que defiende la literatura, arroja toda la podredumbre sobre la sociedad que la recibe.

Los enemigos sistemáticos de esta literatura, es decir, los pesimistas implacables, los que todo lo ven ó todo quieren verlo bajo el oscuro prisma de la malignidad humana, han inventado un argumento no ménos ingenioso.—La literatura, dicen, es la que da el tono á las sociedades: en tanto una sociedad aparece corruptora, en cuanto está corrompida la literatura que recibe.—Y el argumento, como ves, al paso que defiende la sociedad, arroja toda la podredumbre sobre los literatos.

Yo no participo de las opiniones de los unos ni de los otros: creo que ni la literatura da la forma á la sociedad, ni la sociedad la imprime á la literatura. Ambos hechos son siempre coetáneos y correlativos: la sociedad despunta por una falta, y la literatura sigue á la sociedad por la falta misma, halagando sus instintos y preocupaciones. Creo, sí, como acabas de ver, que la sociedad principia siempre; pero creo tambien que la literatura es villana y rastrera y miserable, cuando en vez de levantarse en contra de la irrupcion, sigue su corriente y mendiga la boga y los aplausos de la multitud.

Por esta mi teoría comprenderás que no culpo exclusivamente á las sociedades, ni ataco por sis-

tema á los literatos; si bien hago responsables á estos últimos de una gran parte de la falta que se comete, porque atribuyo á su poder una fuerza inmensa sobre la sociedad.—Si cuando ésta se descarría; si cuando, por efecto de fenómenos morales de cualquiera especie, despunta en las sociedades un vicio, cómodo, como suelen serlo todos los vicios; si el literato se pusiera de frente, y esgrimiendo sus poderosas armas contra él, lo atacase en todos los terrenos, con la palabra y con la pluma, en el teatro y en el periódico, en la academia y en el libro, sin dar tregua ni descanso al combate, es bien seguro que el vicio se cortaria, ó haciéndose vergonzoso, por lo ménos, quedaria relegado al catálogo de las faltas, y circunscrito á un grupo social determinado, de esos que no se sabe si existen en el mundo para foco de corrupcion, como muchos creen, ó para escarmiento y leccion de moralidad, como creemos sinceramente la mayor parte.—Pero si al despuntar ese vicio de que te hablo, se apodera de él la literatura, y lo embellece con la gala de la forma, y lo disculpa con la elocuencia del talento, y lo difunde con el prestigio del interés, y lo santifica con las aparentes razones del sofisma, entónces la sociedad, léjos de retroceder, avanza; léjos de esquivarlo, lo acepta; léjos de avergonzarse de poseerlo, lo evidencia y pone á la vista de todos; con el orgullo propio de quien ha adquirido ántes que otros aquella conquista de la civilizacion, ó aquel nuevo capricho de la moda.

Ahora bien, Anatolio: la sociedad moderna ha perdido, y esto es indudable, la clave del respeto á la autoridad. La razon de cada uno ha venido á sustituir á la razon de todos, representada en el principio del precepto. Todo precepto ha llegado á sernos enfadoso. La sociedad moderna pregunta al legislador *¿por qué?* y al sacerdote *¿por qué?* y á la propiedad *¿por qué?* y hasta á la familia ha llegado á preguntarle *¡por qué!*—Provistos de razon, áun cuando no tengamos entendimiento ni estudio, todos preguntamos el porqué de las cosas; y como las contestaciones no nos satisfacen siempre, porque carecemos de ese estudio y de ese entendimiento necesarios para comprenderlas, achacamos á falta de las cosas lo que en verdad no es sino falta de nosotros mismos; y por término de esta sarta de errores fundamentales, caemos en el escepticismo, en la duda, en la negacion.

Rebeldes al precepto, hemos principiado á faltar á él: de la falta ha venido la tolerancia, de la tolerancia la disculpa, de la disculpa la sancion social; y si la literatura se ha apoderado del hecho, y léjos de condenarlo lo apadrina, y en seguida lo viste con todas las galas de la fantasía, y le establece su moral, y le inventa su purgatorio, y le lava sus manchas, y hasta pretende purificarlo de su primitivo error, ¿qué extraño es que al extravío vergonzante de una sociedad libre-pensadora, suceda en poquísimos años la santificacion de la *Dama de las Camelias?*

Vuelvo, pues, al punto de donde partí. La

literatura tísica, esa literatura que pretende rehabilitar á la mujer perdida, ha tomado indudablemente sus tipos de la sociedad; pero léjos de hacer vaga mencion de ellos, y eso para condenarlos y escarnecerlos, ha convertido en asunto heróico de sus poemas la vida licenciosa y relajada; ha pintado con los más vivos y seductores rasgos la disipacion embriagadora y elegante; ha convertido en familiar, y puesto al alcance de todas las miradas, ó como si dijéramos de todas las fortunas, lo que debiera estar relegado á la vergüenza, al silencio, á la condenacion; y como la literatura tiene mucho talento, y conocia que iba á tachársela de corruptora, ha echado mano de la tísis y de la Biblia, de la primera como instrumento humano, de la segunda como arsenal divino, para extraer conceptos á medio explicar; é interesando al vulgo con el padecimiento más interesante del cuerpo, y engañando al vulgo con medios-sorbos de la fuente más saludable del espíritu, nos ha traido á un estado de cosas en que yo no sabré decirte si es el honor ó la desvergüenza quien debe ponerse colorado.

Aquí te explicarás cómo hoy se pone en tela de juicio si es preferible una mujer de mundo á una mujer estúpida, ó como si dijéramos, honrada; aquí te explicarás por qué es conveniente traer á la discusion si lo mejor es siempre lo más bueno, y por qué yo he creido necesario hablarte de las virtudes de tu esposa.—He temido y temo que leas un libro, que veas una comedia en donde re-

diman á cualquiera bribona en términos de que te salten las lágrimas de los ojos, y pienses, al dejar la lectura ó el espectáculo, en redimir por tí mismo á una de esas interesantes víctimas del extravío.

No, Anatolio: la moral de la mujer ha de ser inflexible. Creo que todas las faltas del mundo pueden redimirse en el mundo, ménos las faltas de la mujer. Creo más: creo que el mundo no puede desquiciarse por ninguna de las faltas humanas, y creo firmemente que el mundo ha de desquiciarse si suprimimos ó nos desentendemos de los perfiles morales de la esposa, de la madre ó de la hija. Esta es una cuestion que, aparte lo divino, tiene mucho de humano y convencional: en cuanto hagamos acomodaticia la virtud, no lo dudes, sonará la trompeta.

Presumo que se te ocurra como de paso una observacion, que ya he oido á los espíritus indulgentes:—«Y ¿por qué ese rigor? ¿por qué esa lenidad con todas las cosas, y ese tan grave ceño con la pobre mujer?»—Voy á decírtelo.

Cuando un paisano da una bofetada á otro paisano, aunque sea su superior ó jefe, cinco dias de arresto y cien reales de multa, nos parecen un rigor excesivo. Pero si es un soldado el que da de bofetadas á su capitan, la cadena perpétua se nos figura, y lo es en efecto, un castigo tan leve, que no dudamos en presagiar tras de él la relajacion y la disolucion de la milicia.—No hay, efectivamente, en la organizacion social dos cosas que se

parezcan ni puedan compararse: si ha de haber ejército, tiene que haber disciplina; si ha de haber familia, tiene que haber virtud, y virtud incontrastable, en la mujer. Si de esto resulta alguna injusticia, esa injusticia será, por ejemplo, como la del viento frio que inflama y destruye nuestros pulmones, ó la del sol de Agosto que nos produce una congestion cerebral. El mundo estaria lleno de injusticias, contemplado superficialmente, si no fuera porque debajo de esas supuestas iniquidades descubre el pensador un admirable resorte de la Providencia.

Desecha tú la moda de la rehabilitacion de la mujer extraviada: busca tu esposa como la buscaban nuestros padres, no redimida, sino irredimible; no tachada, sino intachable; que así y todo, no te faltarán cuestiones de otro género que resolver.

En el mundo hay dos clases de mujeres: las buenas y las malas. Unas y otras andan por esas calles, asisten á esa sociedad, y por consiguiente, pueden pararse ante nuestros ojos. No seré yo tan puritano que te aconseje llevar una venda prevenida y cubrirte, en cuanto tropieces con las segundas: esto, despues de absurdo, sería irrealizable. Lo que sí te aconsejo, porque es posible y á la vez necesario, es que para darla tu nombre, para llevarla al altar, para introducirla en el hogar doméstico, hagas única y exclusivamente tu eleccion entre las primeras.

Pero si en todo lo que te voy diciendo descubres la tendencia de materializar el matrimonio y su-

bordinar á cálculos de la cabeza lo que yo mismo te he confesado que depende de impulsos del corazon, reflexiona que el matrimonio, ó por mejor decir, la resolucion de casarse, tiene dos períodos: el que precede y el que sigue al enamoramiento. Antes de enamorarte, puedes escoger libremente las clases de mujeres á quienes debes tratar. Si en este período llevas mal camino, no te disculpes á tí propio de que lo sigues porque no hay peligro para tu viaje: en todas las posadas donde hay ojos penetrantes, y labios dulces, y sonrisas tiernas, hay tambien peligros para el viajero. ¡Qué mucho, que pernoctando allí, se encuentren despues los hombres ligados de una manera indigna y vergonzosa! La cuestion es pasar de largo, porque en deteniéndose puede asaltarnos el segundo período, y entónces todo se perdió.

No entres, pues, en la casa donde no debas entrar; no procures el trato de las personas á quienes no debas conocer; excusa las amistades de que la fria razon te aconseje huir; ponte únicamente en contacto con la sociedad que te conviene: todo esto puede hacerse con la reflexion, con el entendimiento, con la lógica. Y como obres así; como no llames á otras puertas que á las que debas llamar, sacude el miedo, tira resueltamente de la campanilla, y cuando estés en la sala delante de todas aquellas mujeres, sigue entónces los impulsos secretos de tu corazon.

POSDATA.

Aquí doy punto á esta correspondencia; pero no porque pienso dejar de escribirte. Al contrario, despues de haber hablado mucho de las mujeres, y á veces con cierta severidad, sería una injusticia no pasar una buena revista á los hombres; y con mayor razon, cuando los hombres son los que dan el tono á las sociedades, en términos de que nada puede decirse de éstas, que no haya que referirlo directamente á ellos.—Además, quiero que demostremos la nobleza de sacar á plaza nuestros defectos, evitando así que se diga, como se dice, que vemos la paja en el ojo ajeno y no descubrimos la viga en el propio.—Voy, pues, á emprenderla con los hombres.

Y entre los muchos fundamentos que tiene esta mi decision, escucha el principal.—Hace siglos que viene trasmitiéndose como un axioma, lo que á mi juicio no es más que una tontería. Siempre que en la vida humana acaece un suceso extraordi-

nario, y con especialidad si es una desgracia, hay un ciento de filósofos de planta baja, que se apresuran á preguntar: *¿quién es ella?*—El «¿quién es ella?» atribuido á Quevedo, ha llegado á ser para el vulgo toda una filosofía. Esta filosofía, que tomada de broma, como debió formularse la primera vez, aparece cierta, es una atroz calumnia observada en serio. Verdad es que en todos los accidentes humanos hay de por medio alguna mujer; pero la cosa deja de ser extraña, desde que se reflexiona que en el mundo no hay más que hombres y mujeres. Lo extravagante y lo asombroso sería que sucediera algo entre hombres y mujeres, sin que las mujeres y los hombres tomaran parte á la vez.

Yo creo que el refran debe reformarse inmediatamente, sustituyendo á la pregunta de ¿quién es ella?, la más cuerda y razonable de *¿quiénes son ellos?*—Porque, en efecto, lo que veo muy claro en todos los accidentes y desgracias de la mujer, es la presencia de algunos hombres.

El hombre, como jefe de la sociedad humana y como creador de sus costumbres y de sus leyes, es el verdadero responsable de todo lo que pasa entre los hombres y las mujeres. Si él echa á ellas la culpa de lo malo, es porque es un tirano, porque tiene más fuerza, y sobre todo, porque fabrica los refranes.

En las próximas cartas que voy á escribirte, irás conociendo lo que somos. En ellas espero probarte lo pobre que es el rico, lo tonto que es el sabio, lo

bribon que suele ser el virtuoso, lo cobarde que en general es el valiente, y lo mentira que por lo comun es la verdad humana. Estas y aquellas cartas, en fin, mi querido Anatolio, en unas porque te hablo de las mujeres, en otras porque voy á hablarte de los hombres, justificarán á tus ojos lo que yo ya me tengo sospechado hace dias; y es que no hay en el mundo cosa más desarreglada que los hombres y las mujeres.

SEGUNDA SERIE.

CUARTO PROBLEMA:

LAS SISAS QUE LA MUJER HACE DIARIAMENTE EN EL PECULIO DE SU MARIDO, CON OBJETO DE INVERTIRLAS DESPUES EN LAS NECESIDADES DOMÉSTICAS, ¿CONSTITUYEN EL DELITO DE ESTAFA QUE DEFINE EL ART. 452 DEL CÓDIGO PENAL?

CARTA PRIMERA.

Yo no sé si tú sabes, Anatolio, que segun el artículo 452 del Código penal, comete delito de estafa el que se apropia ó distrae dinero que ha recibido en comision ó administracion; é incurre, por ende, en las penas de arresto mayor á prision menor, segun que la suma distraida no excede de veinte ó pasa de quinientos duros. Si es que sabes esto, y luégo has averiguado que las cárceles no están llenas de señoras casadas, sabiendo como sabes que el mayor número de ellas distraen de la administracion familiar sumas parecidas á las penables, habrás venido á deducir que ó no hay justicia en la tierra, ó que el sisar al marido en la comision de gastos domésticos, no es la estafa que define el art. 452 del Código.

Sin embargo, nada más ocasionado á error que el fallar de ligero sobre asuntos de esta naturaleza. El Código mismo de que te hablo, no define como estafas multitud de acciones que evidente-

mente lo son; al paso que anatematiza con los dictados más pavorosos, acciones, si no inocentes, pasadas á lo ménos en sociedad por de sencilla índole y casi insignificantes resultados. Y es que los códigos giran siempre sobre lo conocido, sutilizando más y más al paso que avanza la instruccion filosófica de los jurisconsultos; pero en cuanto á lo desconocido, ni sutilizan ni siquiera desmenuzan las acciones humanas, porque la teoría de toda codificacion recta y justa, es que allí no puede haber pena en donde existe un delito no definido.

Por eso notarás multitud de contrasentidos alarmantes. Un pobre, por ejemplo, que toma en el rigor del frio una chaqueta colgada á la puerta de una ropería y cubre con ella su pecho casi desnudo, comete delito penable física y moralmente: miéntras que el ropavejero del lado que desacredita la obra de su vecino y le roba, no una, sino las muchas chaquetas que no vende por eso, no sólo no es criminal, sino que pasa por un agudo y entendido comerciante de ropas.—Los socialistas dicen que esto es una infamia; que el pobre no es criminal ni el ropavejero tampoco; que el uno usa de la libertad de la indigencia, y el otro de la libertad de la industria; que el primero ejerce la reivindicacion del derecho á vestirse que la sociedad le niega, y el segundo ejerce el derecho de crítica artística ó como si dijéramos literaria. Pero la verdad de las cosas es que el código de las chaquetas físicas está ya perfectamente hecho: lo

que falta hacer es el código de las chaquetas morales, el cual si llega á hacerse, penará lo mismo al que roba una chaqueta por difamacion, que al que la robe por frio. Entónces habrá completa justicia en la tierra.

Miéntras tanto esto sucede, bueno será que vayamos echando los cimientos del nuevo código. Ayúdame á meditar sobre él.

¿Qué es estafa?—La privacion de una propiedad por medio del amaño.—Es decir, que el que alude á haberte conocido en una época en que no vivias, te estafa la edad; el que en conversacion indiferente te compara á los pequeños de cuerpo y tú pasas de la marca, te estafa la estatura; el que asegura que eres muy gracioso pero que él no se rie de tus chistes, te estafa el gracejo; y por último, el que se propone dudar de tu talento, te estafa el cariño probable de una mujer á quien agrada tu físico, pero á quien disgusta el poco aprecio que de tus facultades mentales pueda hacer una persona determinada.

Hay, pues, estafadores de muchas clases. El que oye decir que va á hacerse una limosna á cierto hospital y disuade al caritativo donador, bajo pretexto de que los hospitales deben ser sostenidos por el Estado, estafa á los pobres. El que solicita un empleo con buenas recomendaciones y consigue á fuerza de importunidades que se lo den, cuando para ello hay que destituir á otro, estafa el pan á una familia entera; aunque en este caso son cómplices del estafador el que firma

el nombramiento y los que firmaron las recomendaciones. El que depende de un particular ó de un Gobierno y pasa las horas que debia estar trabajando, en despachar sus asuntos propios ó en leer la *Gaceta*, estafa á su principal ó al comun, y en tanto mayor escala, cuanto sepa hacerse tener por más laborioso y diligente.

El que abre sus puertas, por último, á la juventud estudiantil en las horas que ésta debe dedicar al aula, y distrae así la imaginacion y el tiempo del escolar, estafa ciencia á los mozos y dinero á los padres; porque hay que tener presente que tanto estas estafas como la multitud de ellas del propio órden que omito por brevedad, vienen á reducirse en buena lógica á sustracciones fraudulentas de dinero contante y sonante; como que el dinero es en último caso la meta de todas las acciones humanas.

Sentados estos precedentes, ya puedo asegurarte, sin temor de ser desmentido, que hay estafas definidas por el Código que no lo son, y estafas no definidas que lo son real y verdaderamente. Lo que ahora se trata es de averiguar si la sisa de la mujer debiera definirse ó nó como tal estafa. Para ello hay que hacer otra breve excursion á la jurisprudencia.

De todos los delitos son responsables tres géneros de personas relativamente: los autores, los cómplices y los encubridores. Pero ¿quién es el autor de un delito? ¿el que lo comete?—Reflexiona si el cartero que lleva una carta á tu casa,

que al abrirla estalla y produce la muerte de quien se disponia á leerla, reflexiona, digo, si el cartero es el autor del crímen. Él, sin embargo, lo ha cometido por sí propio: ¿es cómplice? ¿es encubridor?—Piensa en el niño á quien para probar su fuerza le dicen que taladre con un puñal el lienzo que está tendido en el suelo, y al taladrarlo destroza el corazon de otra criatura que dormia debajo: ¿es autor, es cómplice, es encubridor del homicidio? Él, sin embargo, lo cometió con sus propias manos, y sin su golpe, el crímen no se hubiera cometido. Tenemos, pues, que no son autores, cómplices, ó encubridores de un delito, ni los que los cometen, ni los que los ayudan, ni los que los encubren, sino en el caso de que los encubran, ayuden ó cometan con intencion y conocimiento cierto de que lo hacen. Por lo cual, segun las admirables prescripciones de nuestro sabio Código, puede ser autor de un crímen aquel que no lo ha cometido, puede ser cómplice el que no lo ha ayudado, y puede ser encubridor el que ostensiblemente no lo haya encubierto; todo lo cual equivale á decir que para el criminalista, el cuerpo no es delicuente sino el alma.

Ahora bien: ¿dónde está el alma de la sisa?—Vas á saberlo.

Si el arte de casarse, mi querido Anatolio, necesita algunos volúmenes para ser definido, el arte de estar casado necesita una biblioteca entera para su dilucidacion. Es una lástima que la *Epístola de San Pablo* sea un documento que no se lee

sino momentos ántes del matrimonio; porque si se leyera durante la soltería, otro fuera seguramente el ánimo con que los hombres emprendiesen la carrera nupcial.

Sobre todo, la parte en que el Santo Apóstol dice:—«Vuestra union dura toda la vida,»—y aquella en que dirigiéndose al marido, exclama: —«Mujer te doy, que no sierva,»—son dos pasajes dignos de que sobre ellos se predicara una cuaresma de siete sermones, ántes de conferir el sacramento. Porque bien mirado el asunto, no hay otro en la vida humana que como él participe del carácter de perpetuidad, y la perpetuidad, cuando sale del límite de nosotros mismos, es una condicion que necesita pillar muy bien preparada la naturaleza.

El hombre no tiene cosa perpétua más que su vida; y áun ésta, como la lleva dentro de sí propio, no es tampoco una cosa que le acompañe, no es una dualidad con quien exista, no es un ente diverso con quien departa; es él en el estado de soledad viviente, en ese estado de soledad parecido al ruidoso silencio del campo, á la oscuridad luminosa del sueño, á ese pró y ese contra mezclados, que han de producirse siempre en el sér que participa de cuerpo y de alma, de espíritu y de materia en ebullicion constante y armónica.—El hombre no tiene nada perpétuo. No es perpétua la forma de su existencia, ni perpétua su salud, ni perpétuo su deseo, ni su fortuna, ni sus pasiones, ni su índole, ni su carácter, ni áun el punto á

donde por voluntad dirige los pasos de su entendimiento y de su albedrío. Dentro de la vida que el cielo le concede, varía de edades, de fisonomías, de aficiones, de gustos, y hasta se despoja de las moléculas que constituyen su cuerpo; como si el alma necesitase en períodos frecuentes refrescar los cojines en donde se posa. Todo es variable en la criatura humana, y hasta la vida misma puede decirse que no es perpétua, desde el momento en que no hay un punto racional donde terminarla.

Pues bien: el hombre, anti-perpétuo de suyo, abraza, ciegamente por lo comun, un estado de absoluta perpetuidad.—«Vuestra union (le dice el Santo) dura toda la vida;» es decir, te doy con la mujer un punto determinante de la perpetuidad que desconoces; porque ya no se trata de una existencia aislada cuyo fin es dudoso, sino por el contrario, de un estado cuyo fin es fatal y conocido: ese estado que abrazas, durará hasta la muerte, no se rompe ni se desata, que se pudre; tiene término donde lo tiene tu vida; ó se te acaba el estado ó te acabas tú.

Y ¿sabes Anatolio, lo que es eso que estoy llamando perpetuidad?—La perpetuidad es el punto donde no pueden encontrarse dos líneas paralelas; es el *siempre* que nos desespera cuando sentimos un dolor cuyo término nos está cerrado á la esperanza; es esa estrella que miramos en la bóveda del cielo una noche tranquila, y que nos hace mohines con su fisonomía luminosa, como pudo ha-

cérselos hace cinco mil años á Túbal el poblador de España.

¿Qué importa que la vida humana sea breve, si corta ó larga, ella constituye la perpetuidad de quien la lleva?

El hombre se casa para *siempre;* y si ese estado ha de ser tolerable, necesario es que le acompañen condiciones superiores á las leyes de la física. Unirse para estar unidos, es absurdo; unirse para separarse, es criminal: la única union legítima y perfecta, es la que va acompañada de avaricia de amor, porque la avaricia crece con el aumento del tesoro; es la que va acompañada de codicioso deseo de renombre, el cual no se sacia con la mujer sino que trasciende á los hijos que son de ella, y se prolonga más allá de los nietos que tambien tienen su raíz en ella misma; es la que va acompañada de condiciones afines á la perpetuidad. Todo lo que en la mujer sea pasajero es anti-matrimonial, como lo es asimismo la diferencia de edades, y lo es la diferencia de estados, y lo es la diferencia de instintos.—El que hace un viaje del cual volverá pronto, no importa que lo haga en incómoda caballería ó por sendas caprichosas y escarpadas; pero el que se dedica á conductor de correos, necesita pensar el mejor medio de hacer los viajes satisfactoriamente.

Pues no digo nada sobre el segundo encargo del Apóstol:—«Mujer te doy, que no sierva.»

Hay maridos (y por desdicha casi la generalidad) que consideran lo de *jefe* de la familia, *cabeza*

de la casa, *dueño* de la administracion del patrimonio, y otros dictados que con justicia se les dan en el mundo, como consejos ó prescripciones del despotismo conyugal. Más adelante te hablaré de esto con extension: por ahora sólo te apunto la absurda creencia de que ser jefe es ser tirano, y de que llevar el timon de una nave, sea conducir el barco al punto donde nos dé la gana.

El hombre ha oido, y repite como axioma, que la mujer propia debe educarse á sus costumbres; pero sobre esto hay que advertir lo que el preceptista latino decia de la ley del *uso constante* en las gramáticas:—«ese uso constante es el de los doctos, no el de los tontos:»—esas costumbres á que ha de hacerse la mujer propia, son nuestras buenas costumbres, no las malas. El que busque el tranquilo juego del matrimonio en la aceptacion por parte de su mujer de lo que él llama sus costumbres, se engaña lastimosamente. En primer lugar ella querrá aceptarlas ó nó: si las acepta, incurrirá la mujer en las malas costumbres de su marido; y si las rechaza, será una guerra civil la vida del matrimonio, ya que no otra cosa peor y más contingente. En segundo lugar, aceptadas de grado ó por fuerza las costumbres de su marido, y suponiendo que lo sean las buenas y las malas, deja de existir en el matrimonio ese doble efecto de dos naturalezas antitéticas que constituye el órden de la sociedad conyugal; y léjos de reunirse un hombre y una mujer para representar en comun los papeles de padre y madre de la familia, lo que

vendrá á resultar en el terreno de la práctica serán dos hombres con virtudes y vicios análogos, que así pueden vivir en paz y buena armonía, como tirarse por *quítame allá esas pajas* los cacharros á la cabeza.

Si la mujer, pues, ha de ser lo que quiera el hombre, es necesario ante todo que el hombre no quiera más que lo justo y razonable; para lo cual es preciso tambien que el hombre no la doblegue á sus caprichos, sino en aquella parte en que los caprichos sean inocentes y sensatos.—«Mujer te doy, que no sierva;»—sumisa te quiero pero no humillada; pedirásme licencia para salir á la calle, pero yo no te encerraré; cuidarás de la hacienda con esmero, pero tendrás hacienda de que cuidar; nuestras voluntades serán una, pero no porque yo te obligue á aceptar la mia; seguirás mis indicaciones sin vacilar, pero mis indicaciones no han de ponerte al borde del precipicio:... tales son los deberes y los derechos del matrimonio, y de tal manera ha de entenderse la sumision de la mujer para con su marido.

Díme, sin embargo, si esta es la práctica de la vida; díme si conoces muchos esposos que observen semejante conducta con sus esposas.—Yo por mí sé decirte que conozco infinitos cuya inteligencia en estas cuestiones se aviene poco á la recta interpretacion de la epístola de San Pablo. Conozco uno por ejemplo...

Pero no, lo mejor será cerrar esta carta con los datos preliminares expuestos, y dejar para la

próxima la exhibicion de algunos cuadros, ó sean monografías maritales, en que se dibujen los rasgos más caraterísticos del esposo usual del siglo XIX.

Hasta el otro correo, pues, que voy á pintar.

CARTA SEGUNDA.

Te he prometido mandarte en esta carta algunas monografías, y voy á cumplirlo. Las pocas que van, las he sacado del gran libro de monografías maritales que anda por el mundo impreso en muchos volúmenes. Escojo las más conocidas, no porque sean las mejores, sino porque marcando límites de ciertos grupos, pueden ser extendidas ó cortadas en términos de que, pareciendo cuatro, se conviertan en cuarenta. Sus títulos son los siguientes:

El marido tacaño.—El marido pródigo.—El marido cominero.—El gran marido.

No me extiendo demasiado en el dibujo de cada una, para dejarte que adivines lo que sería ocioso reproducir. Mi objeto no es precisamente pintar tipos, sino aducir pruebas palmarias en favor de mis teorías conyugales. Yo tengo la conviccion profunda de que las mujeres, á la corta ó

la larga, no son más que lo que los maridos quieren que sean: por eso, para hablar de las mujeres, es necesario descubrir las fisonomías de los hombres. Hé aquí algunas.

EL MARIDO TACAÑO.

El marido tacaño hace del matrimonio una especulacion. Ordinariamente este marido no se ha casado jóven. Avaro con tendencias de soltero, y soltero contrariado por la avaricia, ántes que novia, buscó todas las posiciones que conducen á una vida cómoda y barata; pero como la baratura y comodidad de la vida no suelen encontrarse entre personas indiferentes, y sí todo lo contrario, aburrido de cálculos infelices, se arroja en el matrimonio por conviccion.

El marido tacaño comete su única generosidad entregándose desinteresadamente á su esposa. Este hombre no suele buscar mujer rica, tal vez por miedo de que esté acostumbrada á gastar algo más que su renta: busca, ó por mejor decir, elige su mitad entre las muchachas decentes que viven con arreglo. Al casarse ha calculado que un hombre y una mujer *de órden*, pueden vivir con lo mismo que un hombre solo mal ordenado. Lo único que no toma en cuenta es que el hombre mal ordenado no era él; por lo cual al reducir á números su plan de vida, presupone como gastos dispendiosos para dos, los mismos gastos que sólo eran ilusoriamente dispendiosos para sí mismo. O

digámoslo en otra forma: al casarse, no hace más que ponerse á huésped en el cuerpo de su mujer.

El marido tacaño es novio por muy pocos meses. Su luna de miel dura apénas hata los primeros amagos de sucesion. Entónces, á pretexto de que la esposa no puede salir á la calle, se concluyen las diversiones y los paseos. La casa debe entrar en órden, y la manera de que esto suceda es poner su mujer á sueldo. El marido tacaño señala á su esposa una pension uniforme para acudir á gastos eventuales: la pension no debe alterarse nunca, pero los gastos pueden alterarse todos los dias: la mujer es la encargada de este milagro económico.

Como en casa del hombre que estudiamos no se admite el sistema representativo, los presupuestos no se discuten; pero sí figuran en el de gastos las partidas invariables que pueden reducirse á las siguientes:

Comeremos, esto.

Vestiremos, esto.

Pagaremos de habitacion, esto.

Gastaremos en criados, esto.

Para atenciones extraordinarias, esto.

Que sumado todo lo cual, lo reduzco yo á esto.—Y el marido fija una cantidad estrictamente arreglada á los cálculos del dia de la distribucion, sin detenerse á apuntar en el presupuesto de ingresos las partidas variables, que pueden reducirse á las siguientes:

Tanto para remendar la ropa que se estropea.

Tanto para roturas y composicion de cacharros.

Tanto para subida de precio en los víveres.

Tanto para resfriados y enfermedades leves.

Tanto para las luces de la escalera cuando toque la semana.

Tanto para aguinaldos y propinas.

Tanto para dar chocolate á mi madre cuando venga de visita.

Tanto para la cuestacion parroquial de la Semana Santa.

Tanto para una ratonera, porque los ratones se comen el queso.

Tanto para que el sereno le abra la puerta al señorito.

Tanto para la multa por secar ropa en el balcon.

Tanto para un sobrino mio que saca nota de sobresaliente.

Tanto para echarle á la mona del organillo.

Tanto para etc., etc., etc.

Que reunido todo lo cual, importa una suma mucho mayor de la prevista. Y la mujer se halla en su verdadero presupuesto con una inmensidad de partidas que carecen de crédito legislativo, lo que en buen sistema de hacienda equivale á decir una bancarota.

En casa de este marido acontecen escenas como la siguiente:

—Señora, no hay almidon.

—Pues trae cuatro cuartos.

—No tengo dinero.

—Pídeselo al señorito.

—Acaba de salir.

—Anda á la tienda y que te lo den fiado.

—No conozco al tendero.

—Pues vé á la oficina y pídeselos á tu amo.

(La muchacha va á la oficina y dice:)

—De parte de mi señora que le diga usted al interventor que me dé cuatro cuartos para *una cosa.*

O escenas como esta:

—Señorita, de parte de su mamá de usted que aquí traen una gallina.

—¿Quién la trae?

—Un mozo.

—Pues dale dos reales.

—No tengo.

(La señora turbada, y dirigiéndose á un amigo que hay de visita.)

—Caballero: ¿me hace usted el favor de prestarme media peseta?

En casa del marido tacaño, quien pasa por miserable es la mujer. Ella es la que no come, la que no viste, la que no va á ninguna parte, la que no obsequia, la que no presta, la que no da. El marido es un hombre de bien que pasa el dia trabajando para atender á sus obligaciones; y la descuidada, la perdida, la manosrotas y desgobernada es la mujer. Él anda muy decente, y si ella no va lo mismo es porque no le da la gana. Su desastrosa conducta doméstica llega hasta el punto de que vayan á importunar á su marido á la misma oficina para los menesteres más insignificantes.

BIBLIOTECA · Granada · DE AND

Ese hombre no mata á su mujer porque es bueno. Algun dia va á tener que separarse de ella por destrozona. A la que sale así no le basta con nada.

La situacion, sin embargo, ha de complicarse más y más. Las ropas de novia comienzan á deshilacharse; los muebles se declaran en quiebra; el muchacho pequeño come como un sabañon; la criada se ha llevado dos tenedores de plata; la suegra quedó viuda, y es necesario que no se muera de hambre; todas las mujeres llevan abrigo de seda y yo lo llevo de lana; si en vez de casarme con este hombre me hubiera casado con el militar, no tendria apuros; el presupuesto de gastos crece, el de ingresos mengua; si no fuera por un amigo con quien me desahogo, reventaria; estoy por pedir dinero á alguien; mañana vencen las papeletas de empeño de mis alhajas; este hombre no se puede sufrir; para continuar con esta vida hay que ser santa... estoy por hacer un disparate!... etc., etc.

El marido tacaño cuando se acuesta deja su chaleco á la cabecera de la cama. Apénas se duerme, la mujer se levanta de puntillas y lo roba. —Esto es lo ménos malo que le puede pasar.

EL MARIDO PRÓDIGO.

El marido pródigo pertenece á esa raza de hombres que desconocen el valor del dinero. Acostumbrados á gastar siempre mucho, no im-

porta de dónde y no importa en qué, llegan al matrimonio con los hábitos de la dilapidacion y sin los hábitos del deber conyugal. La vida de casado es un dispendio más en sus costumbres de soltero. La mujer no será para ellos una alhaja, pero de seguro es un lujo. Se casan para tener, á más de las otras cosas, una mujer.

El marido pródigo se diferencia esencialmente del tacaño, en que no le da ni una peseta á su esposa. Los bienes materiales, en su grotesca expresion monetaria, son á su juicio harto despreciables para correr á cargo de la señora que lleva su nombre. Este marido se entiende directamente con los criados: él les entrega cantidades á granel, de cuya inversion les está prohibido dar cuenta sino con las palabras sacramentales de—«se acabó el dinero.»—Entónces reciben otra pacotilla, y hélo aquí todo.

En casa del marido pródigo suele sobrar todo lo supérfluo y faltar lo indispensable. El señor aboga por lo primero, y la señora se lamenta de lo segundo; por cuya razon los criados murmuran tanto de ésta, como se deshacen en elogios sobre aquél. El marido pródigo es, en efecto, el ídolo de sus servidores: no importa que los trate mal, ni que les haga perder la noche esperándole, ni que les deje de abonar seis ó siete meses de salario: el señorito siempre es un amo de muy buen fondo y de excelente corazon, que cuando paga lo hace con usura para todas las cosas.

El ama es la que nunca da nada, y la que hace

pasar malos ratos á los criados con sus sermones, y al pobre señorito con sus impertinencias. Ninguno se da razon de que por qué se casaria el amo con una señora tan rara. Él, que es alegre, y decidor, y generoso, y amable, ha cometido la torpeza insigne de escoger por esposa á una especie de lobo marino que todo el dia está gruñendo. Para nadie de la casa es cuestionable que el amo hace perfectamente en cortejar á tres ó cuatro bribonas.

La mujer en tanto pasa una vida muy particular. Tan pronto recibe de París una caja con media docena de sombreros de moda, como tiene que vender alguno para comprarse un peine. —En muchas ocasiones no puede salir por falta de zapatos, cuando su marido le trae un abrigo de terciopelo que costó tres mil reales.

Y es que el marido pródigo, en cuya casa se compra el aceite por libras y la seda por adarmes, frecuenta en clase de protector los establecimientos de modas, y los comercios de mayor lujo, y los ultramarinos proveedores de S. M., y los almacenes de perfumería inglesa, y todo, en fin, lo que es caro y de moda; en cuyos lugares, como le conocen perfectamente, se repite un dia sí y otro nó la siguiente escena:

—Don Fulano: aquí ha venido una cosa que si no la compra usted, no hay quien la compre.

—Acabamos de traer de Alemania esto, expresamente para usted.

—Han llegado unos géneros que no son más

que para usted y las gentes de gusto que saben pagarlos.

—Don Fulano: ¿he hecho bien en apartarle á usted esto? Dos han venido únicamente, y uno se lo han llevado para el Rey.

A todo lo cual D. Fulano no contesta más que con esta frase:

—A mi casa, á mi casa.

Las mujeres de los tenderos y comerciantes, envidian á la mujer del marido pródigo, y es porque ellas ignoran que la mujer de este marido no es más que el pretexto de las prodigalidades. Ella no sirve en el mundo para otra cosa que para llevar en su dia las culpas de la ruina de su casa.—«Aquella mujer (dicen) gastaba un lujo insolente:—Con tal sistema no habia más remedio que pedir limosna:—Él era un infeliz, pero ella era una despilfarrada.»

Víctima de la murmuracion envidiosa por fuera y de la murmuracion codiciosa por dentro, esta mujer no ha hecho más que entrar en un *asilo* forrado de tapicería. Los pobres del Hospicio son más libres, más soberanos de su persona, y sobre todo más ricos; porque al fin y al cabo la limosna que pillan esa se encuentran, y ya que no otra cosa, poseen la conmiseracion pública.

El marido pródigo está siempre muy ocupado con los asuntos que han de proporcionarle los medios de atender á su prodigalidad. Es hombre de calle y de misterios: su mujer vive ajena á los negocios y á la confianza conyugal: no sabe que se

ha casado, más que porque se lo dicen: podria comparársela á esas *partes de por medio* de las compañías cómicas, que no sirven para nada, pero que en ocasiones las visten de reinas.

Un hombre de escasa fortuna y cocina estrecha, á quien su mujer servia muchos postres despues de un solo plato caliente, gritaba lleno de razon:

—¡Vengan todos los principios que corresponden á estos postres!

La mujer del marido pródigo corre gran riesgo de levantarse una mañana gritando:

—Vengan las satisfacciones morales que corresponden á estos goces físicos.

EL MARIDO COMINERO.

Hé aquí un marido que es el que más tiempo está casado con su mujer.

Hay, efectivamente, hombres casados, cuya obligacion ú oficio les exige pasar el dia distantes de sus esposas: estos hombres no están casados más que por la noche. Los hay que, perteneciendo á la marina, pasan ausentes largas temporadas, y sólo están casados durante el *cordonazo de San Francisco*, por ejemplo. Háilos tambien que, por su condicion de médicos, no están casados sino entre dolor y dolor de sus semejantes, y esto lo mismo durante el dia que la noche. Pero un marido que está casado por la mañana, y al medio dia, y á la tarde, y entre dos luces, y durante la velada, y cuando canta el sereno, y cuando los

gallos cantan, y cuando pían los gorriones, y casado siempre; un hombre, en fin, que no se separa nunca de su mujer, éste es de quien puede decirse que está más tiempo casado que ningun otro, y éste es el marido cominero.

El marido cominero adopta el matrimonio por necesidad. Obligado á hacer todo lo que pueda, y todo lo que deba, y á más todo lo que quiera, hace el marido por no dejar de hacer esto que está á sus alcances. Si el matrimonio no tuviera satisfacciones y ventajas, el marido cominero se casaria para estar casado.

Y es, efectivamente, inapreciable para un hombre de su índole, esto de reunir, por un sólo acto, á los derechos imprescriptibles de marido, los peculiares y propios de la mujer. Porque el marido cominero asume en su persona los deberes y derechos de la conjuntividad.—Él recibe las visitas de su mujer, alecciona á los criados, distribuye el presupuesto, dispone las comidas, dirige los trajes, marca las horas del descanso y la labor, cuida los bichos, toma la cuenta de la lavandera, ordena la compra del dia siguiente, y hasta en las cartas que ha de firmar su mujer, pone:—«Mi querida Fulana,» dirigiéndose á una amiga que no sabe quién es.

El marido cominero es el hombre de las supremas ocupaciones: miéntras está en casa, todo lo hace muy de prisa porque tiene que salir; y miéntras está fuera, se consume de impaciencia por los quehaceres que le aguardan en casa. Si el ma-

rido se pagara por horas como los coches, la mujer del marido cominero no tendria caudal con que pagar el suyo; porque literalmente pasa la vida en su compañía. Esta clase de cónyuges viven juntos la vida social que es de ley, y á más viven juntos la vida privadísima ó secreta que ningun código se ha atrevido á consignar. No sólo almuerzan juntos, y comen juntos, y cenan juntos, y duermen juntos tambien (el marido cominero no ha entrado por eso de dos camas pequeñas), sino que se ablucionan en el mismo *lavabo*, y se secan con la misma toalla, y se visten en el mismo ropero, y se desnudan con la misma luz; identificándose y unificándose ambas personalidades hasta el punto, de que si el marido abre la puerta cuando preguntan por su mujer, contesta:—«Yo soy: ¿qué se le ofrece á usted?»

El marido cominero es la exageracion de la epístola de San Pablo, y como todas las exageraciones acaba por su natural principio. El dulce, cuando es demasiado fino, pica ni más ni ménos que la mostaza; y los criminalistas, cuando han querido inventar una pena tremenda, unieron á dos criaturas con el mismo hierro.—De esta manera, emparejados, que no casados, la mujer usual y el marido cominero, constituyen ántes de mucho la sociedad más deplorable de que se puede tener idea. Ella principia instintivamente á amar todo lo discorde, todo lo disyuntible, todo lo bifurcable. Escucha con delicia la relacion que se

hace de los maridos á quienes no se les ve, que viajan mucho, y que en ocasiones ni vienen á dormir á casa. Tiene por más feliz á la mujer que llora una ausencia, que á la mujer que disfruta su union sin soluciones de continuidad. Se convierte en política al partido de los liberales, porque hablan mucho de independencia; si lee en los periódicos la guerra de los Estados-Unidos, se inclina á la causa de los separatistas; y alguna vez podria sorprendersela buscando en el Diccionario la palabra *divorcio*, ó en la ley de clases pasivas los beneficios y derechos de las viudas.

El marido cominero suele no ser miserable; pero en su afan de asumir todos los poderes, no consiente que su mujer dé ni una limosna. La mujer del marido cominero al carecer, pues, de todas las autonomías, carece en absoluto de la autonomía monetaria, y por consecuencia, del mayor fundamento de la libertad.

Con tales antecedentes ¿no sería terrible que pasase un hombre cualquier dia por la calle y le dijera: — «¿Vámonos?»

EL GRAN MARIDO.

Ocho ó diez mil duros de renta, un apellido ilustre, juventud, hermosura, talento, gracia, un escandaloso catálogo de aventuras galantes, dos docenas de pagarés en la plaza, y el conocimiento, ó por mejor decir, la celebridad de toda la Corte, hé aquí las cláusulas esenciales del gran marido á

quien no hay suegra que deseche, ni muchacha bonita que no tribute adoracion.

Jamás se han visto bodas semejantes. A la novia le han cosido toda la ropa en París: el novio llevaba un brillante en la camisa como una castaña. El Nuncio les ha echado las bendiciones: una camarista y un gentil-hombre han sido padrinos en nombre de augustas personas. Las monedas que sirvieron de arras, eran onzas de oro, que se regalaron despues á los monacillos; y todos los muchachos y pobres que habia en la puerta, recibieron doblones de á cinco duros. A la mañana siguiente de la boda, se pisaba todavía el dulce en el portal de la casa; y fueron tantos los sorbetes, que un lacayo asturiano ha reventado de un cólico en el hospital. Jamás se han visto bodas semejantes.

Todas las muchachas están muertas de envidia. La novia tiene sus habitaciones á la derecha de la casa: el novio á la izquierda: sólo un gabinete, un salon y un pasillo largo, separan el fin de las habitaciones de ella y el principio de las habitaciones de él. Con un cañon rayado se podria muy bien pedir socorro de uno á otro aposento, sin incomodar á nadie.—A la novia le han traido una camarera de Bélgica, la cual, como no sabe más que francés, sufre ahora alguna cosa para entenderse con el mayordomo del amo que no habla más que español. Pero esto es una ventaja, porque así se excusa el trato y los disgustos.

En casa del gran marido se almuerza y se come

en el comedor, á ménos que la señora lo haga en su cuarto y el señor en el suyo, cuando tienen visita, ó no están buenos, ó les da la gana.— La señora suele acostarse temprano porque el señor viene tarde; y como al fin y al cabo no han de verse, lo mismo da hacerlo á una hora que á otra. En cambio la señora se levanta temprano, y como sale á la calle para entretener el tiempo, suele suceder que cuando está de vuelta, acaba su marido de salir á paseo.

Por lo demás, esta mujer ha hecho una boda loca. Nada le falta dentro y fuera de casa para llamarse feliz y excitar la envidia de todas las mujeres. Disfruta algo de la vida de los monarcas, es decir, que todo se lo dan hecho. Para la mujer del gran marido no hay valor en las cosas, ni ilusion en los deseos, ni contrariedad en las ambiciones, ni delicia en el poseer: desconoce la frase «es imposible,» y por consiguiente las dulzuras inefables de la posibilidad.

De cuando en cuando hay algun amigo respetuoso y tierno que se llega á esta mujer para decirla:

—Señora, corre por ahí la voz de que su marido de usted (y yo no lo creo) se está arruinando. Dicen que cada seis meses vende una finca. Añaden que como ahora sostiene dos casas con lujo, y ántes no tenía más que una, su renta no alcanza, y echa mano del capital. Suponen que en cuatro ó seis años se quedará por puertas. Yo creo esto un poco exagerado, pero sí aseguro que si no es

en seis años, será en ocho. Me pareceria prudente que usted interviniera en los asuntos para salvar la fortuna de sus hijos, para tener mañana con qué vivir, para ayudarlo á él mismo, si se quiere. Conozco que esta revelacion es dura, pero mi lealtad me obliga... etc., etc.»

La mujer del gran marido ha sospechado, en efecto, lo que ahora sabe oficialmente. Se inquieta por primera vez, y tiene una explicacion con su esposo; pero éste con buenos modales al principio y con ademan algo destemplado despues, le advierte que su capital de ella no correrá nunca peligro, porque como nada trajo, nada expone; que en toda eventualidad habrá disfrutado por mucho tiempo lo que nunca soñó, y sobre todo, que en las casas bien ordenadas, los maridos son los que dirigen los negocios, y á las mujeres sólo les incumbe quejarse cuando les falte algo.

Si hay argumentos sin réplica, éstos lo son indudablemente; y por eso la mujer del gran marido resuelve dejar hacer hasta que le dicen otro dia:

—Señora, los asuntos van de mal en peor: hoy embargan á su marido de usted una finca para pago de acreedores. Ayer le protestaron dos letras de un diamantista, y dentro de tres meses le vence un pagaré por el valor próximamente de esta casa. Si usted le hubiera ido metiendo mano con tiempo (que muchas maneras hay de hacerlo) hoy se encontraria con una pacotilla que le produjera lo bastante para vivir modestamente y

educar á sus hijos. Aún es tiempo de hacer algo: yo siento decir á usted estas cosas, pero mi lealtad me obliga... etc., etc.»

Por segunda vez tiembla la dama ante la espectativa de una catástrofe que ha presentido largo tiempo. Ya no es ocasion de increpar al marido, sino de resolverse á hacer algo. —Un procurador la saca de dudas viniendo á decirle que firme ciertos documentos de venta ó que provoque la deshonra de su esposo. Se trata de vender lo que no es suyo, y firma. Los consejeros desaparecen; las alhajas se empeñan; el marido hace un viaje al extranjero; los chicos son despedidos del colegio; los criados la citan á juicio; y por término de la boda feliz, la mujer del gran marido, si es honrada, va á dar con su miseria á un cuarto cuarto para comerse parte de la viudedad que cobra su madre.

Las otras mujeres que presencian este drama, y se hallan en un caso parecido, suelen pensar: —«¿Qué demonios haria yo para que no me sucediera una cosa semejante?»

Hé ahí, mi querido Anatolio, cuatro bocetos que valen por cuarenta. —Te dejo un correo para que medites sobre ellos, y adios.

CARTA TERCERA.

Supongo que no habrás juzgado exagerada la pintura que á grandes rasgos te hice en mis cuatro monografías anteriores; ántes bien me habrás creido un pintor vulgar y de brocha gorda, que escribe lo que ve sin cuidarse de veladuras ni adornos.

Y efectivamente, hay en la vida conyugal dos panoramas diversos; cuyo estudio merece duplicada atencion, si ha de formarse exacta idea del conjunto que conocemos con el nombre de matrimonio.—Pocas alianzas maritales son lo mismo por fuera que por dentro, como que pocos son los matrimonios completamente felices; y si hay casos en que, contra las apariencias de la vida exterior, se goza en el hogar de una calma y felicidad relativas, son muy numerosos los en que, con grandes visos de una dicha envidiable, ocurre cada procesion por dentro, que ni el *rosario de la aurora*, que dice el vulgo.

No es al marido tacaño, ni al marido cominero, ni al marido pródigo, ni al gran marido á quienes se debe temer exclusivamente: el marido peor de los maridos y al que se debe temer en primer término, es el marido hipócrita.

Pero acabo de equivocarme en el concepto anterior: todos los maridos de que te he hablado, y los muchos que pertenecen á la propia familia, deben refundirse en la comun denominacion de maridos hipócritas. No hay marido malo más que el marido hipócrita.

Esos hombres de aspecto ágrio y proceder poco culto, que nos enfadan comunmente en la sociedad, suelen ser tambien en el interior de la familia despegados y desatentos en demasía; pero por lo mismo que en ellos no existe la predisposicion al fingimiento, ni la habilidad del doblez, por lo mismo suelen proporcionar á su esposa, á sus hijos y á sus criados una vida tranquila en absoluto, y relativamente agradable. Mas esos otros hombres que, con el bien parecer por divisa y la impecabilidad por estandarte, van á todas horas exhibiéndose como modelo de maridos, con el amor de su esposa en los labios, con el calor de la familia bajo el chaleco, y con la mision de catequizar célibes para la santa empresa, esos necesitan para ser juzgados con exactitud, que su pobre mujer nos explique lo que sucede en casa.

El hombre es un sér esencialmente absolutista. El loco orgullo de su predominio casi celeste, le impulsa á la dominacion tiránica de lo que le ro-

dea, como medio de entretener la febril ansiedad de una dominacion mayor sobre sus semejantes. Desde Alejandro, que ocupa el mundo, hasta el escribiente temporero, que gana seis reales diarios en tu oficina, todos los humanos se consideran predispuestos á dictar leyes á los demás, y avasallarlos si posible fuera bajo sus piés. La única diferencia que hay entre uno y otros, es que aquél se casó con el Oriente, y éstos se suelen casar con una oficiala de modista. La dominacion, sin embargo, es idéntica.

Encerrado el hombre entre las cuatro paredes de su casa, cuya inviolabilidad ha tenido buen cuidado de erigir en dogma, ensaya desde el primer dia sobre su único súbdito todos los códigos que tiene en embrion para la humanidad. Sea cualquiera, en efecto, el sistema político á que rinda culto entre las gentes, y con mucha mayor razon si sus instintos son demagógicos ó republicanos, el hombre principia por aceptar el vocabulario de la tiranía, cuyas frases lleva estereotipadas al matrimonio. Óyelo, si no, cuando dice á su mujer:

—«¡En mi casa no manda nadie más que yo!»

Ó cuando dice á su hijo:

—«¡A mí se me obedece ciegamente!»

Ó cuando dice á su criado:

—«¡A mí no se me replica!»

Ó cuando exclama dirigiéndose á todos:

—«¡Voy á coger una escoba y á barrer la gente de mi casa!»

Óyelo en sus más cariñosas explicaciones:

—«*No quiero* que te pongas ese peinado.»
—«Mañana *quiero* que comamos á las cinco.»
—«*He resuelto* que no venga más esa persona.»
—«Acabo de *mandar* que nos traigan refresco.»

Oye, digo, estas frases de su trato usual y compáralas con las de—«El estado soy yo,»—«Si el mar se me alborota que lo azoten,»—«Al que no guste de mis versos, que lo encierren en las minas,»—y otras ciento de los Dionisios, Nerones y Caracallas, que no parece sino que han servido de patron para formar el vocabulario de nuestro hombre.

La tiranía marital, convertida en sistema, arrastra por lo comun al absurdo como todo género de tiranía. No es un emblema de la autoridad, no es un elemento de órden, no es una constante y fructífera regla de conducta, como algunos la suponen y pudiera serlo: es, ciertamente, en un principio, autoridad, órden y código; pero en fuerza de no hallar obstáculo, obcecada por la felicidad del éxito, se desborda con rapidez insolente y ni siquiera se detiene en el absurdo.

El marido comienza por mandar á su mujer en nombre del amor; sigue mandándola en nombre de la conveniencia; continúa mandándola en nombre de la autoridad, y concluye por mandarla en nombre de su capricho.—Sólo así se concibe lo que algunos maridos hacen con sus mujeres. Privarlas del trato de las gentes y exigir que tengan sociabilidad; ponerlas á sueldo fijo y exigir gastos variables; impedirles toda distraccion y exigir carác-

ter placentero; humillarlas á los ojos del mundo y exigir elevacion de carácter; matar su fe y exigir constancia; destruir sus creencias y exigir virtudes; darlas, en fin, de balde y extrañar despues que haya quien las compre.

El absurdo en el órden conyugal, permanece latente en algunas ocasiones y no traspasa los límites de la víctima; pero otras muchas veces (por desgracia las más numerosas) produce sus naturales efectos y desorganiza la sociedad doméstica, hasta á los ojos de la sociedad pública.—Muy sufrida es la mujer, sin duda, y casos hay de constancia y resignacion celestiales; mas hay otros casos en que las asechanzas del mundo, el amor propio ofendido, la dignidad ultrajada, la conciencia del propio valer despierta, operan en la esposa una reaccion fatal que la conduce á todo linaje de extravíos.

Entónces el drama doméstico se convierte en pública comedia, y el marido que juzgó llegar por el absurdo al logro de una felicidad ilusoria, tropieza con una realidad risible, como puede paladearse en el siguiente cuadro:

La escena es en un café. Varios maridos están sentados alrededor de una mesa bebiendo copas.

MARIDO 1.º

—Yo no sé cómo diablos se las compone mi mujer, ello es que parece que vuelve las pesetas monedas de cinco duros. Todos dicen que las co-

sas suben de precio; que Madrid se va poniendo por las nubes, y la verdad es, que yo no doy en mi casa más de lo que daba hace diez años, y vivo lo mismo si no mejor que entónces. Ayer, sin ir más léjos, me puso un exquisito salmon de principio; yo habia preguntado en la plazuela, y me pidieron á catorce reales por la libra; pues bien, ¿á cómo dirán ustedes que lo sacó ella? A cinco reales, y pesaba la libra lo ménos cinco cuarterones.—¡Es mucha mujer aquella!

MARIDO 2.°

—Pues la mia no tiene su habilidad en las cosas de comer, porque á ella lo que le gusta son los trapos. Yo le tengo señalados siete duros mensuales para vestirse, y ustedes que la conocen, son testigos de que pocas señoras salen á la calle como ella. Con cuatro guiñapos y cuatro adornos, se hace en un momento cada vestido de muaré y cada abrigo de terciopelo, que ni una duquesa. Yo algunas veces le pregunto:—¿Pero muchacha, cómo te compones para esto? Y ella me dice: —Calla, tonto, en siendo una mujer arreglada, todo le sobra.—Ella se hace todos sus trajes: compra patrones de esos franceses, y una modista le corta la tela; despues se lo hilvanan, y con una muchacha de Madama Honorina que trae á casa, cose que te cose hasta que se concluye. En seguida manda á la calle Mayor por unos *agremanes* y unos *guipures*, que ella dice, y los va pe-

gando sobre los dibujos que traen de la tienda, de modo que queda el vestido como si se lo mandaran de París. ¡El arreglo es el alma de las casas! Ahora se ha comprado un traje de setenta duros (porque esas malditas telas cuestan mucho) y como ella no quiere gastar más, ha ido y lo ha forrado con un vestidillo viejo que tenía para casa; de manera que se ha ahorrado todo el forro. Le digo á ustedes, señores, que el arreglo es lo principal en las mujeres.

MARIDO 3.° (interrumpiendo).

—Y tanto como que lo es; á mí me critican si gasto tanto y cuanto, sin mirar por la suerte de mis hijos; pero es porque uno no le va á decir á todo el mundo lo que pasa en su casa. Yo corria ántes con los gastos: vivia en un cuarto pequeño, y nunca pude tener más que una berlina con una yegua. Pues desde que mi mujer se encargó de la administracion (porque yo la he dado ámplios poderes), vivimos en un palacio, tenemos un palco en el teatro Real y tres carruajes con dos tiros. En mi mesa comen seis ó siete personas todos los dias; los muchachos están á pupilo en el colegio de los Escolapios; mi casa por la noche parece un enjambre de pollos á la hora del té; damos cuatro ó cinco bailes cada invierno, y una noche que perdí en el Casino cinco mil duros al *treinta y cuarenta*, se lo dije á mi mujer y los pagó en seguida. Pero ¡ya se ve! si ella es una lagarta.....

Miren ustedes: está vendiendo todas las fincas que tenemos en Zaragoza, que no producian nada entre administradores y malos años, y compra papel del Estado, que produce mucho y es muy seguro. Yo, soy franco, me avergüenzo de haber sido tan torpe cuando manejaba mis bienes.

MARIDO 1.°

—Lo mejor es dejárselos, dejárselos á ellas. Mi mujer se ha echado un amigo fondista, y un dia sí y otro nó nos regala un plato de lo mejor de su casa. Allí va él luégo por la noche á ver si ha gustado.

MARIDO 2.°

—Pues yo no le entrego á la mia mis capitales. Con sus siete duros al mes, que se arregle y se vista. Un conocido nuestro, que ha venido de Francia, como sabe lo que á ella le gustan los trapos, le trae seis cortes de vestido y dos sombreros, que el muy bribon ha metido de contrabando. Yo le digo muchas veces:—¡Qué pareja haria usted con ésta!

MARIDO 3.° (con aire malicioso).

—Dichosos ustedes que tienen quien les traiga. A mí nadie me trae nada, porque el amigo íntimo de casa, que es un agente de bolsa, lo que hace muchas veces es llevarse papel. Bien es verdad

que luégo trae dinero; porque es para vender ó comprar segun están los fondos.

MARIDO 1.°

—En más de una ocasion he pensado yo que si me quitaran el destino podíamos poner una casa de huéspedes, seguro de que por cuatro pesetas habian de comer con mi mujer mejor que en otras casas por veinte y cuatro reales.

MARIDO 2.°

—Yo hacía modista á la mia.

MARIDO 3.°

—Yo le hablaba al duque de Osuna para que mi mujer arreglara su casa.

MARIDO 4.° (que hasta entónces guardaba silencio).

—Pues amigos mios: me quedo absorto con lo que ustedes cuentan. Yo tengo una renta regular y una mujer muy honrada; y lo que sé es que cuando el año pasado tuve que mandar mi chico mayor á Panticosa, dejé en el monte de Piedad la botonadura de brillantes que me regaló mi suegro.

MARIDO 1.° (al 4.°).

—Apuesto á que su mujer de usted come mal.

MARIDO 2.º (al 4.º).

—Y ¿á que no viste bien?

MARIDO 3.º (al 4.º).

—Y ¿á que no han vendido ustedes ninguna finca?

MARIDO 4.º (alternativamente á los tres).

—Tienen ustedes razon que ni comemos demasiado bien, ni mi mujer gasta lujo, ni hemos podido comprar títulos del tres por ciento; pero en cambio aseguro á ustedes que á mi casa no va ningun amigo por la noche.

Tal es, Anatolio amigo, el trágico sainete que puede con sobrada frecuencia escucharse en ciertos lugares públicos, cuando la gente inspirada por el absurdo se reune para discutir con la lógica vuelta de espaldas.

Y son tan comunes estas representaciones, como comun es la falta de conocimientos económicos en los maridos usuales. Porque es necesario no perder de vista que toda cuestion doméstica, sea cualquiera su índole, lleva dentro de sí una cuestion de dinero.—El vulgo, que es un excelente pensador, tiene dicho de los matrimonios que *donde no hay harina todo es mohina;* y un pensador

francés, que por cierto no es vulgo, dice que *la contabilidad es una ciencia social;* pues al punto á que han venido las cosas, no hay más remedio que contar bien y en órden, para gobernar bien y con justicia.

Ya en otras cartas te hablé del mercantilismo del amor: permíteme que en éstas toque, aunque de paso, el mercantilismo del matrimonio. Seré breve y comedido.

CARTA CUARTA.

Tres únicos sistemas pueden adoptarse para la administracion del tesoro conyugal: ó dar las llaves á la mujer, ó reservárselas el marido, ó instituir un fondo comun del que indistintamente dispongan ambos cónyuges. Yo procuraré examinarlos con absoluta imparcialidad, para que me digas con franqueza cuál de los tres merece tu aprobacion.

Hay novios, sin duda alguna, que, al pasar á la categoría de maridos, se figuran que deben entregar á su novia y mujer las llaves de la bolsa con su albedrío. Estaban tan acostumbrados á la abdicacion de las facultades morales; habian repetido tantas veces que ella era la señora y dueña de sus potencias, que tienen por razonable, ya que no por necesario, hacerlas merced hasta de la potencia productora en su última expresion comercial. Esto se hace siempre voluntariamente, pues la mujer, por tacaña que sea, y lo es mucho, como

veremos en otra ocasion, nunca aspira á los fondos de su marido, bien porque, no acostumbrada á manejar los de su padre, desconoce los encantos de la posesibilidad, bien porque el decoro de la educacion impide mostrar pensamientos interesados, áun cuando se tenga el defecto de la avaricia. Ello es que el hombre al entregar las llaves, las entrega por su propia y exclusiva voluntad.

Pero ¡ay! que las llaves del tesoro doméstico son una cosa algo más séria de lo que parece!— En primer lugar, la sola posesion de esa llave, despierta desde el primer momento todo el instinto avaro que la naturaleza humana tiene escondido en el fondo de sus misterios, y lo desarrolla sin remordimiento alguno, como que el éxito acalla de por sí todas las vacilaciones. La posesion de esa llave es la adquisicion de la propiedad; de la propiedad nace la independencia; de la independencia nace la autonomía. Si el filósofo dijo:— «Pienso, luego soy,» la mujer dice:—«Tengo, luego valgo;» y así como es muy hermoso para el hombre haberse dado razon de su existencia por las revelaciones de su mente, así es tristísimo que la mujer se dé razon de su valía por el peso ó volúmen de su gaveta.

La mujer no vale nada cuando se trata de tasarla en dinero: sus virtudes y su inocencia, en unos casos, su travesura y su gracia, en otros, valen todos los tesoros de la tierra, y esto es indudable; pero de los tesoros que se invierten ó se gastan, á los tesoros que se dan ó se esconden, hay la dife-

rencia del incienso que se quema ante el altar, á la resina con que se encorchan las botellas. Todo, sin embargo, sale de la corteza de los pinos.

Lo ménos que se hace de la mujer, al entregarle las llaves del tesoro, es presuntuosa y avara. La presuncion la adquiere en razon directa de la dignidad que ha perdido voluntariamente su esposo; la avaricia retoña, puesto que su gérmen ya existia, con el pleno goce de la propiedad incontrovertible.— A un comerciante cuyos hijos eran todos aprovechadísimos, le preguntaban:—«¿Cómo se ha compuesto usted para que los chicos sean avaros?»—y respondia:—«Nombrándoles un sueldo desde que tuvieron uso de razon.»—Y lo cierto era que habia un muchacho que conservaba la primera peseta que le dieron sin motivo y sin cuenta.—Pero, lo repito, la presuncion y la avaricia son los productos ménos fatales del sistema. Al cabo y al fin la presuncion puede ser un adorno más, y la avaricia una ruina ménos; miéntras que las consecuencias públicas del método, son siempre para el marido ocasion de vergüenza y manantial perpétuo de sinsabores.

Prescindamos de ese marido que gira en cuenta corriente, contra las cajas de su mujer, los diez y seis reales de la suscricion al periódico, los cuatro duros del sombrero, los cinco duros de las botas, la media peseta del café y los dos cuartos del napolitano que toca el organillo; prescindamos del que no sabe cuánto gasta en su casa, ni si tendrá existencias para un viaje, ni si alcanzarán sus

recursos para un negocio. Pasemos tambien por alto lo de—«No conteis con éste hasta que lo consulte con su mujer,» ó lo de—«Bien puedes decir á aquélla que te compre otro chaleco más decente,» etc., etc. Pasemos por la nulidad social del marido-huésped, y profundicemos en el arma mortífera que se esconde dentro de la gaveta.

La mujer, dueña del peculio de su esposo, es no sólo dueña de su vergüenza y de su libertad, sino de su reposo interior, de sus pensamientos íntimos y hasta de su conciencia en el terreno de las suposiciones.— Ella mide por el movimiento de los fondos, el movimiento de los pasos de su marido; espía en cada duro que se escapa, la ocasion de apoderarse de un secreto nuevo; inventa en cada suma que oscila, una historia feliz ó desgraciada, segun las apariencias de la época; y, en una palabra, se cree poseedora de un barómetro social que si raras veces pinta bonanza, es con frecuencia signo de tempestades y terremotos domésticos. Para ella, cada moneda de cinco duros es una infidelidad, cada onza un dispendio, cada billete de mil reales una ruina. Y eso, áun cuando los cinco duros fueran para socorrer á un pariente, aunque la onza fuese para encargarle un traje, aunque el billete sirviera para librar en su dia á un hijo del servicio de las armas. Porque la mujer, encerrada en la estrechez natural de su aposento, é ignorante como debe estarlo de las necesidades y previsiones de la vida pública, cuyas exigencias son tan comunes como incomprensibles, traduce de una sola manera los pensa-

mientos y pasos de su marido; y ante la vision de los celos ú otra semejante, cierra los ojos á las más perceptibles reglas de la lógica.

No hay que decir que el marido honrado y cariñoso, ha de hacer partícipe á su esposa de todos los pensamientos y acciones de su vida; porque esto, que es una verdad en parte, es una solemne mentira en cuanto se refiere al pormenor de los hechos que constituyen la personalidad del ciudadano. ¿Cuándo reconoceria una mujer la justicia con que el hombre debe sacrificar su fortuna en aras de la patria? ¿Cuándo consentirá la mujer, sin rebelarse, que el esposo posponga sus propios intereses á los intereses del amigo de la niñez? ¿Cuándo comprenderá, cuándo verá con calma, que acepte la miseria por desnublar hasta los más ténues celajes de una situacion que pudiera compremeter su honra? —Porque es necesario tener presente que la mujer, con su fibra delicada, y su rubor angélico, y su impresionabilidad exquisita, tiene sin embargo ideas muy singulares acerca de los deberes y de las virtudes de los hombres. Sea que equipare esas virtudes y deberes con los suyos propios, sea que la índole de su educacion no la permite ver claro en aquellos asuntos que desconoce, ello es que para la mujer son poco ménos que desatinos la mayor parte de las acciones heróicas que constituyen la gloria de la humanidad masculina. La madre de los Gracos es una excepcion: la esposa de Guzman el Bueno es la regla general.

Toda esposa cifra la honradez de su marido en

que la ame con ternura, en que la anteponga y prefiera á las demás mujeres, en que acreciente la fortuna de sus hijos, en que la rodee y los rodee del mayor número de bienes y felicidades. Un marido adornado de estas condiciones (que con ellas y todo puede ser un solemne bribon), tiene seguros altares en el ánimo de su esposa, y podria competir en punto á integridad y patriotismo con Catones y Cincinatos.—Mas, seamos justos, la mujer piensa y obra perfectamente: el hombre participa de una dualidad indeclinable: es hombre y es marido; es ciudadano y es padre; es hombre de la vida doméstica y hombre de la vida pública. Un criterio y un método para su casa; un método y un criterio para la sociedad. Por eso cuando abdica de sus facultades, cuando entrega á su esposa el individuo todo entero, podrá no faltarle á ella, pero de seguro le falta al mundo; podrá ser un excelente sujeto de puertas adentro, pero se expone á ser un quidam desde el escalon de la calle. Por eso creo y repito, que el hombre debe ser hombre, y no entregarle la llave de la gaveta á su mujer.

¿Pero se la reservará absolutamente?

Antes debo tocar en el justo medio, es decir, en ese ideal de la vida poética que supone en el matrimonio dos corazones isócronos, dos personalidades refundidas, dos cuerpos y un alma, como San Pablo aconseja que sean.—Supongamos, pues, que el cajon es uno y las llaves son dos, dejando para luégo el despotismo conyugal más

exagerado, ó sea la ereccion del marido en primer lord de la tesorería.

¡Donosa espectativa la que se ofrece á los ojos del filósofo, con un cajon y dos llaves! No hay sino imaginar el criado que sirve á dos amos, la cocina donde guisan dos vecinos, la fuente donde se surten de agua dos pueblos, el valle donde pastan los ganados de dos naciones, y se tendrá una idea aproximada del órden, la equidad y pacífica distribucion de ese fondo entregado á dos voluntades antitéticas. Porque figuraos un banco á donde llevan sus caudales los diversos capitalistas de una ciudad, quienes prévio un reglamento acordado por todos, depositan su confianza y sus poderes en un director comun; figuraos la fuerza respectiva de cada socio contribuyendo por deber, por egoismo, por cálculo, al acrecentamiento de la masa social; figuraos al jefe de la compañía, entregado en cuerpo y alma al negocio, suponerse que va á heredar á sus coasociados, y discurrir combinaciones ingeniosas para que prospere el banco, y adoptar todo género de tacañerías para que los rendimientos superen á la prevision, y exponer hasta su crédito individual en gracia del resultado que al término de su ejercicio pueda ofrecer á sus atónitos compañeros: esta es la índole de la naturaleza humana. Pero figuraos ese mismo banco con tantos gerentes como socios, con una responsabilidad divisible en comun, con una gloria imputada á no se sabe quién, y con un descrédito imputable á todos ménos á uno; figu-

raos veinte planes de especulacion concebidos en veinte cerebros, veinte planes de economía adoptados sobre cosas diversas, veinte pequeños descuidos que cada cual suma por uno solo, veinte dilapidaciones que no constituyen sino un sonrojo individual, y echaos cuenta de la liquidacion de fin de año en un establecimiento montado así: éste será el símil de nuestro matrimonio.

Porque el hombre y la mujer, templados al unísono, han nacido indudablemente para vivir juntos; pero, afinadlos por diapasones especiales, y vereis que cada cual responde á tonalidad diversa, ni más ni ménos que las trompetas de un órgano desafinado.—Si al abrir el cajon, la mujer, por ejemplo, ve que su marido apénas tocó al fondo, deduce que una saca cualquiera es, tras de posible, inadvertida. Si al abrir el cajon el esposo ve que la mujer ha sustraido con exceso, deduce que, en igualdad de circunstancias, el hombre es superior y no debe dejarse avasallar por la parte más débil. El uno se escuda siempre con la imprudencia del otro, y ésta reserva una perpétua negativa para las acusaciones de aquél.—«Con lo que yo he sacado no se comprometia el presupuesto» (objeta la una).—«Con lo que yo he sustraido (replica el otro) no podia quedar desatendida ninguna obligacion.»—Y si son tan prudentes que no riñen, ó tan suspicaces que no quieren darse por entendidos en la contienda, se establece entre ámbos ese impulso secreto que mueve las piernas del transeunte al compás de la música que tocan,

y así andan marido y mujer, sustrayendo pellizcos cuando uno y otro van con tiento, como abarcando montones segun precipita el compañero la marcha del sonsonete monetario.

¿Has visto dos peones á jornal sacando agua de un pozo? ¿Has visto dos albañiles á destajo colocar piedras en mampostería?—Pues considera la prudencia de los primeros y el afanoso bullir de los segundos, para tener completa idea de lo que difiere la emulacion de la necesidad, de la emulacion de la codicia.

Forzoso es confesarlo: no hay más método que el de la unidad de mando y de bolsillo.—¡Qué deliciosas frases las de la mujer pobre ó rica cuando dice:—«Mi marido me va á comprar un traje,» ó:—«Ando tras de aquél para que me lleve este año á las provincias.»—¡Qué deliciosas frases comparadas con estas:—«Mi marido quiere sacarme para un caballo,» ó:—«Me va á arruinar ese hombre con sus excesos,» y otras por el estilo!—Pues no digo nada si el padre tiene que decir al muchacho:—«¡Vé á tu madre y dila que te dé dos duros!» ó en otros términos al acreedor:—«¡No le puedo pagar á usted porque mi mujer me tiene sin un cuarto!»

¡Qué bien deslindados están en la retórica los métodos del deber y de la conveniencia! No hay más que formular frases, para que ellas indiquen el camino torcido ó recto de su significacion.

El hombre, jefe de la sociedad conyugal, adquisidor por deber de los recursos que han de ser

comunes, distributor por dignidad de estos mismos recursos, dispensador de gracias con la llave en la mano, moderador inflexible cuando las circunstancias lo requieren, dilapidador cariñoso cuando las circunstancias lo permiten; y todo esto para tener pendiente de sus actos el agradecimiento de su mujer, la aplicacion de su hijo, la benevolencia del pobre, la lealtad del criado, la glorificacion, en una palabra, de la familia, hé ahí la figura humana con todos los atributos de su dignidad, hé aquí el marido en la plena posesion de sus derechos paternales.

Ese marido que se apodera de las obligaciones y de los deberes de la esposa, roba su organizacion al matrimonio; ese marido que impone á su mujer estrecheces absurdas, roba la pureza al matrimonio; ese marido que esparce por la calle la semilla que brotó en el alma de su compañera, roba la castidad al matrimonio; ese marido, en fin, que se sujeta á la iniciativa torpe de una débil mujer y abdica su reinado por timidez, por miedo ó por condescendencia, ese marido roba tambien encantos á la dama, ternura á la madre, acatamiento y simpatías á la esposa.—Cualquiera de los maridos que te describí, Anatolio, en una de mis anteriores cartas, es un estafador contumaz y redomado: ¡qué mucho, si él voluntariamente se pone fuera de la ley, que la mujer se halle sin quererlo al borde del Código penal, ya buscando consuelos en otra parte, ya buscando recursos donde los encuentra, ya buscando satisfaccion y

venganza donde las halla, ya, por último, y esto será lo ménos malo, saltando de puntillas á media noche sobre el chaleco de su marido!

Así como así, hay un refran que dice que *el que roba á un ladron*.....

QUINTO PROBLEMA:

ESTUDIADO EL PROCESO DEL PARAÍSO BAJO EL PUNTO DE VISTA HUMANO, ¿ES EVA LA CULPABLE DE LA CADENA PERPÉTUA QUE ARRASTRA LA HUMANIDAD?

CARTA PRIMERA.

Hay una cosa, Anatolio amigo, en que convienen todos los hombres de la tierra; y es que no existe sér viviente tan peligroso y tan malo como la mujer.

Estoy seguro de que desde pequeñito principiaste á oirlo de boca de tu padre, el cual lo oia con asentimiento de boca de sus amigos en las frecuentes conversaciones del trato comun, sin esconderse para ello de tí ni áun de tu madre y de tus hermanas; ántes bien recalcando á coro la idea, como quien no teme ser desmentido por las injuriadas, ni que se pierda la semilla que de este modo se siembra en el corazon de los futuros injuriantes.

Despues leerias el axioma en algun libro de los que daban la enseñanza en la escuela: más tarde alternarias ya modestamente á la difamacion filosófica en los claustros de la Universidad, con otros de tus sesudos compañeros: andando la vida, te

lo dirian los amigos de tu casa, en tono de recomendacion saludable, para cuando la edad te arrojara al mundo de la independencia; y por último, tu abuela y tus tias ancianas, olvidando con los años la calidad de su sexo, te lo repetirian una y cien veces la víspera de tu primer viaje; no de otra manera todo ello que si se tratase de un prado de víboras donde el caminante no puede detenerse á descansar, ó de una escopeta cuyo cañon estuviese atado con cordeles, ó de otro cualquiera de esos peligros, tan inexcusables como espantosos, á que se halla expuesta la criatura en su tránsito por este valle de lágrimas.

Quizá tambien, en razon á esos mismos alardes ansiarias tú con infantil impaciencia dar de bruces contra ese escollo puntiagudo, contra ese diablo encarnado, de quien tan asustadizos se mostraban tus mentores; y tanto más si habias visto en el teatro de las comedias ese sainete español, que tiene su similar en todas las literaturas conocidas, llamado creo entre nosotros *Juanito y Juanita*, ó sea un muchacho á quien educan con mil trabajos en el desconocimiento absoluto de la mujer, pintándosela como un monstruo del averno, hasta que él mismo asaltando las tapias de su jardin tropieza cara á cara con aquel animalito alegre y vivaracho, de rostro angelical y tez suave, manso como la paloma y como ella tímido y cariñoso, el cual le hace renegar en un momento de su pasado y maldecir de la ignorancia ó la mala fe de sus preceptores. Si estabas empapado, digo, de aque-

llas ideas y luégo habias visto ese sainete, no se necesitaba otra cosa para agarrijonearte hácia el abismo sin fondo de la mujer, ó sea hácia la perdicion, como la llaman, del género humano.

Pues eso nos ha sucedido á todo el mundo. Acostumbrados desde la niñez á escuchar pinturas pavorosas del bello sexo, hemos crecido en la conviccion de sus maldades, como si éstas fuesen indiscutibles; olvidándonos por cierto de tres cosas bien dignas de tenerse en cuenta, y son las siguientes: primera, que somos hijos de mujer; segunda, que los detractores de las mujeres son los hombres; y tercera, que el mundo no se compone más que de hombres y de mujeres.

Si léjos de olvidarnos de estas tres consideraciones capitales nos fijásemos en ellas desde el primer dia, otro fuera seguramente nuestro modo de proceder en la propagacion de esas diatribas dinásticas, que heredamos sin conciencia de su orígen y sin prever sus trascendentales efectos.

Procedamos, pues, con cordura en el análisis de la maldad femenina, para ver si hemos de insistir en la sistemática detraccion de nuestros padres, ó si debemos por el contrario rectificar opiniones extraviadas. Es posible que un estudio de esta especie nos conduzca á algun resultado práctico provechoso.

¿Cuáles son las maldades de la mujer?

Para contestar con acierto á esta pregunta conviene establecer el método de exclusion, no sólo porque es bueno que se consignen de paso los de-

fectos ó vicios que no le son imputables, cuanto porque el mejor sistema de saber lo que uno tiene es formar la lista de lo que le falta.

Abramos para ello la *Estadística criminal;* pues ¡cosa sorprendente! apénas puede darse un paso en el mundo moderno, áun respecto de las más humildes cuestiones, sin recurrir al auxilio de la moderna estadística; y tanto, que hasta casi podria entenderse el epíteto de *ciencia de contar*, que hoy lleva, en la doble acepcion de cuenta y cuento; porque si es un inapreciable método de cálculo, es tambien un magnífico instrumento de discurso. —Abramos, repito, la estadística criminal y examinemos las faltas, los delitos y los crímenes que corresponden por ejecucion numérica á la mujer.

¿Es ella, acaso, la que ejerce profesion de asesino en campos y ciudades por mezquinas pasiones, por fútiles querellas, ó simplemente por el feroz instinto de la matanza? ¿Es ella la que se arma dia y noche con ánimo de ofender, la que provoca con intencion de herir, la que pega con intencion de matar? ¿Es ella, siquiera, la que concita á guerra á las naciones, la llamada á pelear en los combates, ó la inventora del *juicio de Dios* traducido en muerte? —La estadística lo dice: todas estas hazañas corresponden al hombre.

¿Es la mujer, por ventura, la que saltea los caminos, la que horada las casas, la que incendia las propiedades, la que roba los templos, la que priva violentamente de su hacienda al legítimo poseedor que la disfruta? ¿Es la mujer la que falsi-

fica documentos públicos y privados, la que abusa de la confianza de sus comitentes, la que violenta la caja de su principal, la que huye con el despojo de sus acreedores?

Y volviéndonos á otro órden de ideas: ¿es la mujer la que subvierte la tranquilidad de las naciones, la que conspira contra los gobiernos, la que conculca los principios sociales, la que origina la decadencia de los imperios? ¿Es la mujer la que abusa de la autoridad pública, la que esclaviza á los débiles, la que malversa los caudales de la colectividad, la que hace patrimonio propio el patrimonio comun que se administra en nombre de las leyes?

¿Es, siquiera, la mujer quien defiende con torpeza á su cliente, quien embrolla la causa de su contrario, quien falsifica el género de su comprador, quien equivoca la cura de su enfermo?

¿Es la mujer, por último, quien dispone arbitrariamente de los bienes de la familia, quien compromete en ruinosas especulaciones el caudal de los hijos, quien juega en un Casino las rentas patrimoniales, quien acepta compromisos en la Bolsa superiores á la limpieza del honor?

La estadística nos niega todo esto, ó por mejor decir, nos descubre que semejantes faltas, delitos y crímenes son propios y exclusivos del hombre. Por cada ciento de ellos que se cometen, los noventa pertenecen al hombre exclusivamente; y si en los diez restantes figura la mujer como secuela, es siempre arrastrada por su debilidad, y más como

instrumento de fuerza superior, que como parte impulsora del crímen mismo.

Ahora bien: despojemos á la mujer de una 90 por 100 de Código penal. Despojémosla de las pequeñas miserias de la vida, un tanto grosera y disipada del hombre, á que si por instinto fueran inclinadas, por educacion y por deber social permanecen exentas. Apartemos tambien las acciones reprobables que por imposibilidad física no pueden cometer (que no son pocas) y dígasenos francamente y en lid honrada, qué faltas, qué delitos, qué crímenes son los de esa pobre criatura á quien desde los tiempos bíblicos se la viene llamando el abismo sin fondo de no sabemos qué virtudes, y la perdicion total de la humana especie!

Forzoso es confesar que el hombre es un farsante desde los tiempos del Paraíso, y que su mayor acto de piratería consistió siempre en achacar defectos y faltas propias al ser más débil que por permision divina se le vino á la mano. Yo estoy seguro de que si en el jardin de las prohibiciones en vez de mujer hubiera habido un gato, de todos los defectos del hombre tendria la culpa el gato: tal es la lógica del que manda.

Pero abordemos la cuestion de frente: ¿cuál es la maldad de la mujer?

La maldad de la mujer es el amor.

Hé ahí el asunto reducido á sus verdaderas proporciones. — La mujer es la fuente del amor: la mujer es el objeto del amor. El amor ocupa la vida del hombre: el amor es fuente y objeto de los des-

tinos del hombre. Luego el hombre ha de referir á la mujer todas las vicisitudes, todas las desdichas, todas las catástrofes de su existencia. — Hé aquí la lógica del hombre; pero hé aquí asimismo la inculpabilidad manifiesta de la mujer.

Pues qué, si ella ha de ser responsable de las vicisitudes, de las desdichas y de las catástrofes del hombre, ¿no ha de ser por la propia causa orígen y fuente única de sus placeres, de sus felicidades y de sus glorias?—O, hablando con mayor propiedad: ¿por qué siendo la mujer el amor, y siendo el amor imágen de la belleza, y siendo la belleza símil exacto de la virtud, han de referirse al amor los desvaríos y miserias de la vida humana, siendo así que en el amor no caben más que la dulzura, la templanza y la inmortalidad?

Si el hombre quisiera ser lógico en su discurso, diria que la mujer es todo lo bueno, al paso que en él únicamente se encierra el gérmen de la maldad; pero ya que no quiera ser lógico partiendo de sus erróneas premisas, que sea verídico al ménos colocándose á sí propio y á la mujer en el lugar que legítimamente les corresponde á ámbos.

¿Qué es el amor?—Permíteme, Anatolio, que oculte por unas páginas mi humilde individualidad, para abrir paso al único pensador del mundo que ha sabido definir y aquilatar el amor. Ya comprenderás que me refiero á Platon, al sabio griego cuya filosofía ha traspasado las capas de los siglos y de las muchedumbres, aunque falsamente interpretada á veces por vulgares comentadores. Oirás por bo-

ca de Platon, que no mia, lo mucho que debe saberse en esta materia, y así quizá conozcas los sublimes conceptos del filósofo ateniense, de cuyos escritos no habrá llegado hasta tí acaso más que la palabra *platonismo*. Verás venir en apoyo del amor y por consecuencia de la mujer cristiana, el pensamiento de un escritor pagano que entrevia la redencion del mundo por Jesucristo; y esto te consolará de la tendencia horrible de ciertos escritores modernos, que sin duda conoces, los cuales habiendo nacido cristianos y protestando serlo, aspiran á arrojarnos al paganismo negando la divinidad que ya presumieron los gentiles.

El amor puede explicarse de dos formas: ó al modo de los poetas y es la manera de sentirlo, ó al modo de los filósofos y es la manera de comprenderlo. Oye á un poeta inspirado por Platon que discurre á su modo (y yo lo acomodo al mio) sobre las excelencias del amor humano:

«Homero ha dicho que la diosa del amor tiene unos piés muy delicados, porque jamás los pone en la tierra. Ella, segun el cantor de la Ilíada, marcha siempre sobre la cabeza de los hombres. Pero yo no soy de la misma opinion. Considero á la diosa más delicada todavía, pues pienso que no anda sino sobre los corazones y las almas humanas; y niego con tanta más razon que ande sobre las cabezas, cuanto que afirmo que tampoco anda por sobre los corazones y las almas duras, pues necesita mucha terneza para posar sus deli-

cadas plantas. Es además sutil de esencia y graciosa de forma. Sutil, porque sólo siéndolo podria moverse con tanta facilidad en todas direcciones, y deslizarse inadvertidamente en las almas entrando y saliendo cuando le place: graciosa, porque representa el amor, y el amor y la fealdad están en perpétua guerra. Como vive entre las flores, nadie podrá dudar de la frescura de sus tintas; y está tan acostumbrada á ellas, que jamás se detiene en parajes áridos é incoloros, sino que por el contrario anda, anda, y allí donde encuentra flores y perfumes allí se posa y descansa.—El amor es virtuoso, el amor es justo, el amor es fuerte, el amor es sabio, el amor es bello y bueno, el amor, en fin, proporciona paz á los hombres, calma á los mares, silencio á los vientos, y lecho y soñolencia al dolor. —Él es el que acerca á las criaturas en fraternal consorcio. Principio y lazo de toda sociedad, de toda reunion amigable, preside las fiestas, los coros y los sacrificios: él atrae el dulzor y destierra la aspereza; es pródigo de benevolencia y avaro de rencores. Propicio á los buenos, admirado de los sabios, agradable á los dioses, objeto de codicia para los que aún no lo poseen, tesoro inapreciable para los que lo poseen ya, padre del lujo, de las delicias, de la voluptuosidad, de las lágrimas dulces, de los tiernos deseos, de las pasiones, él vela sobre los buenos y descuida á los malos. En nuestros disgustos, en nuestros temores, en nuestros pesares, en nuestras palabras, él es nuestro consejero, nuestro sostén y nuestro salvador. Él es, en

fin, la gloria de los dioses y de los hombres; y todo mortal debe seguirle cantando en su honor esos himnos que están empapados en sí propio, para que se esparza el dulzor entre los hombres y entre los dioses.»

Hasta ahí el poeta que canta al final de un banquete. Oye ahora al filósofo que discurre en una asamblea, donde cada cual de los circunstantes cuenta con elementos para apreciar sus palabras.

«Yo he aprendido el amor (dice) de boca de una mujer. Creia como vosotros que el amor era todas esas cosas que decís y muchas más que se forjaba mi fantasía; pero sobre todo creia que era un dios bello y bueno. Esa mujer á quien aludo, poseedora de la sabiduría del amor, restableció mis opiniones á su verdadero punto en esta forma:—¿Es el amor una cosa que vive por sí misma, ó que se refiere necesariamente á alguien ó algo? Y mejor preguntado:—El amor, es sólo el amor, ó es el amor hácia ese algo ó ese alguien? —La respuesta, amigos, no es dudosa: el amor no es amor por serlo; es el amor hácia alguien ó hácia algo.—Y ¿qué es el amor hácia alguien ó hácia algo sino el deseo de conocer, de apreciar, de ser apreciado, de adquirir, de poseer ese algo y ese alguien?—Tampoco cabe aquí duda alguna.—El amor es un deseo de alcanzar.—Y ¿el que desea alcanzar, posee?—De ningun modo: si

poseyera no desearia poseer.—Tenemos, pues, que el amor no posee, y por lo tanto, que no existe sino en relacion á cosas ó personas; de donde se deduce que él por sí propio carece de relacion, de objeto y de personalidad.—Ahora bien: los dioses son la belleza y la bondad misma: el término del amor es lo bello y lo bueno: el amor aspira alcanzar ese bello y eso bueno, luego no lo posee; y ¿qué dios es ese que no posee la belleza ni la bondad sino que aspira á poseerlas, careciendo por lo mismo del principal y mejor atributo de los dioses?—El amor, pues, no es bello ni es bueno, y además no es dios.

»Yo quedé asombrado de las palabras de aquella mujer, que por otra parte no admitian contradiccion.—Y ¿qué es entónces el amor,—la dije. A lo cual me replicó:—Vas á saberlo. El amor es un gran demonio, y por consiguiente es, como tú decias hace poco, alguna cosa intermediaria entre lo mortal y lo inmortal. Los demonios ocupan el espacio medio entre los dioses y los hombres: sirven de intérpretes y medianeros para llevar al cielo las plegarias y los sacrificios humanos, y traer á la tierra las órdenes y las recompensas que otorgan los dioses. Los demonios ocupan el espacio que separa al cielo de la tierra; son el lazo que une el gran todo (1). De ellos procede la ciencia de la adivinacion, el arte de los sacerdotes respecto

(1) Creo excusado, Anatolio, recordarte que habla un filósofo pagano 200 años ántes de J. C.

á los sacrificios, á los misterios, á los encantos, á las profecías y á la magia. La naturaleza celeste no entra jamás en comunicacion directa con el hombre sino por el intermedio de los demonios, ya durante el dia, ya durante la noche. Esos sabios que comprenden todas las cosas, son unos verdaderos demoniacos. Los demonios son muchos y de muchas clases; y, no lo dudes, el amor es uno de esos demonios.

» Volví á quedar absorto con aquella relacion de la aparecida, y despues la pregunté:—¿Pero de qué familia viene ese demonio del amor? ¿cuál es su orígen?—Escúchame, dijo, aunque mi relato no sea tan breve. Para celebrar el nacimiento de Venus tuvieron los dioses un gran festin, en el cual como era justo se encontraba Poro, el dios de la abundancia. No tengo que decirte que dejó de invitarse á Penia, la diosa de la pobreza; y que ésta sólo apareció entre sus compañeros á la hora de los postres, para recoger las migajas del festin. En el momento de entrar Penia en el palacio de Júpiter, Poro, completamente borracho de néctar (pues entónces aún no se usaba el vino) salia á los jardines en busca de una cama de flores donde dormir su desvarío; y Penia, impulsada por su mísero estado, imagina entónces un ardid para salvar su descendencia de la penuria á que estaba condenada. Hijo, pues, de Penia y de Poro fué el amor concebido el dia del nacimiento de Venus; y por esa coincidencia de orígen el amor acompaña y sirve á Venus, á más de que siendo

él inclinado naturalmente á la belleza, debia seguirla en la persona de la diosa. Ahora bien: como hijo que es de la abundancia y de la escasez, el amor aparece en algunas ocasiones miserable; y léjos de ser como generalmente se cree bello y delicado, se presenta flaco, sucio, descalzo, sin domicilio, sin otra cama que la tierra, sin abrigo, durmiendo á la intemperie en los portales y en los arroyos, en fin, como su madre, siempre en la miseria. Otras veces, por el contrario, reflejándose en él la naturaleza de su padre, aparece fuerte, animoso, perseverante, hábil cazador, ingenioso para las maquinaciones, avaro de saber y aplicado discípulo, filósofo pertinaz, encantador, mágico, sofista. Él por su naturaleza no es ni mortal ni inmortal; así que en el mismo dia florece lleno de esplendor, como se apaga lleno de abatimiento para renacer nuevamente al otro dia. Adquiere mucho, pero gasta mucho tambien, y por consiguiente nunca es rico ni pobre. Ocupa un justo medio entre la sabiduría y la ignorancia; porque en la parte que tiene de dios, no necesita aprender, puesto que la sabiduría es propiedad divina; y en la parte que tiene de hombre, le sucede lo que á los ignorantes, que no quieren aprender porque se figuran que lo saben todo. No es, pues, ni rico ni pobre, ni bueno ni malo, ni tonto ni discreto.

—«¿Pues qué es entónces?—Volví á preguntarle á la mujer,—¿de qué sirve á los hombres ese demonio extravagante?—Ahí queria yo venir

á parar—respondió ella.—¿No hemos convenido en que el amor no es lo bello ni lo bueno, sino el deseo de alcanzar lo uno y lo otro? ¿Y cuál es el término del deseo de alcanzar lo bueno y lo bello, sino la posesion de lo bello y de lo bueno? Por eso el amor tiende necesariamente á la posesion, porque en la posesion está la dicha, y la dicha es lo que busca el hombre por su único camino que es el amor. Quizá vas á preguntarme: ¿y todas las criaturas están poseidas del mismo modo de ese mismo sentimiento? No, porque entónces todas amarian de la misma manera la misma cosa. Al amor le sucede lo que á sus semejantes, á la poesía, por ejemplo, que no tiene más que un nombre y un orígen, pero sin embargo tiene muchas manifestaciones: poesía es la música, poesía es la pintura, poesía son los versos, y con ser cosas todas ellas al parecer extrañas, todas se llaman lo mismo. No ama de igual manera el hombre de negocios, que el atleta, que el filósofo, que el sabio; pero todos aman por igual objeto y con igual fin, todo es el mismo amor áun cuando varien naturalmente sus manifestaciones. Y siempre el amor se dirige á lo bueno que es la dicha, á la posesion de lo bueno que es la felicidad; pues cuando lo bueno deja de ser el fin deseado del amor, deja tambien de ser amor y entónces no tenemos que ocuparnos de lo que sea. Oye un ejemplo: El amor propio es un grande y verdadero amor: nosotros nos amamos á nosotros mismos, amamos nuestro cuerpo, como receptáculo

de nuestra existencia, en el todo y en sus partes; y sin embargo cuando se nos pudre un brazo deseamos que nos lo corten, porque no amamos en el brazo sino su bondad, que produce la armonía de la bondad del cuerpo; y en el instante en que el brazo malo puede malear al cuerpo que amamos, ya no amamos al brazo que amábamos, sino que deseamos el instante en que el brazo se retire de ese cuerpo que seguimos amando. Esto es, amamos la posesion de la dicha que está solamente en la bondad.

»Y ya que hemos llegado al último extremo del amor—dijo aquella extraordinaria mujer—pregúntame si quieres: Siendo el término del amor la posesion, ¿conduce la posesion á algo todavía?—Y mi respuesta será tan sencilla como concluyente:—Sí, la posesion, que es el último extremo del amor, conduce directamente á la inmortalidad.

»Cuando la criatura humana se halla en posesion de lo bello y de lo bueno, como límite del amor, entónces comienza á conocer el deseo de generar y producir la misma bondad y belleza que constituyen su nuevo patrimonio. El deseo de adquirir no sería nada, si no llevase dentro de sí mismo la ilusion de retener y el ánsia de perpetuar. ¿A qué correria el hombre tras de lo bueno y de lo bello, si su posesion durase sólo un dia? La posesion de lo que adquiere el hombre ha de durar por siempre; y como el hombre es mortal, como su cuerpo dura infinitamente poco en comparacion de su deseo, por eso genera y produce

seres animados que perpetúen la belleza y la bondad que él conquistó; por eso acepta la familia como complemento y prosecucion del amor; por eso aspira á que la felicidad le pertenezca siempre; y por eso, amigo mio (concluyó aquella admirable mujer), debemos convenir y convendremos en que el amor no es otra cosa que el camino de la inmortalidad.»

Aquí tienes, Anatolio, condensada á mi manera y vertida en lenguaje de libro moderno, la sublime teoría del amor que hace dos mil años arrojó al mundo, en largas é imperecederas páginas, uno de los primeros pensadores de los siglos.

¿Querrás que á continuacion de esos conceptos encarrile y ordene yo los mios? Bastante osadía ha sido encarrilar y exponer los primeros.

Ni una palabra más por hoy.

CARTA SEGUNDA.

Sin vecinos peligrosos que nos molesten, ni puntos de comparacion tremendos que nos deshonren, vamos ahora, mi querido Anatolio, á departir amigablemente sobre el tema propuesto, sentadas ya las premisas que he juzgado de conveniencia absoluta establecer.

Supongo que habrás comprendido la grotesca alegoría de Platon haciendo descender al amor de un dios poderoso y ahito y de una diosa miserable y hambrienta; así como tambien la de que sirvan de intermediarios entre el cielo y la tierra, entre los hombres y los dioses, demonios que no ángeles, correveidiles encarnados y turbulentos que no espíritus celestiales y justos.

Es el amor, en efecto, emanacion divina; pero como ha de usarse y correr en el mercado de los hombres, trae ya desde su acuñacion, como si dijéramos, el sello característico de la imperfecta

naturaleza humana. Viene el amor al mundo con la dualidad de mísero y potente, con la mezcla de cuerdo y delirante, con la aleacion de intereses encontrados que han de romper lanzas en el torbellino de la sociedad terrestre. Santos son además los lazos de que se arma para sus puros y rectos fines; pero esos lazos que no han de abrazar seres impecables y perfectos, caen en poder de diablillos astutos y taimados, que así acercan lo que verdaderamente debe acercarse, como enmarañan absurdos y despropósitos.—La seda misma, con ser un tipo de suavidad y lisura, no escapa de igual manera de las manos de un hábil cordonero que de las uñas de un gato jugueton.—El amor, conducido por los ángeles, va derecho al cielo: el amor, conducido por los demonios, puede ir á muchos otros sitios.

Hay amores, y amores; ó, para hablar con más exactitud, hay en el mundo una porcion de cosas á las cuales hemos convenido en llamar amor; y de aquí provienen naturalmente muchas y muy graves equivocaciones.

Amor, por ejemplo, es en el lenguaje de la sociedad, la relacion íntima de un hombre y una mujer; pero ¿á qué absurdos no conduce una semejante definicion?—Los hombres y las mujeres pueden relacionarse íntimamente unas veces por capricho, otras por necesidad, otras por interés, otras por gratitud, algunas por despecho, no pocas por violencia, y muchas sin saber por qué. Dadas las convenciones de la vida social, y los mil

incidentes que se tercian en el camino de la existencia humana, cada corazon presentaria dos fases diferentes si fuera posible examinarlos á la luz del dia: una, la que parece; otra la que es. Si, pues, tomamos la costumbre de aceptar por la que es la que parece, y luégo la llamamos amor, claro está que son infinitos los contrasentidos en que haremos incurrir á la regla filosófica é invariable.

¿Será, acaso, garantía del amor el nudo santo que se contrae á los piés del sacerdote?—Mucho siento decirte que no, pero no lo es.

Ya ántes de ahora te llamé la atencion sobre las travesuras de la gramática, y procuré fijar las íntimas relaciones que median entre la palabra y el discurso. Apelo en este momento á tu memoria para que medites en si serán fortuitas y vanas las variantes de nomenclatura que se han dado á ese nudo en nuestro idioma, y que tienen sus equivalencias en los demás. Ese nudo se llama en castellano, bodas, esponsales, alianzas, uniones, enlaces, casamientos, matrimonios..... y alguno que se me olvida seguramente. ¿A qué tal lujo de palabras para una sola accion? ¿Es, por ventura, que el mundo se entretiene en fabricar nombres, á falta de otra ocupacion más productiva, ó es, por el contrario, que nunca se produce una frase sin que haya motivo más ó ménos fundado para formarla?— Yo me inclino á esto último, y creo firmemente que esa variedad de epítetos corresponde á una variedad de significaciones.

Cuando dos familias poseen bienes de contro-

vertible procedencia y se teme que en un plazo más ó ménos largo arruine una á la otra por un litigio, ¿no se tiene por cosa cristiana y puesta en órden que el hijo mayor de ésta y la hija de aquélla contraigan una alianza que conjure esas tempestades del porvenir?—Pues en esta alianza para nada se contó con el amor.

Cuando un hombre de elevada alcurnia y abundante riqueza pretende la mano de una jóven humilde y sin recursos, ¿no se acepta el enlace sin vacilar, áun cuando medien abismos de edades y de gracias, elogiándolo todos como una fortuna de las que nunca se encomian lo suficiente?—Pues en este enlace para nada se contó con el amor.

Cuando un viejo acaudalado tiene la extravagancia de encargar al morir que sus bienes se repartan entre dos sobrinos, con condicion de que se casen, y ellos son pobres como suele acontecer de ordinario, ¿existe libre albedrío para aceptar ó no las condiciones de la herencia?—Pues en este casamiento para nada se contó con el amor.

Cuando una pupila ha sido cariñosamente educada por su tutor, y crecido á su sombra, y aceptado sus costumbres, y llamádole padre, y tenídole todo género de afectuosas consideraciones, ¿es extraño que lleguen á unirse, si el primero lo pretende en nombre de su ejemplar solicitud?—Pues en esta union para nada se contó con el amor.

¿Cuál es, pues, el nudo social cuyas cintas se tejen con la sublime trama del amor?—Para mí no es otro que el matrimonio.

Sí, el matrimonio. Nudo santo que se contrae entre dos naturalezas simpáticas, que se encuentran y se agradan, que se conocen y se aprecian, que se tratan y se admiran, que se confunden y se exaltan; nudo santo que va precedido de temor, de confianza, de zozobra, de alegría, de celos, de entusiasmo, de pesares, de abnegacion, de duda, de felicidad, de grandeza, de delirio, de amor; nudo santo que se prepara en silencio, que se solicita con timidez, que se discute entre contrariedades, que se divulga con rubor, que se desea con sobresalto, que se acepta con arrobamiento; nudo de almas iguales, de pensamientos lozanos, de ilusiones uniformes, de apetitos armónicos, de afinidades legítimas, de tendencias fusibles y proporcionadas; nudo, en fin, que se principia con las manos puestas en el corazon y los ojos elevados al cielo, y se concluye con la vista hundida en el polvo bajo la palma extendida del sacerdote.

¿No es este, Anatolio, un nudo á quien le sientan mal los epítetos de alianza, union, esponsales y bodas? ¿No es verdad que hay algo de liviano, de evasivo, y como de vergonzoso, en dar semejantes motes á un tan sublime sacramento? ¿No te suenan las alianzas á dinero, y las bodas á castañuelas, y los esponsales á deber, y las uniones á reclusion permanente? ¿No existe, por lo mismo, bajo la nomenclatura genérica de casamiento, mucho de imperfeccion, de locura, de extravío, de mentira, que está luchando en el mundo con el único símbolo del amor, recogido y encarnado en el matrimonio?

Pues bien: apliquemos ahora esta doctrina á la vida social, y vé examinando qué nudos obedecen á las prescripciones del deber, y cuáles se contraen á impulsos de esas leyes bastardas que las gentes aceptan como buenas, á falta del conocimiento de las mejores; pero cuya práctica no puede ménos de producir fatales y desastrosos resultados. Cuenta los unos y los otros, si has de sacar deducciones legítimas de los hechos, y te convencerás de que lo malo del mundo depende más de la voluntad de los que lo habitan, que de los elementos naturales que en él se encuentran. Y cuando de esto te hayas persuadido, es cuando yo te quiero preguntar:—Siendo voluntaria la suplantacion del amor, ¿á quién deben achacarse sus efectos, al que lo propone ó al que lo acepta?

En esto supongo que no cabrá duda alguna. Y si el que propone es el único responsable de las faltas que lleve en sí una absurda y desnaturalizada proporcion, ¿las faltas que provengan de un lazo inconveniente y desatinado, son imputables al hombre ó á la mujer?

Hé aquí el fundamento capital de la cuestion. —Las sociedades han establecido como regla invariable de conducta, que la mujer espere en silencio y que el hombre sea de quien parta la iniciativa. Aun dentro de las corruptelas de la sociedad, la mujer más adelantada no tiene tantas facilidades de iniciar asuntos de esta especie como el hombre más tímido; y áun en casos semejantes, el hombre dispone de sobrados recursos para neu-

tralizar la pretension, no siendo el menor de ellos el mismo escándalo que la publicidad del hecho provoca. Luego el hombre y sólo el hombre debe ser responsable de lo que el hombre y sólo el hombre inventa, solicita y ejecuta.

Ya ves, Anatolio, que la mujer quedó descartada en mi epístola anterior de la gran masa de responsabilidades que á la humanidad imponen los códigos de enjuiciamento; que quedó asimismo descartada de un sinnúmero de responsabilidades que impone el código social; que ahora resulta descartada tambien de la iniciativa de las faltas en que entiende el código del amor: ¿qué le queda, pues, para ser tenida por el ente más perjudicial y funesto de la tierra?

Yo te lo diré despues muy claro: ahora continúo.

Es decir, yo te diré despues la verdad relativa de las cosas: ahora te diré la verdad absoluta, que se encierra en la índole de la naturaleza humana.

El hombre es un sér eminentemente cobarde, por instinto, por educacion y por miedo. El instinto le induce á conservarse, la educacion á ser prudente, el miedo á prolongar la vida; y todas tres cosas juntas, le llevan á la pusilanimidad por medio de la arrogancia. El hombre ha colocado el valor entre las más preciadas de sus virtudes, para tener la esperanza de que no sospechen su cobardía. Pero es cobarde, absolutamente cobarde, vuelvo á decírtelo.

Considera, si no, la circunstancia de que todos

sus valores son públicos, ninguno privado. Recorre la lista de las hazañas, y dime si hay una sola que se refiera al individuo aislado, al individuo y Dios. Si hay alguna, esta no se llama ya hazaña en el lenguaje del mundo; se llama ascetismo, preocupacion religiosa ó tontería.—Las hazañas, propiamente dichas, son del hombre para con alguien; mayores, si son del hombre para con muchos; y mucho mayores todavía, inmensas, si son del hombre para con la humanidad. El valor de hacer por hacer, no existe; y por el contrario, á cada paso tenemos una prueba del valor de hacer para que lo vean. Si la humanidad cerrase los ojos y los oidos, el hombre pasaria la vida corriendo, sin volver nunca la cara atrás.

Yo no he conocido más que dos razas de hombres valientes para consigo propios, las cuales están representadas por dos insensatos: San Juan de Dios y Don Quijote. El primero murió apedreado en una casa de orates: al segundo, si no se vuelve *cuerdo*, le matan á pedradas en la Mancha.

He seguido, por el contrario, con curiosidad la vida íntima de los héroes militares, y siempre he encontrado en ella una prudencia muy parecida al miedo, cuando no se terciaban asuntos públicos. La frase:—«Yo no me debo á mí mismo sino á la patria,»—es una invencion ingeniosa para eludir lances personales ó riesgos oscuros de los que no han de pasar á la posteridad.

Pero apartemos la vista de las altas cosas y fije-

mos nuestra contemplacion en las pequeñas, que de pequeños y no de altos ejemplares está poblado el mundo.

Repara en el hombre que maltrata á las bestias; fija tu contemplacion en aquella vara que se tiende implacable sobre la cabeza del animal; estudia la variante de aprovechar el trozo de vara rota para herir los ijares del bruto que trabaja dócilmente á su amo, sin comer, sin descansar, sin quejarse; no apartes la vista de aquel sér feroz que se recrea en atormentar al macho uncido, preso, moribundo, extenuado, y con tanta mayor vehemencia cuanta mayor es la injusticia con que lo hace; no apartes la vista bajo la impresion del valor de la brutalidad, que si el macho se desunce y embiste al carretero, y relincha, y brama, y cocea, aquel hombre superior, aquel bárbaro, aquel déspota, arroja vara y sombrero al camino, palidece como niño pequeño á quien asusta el fantasma, pide socorro contra quien nada puede ofenderle, y da el triste espectáculo de la abyeccion del alma ante los peligros imaginarios del cuerpo.—Pregúntale al carretero por qué no apalea al lobo, por qué no mete la vara en los ijares al tigre, por qué no desafía las iras del perro de presa, y conocerás que su valor, su pujanza y sus bríos están reservados sólo al animal contra quien impunemente puede dirigirse.

Repara en ese comandante de batallon que forma á sus soldados en público y les pasa revista entre denuestos, y les examina las faltas con el

puño cerrado, y les reprende los descuidos con el sable, y espanta á una multitud que le contempla, entre la ira, la exaltacion y el miedo; pregúntale si denosta los mismo al coronel y si cierra tambien el puño para el brigadier y si apalea con el sable al general, áun cuando todos ellos cometan las mismas faltas que el soldado, el cabo y el sargento; pregúntaselo y vendrás en cuenta de que él no es valiente más que con quien puede fusilar, pero nunca con quien puede salir fusilado; estudia su genio indomable, y su carácter altivo, y su valor á toda prueba, que ellos te darán la medida del color de su rostro cuando un soldado se decida á arrostrar los furores de la ordenanza, ó cuando un jefe superior á él, le pida cuentas de su conducta.

Repara en el hombre que castiga al niño: mírale dominado por la ira golpear las carnes del infeliz con tanta mayor insistencia cuanto mayores son los lamentos de la criatura; véle mostrarse sordo á las tiernas y desgarradoras súplicas de aquel sér inocente cuya falta sin duda fué ocasionada por los torpes hábitos del implacable juez que le ha sentenciado; óyelo profanar con lujo de fiereza las santas invocaciones de su víctima, y compara á aquel leon embravecido ante la debilidad, con el cordero miserable que tiembla ante otro hombre enérgico, cuya poderosa mano le arrebata violentamente la presa que destrozaba: ¿qué ha sido del valor? ¿qué de la energía? ¿qué de la altivez de su carácter?

El hombre no es valiente más que en la impunidad ó en el teatro: quítale teatro ó dale castigo, y el hombre es un sér imperfecto y ruin, como debe serlo quien posee una vida transitoria destinada á depurar un alma turbulenta.

A este hombre, pues, le entregas bajo dominio absoluto, no la gobernacion de un Estado, no los pueblos salvajes que conquiste, sino una mujer. Esto es lo que el mundo entrega por vía de vasallaje á la generalidad de los hombres.

Una mujer he dicho, y me he equivocado. La mujer no es mujer hasta despues que se le ha entregado al hombre: ántes es una niña. Lo que verdaderamente se le entrega al hombre es una niña.

Sea cualquiera el orígen de la mujer, su educacion, su clase, sus recursos, siempre se cria en un aislamiento relativo con respecto al hombre. A ella se la hace humilde, resignada, ignorante, modesta, púdica; se la reviste de paciencia, de candor, de inferioridad social: tiénese buen cuidado de atesorar en su alma y en su cuerpo el mayor número de perfecciones posible, para que mayores encantos y novedades lleve al seno del hombre: es una especie de fruta de primavera á quien hasta el polvo del jardin sirve de adorno.

Sean cualesquiera, repito, su clase y sus recursos, hay siempre una reciprocidad de esmero entre la mujer y el hombre. Él saca á la luz sus faltas: ella si las tiene las oculta; y entre el que publica defectos y el que los esconde, media la diferencia

del recalcitrante al corregible, del contumaz al penitente.

Pues bien: entregas, te decia, al hombre constituido así, una pobre muchacha, casi una niña, cuyos primeros desengaños los ha recibido en el aprendizaje de su amor: de una plumada civil y de una bendicion religiosa, la haces único súbdito de aquel tirano sin corona, que se cree con derechos imprescriptibles sobre la humanidad: la haces el rebaño de un lobo, la manada de un carnicero; y si esto te parece mucho, la haces la parte pasiva de una sociedad viril. — ¿Qué responsabilidades puedes exigirle despues? ¿Con qué derecho te atreverás á decir que ella tiene la culpa de lo que suceda?

Examina al hombre contrariado en sus propósitos del mundo, como suelen estarlo la mayor parte de los vivientes, y que al regresar á su casa tiene en ella un mundo, ó remedo de él, con quien ejercer la tiranía de la venganza; piensa en el hombre que vive humillado todo el dia, pero que al restituirse á su albergue encuentra un pedazo de mundo que humillar; reflexiona en el que de torpeza en torpeza propia llega hasta la desesperacion, y tiene todavía reservado en su casa un pretexto humano á quien echar la culpa; medita, por último, en quien no sabe gobernarse ni consigue gobernar á ninguno, y, sin embargo, cuenta con toda una mujer de quien ser jefe: á este hombre, á este tirano, ¿quién podrá contenerlo sino el amor?

El amor es el que contiene al hombre, sin duda alguna; el que establece el equilibrio entre el fuerte y el débil; el que armoniza y sustenta la sociedad conyugal. Pero ¿entra el amor en primer y único término para la composicion del matrimonio?—Ya te he probado que nó ni mucho ménos. Luego de las desdichas domésticas, de los sinsabores, de los disturbios, de los crímenes matrimoniales, ¿cómo ha de ser responsable la mujer?

Contéstame diciendo que soy un necio, ó que me sobra razon para asegurar lo que te digo.

Ni una ni otra cosa me contestas, pero es porque estás preccupado no con una contestacion sino con una pregunta:—«¿Cómo (dices) siendo esto último tal cual tú lo aseguras, y yo creo, ha podido ser tenida la mujer por el sér más perjudicial y funesto de la tierra?»—Y aquí voy á exponerte la verdad relativa de que te hablé ántes, cuando se trataba de esta misma pregunta.

¿Qué le queda á la mujer para ser tenida por el sér más perjudicial y funesto de la tierra?—Vas á saberlo.

Los ojos.

Hay, efectivamente, mi querido Anatolio, entre la mujer que inspira y el hombre que se siente inspirado, un medio físico que provoca las tempestades precursoras del amor. Yo le he llamado los ojos: llámale tú las manos, ó la sonrisa, ó el matiz del cabello, ó el metal de la voz; llámale si quieres el capricho, pero llámale algo, y para mayor propiedad, llámale los ojos, porque los ojos son

las lucernas del espíritu.—Los ojos de la mujer esquivando la mirada del hombre; los ojos de la mujer obligando al hombre á dirigir la mirada que se esquiva; los ojos de la mujer no mirando á quien se dirigen; los ojos agradecidos, los ojos demandantes, los ojos severos, aduladores, tiernos, compasivos, quejumbrosos; esos ojos que hablan, que meditan, que sienten, que apesadumbran, que abrasan, esos ojos constituyen el delito, el único y verdadero delito de la mujer.

La naturaleza, sin embargo, es el fabricante de esas armas y quien las entrega á los soldados que las esgrimen. ¿Cuál es, ni áun en esto, la culpa de la mujer? Todo lo más será el no tenerlas bastante afiladas y punzadoras.

Pero he confesado que son armas, y no quiero quitarles la gravedad destructora que les corresponde.

¡Armas! ¡Sangre! ¡Muerte!—Qué palabras tan terribles cuando se pronuncian en el sosiego de una discusion moral, y sin embargo, qué elementos tan civilizadores, qué recursos tan supremos cuando se usan en bien de las sociedades humanas!

Con las armas se sostiene el imperio de la justicia; con las armas se persigue la iniquidad. La guerra sostiene el derecho de las naciones; la guerra extermina la barbarie de los pueblos. Armas y guerra son los principales fundamentos de la historia; armas y guerra trajeron al mundo desde el caos á la civilizacion; armas y guerra

preparan la igualdad moral de los hombres; armas y guerra han de producir la fraternidad de las criaturas; armas, sangre y muerte fueron los medios escogidos por Dios para redimir al género humano.

Entendámonos, pues. Las armas no por ser armas deben reprobarse: hay armas prohibidas, pero hay armas de buena ley. La flecha envenenada que sirve de incentivo al amor, ¿no es más inocente aún que el alfiler con que tropiezas al pasar la mano por el mantelillo de tu cómoda?—Precávete de los tiros bastardos, pero no huyas del cazador que va á matar la pieza para alimentarte.

Armas son, en efecto, los ojos de la mujer, y armas cuya gravedad no te he ocultado; mas sus tiros pueden darte la dicha, y no es cosa de confundirlos con los que siempre producen la desgracia.—Si ella tiende una red y te dejas coger prisionero; si ella urde una emboscada y tropiezas á la vuelta del montecillo; si arma un simple lazo y corres á enredarte en sus cintas; primeramente, ¿es ella la culpable? y despues, ¿no cabe en lo posible que áun con estas arterías logres la dicha que buscabas?

Pero quiero suponer que el arma no es lícita, que te se persigue con aviesos fines, que te se apunta con intentos dañados, que te se hiere en el cuerpo y en el alma: ¿no será en muchos casos un suicidio? ¿no será en otros casos la justa compensacion de estragos causados por tí propio?

Sí: en muchos casos ese arma que hiere y que destroza, la acepta el hombre voluntariamente, como adquiere el suicida la pistola con que ha de destrozarse el cráneo. En otros casos, y son los más, ese delito contra el reposo, ese crímen contra la felicidad, no es sino conpensacion de los delitos y crímenes de los hombres.

Pues qué ¿no tienes tú tus armas? ¿no las limpias el sábado como cazador codicioso que, áun en tiempos de veda, le gusta salir el domingo á tirar al volateo ya la tórtola escarriada, ya la paloma torcaz que se asoma inocentemente á su nido? ¿no has dicho nunca:—«Yo te amo»—con el propósito de herir una susceptibilidad de la cual te burlabas anticipadamente?

Una cosa es que exista en la mujer el fondo natural de los encantos, y otra que el hombre carezca de ellos, como parece indicar el raciocinio comun. El hombre engaña tanto ó más que la mujer, y áun cuando los ejemplares fuesen ménos, tienen de ordinario mayor gravedad y trascendencia.—Hay un crímen en el Código penal que parece previsto para la mujer, pero que por la práctica pertenece al hombre: este crímen se llama ABANDONO. ¿Has visto muchos casos de abandono del hogar y de la familia, que sean imputables á la mujer?, ó por el contrario, ¿no los oyes todos los dias imputados al hombre?—Ni podia ser de otra manera. Al hombre áun cuando se le deje no se le abandona; miéntras que la mujer con sólo quedar olvidada del hombre, se encuen-

tra ya en el abandono del mundo, á más del abandono de su decoro, y del abandono de su posible descendencia. Si la fama, pues, publica que las mujeres abandonan á los hombres, dí tú á la fama que la estadística criminal escribe que los hombres son los que abandonan á las mujeres.

Las mujeres abandonan á los hombres bajo un solo órden de ideas, y éste es moral que no físico: pecan contra la conciencia, pero no contra las cosas ni contra las personas.—Observa, áun en este último caso, si esos abandonos ocurren en igualdad de edades, en igualdad de bellezas, en igualdad de bienes, en igualdad de talentos, en igualdad de circunstancias. Yo los he visto frecuentemente como producto infalible de uniones absurdas é interesadas, en que la responsabilidad del hecho pertenecia por completo al hombre. Yo los he visto en la muchacha que se casó con el viejo, en la hermosa que se enlazó con el ente, en la discreta que dió su mano al sándio; pero apénas me acuerdo de uno siquiera en que el abandono no se hiciese preceder del anuncio de la opinion pública. ¿Por qué esta conformidad de la prediccion con el hecho?—Yo he visto muchas veces llorar á un hombre desdenes de una mujer, y las lágrimas excitaban la risa de los más cariñosos confidentes, como la excitan por lo comun las situaciones inverosímiles y cómicas. ¿Por qué esta desconformidad entre el hecho y las consecuencias que produce?

Desengáñate, Anatolio; si en todo juicio es prudente oir á las dos partes, en ningun juicio como

en los de amor existe fundamento para falsas apreciaciones. Cuando oigas quejas contra una mujer, principia por formarle causa á un hombre.

Yo acepto una sola y casi exclusiva excepcion en el asunto; y es la que se refiere á la mujer coqueta, á la mujer sultana de deseos, fortaleza asediada de pretensiones, prototipo de la indiferencia y de la frialdad, á la *fille de marbre*, que dicen los franceses que la fabrican. Esta mujer, escasa en la sociedad, de efímera existencia, y de harto visible nota, es indudablemente un monstruo, una calamidad pública, un demonio del amor, que puede atravesarse en el camino de las almas justas. Creo tambien que no es difícil sustraerse á las asechanzas de esa culebra encantada, que chupa con el aliento la sangre del espíritu; pero creo asimismo que, diablo y todo, ejerce en el mundo una mision providencial, cual es la de vengar agravios inferidos por otros hombres á otras mujeres. Esa mujer al cabo, muere en el hospital ó en la cárcel, ó en un hospital y cárcel que, sea cualquiera el estado social, existen y existirán siempre con las formas de indiferencia, desprecio público, ó esclavitud del último que la trata; pero de paso da tambien con ciertos hombres en el hospital ó en la cárcel del Gobierno, por crímenes que se escaparian á la investigacion del más hábil juez de primera instancia. Esa mujer, en último resultado, es una especie de camaleon que se come los insectos del aire.

Pero dejemos á un lado las excepciones, para

juzgar de la regla general á que somos llamados. —¿Quieres que te diga mi última palabra sobre la mujer?

La mujer es la obra más acabada de la creacion. Si no quieres llamarla lo mejor, llámala lo ménos malo del universo.—La más sabia es ignorante al lado del hombre, la más astuta es torpe, la más maliciosa cándida, la más falaz ingénua, la más corrompida inocente, la más criminal inofensiva. — Alma y cuerpo formados para el amor, sea cualquiera el estado en que se halle, el amor la regenera ó la pierde. No hay carácter, no hay vicio, no hay culpa en ella, que no se modifiquen bajo una sensacion amorosa, identificándose desde el primer momento con el sér bueno ó malo que la produce. Dócil por naturaleza, confiada por costumbre, tierna por necesidad, es cera que se se amolda al capricho del artífice en amores; y así hareis de ella un ángel que pueda servir de exvoto en el manto de una Vírgen, como el demonio correveidile de que nos habla Platon.

En nada han desvariado tan lamentablemente los hombres grandes, como en la apreciacion y juicio sobre la mujer. Filósofos, historiadores, poetas, Padres de la Iglesia, Santos, han visto esta cuestion por el prisma de las preocupaciones de su tiempo, y rendido tributo á vulgaridades exentas de crítica, que se fundaban no en las leyes sino en las costumbres. La mujer, que fué sierva en el mundo antiguo, tenía la obligacion, que aún conservan los siervos modernos, de prestarse á

todo género de invectivas, producto de la imaginacion de sus señores. Regenerada despues por el cristianismo, era, sin embargo, la parte débil á que podian achacarse sin escrúpulo las faltas todas de la humanidad. Señora ya en los tiempos medios, carecia, con todo, de las potestades que caracterizan al hombre y le definen de una manera exacta y categórica. Cada uno de estos estados dejaba huellas para el otro, que no podian borrarse ni áun con la superior fuerza de voluntad que debe existir en los grandes pensadores. ¿Quién arrostraria ántes el ridículo de decir que era excelente lo que todos tachaban de perverso? ¿Quién tendria valor bastante para sobreponerse á la comun opinion, incrustada, digámoslo así, en la mente de todos, contra el sér anatematizado por convicciones seculares? ¿Quién recogeria la primera piedra?

Tal es, mi querido Anatolio, el orígen de la maldad de la mujer. No repitas tú la fórmula por no parecerte á esos filósofos, á esos historiadores, á esos poetas, á esos Padres de la Iglesia que con tan mal acuerdo han disparatado sobre la porcion más bella de la humanidad. Y por si te asaltan escrúpulos de rebelarte contra el parecer de gentes tan caracterizadas, ten presente que un filósofo, un historiador y un poeta ha escrito nada ménos que en *El Genio del Cristianismo:*

«Pasamos la vida hablando mal de las mujeres, cuando las mujeres no tienen otro defecto que el ser lo que nosotros queremos que sean.»

SEXTO PROBLEMA:

«LA PERFECTA CASADA» QUE Á MEDIADOS DEL SIGLO XVI NOS DIBUJÓ TAN ADMIRABLEMENTE FRAY LUIS DE LEON, ¿ES LA CASADA PERFECTA DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX?

CARTA PRIMERA.

Héme aquí, Anatolio, metido de rondon, como suele decirse, en una de las cuestiones más graves que pueden ofrecerse á inteligencias mediocres como las nuestras. Supongo que has comprendido los términos abstractos de mi problema, reducido á discernir si la moral social es perpétua é invariable como su orígen divino, ó si por el contrario está encadenada al progreso constante de las sociedades.

Permíteme ante todo que limpie de inconvenientes mi discurso, declarando que en lo que voy á decirte no pretendo envolver nada de lo revelado é incuestionable; pues me precio de observante servil en materias de disciplina, y renuncio de buen grado á la prerogativa, tan solicitada y en moda hoy, del *libre pensamiento*. Creo que nadie puede ni debe pensar sino bajo la base del bien; y como para pensar libremente se necesita tener licencia de hacer excursiones hácia el mal, yo re-

nuncio, vuelvo á decirte, el billete que me proporcionó la naturaleza para entrar en ese reservado jardin. Entiende, pues, mis palabras *salva fidæ*, que dicen los teólogos, y vamos al objeto de estas cartas.

Tú conoces al maestro fray Luis de Leon, al dulcísimo poeta y eminente moralista que á mediados del siglo XVI, perseguido de unos, envidiado de otros, escuchado de muchos, inadvertido para los más, escribia versos que son el encanto del Parnaso español, explicaba ciencias que eran el consuelo de sus discípulos, y consignaba en páginas de prosa, que sirven de modelo á hablistas castellanos, los más hermosos y peregrinos conceptos de su época.

Este monje, tambien lo sabes perfectamente, dedicó sus soledades de la celda á escribir un tratado, ó manual, que ahora le llamaríamos, de la mujer casada; pues áun cuando no era mujer, ni fué casado nunca, llevaba en la cara dos ojos que no eran sino el reflejo de los más penetrantes de su númen, y así entendia de hombres y de mujeres matrimoniados, como el buen médico entiende lo que ocurre por dentro de tus entrañas sin haber estado jamás dentro de ellas.

El libro de *La Perfecta Casada* valió al pobre fray Luis, sin embargo, hartas diatribas de los hombres y no pocas murmuraciones de las mujeres; pues los unos creian que maestro tan ilustrado no podia formarse sino en aulas de ciencia experimental, al paso que las otras protestaban

con el sarcasmo y la tijera, del dómine inflexible que sobre sus flaquezas derramaba tal número de preceptos y reprensiones.—Pero el libro del Padre, si objeto de murmuracion y encontradas censuras en su tiempo, ha llegado intacto hasta nosotros con una envidiable fama, como la última y más perfecta idea del matrimonio cristiano en su genuina y pura realizacion. ¡Poder reservado á la verdad, sean cualesquiera los móviles que se supongan en quien la dice!

Yo, con todo, al leer este libro, por quinta ó sexta vez, he pensado en si haria feliz á su marido la esposa cortada bajo el patron del monje de Salamanca; y meditando en esto, me ha venido la duda que te he expresado ántes, de si la moral social será tan única é invariable como su orígen, ó si estará sujeta á las convenciones del progreso del mundo.

Más claro, Anatolio: se trata de saber si Sócrates y San Vicente de Paul serian hoy los más justos y los más benéficos de los hombres, obrando de la manera que obraban y existiendo en la forma que existian, cuando Dios les concedió la personalidad y el entendimiento sobre la tierra.

Para proceder á este análisis, conveniente será que conozcamos á la esposa perfecta del maestro Leon.

La perfecta casada de fray Luis, es ni más ni ménos la esposa del *Libro de los Proverbios*, acomodada á los usos del siglo XVI. Empapado el autor no sólo en la lectura sino en los santos con-

ceptos del sabio rey, pinta á la esposa de la tierra como Salomon concebia á la esposa del cielo; esto es, á imágen y semejanza de la mujer primitiva del campo, de la esposa del labrador. Alma ascética y solitaria la del filósofo cristiano, no va más allá de la sencillez de las costumbres, allí donde las encuentra en toda su pureza. Desconocedor, como no podia ménos de serlo, del gran paso que la humanidad se preparaba á emprender en su propio siglo, se encanta tanto fray Luis de la vida campestre, toma tan á la letra la doctrina del autor de los *Cánticos*, que hasta ocasionado al crímen se le figura todo lo que propende á separarse del fruto de la tierra. Para el maestro Leon parece que no hay ciudades, y lo que es más, que no hay riqueza fuera de los campos.

Ya se ve: en su tiempo no se habia aquilatado el trabajo del hombre; se creia que las montañas produciendo fuego, el agua peces, el aire vida y la tierra pan, bastaban si no sobraban al abastecimiento y felicidad del hombre; no existia la ciencia del contar y por consiguiente la nota del carecer; se tenía lo del *sudor de la frente* por sudor mecánico de la cabeza, y no por sudor espiritual del entendimiento; se hablaba mucho de quietud y poco de actividad; en una palabra, se creia *paraiso* lo que no es más que *valle de lágrimas*.

Cúlpese, pues, al tiempo y no al pensador, de la injusticia que encierran las siguientes palabras:

«Vivir uno de su patrimonio, es vida inocente

y sin pecado; y los demás tratos por maravilla carecen dél. La riqueza del labrador no ofende á nadie, al paso que la del tratante es murmurada y aborrecida de todos. El uno come de la tierra, que jamás se cansa ni enoja de comunicarnos sus bienes: al otro desámanle esos mismos que le enriquecen.—Si atendemos á la honra, cierto es que no hay cosa ni más vil, ni más indigna de el hombre que el engañar y el mentir, y cierto es que por maravilla hay trato destos que carezca de engaño. —La vida del campo y el labrar uno sus heredades, es una como escuela de inocencia y verdad. Porque cada uno aprende de aquellos con quien negocia y conversa. Y como la tierra en lo que se le encomienda es fiel, y en el no mudarse es estable, y clara, y abierta en brotar afuera y sacar á luz sus riquezas, y para bien hacer, liberal y abastecida: así parece que engendra é imprime en los pechos de los que labran una bondad particular, y una manera de condicion sencilla, y un trato verdadero y fiel, y lleno de entereza, y de buenas y antiguas costumbres, cual se halla con dificultad en las demás suertes de hombres.»

Tales son las palabras del maestro, lo que equivale á decir que apénas hay virtud fuera de la *tierra*. Segun esta teoría, el hombre no nació para la sociedad; sus deberes casi se reducen á la labranza; sus facultades intelectuales y las predisposiciones de su ingenio, no deben ser empleadas más que en la agricultura; todas las demás granjerías, en una palabra, son poco ménos que peca-

dos. O lo que es lo mismo, la industria y el comercio están dejados de la mano de Dios.

¡Pues qué, Maestro: ¿ha inventado, por ventura, el hombre alguna de las cosas que constituyen los elementos de ese comercio y esa industria que proscribís? ¿No es, por el contrario, el hombre un mero descubridor (y torpe por más señas) de esos elementos que la mano del Creador arrojó al mundo, para que sirviera á esa industria y ese comercio que pintais como aborrecibles?— En hora buena que el hombre pase por inventor de la pólvora y de la imprenta, cuyas inmensas trascendencias pueden ser la causa de un modo de civilizacion contrario á vuestros pensamientos ó quizá á los pensamientos del mismo libro de Salomon; y digo *pase*, porque en cuanto á la pólvora, del hombre no fué más que la amalgama, los elementos fulminantes estaban en el mundo; y en cuanto á la imprenta, que no es una invencion fundamental, sino la reproduccion de la escritura, debe su orígen al primero que escribió en el mundo, y fué Moisés, al esculpir en piedra por mandado de Dios los preceptos del Decálogo. Si hoy existieran las tablas de la Ley, y la imprenta no se hubiese inventado, la inventaria cualquiera por dos medios divinos: primero, calcando el grabado de los caractéres, con miga de pan ó barro de los campos; segundo, reproduciendo el calco de relieve en lienzo, como Jesucristo permitió que se reprodujese su Santa Faz en el lienzo de la Verónica.—Las dos veces que Dios ha que-

rido dejar recuerdos indelebles á la humanidad, la primera como código de su conducta, la segunda como testimonio de su redencion, las dos veces se ha valido de la imprenta. Dios, pues, es el inventor de la imprenta: el hombre no es más que un tardío descubridor de esa maravilla.

Y Dios tambien es el inventor de la industria, Padre: porque prescindiendo de que sus elementos estaban todos en el mundo, y para algo estaban, Dios inventó la cristalizacion que es el orígen del lente; y sólo con el lente pudo observarse la astronomía, y sin la astronomía no habria náutica, y la náutica no tiene más fundamento que el cambio, y el cambio es la única base de la produccion, y la produccion es el móvil de la industria. Dios, pues, es el inventor de ese comercio y de esa industria humana que anatematizais.—

Pero ya volveremos á ello. Ahora es necesario descender de esas elevadas consideraciones, para asunto más humilde y trivial. Se trata de saber cuál es el estado perfecto de la mujer casada, y si fuera de ese estado puede aspirarse á la perfeccion.

Todas las preeminencias que fray Luis halla, con la Biblia en la mano, entre la mujer agrícola, son compatibles indudablemente con la mujer de otras profesiones, considerada bajo su aspecto moral; porque ser recatada, guardadora, amable, hacendosa, familiar, caritativa, apacible de condicion, honesta en el vestir, templada en sus relaciones, grave en su trato, recogida en sus lares,

solícita por sus hijos, y sobre todo, temerosa de Dios, cosas son ellas que caben sin disputa en diversas condiciones de la vida social. Pero sobre estos adornos, que así convienen á la mujer casada como á la soltera, á la viuda, á la anciana y al hombre mismo en sus relaciones de familia, hay una moral exclusiva del matrimonio, que ya no impone deberes á la mujer como criatura aislada, sino á la mujer con relacion al hombre que la llama suya.

Si el matrimonio cristiano, como vimos en el *Problema* anterior, no es otra cosa que el término razonable del amor inmortal, necesario es que reconozca por base, sea cualquiera la época en que se examine, sean cualesquiera las costumbres en cuyo seno exista, un principio perpetuador que guarde armonía con la manera de ser del hombre social á quien este estado perfecciona.

Inútil sería aglomerar en una mujer el mayor cúmulo de perfecciones humanas, si se la dejaba carecer de ciertas dotes indispensables para la vida armónica del matrimonio. Por esto creo yo que la mujer casada no debe ser *esto ni lo otro*, sino aquello que conduzca á los fines de un amor bueno y bello, que así es realizable en los palacios de los reyes, como en las chozas de los pastores. Una mujer, cortada por patron uniforme y tipo convencional, podrá ser buena, pero no hacer feliz al hombre con quien se enlaza para siempre. Dejémosnos, pues, de patrones, si hemos de hallar el ideal realizable, que es al que se aspira.

Te he dicho ya que en la composicion del matrimonio entra primeramente una impresion semifísica, semimoral, que sirve de base al amor futuro. No olvidemos esta impresion.

Te he probado tambien que el amor, como idea, conduce á la inmortalidad, y por consiguiente, como hecho, constituye la perpetuidad de la vida. No olvidemos esta tendencia.

Considera ahora que del hombre parte la iniciativa, y comprenderás cuáles son las primeras dotes que en el órden social deben acompañar á la mujer casada.

¿Las procura?

Ha creido nuestra mujer (y hablo casi exclusivamente de la mujer española), que el matrimonio es un estado parecido, si no idéntico, al que los hombres conquistan despues del término de su carrera. Convencidas de que para la mujer la única carrera lucrativa, decorosa y santa, es el matrimonio, acostumbran á equipararla con la de los hombres en la parte que para ellos es perjudicial y desastrosa, esto es, en el abandono de los medios con que la conquistaron. Han visto que la mayoría de los hombres al recibir el título de abogados, abandonan los libros de jurisprudencia; que al recibir la charretera de alferez, abandonan la táctica y la ordenanza; que al recibir el diploma de ingenieros, la credencial de empleados públicos, el baston de jueces de primera instancia, *ahorcan los libros*, segun su tremenda expresion, como si en ese momento no fuera cuando en realidad

principian á necesitarlos. Han visto esto nuestras mujeres, decia, y sin duda formulan en su interior el siguiente raciocinio: — «Puesto que mi carrera era casarme, y esto ya lo he conseguido, aquí acaban para mí todos los medios de seduccion que empleé en ordenar las redes del matrimonio.»

Hubo, efectivamente, un coronel, gran aficionado á la pesca, que entre todos los jefes y oficiales de su regimiento preferia á cierto recluta, estúpido como él solo, cuya aficion á meter las piernas en el agua y pasarse horas enteras con la caña en la mano, poseido del éxtasis de la esperanza, eran proverbiales en el lugar donde le tocó la quinta. El bueno del jefe hacía comparecer al soldado en las madrugadas del invierno más crudo, provisto de sus alforjas y trebejos, para marchar en su amor y compaña á un pantano vecino, donde los huéspedes ménos temibles eran las intermitentes perniciosas. Pero el soldado que, sin saber el ejercicio, se vió á pocas semanas con los galones, y á pocos meses con una charretera de sargento segundo, y poco más tarde al frente de las sobras de una compañía, todo era orejas y oidos para su coronel, por si se le antojaba pescar de la mañana á la noche, áun cuando fuese con agua hasta el pescuezo. Tal subordinacion de parte del muchacho, tanta obediencia, y celo pescatorio tan relevante, movieron al jefe á aprovechar la primera conyuntura para hacerle subteniente de infantería; con lo cual, inútil parece encarecerlo, se colmaban las ambiciones del quin-

to. La mañana siguiente al recibo del despacho, el coronel despertó con la primera luz, y vistiéndose apresurado llegó hasta el pabellon del nuevo oficial, con dos cañas muy largas en la mano y un zurron de cebo á las espaldas. Llamó á la puerta con suavidad y nadie respondia; repitió el llamamiento con vehemencia y nadie contestó tampoco: dió entónces sendos porrazos en las tablas, y la voz soñolienta del subteniente se dejó oir con un:—«¿Quién anda ahí?» capaz de meter miedo en un llamador ménos confiado.—«Soy yo (dijo el coronel con acento melífluo).—Y ¿qué quiere á estas horas el coronel? (replicó la voz, de cada vez más agria).—Vengo á llamarte para que te levantes.—Y ¿para qué he de levantarme? —Para pescar.—Yo ya he pescado.»

Cierto es, te contaba, que la historia registra un caso semejante; pero lo que no dice en esta primera página, es si el coronel aprovechó la accion más próxima contra los facciosos, para mandar al subteniente que tomase una batería á la bayoneta.

Por lo que hace á los maridos, yo te digo que sí. Esa terrible frase, estereotipada en la boca de nuestras mujeres,—«Yo ya no tengo que agradar á nadie;» cuya traduccion genuina es — *Yo ya he pescado*, produce fatalísimos efectos en el matrimonio. La mujer se olvida, al pronunciarla, de que efectivamente no tiene ya que agradar á nadie que no sea su marido, pero que entónces está en mayor obligacion que nunca de agradarlo á él. Y en realidad hace todo lo contrario.

La mujer española, tan adorable cuando soltera, suele no aparecer lo mismo despues de casada. Toda la coquetería de buen género, toda la pulcritud encantadora del tiempo de sus amores, se convierte de ordinario en abandono, con honores de dejadez, ya que no en indolencia familiar, con ribetes de espantajismo. Dueña del corazon del hombre, que se cree, y ligada que se siente por una santa escritura cuya revocacion es imposible, se considera relevada de todo esfuerzo personal que tienda á retener en el ánimo de su esposo las ilusiones que sirvieron de principal fundamento á su eterna union.—«Mucho cuidado, sí, todavía para cuando me presente en público á los ojos de los demás; mucho adorno para el sarao, mucho esmero para la visita, mucha solicitud en no desmerecer sino ántes bien sobrepujar el concepto que merecí cuando soltera; pues por lo tocante á mi marido, tuerta ó derecha me ha de aceptar, agradable ó repulsiva yo he de ser la dueña absoluta de sus atenciones.»—¡Error! ¡error!

El marido mejor predispuesto del mundo, el más ciego por los atractivos de su esposa, ve cada dia en la calle á las mujeres de los demás, las trata en la visita, las contempla en el sarao, rodeadas de todos aquellos encantos de que vió por primera vez á la suya; pero de que, sin saber cómo, la halla despojada constantemente. Todas están risueñas, todas decidoras, todas amables; quizá la única que le dé un disgusto en aquel mismo sitio, sea su mujer.

Esto, que puede pasar inadvertido algun tiempo, mucho tiempo si quieres, hay un dia en que se nota distintamente á través de un celaje doméstico ó de una inconveniencia demasiado perceptible. Asaltada la imaginacion por la idea, ya se van dibujando con mayor claridad los contrastes que en otras ocasiones no se notaron, y se echa de ménos la dulce embriaguez de aquellas horas que fueron el orígen de la eleccion. Ocupada la mente por tan gratas evocaciones, y no satisfecha con la realidad, nace un torpe deseo de gustar otra vez delicias, cuyo sólo vislumbre parece como que regenera el ánimo abatido. El hombre vuelve la vista hácia sí propio, y se considera el mismo jóven de corazon ardiente, de gustos delicados, de pretensiones halagüeñas, que era en los tiempos de su primer amor; porque el hombre, sin duda, posee el privilegio de conservarse jóven miéntras su alma lo está, áun á despecho de canas y de arrugas. Miéntras tanto, nadie percibe ó procura percibir á su alrededor las tempestades que por una gradacion, tan lenta como irresistible se han desencadenado en su pecho; ó si las perciben, es para atizar con infundados celos y enfadosas recriminaciones, una llama que podria apagarse fácilmente con un poco de cariño y mucho de conocimiento del arte de la vida.

La mayoría de los maridos que se encantan en la calle, lo hacen porque van desencantados de su casa. Esa franqueza proverbial de nuestras mujeres, esa fusion íntima que ellas se consideran en el

deber de realizar, en nombre de la franqueza del matrimonio, está tan cerca de la ternura encantadora, como del abandono desilusionador. Las pocas que saben conservarse en el primer punto, son felices seguramente; pero las muchas que se propasan al segundo período, valia más que se colgaran un cartel diciendo: — «El que busque placeres que se vaya á la calle.» — Aunque á decir verdad no necesitan este aviso; porque los hombres, cansados de una vida insulsa y casi indiferente, concluyen por hacer de su casa una posada oficial, á donde no concurren más que lo preciso para no hallarse fuera de la ley.

No hay en el mundo una cosa más importante que la etiqueta. Si en muchas ocasiones la etiqueta aparece ridícula, es porque se la saca de su punto y se adopta con exageracion ó se establece con desigualdad. Pero la etiqueta justa y conveniente, la etiqueta adaptada á las necesidades de la vida, es la palanca más poderosa, y casi iba á decir la única, del órden social.—Etiqueta es el culto externo de la religion, etiqueta es la prerogativa de los monarcas, etiqueta es el reglamento de la milicia, etiqueta es el respeto filial, la subordinacion de los inferiores, el lazo sociable de los pueblos, la base de los códigos, el contrapeso de la fuerza bruta, un sabio é incontrastable elemento de la idea que se llama *principio de autoridad.*

Las ceremonias son indudablemente unas ficciones; pero unas ficciones sin las cuales no existen los respetos, y por consiguiente, unas ficciones

sin las que no se comprenden las realidades. Atado á la etiqueta está el carácter agreste de la criatura, y el egoismo, y la soberbia, y todas las malas pasiones que los instintos salvajes nos dan á conocer. Atado á las ceremonias está el culto, la glorificacion, el prestigio, la obediencia, el entusiasmo, y cuanto la criatura humana por su índole no está dispuesta á tributar. Quítale á un pueblo la etiqueta, y ya no dominará sino el derecho del más fuerte: quítale las ceremonias.... pero nó, las ceremonias no pueden excluirse ni áun con la imaginacion; porque las ceremonias existen hasta en los pueblos cerrados al comercio del mundo, lo mismo entre los bozales del centro del África que entre los esquimales de la extremidad del Polo.

Nadie se da razon de lo que es la etiqueta, hasta que reflexiona en que el lienzo del vestido de una mujer, se convierte por ella en una muralla más fuerte todavía que los lienzos de las murallas de un castillo. Nadie se da razon del poder de las ceremonias, hasta que contempla á la cristiandad trémula y postrada bajo la mano extendida de un pontífice. Destierra, vuelvo á decirte, de un pueblo estas instituciones morales, y los hombres se comerán los unos á los otros.

Pues bien: reduce ahora los términos de este problema social al hombre y la mujer aislados, que constituyen en pequeño el mundo de la familia, y díme lo que podrá ser un matrimonio que haya suprimido la etiqueta y que tenga proscritas las

ceremonias. ¿Quieres qué yo te diga lo que es? Un infierno en abreviatura.

Despojada la mujer de los encantos de la educacion, desprendida de las trabas sociales, exenta de respeto y consideraciones ante el mundo de su marido, no queda en ella, créelo firmemente, más que una masa de carne insulsa, que excluye toda idea de conjuntividad. Y si á esos mismos defectos en el hombre añades una fuerza superior, un predominio instintivo, una esperanza congénita, una propension al vasallaje, encarnada en su sér, excuso encarecerte las dotes de mansedumbre y de justicia que le acompañarán en la senda del matrimonio.

La confianza de los cónyuges, como la confianza de los amigos, debe estar limitada por el decoro; decoro que tanto se refiere al órden moral como al físico, pues nadie habrá que dude, por ejemplo, que el traje de las criaturas áun cuando esté compuesto de materias textiles, lo mismo corresponde á la idea física de cubrirse, que á la exigencia moral de ir cubiertos.—Es, pues, necesario no traspasar la barrera de las formas, no excederse del límite de las *conveniencias*; en una palabra, no prescindir de una etiqueta amable, de un ceremonial cariñoso pero severo, si se quiere que una mujer y un hombre vivan en la sociedad doméstica, siquiera como los pueblos medianamente gobernados viven en el seno de la sociedad civil.

¿Es, bajo este punto de vista, la mujer actual la misma del siglo XVI?—Indudablemente que no.

El bello ideal de la mujer casada, que nos describe el maestro Leon, es como te he dicho, el bello ideal de la mujer bíblica, el bello ideal del *Libro de los Proverbios*, la labradora, ni más ni ménos.

El siglo XVI se prestaba á este género de discusiones, que el siglo XIX rechaza casi por completo. En aquella época no habia en España más que máximo y mínimo de la sociedad: las medianías estaban fuera del mundo. El hombre casado, ó era rico ó era pobre, ó pertenecia á la aristocracia ó al pueblo: el hombre de la clase media no se casaba, era fraile.—Constituida así la sociedad, podia imitarse perfectamente á la mujer bíblica, sin incurrir en contradicciones que ahora habrian de contrarestar los más firmes propósitos. La mujer ilustre apénas trasponia el umbral de su puerta con personalidad propia: su marido absorbia la representacion pública, como esposo y como hombre. La mujer del cortesano, la mujer del general, la del ministro, la del consejero, la del magistrado, eran unas señoras á quienes se besaba los piés en las esquelas y en los saludos de despedida, pero sin que el besador las hubiese conocido jamás. Encerradas dentro de su albergue solariego, y en contacto casi exclusivo con su familia y sus criados, podian realizar, en el seno de las comodidades y hasta de la opulencia, los preceptos al parecer reservados á la mujer humilde del labrador. Nada te digo respecto á la mujer pobre, á la mujer del artesano, del manipulante,

del menestral. Esta quedaba entónces excluida del mundo, como le ha sucedido casi siempre, y se hallaba en condiciones de asemejarse á la que guisa la comida en el hogar, miéntras su marido esparce las mieses en el campo. Pobreza por pobreza, todas se parecen bastante.

Pero pasan trescientos años, y las sociedades mudan de aspecto. La mujer adquiere personalidad propia en la sociedad, en la legislacion, en las costumbres. Su entendimiento se evidencia por la cultura, su agudeza se descubre por el trato, sus servicios, para un órden de ideas diferente del que ántes se sospechaba, aparecen visibles y utilizables. Ya no es en ella un adorno el leer, ya no es un crímen el escribir; ya ha apartado de su rostro el velo moruno que la ocultaba, y roto la celosía que hizo de su gabinete una reclusion.

La mujer principia á formar parte de la sociedad civil, ordenando los menesteres de su casa, influyendo en la educacion de sus hijos, aconsejando en los asuntos de su esposo, discutiendo, en una palabra, la vida conyugal como prócer autorizado de la república doméstica. — El mundo viene en conocimiento de que la mujer es más aguda que el hombre, que ve más, que presiente más, que sutiliza con mayor prontitud las síntesis de los conjuntos sociales, áun cuando su discernimiento se resienta de esa misma sutilidad á la hora de las ejecuciones prácticas. Por eso la emancipa deliberadamente, no para hacer de ella otro hombre, sino para completar con ella al hombre y á la mu-

jer. El mundo que á mediados del siglo XVI conserva las tradiciones feudales en el hogar, se liberaliza á mediados del siglo XIX; y, al gobierno absoluto de aquella época, sustituye un gobierno representativo que lleva sin duda todos los inconvenientes, pero tambien todas las ventajas del sistema. Media, pues, un abismo social entre el Concilio donde se duda si la mujer tiene alma, y la Comision codificadora que propone la patria potestad para la mujer.

¿Es, por lo tanto, prudente ni posible que se adopte un mismo criterio para juzgar á la mujer de ambas épocas?

Eso es lo que hemos de analizar el correo que viene.

CARTA SEGUNDA.

Lo que en el mundo del maestro fray Luis de Leon podia considerarse respecto á la mujer como abuso, como extralimitacion, y á veces como liviandad, puede ser y es en el siglo presente necesario, útil y hasta civilizador.

Si no temiera, querido Anatolio, enfadarte con largas disertaciones filosóficas, yo te diria cómo en el siglo XVI el sexo femenino estaba reducido á las condiciones de dama y de mujer, y cómo en el discurso de trescientos años se opera una revolucion social, que entre la mujer y la dama produce la señora de nuestra época. Ricos y pobres, como te dije ántes, señores y proletarios, constituian la base de la sociedad. — Los primeros eran dueños de la propiedad, de la ciencia, del arte, de la milicia, de la judicatura, del gobierno: los segundos no desempeñaban más papel que el de trabajadores de la propiedad, de la ciencia, del arte, de la milicia, de la judicatura, de la gobernacion del Esta-

do. A las mujeres de los unos les sobraba todo: á las de los otros nada les hacía falta. Las mujeres han representado siempre en las sociedades, lo mismo en las aristocráticas que en las democráticas, una clase media á que por su naturaleza parecen destinadas; y cuando las clases medias no han existido, la mujeres permanecian en una situacion muy semejante á la nulidad.

Pero aparece en el mundo la industria, esa moderna diosa de la mitología contemporánea, hija de la ciencia y del arte, madre de la manufactura y el cambio, hermana del progreso y la comodidad; aparece, digo, la industria, y con ella se verifica la revolucion de la clase media; revolucion que, limitada en un principio á la abolicion de privilegios y desigualdades, aspira hoy á ceñirse la diadema del mundo, sujetando á sus piés las aristocracias y las democracias que se rebelan.

Al lado de esa clase media aparece la figura que yo llamo *señora* para diferenciarla de la dama y de la mujer.—La señora de nuestros dias contrae matrimonio con la clase media, porque es hija y hermana de la clase media tambien. Producto especialísimo de una civilizacion especial; mezcla inseparable de aristocracias y democracias nuevas, la de la cultura y la del trabajo; elemento moderador entre la materia que avanza y el espíritu que se retrae, la señora de nuestros dias representa en el mundo un papel por derecho propio, cuya influencia sería deplorable contrarestar. Ya no es aquella dama que, áun cuando hija de reyes, hilaba

las camisas de su marido; ni es tampoco aquella mujer que las hilaba por necesidad al amor de la lumbre, miéntras su esposo regresaba del campo: es una figura intermedia que acomoda que sepa hilar, pero que conviene que no hile.

Si la señora de la clase media, que constituye casi la totalidad de la mujer del tiempo presente, se dedicase en nuestros dias con absoluta atencion á las faenas que ocupaban la vida de la mujer de otros siglos, se hallaria muy expuesta á acarrear santamente su propia desventura y la desventura de su familia. La mujer casada de hoy ha de ser la mitad-espiritual y la mitad-social de su marido. —Cuando el trabajo se ejercia con el cuerpo principalmente, el hombre representaba la materia, y la mujer representaba el espíritu del matrimonio. Pero cuando el trabajo se ha hecho intelectual; cuando el hombre piensa, sea cualquiera el círculo donde haya de moverse, necesario es que la mujer comparta pensamiento y accion con su marido.

No es esto decir que la mujer moderna ha de aprender el arte, la ciencia ó el oficio de su esposo; no es que ha de trabajar á su lado, y mezclarse preferentemente en sus asuntos, y conllevar, á manera de socio, medio timon de la nave social; no es esto: ya sabes que en otra ocasion me opuse á que interpretaras así un razonamiento semejante. Lo que digo es que la mujer no puede relegarse hoy á ese hogar consuetudinario, á esa abstraccion bíblica que en otro tiempo pudo constituir

su único deber. Ahora esta conducta la separaria insensible, pero totalmente, de su esposo; la convertiria en ama de llaves, pero nada más de su marido; la arruinaria, pero en toda la extension de esta palabra, en el instante en que la muerte desatara el nudo conyugal.

Las pequeñas fortunas que constituyen el patrimonio de la clase media, ni son tan suficientes que puedan abandonarse á sí propias, como ántes hacian los ricos, ni tan mezquinas que merezcan ser abandonadas, como ántes hacian las viudas de los pobres. Hoy es necesario tener nociones del mundo, lo mismo para cuidarlas, que para acrecentarlas, que para conservarlas. La familia de la clase media educa y ha de educar costosamente á sus hijos; vive y ha de vivir cómodamente en la sociedad; se trata y ha de tratarse decorosamente con sus iguales; todo lo cual exige disposicion, conocimientos, actividad que no eran necesarios en otras épocas.

El hombre, además, se ha hecho movible como lo es la riqueza en que descansa su industria. No es sólo hombre de la calle, sino que lo es del campo, del pueblo, de la nacion, del hemisferio vecino. Una casa montada al uso del labrador, sería una casa perdida para este hombre moviliario. La mujer ha de representarle en sus ausencias, ha de dar razon de sus asuntos, ha de ser, ya que no otra cosa, útil y exacto corresponsal de su esposo.

Todas estas necesidades, todas estas nuevas

obligaciones, excluyen el retraimiento, excluyen la descompostura personal, excluyen la ignorancia, y, para decirlo de una vez, excluyen el egoismo mujeril.—Porque hay ciertamente algo de egoismo en esto de retirarse al rincon del fuego, dejando pasar como cosa ajena los incidentes de la vida exterior, sustrayéndose á los azares de la fortuna, encastillándose en el cumplimiento del deber moral; no de otra manera que si dejasen de ser deberes morales tambien los que se refieren á la constitucion pública de la familia.

Un hombre de negocios (y hombres de negocios son todos los hombres modernos) que se encontrara con que su mujer era una santa criatura, fiel guardadora de todos los preceptos, solícita por los quehaceres de su casa, benéfica para con los pobres, humilde con sus criados, honesta, resignada, devota; pero que al pagar la escuela de sus hijos daba un billete de dos mil reales por uno de doscientos, á pretexto de que no conocia el papel-moneda; y al recibir el anuncio de visita de la mujer de un corresponsal de su esposo, contestase que debia ser una equivocacion porque ella no la trata; y al leer una esquela de convite para su marido de casa del diputado de la provincia, la rompiera en razon á que los maridos no deben ir donde no son convidadas sus mujeres; y al observar, por último, que las fincas de su patrimonio se enajenaban, que las comodidades de su vida se disminuian, que los muebles de su casa eran embargados, que una ruina moral y física

amenazaba desplomar su techo; y quien dice esto, alude lo mismo á una prosperidad insolente é injustificada, cuyas consecuencias pueden conducir á la cárcel, despues de provocar esa ruina moral y física de que he hablado; una mujer, decia, que viera esto y se encogiese de hombros por la circunstancia de que con ser una santa criatura, fiel guardadora de todos los preceptos, solícita por los quehaceres de su casa, benéfica para con los pobres, humilde con sus criados, honesta, resignada, devota, tenía todas las cualidades que deben constituir la casada del siglo XIX, esa mujer, repito, casi merecia una reclusion, si no fuera porque el marido de su siglo se adelanta á condenarla con el abandono moral, ya que no con livianas y escandalosas sustituciones.

La perfecta casada está sujeta á la ley del progreso, ni más ni ménos que la moral á que obedece su estado.

No te asustes, Anatolio, de esta afirmacion.—La moral universal y su legítima y más pura consecuencia, la moral cristiana, son eminentemente progresistas.

Supongo que habrás comprendido que no pretendo darles fornituras de miliciano nacional. Lo que pretendo es convencerte de que si los fundamentos de la moral son eternos é invariables, como su orígen, no sucede lo propio con sus formas, las cuales se hallan encadenadas á las exigencias de los tiempos y á la transformacion de las sociedades.

Un acto de moralidad política creyó consumar Bruto, esgrimiendo el puñal contra el pecho de su amigo César, y el cristianismo y la civilizacion, sin embargo, no ven más que un asesinato en toda violacion de la vida humana, sea cualquiera el móvil que la impulse. Caton abriéndose el vientre con un puñal; Sócrates apurando la cicuta bajo su palabra de honor, ejercian actos de insigne moralidad, que los tiempos modernos no consienten sino envueltos con el baldon de los suicidas.—Hoy mismo algunas mujeres del Asia se arrojan á la hoguera despues de la muerte de sus maridos, para probar que fué eterna la fidelidad que les juraron; y con ser este un acto de reconocida moralidad, espanta su sola relacion á los oidos de los que creen, y esto es lo cierto, que el que sobrevive debe conservarse para rogar á Dios por el fallecido.

En el tiempo y en la patria de Demóstenes (el mejor de los tiempos y la mejor de las patrias antiguas) la usura era un crímen repugnante: en el tiempo y en la patria de O'Connell (el mejor de los tiempos y la mejor de las patrias modernas) la usura no es más que el legítimo precio de la mercancía dinero.—Pero ¿á qué me canso en aducirte comprobantes históricos? Las palabras que sonrojan en Petersburgo y en Pekin, y cuya pronunciacion tiene pena en los códigos, pueden repetirse impunemente, ó por broma, en medio de la sociedad más morigerada de Inglaterra, Francia ó España. En éstas no significan nada.

BIBLIOTECA Granada

No hay duda, pues, en que la moralidad, que acostumbramos atribuir á las formas, existe únicamente en la intencion y fondo de los hechos; por lo cual unas mismas acciones guiadas por diferente espíritu de nacion, por diferente espíritu de culto, por diferente espíritu de costumbres, y hasta por diferente espíritu de deberes, pueden ser, y lo son en efecto, buenas ó malas, morales ó inmorales, vicios ó virtudes.

¿Me negarás ahora que la moral es progresista? O mejor dicho: ¿me negarás ahora que las formas con que se viste la moral, están sujetas á la ley del progreso?

El mismo maestro fray Luis acepta en su moral estas conclusiones, áun cuando no se dé razon de que las formula. La monja (dice) que observase las prácticas de la mujer casada, sería una religiosa abominable: en cambio la mujer casada que observase las prácticas de monja, sería una falsa esposa de su marido.—¿Cómo, pues, unas mismas mujeres, de una misma edad, en una misma época, bajo unas mismas leyes morales, ejecutando acciones idénticas, pueden ser modelo de virtud la una, tipo de execracion ó de maldad la otra? ¿Era ya para fray Luis acomodaticia la moral cristiana, segun las diversas posiciones ó circunstancias de las criatura? Indudablemente que sí.

Y si hay que examinar la moral bajo el prisma de las circunstancias y de las posiciones, ¿cuánto más no habrá que distinguir en el asunto, tratán-

dose de épocas distintas, que perturban y cambian radicalmente la manera de ser de las sociedades?

Pero permíteme, Anatolio, que interrumpa el hilo de mis reflexiones, para contestar á unas preguntas que veo te retozan en la imaginacion.—«¿Adónde vas á parar (piensas) con ese cúmulo de razonamientos que desde que los apuntaste me tienen persuadido? ¿Qué ventajas va á reportar la humanidad con la dilucidacion de este problema que ni es original, ni establece ninguna nueva filosofía, ni corrige costumbres, ni áun parece adaptable á la crítica especial de los hombres, que es lo que me prometiste tratar casi exclusivamente en estas cartas? ¿Qué soluciones prácticas pretendes deducir de todo ese fárrago indigesto?»

Tienes al parecer razon en lo que piensas, y voy á contestarte.

Créese generalmente que el estudio de las costumbres contemporáneas, es mero pasatiempo, ya que no una inutilidad. Si del estudio de las costumbres resulta crítica, se cree que sirve para poco: si resulta conformidad ó loa, se cree que sirve mucho ménos. El pintor en este último caso es un mamarrachista.

Ya ves que te soy franco en la manera de plantear la cuestion. Hay ocasiones, ciertamente, en que el pintor de costumbres no sirve para nada á sus coetáneos. Mero pendolista de hechos que pasan á su alrededor, exento de crítica y de filosofía, ejerce el oficio de un guarda-muebles que reservase por gusto los de este siglo para el veni-

dero. A los ojos de sus nietos este hombre sería una curiosidad, y su accion un gran elemento de estudio comparativo; pero á los ojos de sus convivientes sería un quídam.—Hay otras ocasiones en que el pintor de costumbres dibuja con tal arte, entona con tan maravillosa paleta, compone con tan atinada filosofía, que sus cuadros, áun cuando pasen entre el desdén y la sonrisa de los retratados, profundizan de tal manera en los espíritus, ahondan en la conciencia pública con tan singular poderío, como esos otros cuadros, del lienzo ante quienes la gloria se evidencia, el espíritu religioso se exalta, la fe y el entusiasmo se desarrollan. Para estos pintores, la crítica es un magisterio, la correccion un efecto seguro; porque es tal la naturaleza humana, que principia por desdeñar lo que se le reprende, pero concluye por no volver á ejecutar lo reprendido.—Hay otras ocasiones, por último, en que el pintor de costumbres, sin ser ninguna de ambas cosas que te he expuesto (y en este caso es en el que me coloco yo), no lleva la intencion de exponer, ni tampoco la de corregir, sino simplemente la de legalizar. Tal es, pues, mi propósito en el momento presente.

Yo no critico á la mujer contemporánea por la diversidad de costumbres con la mujer de otras épocas, ántes bien disculpo, como ves, esa diversidad, y la aplaudo en los puntos que va unida á la marcha progresiva y moral de la civilizacion. No llevo, por consiguiente, intencion de corregir;

en todo caso sería la de encauzar; pero llevo la intencion (y esto no me negarás que es importante) de disculparla á sus propios ojos, de tranquilizarla en su conciencia respecto á las diversidades que se le pueden echar en cara. A esto es á lo que llamo legalizar.

Pues qué, ¿no es una perturbacion terrible para la mujer, encontrarse tan imperfecta en el exámen comparativo de la mujer perfecta de otros tiempos? ¿No es para poner en cuidado á una naturaleza escrupulosa esto de decir: —«La mujer de entónces era de tal modo, yo soy del opuesto, aquélla era buena, yo debo ser detestable?» — ¿No puede haber aquí motivo suficiente para que léjos de seguir la senda que le traza el deber, se replegue á antiguas costumbres que tras de honradas le parezcan más cómodas?

Por otra parte, este estudio no está exento de crítica con respecto al hombre. Si la mujer ha de tener representacion propia en la familia, si sus consejos se han de escuchar, si sus inspiraciones se han de seguir, necesario es que el hombre empiece por comprender el valor de la mujer moderna y concederla el puesto que le corresponde. Bajo este punto de vista tambien se legaliza su situacion. —Convenidos, como lo estamos, en que la esposa no es más que lo que quiere su marido que sea, estos estudios más que á la mujer al marido se dirigen; porque si en vez de encontrarla fuera de su centro, al adoptar las costumbres de la Edad presente, y reprocharle en consecuencia este

cambio, se persuade de que en él estriba un nuevo elemento de prosperidad social, léjos de resistirlo habrá de proteger el impulso, con lo cual ganará importancia el matrimonio en razon directa de las acciones del hombre.

Ve ahí cómo no pierdo el tiempo tan lastimosamente al defender que la moral está sujeta á la ley del progreso, ni más ni ménos que sus hijos legítimos el pudor, el decoro, la honra y otras prendas morales, que, con ser de una esencia semejante en el fondo, varian respecto de la forma segun los tiempos y las costumbres.—Nuestras abuelas, que eran unas santas mujeres, usaban trajes de paño sumamente estrechos con el fin de que se modelasen al exterior sus formas: hoy no consentimos eso ni áun á las bailarinas del teatro. —Las mujeres más honradas del valle de Pax no se casan con su novio hasta despues que han criado en Madrid hijos extraños para juntar su dote. —En las comedias del siglo XVI no aparecen nunca las madres mezclándose en los amores de sus hijas: en el teatro del mundo del siglo XIX las hijas estarian perdidas si las madres no interviniesen y velasen constantemente sobre sus amores. Y ¿sabes en qué consiste esto último? En que para el siglo XVI la casa era impenetrable, y el amor sólo podia entrar en ella por los balcones ó escalando las tapias del jardin; al paso que en el siglo presente el amor puede entrar á todas horas por la puerta, en forma de mancebo que trae una visita de cualquier pueblo donde no ha estado.

Desengáñate, Anatolio; uno de los más crasos errores que cometen los moralistas plañideros, que á cada paso predican las excelencias del tiempo que pasó, es el de comparar sucesos con sucesos, sin analizar costumbres y costumbres. El verdadero estudio debe fijarse, en si, dada la diversidad de costumbres, los sucesos acrecen ó menguan en importancia moral; ó en si, dada la uniformidad de costumbres, la moral pierde ó gana en sus novísimas manifestaciones; y sólo cuando mengüe la importancia moral, sólo cuando la moral salga perdiendo en las nuevas manifestaciones, es cuando deben anatematizarse el todo ó la parte de las mismas que el problema arroje como perjudicadas. Lo demás es discurrir á ciegas, exponiéndose al error y á veces á la calumnia.

La mujer no empeora con los fundamentos de la nueva educacion. Por el contrario, al conquistar preeminencias que la favorecen cuando soltera, adquiere medios para influir provechosamente de casada en el ánimo y en las costumbres de su marido.—La mujer lega del siglo XVI, podria participar de una sencilla ignorancia que en muchos casos la equiparase con la niñez más encantadora; pero no podria ejercer influencia de ninguna especie en la conducta de su esposo, de quien era, si no esclava, por lo ménos sumisa dependiente. La mujer ilustrada de este siglo, sin perder nada de su dulce candor, ni de su sencillez pudorosa, que tan bien se aviene con el carácter de una educacion escogida, cuenta, sin embargo,

con recursos propios para contrarestar la omnipotencia del hombre, cuando ésta es despótica, así como para ayudarle en los trabajos de la vida social y doméstica.

Léjos de ser ocasionada á peligros la educacion cuidadosa de la mujer, lo verdaderamente peligroso hoy es la ignorancia.—En una época de movilidad y de accion, cuyos rasgos característicos son el trato y la afluencia de relaciones, más expuesta está la sencillez que la sagacidad; más peligrosa es la inocencia confiada, que la malicia precavida. El bello ideal de los poetas, es que la mujer que nos pertenece viva ignorante é ignorada: cuando lo segundo era posible, enhorabuena que se procurase lo primero; hoy que no podemos tenerla ignorada, bueno será que no la dejemos ignorante.

La experiencia, madre de verdades, enseña que la corrupcion involuntaria está en razon directa de la falta de cultivo intelectual. Si la voluntaria se encuentra en medio de los refinamientos de la civilizacion, eso queda á cargo del marido el evitarlo: tambien hubo corrupciones en tiempos de la barbarie.

No aconsejes, pues, Anatolio, á tu novia que deje de leer, por lo que llevo dicho, el precioso estudio del maestro Leon; pero dáselo á leer con aclaraciones y notas explicativas. Díla que imite aquel fondo de moral evangélica en todas sus partes, porque ninguna hay en él que no sea un modelo de sensatez y de cordura social; pero díla

de paso que, atenta más á la índole que á la forma de los preceptos, procure acomodar á la vida activa del siglo presente las virtudes tranquilas de siglos pasados; pues la moral social (si hemos de valernos de una comparacion del dia) se parece algo al fósforo, que en el siglo XVI existia solamente en los huesos de los muertos, produciendo espantos, y hoy anda entre las manos de los vivos, produciendo luces y comodidades á todas horas.

SOLUCIONES.

CARTA ÚNICA.

I.

¿Te acuerdas, Anatolio, de que algunas mujeres superficiales me habian declarado la guerra porque con mis cartas á tí estaba retrayendo á los hombres del matrimonio? ¿Qué dirán ahora esas vulgaridades miopes cuando vean que el fruto de todos mis trabajos, que la síntesis de todos mis discursos, que las soluciones prácticas de todo mi sistema, se dirigen precisamente á lo contrario?

Hemos llegado, en efecto, á la hora solemne en que, recogiendo de una y otra parte semillas desperdigadas, acumulando hechos, ordenando ideas, exprimiendo el jugo de nuestras variadas conversaciones, vengamos á un acuerdo sobre el plan curativo que debe emplearse en el tratamiento de las afecciones que suelen padecer los hombres y las mujeres.

Yo no sé si tú sabes que los médicos eminentes rara vez se dirigen á atacar los síntomas que notan en sus enfermos, sino que, por el contrario, desde-

ñando esos síntomas, áun cuando sean lo que más alarme al paciente, procuran investigar la causa general del padecimiento, seguros de que si la encuentran y combaten con decision, los síntomas habrán de desaparecer como por encanto. — Pues bien: imitemos nosotros á esos médicos eminentes, y no hagamos caso de los síntomas que presentan las afecciones del hombre y de la mujer en el gran padecimiento del matrimonio. ¿Acaso esos síntomas son otra cosa que la revelacion clara y evidente de una enfermedad interna, de un vicio orgánico, de una predisposicion de humores que sólo puede y debe atacarse en su raíz?

Yo no he propendido nunca en mis cartas, tú lo sabes bien, á retraer á los hombres de que se casen. He predicado la prudencia, que en verdad es sinónima del retraimiento; pero, por ventura, cuando entran dos entidades en la composicion de un contrato, y á prosósito de ese contrato se predica la calma, la reflexion, y si se quiere el retraimiento, ¿puede asegurarse en justicia que este retraimiento ha de influir exclusivamente en el ánimo de una sola de las partes contratantes? ¿No puede haber entrado en mis cálculos retraer en efecto, pero no al hombre, de esa pesadilla de las madres que en sociedad se conoce con el nombre de *inmediata colocacion de las hijas?* ¿No es posible que quien yo pretenda que se retraiga sea la mujer?

Y así sucede efectivamente. Hasta hoy se ha considerado por lo comun que quien se casa ó deja

de casarse es el hombre: á él se le busca y solicita como árbitro en materias de amor; de él se espera no sólo la iniciativa, que esto es razonable, sino la predisposicion y el acto material del suceso matrimonio: no parece sino que la existencia del mundo depende de la soberana y exclusiva voluntad del hombre. Por el contrario, la experiencia de los siglos y de los pueblos ha demostrado que el hombre es la segunda persona de la humanidad, en todo cuanto depende del albedrío.—Bueno que tratándose de acontecimientos públicos, de resoluciones heróicas, de pensamientos elevados, de impulsos primordiales, se conserve la nomenclatura jerárquica de Adan y Eva: esto es lógico, conveniente, legítimo; pero en cuanto se hable de amor, en cuanto se tercien esas cuestiones espirituales en que la cabeza se desvanece ante los latidos de un órgano que no piensa pero que manda ejecutar y ejecuta, entónces se cambian por completo los papeles, y no hay más remedio que decir Eva y Adan.

Debe aspirarse á reformar los pensamientos de la multitud, cuando los pensamientos de la multitud son falsos, y tras de falsos peligrosos. ¿Por qué ha de marchar la mujer atada al carro del hombre? ¿Por qué esa prisa en casarse pronto? ¿Por qué la obligacion de aceptar marido de cualquier manera y en cualesquiera condiciones, con tal de que sea marido?

Procuremos examinar lo que en ello se gana.

Las madres pobres han dado la definicion:—

«Buscamos con afan (dicen) maridos para nuestras hijas, á cualquier precio y á cualquiera costa, porque ¿qué sería de ellas en el mundo faltándoles el calor de una madre ó de un esposo?»

Ante esta pavorosa duda; ante esta tremenda eventualidad, las gentes razonables no pueden ménos de encogerse de hombros y condescender, ya que no aprobar, todas las locuras que las madres, acompañadas de sus hijas, y las hijas, apoyadas por sus madres, cometen para obtener marido á cualquier precio y á cualquiera costa.

Y ciertamente que este argumento tendria mucho valor, si la experiencia nos enseñara que todas las jóvenes que se quedan solas en el mundo son unas bribonas, y todas las muchachas que viven con sus madres son unas santas. Despues habria que estudiar si todas las muchachas que se casan pronto son felices, y todas las solteras son desdichadas. Y, por último, habria que investigar si la que se casa á cualquiera costa puede arrepentirse y variar de estado, y la que tarda en casarse no puede escoger marido de ciertas condiciones, ó adoptar con conocimiento de causa el estado de soltera, como el ménos malo de los que la casualidad ó la fortuna le depararan.

Todo esto habria que irlo discutiendo parte por parte, ántes de decidirse por la incontinencia del matrimonio, tal como la proclama la sociedad. Pero cuestiones son ellas de cierto peligro, que no sabemos si cabrian en los límites del decoro literario; y renunciamos á su dilucidacion minuciosa,

dejando al buen juicio del lector su análisis imparcial. Una sola que no hemos nombrado, es la que va á detenernos algunos momentos.

¿Es cosa averiguada é indudable que si las mujeres no se metieran por los ojos de los hombres, los hombres renunciarian á la glorificacion y culto de las mujeres?

Hé aquí el argumento *batallon* que, si fuera incontestable, nos obligaria á sellar los labios sobre el asunto. Pero afortunadamente está demostrado que el recogimiento de la mujer, lo cual no es otra cosa que la dignidad, léjos de retraer al hombre y producir la indiferencia que se teme, es el iman que le atrae, el brillo que más le deslumbra, el lazo que más le ata al que será siempre objeto peculiar de sus atenciones.

Esconder, es en la sociedad un excelente recurso para ser buscado: huir, es un medio incuestionable de ser seguido.—¿Habrá quien dude esto?—Pues la mujer parece que lo duda, cuando se afana en poner á la venta los más preciados tesoros de su mejor edad. ¡Y qué edad, gran Dios!

Nosotros ya lo hemos dicho en otra parte.—La mujer, que no tiene pasado ni futuro, que no tiene niñez ni virilidad, que sólo es, que sólo vive, que sólo goza cuando entre los dictados de *niña* y de *mujer* se interpone el calificativo de *muchacha*, ¿incurrirá en el error de desprenderse á toda prisa de esos años felices que son el único arsenal de sus recuerdos, el punto adonde han de converger durante su vida todas sus miradas?

La experiencia dice que sí. Pero bueno es ponerle á la experiencia de manifiesto lo que posee, para que forme cabal juicio de lo que derrocha.

¿Qué es una muchacha?

II.

Convengamos ante todo en que la muchacha es una criatura encantadora. Nada más bello ciertamente que una mujercita de seis á ocho años, maliciosa para todas las inocencias, inocente para todas las malicias, y que, al rubor propio de su sexo, une la desenvoltura propia de su edad. Mezcla de muchacho y de niña, mitad arrojada y mitad cobarde, laboriosa unas veces y holgazana otras, pero siempre risueña y decidora, aunque siempre tambien respetuosa y subordinada, segun las prevenciones de su madre, la muchacha se diferencia esencialmente del muchacho, como la mujer se diferencia del hombre. Apénas hay dos cosas más parecidas y que en realidad sean más diversas.

Reunidos el muchacho y la muchacha, es donde pueden estudiarse con exactitud. Ellos principian por buscarlas á ellas. Muy raras son las niñas que jugando en un jardin, vayan á buscar á los muchachos: en cambio, es muy comun que éstos se abalancen al corro de las otras, desde el momento en que las divisan juntas. Las muchachas reciben á los chicos con afabilidad, pero sin muestras de alegría: no los arrojan, pero tampoco se amalga-

man. Déjanse, sin embargo, gobernar desde luégo como si tuvieran obligacion de someterse, áun contra su voluntad, al capricho del otro sexo. Bien es cierto que, si ellas resistiesen, ellos se encargarian de hacerse obedecer por la fuerza. Un solo chico basta para subordinar ó poner en fuga á un batallon de muchachas; al paso que todas ellas apénas serian bastantes, despues de conspirar largo rato en secreto, para deshacerse de la tiranía de un baratero de nueve años.

No es esto decir que los muchachos traten ordinariamente mal á las muchachas: lo que sí puede consignarse es que no las tratan bien.

Confundidos al cabo, principian ellas por ceder de sus juegos habituales, en favor de las afecciones y gustos de los invasores. Cuando estaban solas, se cantaba, se bailaba, se hacian ramilletes de hierbas, se adornaba la cabeza de las pequeñitas, se referian cuentos é historias maravillosas; pero cuando se juntan ellos, se salta, se brinca, se juega al esconder, se tiran las hierbas cara á cara, se atropella á las chiquitinas sin piedad, se dan voces y gritos descompasados.—A los muchachos más guapos y mejor vestidos, se les solicita para compañeros de paseo; los más desarrapados y traviesos, obtienen gran boga para la diversion; los más audaces y terribles son admirados, respetados y adulados por todas: sólo el rapazuelo tímido y de escasos alientos, es el víctima de las muchachas, ó como si dijéramos, el único que puede asimilarse á su especialidad.

Vemos, pues, que el juego de muchachos y muchachas no es otra cosa que el juego de hombres y mujeres: ménos grave, sin duda, ménos trascendental, ménos lastimoso, pero el mismo juego. De manera, que con referir todos los episodios de la vida humana, con sus acciones y sus pasiones, su solicitud y su repulsa, su insistencia y su triunfo, su mandar y su obedecer, su déspota y su esclavo, sus quejas y sus lágrimas; pero sin amargura que dure una hora, sin sufrimiento que pase de un minuto, sin martirio que no se dulcifique al instante, habremos hecho la historia de la niña, que pueda servir de encantador espejo á la mujer. Continuemos por ese camino.

Las muchachas galantes hacen pronto relaciones y amistad íntimas con sus compañeras. Las más encogidas, que son precisamente el objeto de esta amistad, no corresponden tan decididamente á ella; pero toman en su imaginacion apuntes de todo, para referirlo y comentarlo en su casa.— No le pregunteis á una niña comunicativa lo que se ha jugado en el paseo: preguntádselo á una que apénas contestaba á las palabras que se le dirigian. Y es que las muchachas revelan desde luégo el carácter que ha de distinguirlas cuando mujeres; así que, contemplando un corro de ellas, vemos que ésta se aparta de la multitud para medir solitaria y lentamente la vereda del jardin; esotra coge por el brazo á una de sus compañeras para dialogar fuera del tumulto; la una se rodea por el contrario de un grupo numeroso, como quien

necesita muchos oidos que la oigan ó muchos brazos que la cerquen; aquélla tiene predileccion por los juegos sedentarios, ésta por los activos; la otra tan pronto alterna con las tranquilas como con las alborotadoras; y quien más quien ménos, todas, haciendo una misma cosa, hacen cada cual su cosa diferente.

Pero cuando se contempla á la muchacha en casa, el estudio, á la vez de más curioso, es más encantador. La niña que no ha cumplido doce años, es un compuesto absurdo de formalidad y de aturdimiento. Pegada á las faldas de su madre las largas horas del trabajo doméstico, adquiere ciertos hábitos de laboriosidad, de órden, de compostura, que casi inspiran compasion, por si este método podrá perjudicar su desarrollo físico. Mas á poco que la dejeis libre y apénas ha doblado la puerta del aposento de familia, seguidla á la habitacion de sus juguetes y escuchad la comedia que representa.—Todo el forzado silencio á que le condenaba la gravedad del sitio que ocupó ántes, se convierte ahora en locuaz palabrería: el encogimiento de una larga quietud se compensa con media docena de saltos, el último de los cuales sirve para quedar en cuclillas al nivel de sus muñecas. Las saluda, las besa, las reprende, las manda sentar, las ordena que callen, las amenaza con su enojo, las conmina con el encierro ó los azotes; pero todo seguido, todo en forma de relacion aprendida, como resúmen que es de cuanto ella misma ha escuchado para sí durante las horas anteriores.

Entónces la niña, cándida é inocente de alma, aunque comenzada á viciar por el inevitable roce de las escenas materiales de la vida, juega á novio y novia, á marido y mujer, á celos é impertinencias, á pesares y disgustos domésticos. Podria recogerse, oyendo su extravagante y varia conversacion, un manojo de documentos diversos para escribir la historia de su familia.

Imitando todos los tonos y tomando toda clase de actitudes, juega á casa, juega á madre, juega á niño muerto; pero sin que los cuidados de la casa la sofoquen, sin que las atenciones de madre la embarguen, sin que el dolor de niño muerto la prive más que de alguna gota de saliva para fingir las lágrimas.

Feliz en estos entretenimientos, que no son sino la fotografía microscópica de la larga vida que le espera, ve la muchacha ó por mejor decir, no ve deslizarse rápidamente esos dichosos dias en que la falta de discernimiento le oculta los pesares del mundo; y guiada por el innato deseo de llegar á lo desconocido, suspira y cuenta como siglos los años que la separan de la juventud.

Al fin ya es *señorita.* Acompañémosla tambien por ese camino.

III.

Si las muchachas supieran lo que vale su estado, lo que vale su libertad, lo que vale su senci-

lla alegría, harian contínuos votos porque se deslizase con eterna lentitud el tiempo en que se las llama así.

Desde que la niña de catorce años principia á experimentar la conveniencia de hacer un secreto de sus piés, y desde que encuentra desproporcionado el tamaño de su cabeza con lo escueto y pobre de su tonelete, comienza tambien á sentir la necesidad de trasformarse en el órden de sus pensamientos, acercándose á los de la jóven todo lo que se aleja de la muchacha. Sucede, sin embargo, que en la imposibilidad de establecer un límite exacto entre ambos estados, cae en uno nuevo y poco definido, que apénas puede observarse sino dentro de la casa paterna.

La jóven no es muchacha ni mujer; no puede desprenderse en un dia de sus aficiones conocidas, ni adquirir asimismo en un dia las aficiones que el tiempo ha de inculcarle; y á la manera que cuando tenía la ropa corta buscaba con la mayor reserva un delantal de su madre para arrastrarlo á modo de doble-falda delante de las muñecas, y despues se salia al balcon para bajar cuidadosamente los ojos cuando la mirasen, así ahora que tiene la ropa larga, clava la vista indiscretamente sobre el primero que pasa por la calle, y luégo corre con la falda levantada á confundirse y charlar con sus amigas de palo.

La muchacha en esta edad no es bella bajo su aspecto físico; pero en cambio es un tesoro inapreciable bajo su aspecto moral. Se engañan los

que creen que la inocencia se halla retratada en un niño de cuatro años: un niño de cuatro años es inocente porque es tonto, porque carece de discernimiento para juzgar de las cosas de la vida, porque ignorante del bien y del mal moral, produce asombro cuando por casualidad ejercita lo bueno, y reclama disculpa cuando por casualidad tambien ejecuta lo malo. Donde la inocencia se halla personificada, es en la niña próxima á mujer.

Contemplad á esa delicada criatura que, provista de razon bastante para discernir sobre las cosas que le cercan, posee sin embargo, el celestial instinto de comprender la extension de los bienes y repudiar el conocimiento de los males. Espontáneamente y sin violencia se abre su corazon á la caridad, su entendimiento al asombro, sus ojos á las lágrimas: es tan susceptible de ser engañada, como propensa á perdonar los engaños; es tan accesible al entretenimiento fútil, como á propósito para ocupaciones graves. Ha dejado de ser voluntariosa por costumbre, para ser obediente por conviccion: su docilidad no es afectada sino sincera; su amor al débil no es estudiado; su terror hácia el fuerte no es meticuloso; su indiferencia, cuando la tiene, es siempre justa y razonable. Las tintas de su rostro revelan á cada paso las impresiones que experimenta su alma: una palabra inconveniente, la hace enrojecer hasta la punta de los cabellos: una exclamacion dolorosa, la torna pálida como el mármol; y si ahora rie sin reserva

ante el objeto ocasionado á la jovialidad, un instante despues llora inconsolable ante la lástima ó querella que oprime su corazon.

Dejadla que os consulte sobre las graves cuestiones, absurdas unas, discretas otras, que asaltan su cerebro en las horas de la expansion doméstica: fácilmente llevareis luces á su razon, como facilísimo os será distraer sus pensamientos de los asuntos resbaladizos y torpes. A una niña de trece años se la engaña con ménos trabajo que á un chico de tres; porque éste, materializado todavía y sujeto al predominio de los accidentes exteriores, no comprende más que la satisfaccion de los deseos, el sí ó el nó de las cosas; miéntras que ella, en quien el espíritu rudimentalmente desarrollado, clama mejor por soluciones que contenten al alma que por caprichos que satisfagan al cuerpo, acepta un sofisma con más afan y confianza, que el otro la negacion del juguete ó del dulce suspirado.

Y en esa edad del candor, en esa edad en que la comedia del teatro no produce más que lágrimas ó risas, en esa edad en que la relacion de una historia no tiene para aquel blando cerebro más que el atractivo del interés, en esa edad en que la mayor parte de las cosas que pasan en el mundo no ofrecen lógica explicacion, porque la inocente investigadora desconoce el fondo de la malicia humana; en esa edad, decimos, ¡qué falta tan tremenda, qué delito tan atroz no comete la niña cuando, fascinada por dos jóvenes ojos que traido-

ramente se clavan en los suyos desde el lado opuesto, léjos de esquivarlos y reprender su audacia, los busca y los anima sin reflexion! ¡Cuántos sobresaltos, cuántos reproches, cuántos remordimientos no la cuesta el desear que aquella escena se reproduzca, como á vueltas de sus remordimientos y reproches lo desea!

Pero dado un paso en la senda del crímen, las consecuencias son incalculables. Ya no es de una mirada de lo que se trata, el delito de entónces está más definido y más penable: es una palabra la que ha escuchado con júbilo de boca de quien no es ni su amigo ni su hermano; una palabra atrevida, grosera, escandalosa, pero que ella ha ha oido con placer: el insolentuelo de la otra noche ha pasado rozando su traje, y sin atreverse á mirarla, porque su descaro no rayaba tan alto, la ha llamado «hermosa» y... nada más. ¡Dios mio! atreverse á pasar junto á ella, atreverse á dirigirle la palabra y á que esta palabra no sea «usted perdone si la piso,» ó «dispense usted si la molesto,» sino una palabra insinuante, profana, provocadora; ¡oh! estos atrevimientos sólo pueden concebirse en un hombre, y sólo puede disculparlos una mujer.

Sí, la han llamado hermosa; su conciencia está gravada con la falta de una protesta oportuna; y lo peor de todo es que su cofrecillo de los dijes, cuya llave estaba siempre puesta ó por el suelo, se guarda ahora cuidadosamente, el uno en su cuarto, la otra en el lugar más próximo á su corazon.—In-

vestiguemos, registremos, inquiramos lo que hay dentro de ese cofre: venga esa llave, señorita, y veamos el pormenor de ese tesoro.—Una tarjeta doblada: un pensamiento seco: no se encuentra otra cosa. ¡Ah! sí; detrás de la tarjeta hay escrito con lápiz: «¿Va usted mañana al teatro?»

IV.

Cuando la muchacha no mira ya descaradamente; cuando por el contrario baja sus ojos ante otros ojos; cuando ninguna mujer le niega sus confidencias; cuando ningun hombre se considera dispensado de dirigirle sus respetos; en una palabra, cuando ha cumplido los veinte años, y completado por consiguiente su educacion, es cuando entra en el pleno goce de los derechos de la juventud.

Una *jóven* es en el trato social del mundo moderno, la figura más simpática, más respetada, mejor recibida, ménos expuesta y con mayor acatamiento distinguida y considerada, que puede hallarse, áun dadas las diversas jerarquías á que la sociedad rinde respetos y contemplaciones.—El magistrado más encanecido, el profesor más sabio, el sacerdote más virtuoso, el militar más heróico, el patricio más renombrado, no disfrutan tan por igual, tan sin reserva, tan unánimemente los loores y plácemes de la jóven.—Júntanse en ella lo más respetable del mundo, que es la virtud,

con lo más simpático de la tierra, que es la gracia.

Gracia y virtud se personifican en la jóven de veinte años, áun á despecho de torpes educaciones y desdichas físicas; pues así como el lente al achicar los objetos no sólo los embellece sino que oculta sus asperezas y deformidades, así la juventud embellece y pulimenta el cuerpo y el alma de la muchacha: porque, bien mirado, la jóven no es otra cosa que lo pequeño de la humanidad.

Consideremos, pues, un objeto, pequeño, para ser bonito, grande, para ser respetado, y ya no nos extrañará cómo el jóven lo mira con asombro, cómo el hombre lo mira con estimacion, cómo el anciano lo mira con ternura, cómo otra muchacha lo mira con regocijo, cómo la mujer lo mira sin celos, cómo la anciana lo contempla con trasporte.—Flor sagrada del jardin humano, su propia debilidad la hace fuerte, su propia frescura la hace impalpable; y por lo mismo que el solo hálito puede empañarla, y que el azote del viento la marchita, y que su endeble tallo puede cortarse sin esfuerzo, por lo mismo la sociedad pasa ante ella con los ojos codiciosos del deseo, pero con las manos atadas por la prudencia.

Es necesario reflexionar comparativamente entre el jóven y la jóven de veinte años, para conocer la inmensa superioridad que en el trato del mundo tiene la segunda sobre el primero.

Un jóven de veinte años, un casi adolescente, segun el lenguaje familiar, es feliz y se considera serlo, porque la irreflexion se contrapone al dis-

curso. Pero si en esa edad de sangre juguetona, de esfuerzo poderoso, de mente sonrosada, y de febril y lozano aturdimiento, se pudiera pensar con la madurez, no ya del anciano sino del hombre reflexivo, se veria que las supuestas felicidades de la juventud, son verdaderas abdicaciones del amor propio.

El hombre á los veinte años no pasa de ser un mozalvete. Su presentacion en el mundo va acompañada de la sonrisa general; sonrisa benévola por lo comun, pero sonrisa al fin.—Por grande que sea su perspicacia, se le considera inocente; por probada que esté su ciencia, se le considera ignorante; por agudo que sea su consejo, se le desdeña; por legítima que sea su pretension, se le reprocha; por hombre que quiera ser, no pasa de muchacho. Ya puede entretener y divertir y regocijar á una concurrencia: las mujeres no se fian de su discrecion, los hombres le reservan sus secretos, y hasta los mismos muchachos miran con indiferencia aquel rival aturdido, para quien si hay atenciones y plácemes y alabanzas, todo queda en la superficie, nada profundiza el corazon. Un jóven de veinte años casi nunca es aborrecido ni adorado; y sabidas son las desdichas de aquel mortal que se conceptuaba el más infeliz de los hombres, porque nadie le amaba mucho ni le aborrecia mucho; esto es, porque le perseguia el fantasma de la indiferencia.

¡Cuán diversa es, en cambio, la representacion social de la jóven de veinte años! Ella para entónces ha completado su configuracion física y su

educacion moral; se halla en pleno desarrollo de su cuerpo y de su alma; ha concluido, digámoslo así, su carrera universitaria, y entra sin restricciones en el goce de su personalidad. Es mujer.

La jóven-mujer obtiene desde luégo el privilegio de formar armónica alianza con las mujeres y los hombres de todas edades. Para las muchachas es una amiga, para las mujeres una compañera, para los hombres, en general, desde el adolescente hasta el anciano, es un objeto de la más afectuosa predileccion.

La entrada de la jóven en el mundo, es un suceso de que se da cuenta como si le importase seriamente á la humanidad. Las clases humildes del pueblo celebran esa entrada con ruidosos regocijos, que suelen traducirse en frases como esta:—«Casa de *Fulano* hay fiesta ahora los domingos, porque ya tiene una hija moza.»—La clase media de la sociedad celebra tambien el advenimiento á mujeres de sus muchachas, con una casi perpétua exhibicion del tesoro:—«Esa madre (se dice murmurando) no tiene más oficio que pasear á sus hijas.»—Las clases aristocráticas dan aún todavía mayor solemnidad al suceso:—«Ayer (escriben los periódicos más formales) se presentó por vez primera en el palco del teatro *Tal* la hija de los Duques de *Cual*. Esta encantadora jóven se ha educado en un colegio de Richmond, cerca de Lóndres. Su aparicion en el mundo fué anoche el objeto de todas las miradas, y es hoy la conversacion de todos los círculos.»

Nobles, medianos y plebeyos, hacen de la presentacion de sus hijas un asunto digno de la atencion general, porque plebeyos, medianos y nobles saben muy bien que la atencion general se fija en la jóven-mujer con algo de supersticiosa benevolencia. En efecto, sea solamente porque, como dijimos ántes, la jóven personifica la gracia y la virtud; sea porque su presencia en el mundo anuncie un nudo nuevo en la cadena de la vida; sea porque su aspecto de ternura y pureza despierte la codicia en unos, en otras la emulacion; sea, en fin, por todas estas cosas reunidas y algunas más, es lo cierto que la jóven asume un poderío de tanto mayor precio, cuanto que no se funda en la fuerza propia, sino en la debilidad que hácia ella experimentan los otros.—Su talento es talento de consejo; su instruccion es instruccion atendible; su compañía es apreciada seriamente; su amistad es tenida por preciado favor; su sola presencia es causa de dichas y contentos inexplicables. ¿Quién no corresponde, ó mejor dicho, quién no provoca con cierto orgullo el afectuoso saludo de una jóven? ¿Quién no se envanece con su amistad? ¿Quién se negaria á prestarla un servicio?

Hay en las jóvenes de veinte años algo de la irresponsabilidad de los reyes: todo lo bueno lo producen ellas, todo lo censurable es culpa de los demás. Y hasta tiene algo de régio el modo con que se las trata socialmente.—La entrada de una jóven en un salon va seguida por lo comun de ese murmullo placentero de la curiosidad satisfecha,

Hombres y mujeres abren calle para verla pasar, con el mismo interés que si á todos por igual fuera interesante. Los rostros se sonrien, las manos se aproximan tímidamente, las palabras que se la dirigen son de benevolencia cuando no de lisonja, todos los puestos se la ofrecen, con todos los asientos se la brinda, á todas sus preguntas hay múltiples contestaciones preparadas: ¿dónde mayor acatamiento? ¿á quién mayor consideracion? ¿qué monarca más afectuosamente agasajado?

¿Es el pañuelo que se le cae? Todas las manos se lanzan á cogerlo. ¿Es su madre á quien busca? Todas las lenguas le sirven de intérpretes. ¿Es que quiere salir? Todos los circunstantes se brindan á acompañarla. Sus menores deseos, sus más leves insinuaciones, son firmanes que acatan con placer cuantos la cercan; pues cuantos cercan á una jóven se hacen involuntariamente esclavos de la juventud.

Recorred todas las jerarquías sociales, todas las educaciones, todas las fortunas, y vereis que sin más diferencia que las costumbres respectivas, en todas ellas hay algo de entre trono y altar para la jóven. Un poco de santa y otro poco de reina; hé aquí lo que las jóvenes poseen por el mero hecho de ostentar lozana y pura su juventud.

V.

Pues bien: eso que la sociedad ha concedido graciosamente á la muchacha; ese altar que le ele-

va, ese trono que le ofrece, son lo que ella está deseando echar por la ventana al primer amago de pretension matrimonial. No parece sino que las felicidades de este mundo están tan de sobra en todas partes, segun el afan con que procura arrojar de sí las que posee.

Y ¿para qué?—Difícilmente existe sobre la tierra ejemplo de prodigalidad más desastroso que el de la muchacha que se desprende de su juventud.

Uno de los fenómenos sociales que más han llamado siempre nuestra atencion, es la presteza, ó por mejor decir, la instantaneidad con que la familia templa su amoroso ardor respecto á la jóven que se desposa. La madre más expresiva, la más tierna (y decimos la madre para excusar explicaciones del resto de la familia); esa madre que ha pasado todos los años, todos los dias y todas las horas de su existencia al lado de su hija, hasta ella se replega sobre su restante paternidad desde el momento en que la jóven se va á vivir á casa de su marido.—¿Serán celos acaso? ¿Es que la familia conoce instintivamente que la jóven prefiere otro amor al amor del hogar, y que tiene á la vez en el otro hogar un amor diferente del suyo propio?

Nosotros no sabremos explicar el fenómeno; pero sí hemos observado siempre que la madre de dos muchachas á quien se le casa una, áun cuando sea con su voluntad, toma la costumbre á los pocos meses de llamar *mi hija* á la única que tiene en su compañía. Hemos observado que esa

misma madre procura igualar ó exceder si cabe en comodidades, en adorno y en distracciones á la hija soltera respecto de la casada, no de otro modo que si pudiesen existir rivalidades entre ámbas. Hemos observado la cortedad, la falta de franqueza, el ceremonioso cumplido, con que la casada trata en el antiguo hogar de sus padres las cosas que le eran más propias y familiares en su juventud. Hemos observado, por último, el secundario papel que la jóven viuda representa por lo comun en la casa paterna, cuando la muerte en su marido la conduce al lado de sus hermanas.—¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde está el amor aquel de la víspera de la boda?

Aquí ha pasado una cosa muy natural y muy justa. La jóven ha sentido la necesidad de un nuevo amor; y este sentimiento, por legítimo que sea, implica cansancio ó por lo ménos insuficiencia del amor de sus padres y de sus hermanos. Un miembro de otra familia, un extraño al hogar se atreve á querer tambien, como si tuviera derecho á ello, á aquel sér á quien nosotros amamos por derecho propio, y de quien éramos amados exclusivamente. Este bandolero social se atreve á más, se atreve á disputarnos no sólo el amor y las caricias, sino la posesion de la jóven que nos pertenece desde su nacimiento; y en esta lucha, ella le ayuda contra nosotros, y vence y se la lleva: es un árbol vecino que ha enredado sus ramas con las de nuestro árbol, y tira y desgarra y troncha el mejor brazo de nuestro tronco.

Natural es que esta rama al marcharse se lleve algo de la savia, así como se lleva algo de la vida de sus padres. Y tal sucede efectivamente: la familia no lo cree, no lo nota, no lo desea; pero ejecuta, si es que podemos valernos de esta frase, ejecuta involuntariamente una separacion moral, que equivale á la separacion física ejecutada con ella. —¡Anda con Dios!—dice la madre más cariñosa sollozando, al abrazar por la postrera vez á su hija despues de las bendiciones.—Este *anda con Dios* vale como si dijera:—«¡Anda de mí!»

Ahora bien: ¿hay derecho en el mundo, primeramente, para acelerar este tremendo divorcio, esa cruel segregacion, ese horrible «¡Anda de nosotros!»? ¿Es moral, es tierno, es puro, ese precipitado deseo de perder la familia propia, ante la problemática existencia de una familia que puede no existir? ¿Revelan estos incontinentes propósitos, la existencia de un corazon noble y agradecido? —No, de ninguna manera.

Además, la prisa no se disculpa ni áun con lo social y sagrado de la union.—En cuanto á lo sagrado, Dios ha dispuesto que el espíritu no se forme hasta que se ha formado la carne; de modo que áun cuando ésta exista en el pleno aparente dominio de su poder, nada significa relativamente al matrimonio, como su desenvolvimiento no vaya acompañado de la razon que dirige al albedrío. El matrimonio sagrado requiere *ser* y *pensar*; una existencia sin pensamiento, es como un pensamiento sin su legítima forma; no cons-

tituye personalidades, sino fenómenos. La niña que se casa sin el convencimiento de lo que hace, podrá estar desposada ante los hombres, pero no está casada ante Dios.

En cuanto á lo social, nos parece aún más absurda la precipitacion de la jóven.—Si nunca es armónico ni agradable el espectáculo de lo desproporcionado, jamás resalta esta inarmonía como en la muchacha metida á mujer. Esa madre-juguete, esa señora de casa, que puede ser hija de sus criados, no brilla en la sociedad, ni impone en la familia, ni áun satisface las legítimas exigencias de un marido. Verdadero juguete, que basta en ocasiones para corresponder á un capricho, léjos de conquistar las preeminencias de la señora y de la madre, se convierte en objeto de una lastimosa irrision. Hasta su belleza se marchita más pronto y más radicalmente, como máquina forzada contra sus naturales resistencias. Diríase de la jóven en este caso, que se parece á esas frutas tempranas á quienes el mercader precipita con sustancias amoniacales para lograr precio: parecen tales frutas y se pagan, pero no huelen ni saben y se arrojan.

Por el contrario, cuando la jóven posee la personalidad y el discurso; cuando tiene formada su alma á la par que robustecido su cuerpo; cuando ha completado su educacion, y agotado su juventud, que es precisamente cuando su entendimiento libre de las quimeras infantiles, se abre al deseo de un mundo diferente donde realizar su destino;

cuando más que en los ojos de los hombres se posan sus tiernas miradas en el niño que juguetea á su paso, y experimenta estremecimientos de placer al contemplar la casa ordenada, los padres ancianos venerados, la familia feliz, que es tambien precisamente cuando Dios y el mundo la llaman á constituir familia por sí propia; entónces, ¡con qué naturalidad se habla en todas partes de su matrimonio, con qué convencimiento se discute éste entre los suyos, con qué sentida alegría se verifican los actos de la madre que la da, los hermanos que la conducen, el marido que la acepta, el padre que la bendice, y deudos y amigos que se regocijan, sirviendo de instrumentos en aquel gran concierto de armonía social!

Entónces, ¡con qué aureola de prestigio aparece el matrimonio ante el público! — La jóven ha conquistado su puesto de mujer; es señora, es dama, será madre; madre, señora y dama como deben aspirar á serlo todas los jóvenes juiciosas y bien dirigidas. Entónces la mujer no pierde con el matrimonio ninguna de las preeminencias que disfrutaba de jóven; porque tambien al entrar en el salon la multitud la hace calle para verla pasar; y los muchachos la miran con respeto, como superior que es á ellos en edad y carácter; y las muchachas la miran sin envidia, como natural es en ella lo que en las otras sería absurdo; y las mujeres la reciben con digna estimacion; y los hombres la contemplan con entusiasmo; y los ancianos la aceptan con bondad; pues le pertenece todo entero

el dominio más respetable de todos los dominios, que es el que se adquiere con las condiciones legítimas de la dominacion.

¿Habeis visto ese hombre nacido ayer mañana no se sabe en qué parte, criado no se sabe por quién, encumbrado no se sabe por dónde, y protegido de una ignota fortuna que le concede á granel títulos, distinciones y preeminencias? ¿Habeis visto cómo á pesar de tanto adorno deslumbrador, no consigue hacerse respetable?—¿Habeis visto, por el contrario, ese otro hombre desnudo de todo título social y de toda hojarasca pública, cómo en fuerza de mérito intrínseco y de valer privado, llega á alcanzar en su dia, no ya el respeto, sino la veneracion de cuantos le tratan y le cercan?

Pues una cosa semejante sucede con las mujeres que buscan á destiempo una respetabilidad ó un carácter que no les pertenece. Todo lo lindas y agasajadas que están cuando solteras, se ven de desatendidas y olvidadas en medio de un matrimonio inverosímil. La precipitacion, sin embargo, que es lo que constituye la mayor inverosimilitud del matrimonio, constituye á la vez el *desideratum* de las hijas y las madres de nuestro tiempo.

La mirada indiscreta de un hombre, la averiguacion inquisitiva de un curioso, el seguimiento pertinaz de un desocupado, todas son, en sentir de ciertas madres, señales evidentes de una próxima boda para sus hijas. Hay, pues, que apresurarse, en cuanto se presentan unas de estas inequí-

vocas muestras de amor, á exhibir á la hija en todas partes, por la ventana, en paseo, en el teatro; para que la mirada pueda repetirse, para que la averiguacion surta efecto, para que el constante seguidor adquiera sin trabajo la direccion del domicilio.—Y cuando esto se ha conseguido, hay que componer mucho á la jóven, y dejarla holgar para que parezca que no ha trabajado nunca, y permitirle todo género de indiscreciones con tal que conduzcan á filar el gancho, y consentirle todo linaje de franquicias con tal de que den por término un enganchado. Hay que hacer todo esto, y muchas otras cosas que son para calladas, ó de lo contrario, resignarse á que la muchacha se quede soltera (áun cuando á la sazon tenga quince años) y sirva en su dia *para vestir imágenes*, ú otro de los mil destinos inventados por el vulgo para encubrir la más absurda, la más liviana y casi la más criminal de las impaciencias.

Ya lo hemos dicho ántes de ahora. La única disculpa que tendria esta conducta, pudiera ser el convencimiento experimental de que los hombres no hiciesen caso de las mujeres como éstas no se metieran por sus ojos, y precisamente sucede todo lo contrario.—A una mujer de escasas luces que se vestia con cierta transparencia inconveniente, le dijo un dia un hombre de talento: —«Si enseñas lo que todos desearian ver, ¿cómo han de desearlo ver cuando lo enseñas?»

Tal es, efectivamente el carácter del hombre. Una facilidad le cansa, una reserva le estimula;

un obstáculo le precipita, una entereza le vence. Saber esperar, es, pues, en las mujeres saber encontrar un buen marido. Nuestro sistema sería que en vez de hacerse *depositar* las jóvenes por sus novios, esperasen á tener los suficientes medios intelectuales para depositarlos á ellos en su corazon. En la cárcel de amor, el prisionero debe ser el hombre. Cuando esto sucede, no importa que la mujer acepte el papel de esclava.

El secreto de los matrimonios felices, estriba en la formacion física y moral de la mujer.

En cambio, la historia de todas las mujeres desgraciadas, principia así:

—Yo me casé sin saber lo que hacía.

CARTA DE DESPEDIDA.

Ahí te envio, mi querido Anatolio, en un solo paquete las cartas que te prometí hace mucho tiempo. No juzgues de su valor por la tardanza, que si á esta prueba hubieran de sujetarse, seguramente no tendrian precio. Yo tengo mucho gusto en escribirte, y no pocas cosas que decir en las innumerables cartas que no te escribo; pero tambien tengo por mi desdicha otras ocupaciones, no tan entretenidas, aunque sí más exigentes, que tu correspondencia.

Hay en la vida humana un perdurable contrasentido, entre otros, que me sospecho si será un símil abreviado de las penas del infierno. Consiste éste, en la circunstancia de que unos no pueden ejercer la profesion que desean, y otros deban ejercer profesion distinta de la para que han nacido. De suerte que si los primeros son desventurados por desgracia, los segundos se labran su desventura por aficion.

Casi todos los humanos tenemos una representacion doble en la sociedad: aquella por la que somos conocidos, y otra que sólo nosotros conocemos. Cuando la primera, ó sea la pública, es la que nos conviene, evidenciamos ridículamente la segunda, dando lugar á frases como ésta: —«¡Qué lástima que ese excelente magistrado tenga la manía de hacer versos!» —Cuando nos conviene la segunda, esto es, la que no constituye nuestra personalidad, estropeamos miserablemente la primera, provocando juicios como el que sigue: —«¡Qué lástima que este hombre, tan á propósito para navegante, se vea reducido á confitero!»

En ambas circunstancias el hombre es desdichado; pues si él se juzga poeta, ¡con qué mortificadora agonía examinará las cuentas y particiones de un testamento!: y si se juzga piloto, ¡con qué terrestre desesperacion bañará los bizcochos borrachos! —En ambos casos tambien, el mundo es el que sale perjudicado; pues si éste, en un arranque poético, echa á presidio al que dejó de ceder la acera á una señora, calcula tú de los golosos si aquél se empeña en echar sardinas en almívar!

Dígote esto, amigo mio, para que comprendas las mortificaciones, que no las dichas, á que una activa correspondencia contigo me provoca. Yo que nací (y creo que puedo decirlo sin jactancia, porque es bien poca cosa) para contarte á tí ó á otros lo que observara en el mundo de los hombres (pues no tengo mala vista ni demasiado difícil explicacion); yo que, ó mucho me engaño ó

nací para esto, ¿creerás que tengo por oficio dirigir las siembras de tabaco en las Indias orientales?

Calcula, pues, cuando, á la vuelta de un reglamento de semilleros ó de una instruccion de acopios, me hallo con una carta tuya, y quien dice tuya dice tambien de cualquier amigo afectuoso en que se me dice:—«Escribe, escribe; contéstame, holgazan, desagradecido, abandonado!»—Calcula la sonrisa desdeñosa con que arrojaré la carta si no escribo, ó el torniquete feroz que tendré que dar á mi pobre entendimiento si me pongo á escribirte sobre la historia de los hombres y de las mujeres!

Veo que en tu cariñoso afan por mi bien, vas á preguntarme: — «¿Y por qué ese Gobierno á quien sirves no te da el jornal para que escribas cartas?»—A lo que te responderé *paladinamente*, como ahora se dice: que en primer lugar, mis cartas no valen la pena (y es lo cierto) de que nadie las estimule de una manera inusitada, ni yo habria de consentirlo; y que en segundo, ya una vez hizo la prueba encargándome unas, y tras de no darme las gracias por ellas, me costaron el dinero. ¡No me nombres al Gobierno siquiera!

Puesto que tienes gusto en que te escriba, yo te escribiré, Anatolio. Aprovecharé mis ratos perdidos, mis dias de fiesta, y en caso verosímil mis cesantías, para escribirte lo mucho que me queda por decir sobre el tema del adjunto paquete. Recíbelo ahora como pago de una deuda sagrada, y

no dudes que más tarde ó más temprano han de quedar satisfechos tus deseos, cuando el viento de la fortuna me lleve, como es posible, al portal de una casa de huéspedes, donde pondré un cartelon que diga:

SE ESCRIBEN CARTAS Y MEMORIALES AL USO MODERNO.

Febrero de 1862.

FIN.

ÍNDICE.

PÁGS.

PREÁMBULO..... 7

CARTA-PRÓLOGO á los lectores..... 13

PRIMER PROBLEMA.—¿Por qué razon vivia yo en Madrid hace quince años como un potentado con veinte mil reales de renta, y hoy que tengo treinta y cinco mil, vivo como un pordiosero?..... 17

Carta primera..... 19

Carta segunda..... 33

Carta tercera..... 51

Carta sin número..... 63

Carta cuarta..... 72

SEGUNDO PROBLEMA.—¿Tenemos obligacion los españoles de hacer algo en favor de nuestras mujeres?. 91

Carta primera..... 93

Carta segunda..... 108

TERCER PROBLEMA.—El hombre del siglo XIX, ¿debe casarse?—En caso afirmativo, ¿debe buscar mujer vieja ó jóven, fea ó bonita, rica ó pobre?..... 127

Carta primera..... 129

Carta segunda..... 143

Carta tercera..... 156

Carta cuarta..... 167

Posdata..... 184

CUARTO PROBLEMA.—Las sisas que la mujer hace diariamente en el peculio de su marido, con objeto de invertirlas despues en las necesidades domésticas, ¿constituyen el delito de estafa que define el artículo 452 del Código Penal?..... 189

PÁGS.

Carta primera..... 191
Carta segunda..... 202
Carta tercera..... 219
Carta cuarta..... 230

QUINTO PROBLEMA. — Estudiado el proceso del Paraíso bajo el punto de vista humano, ¿es Eva la culpable de la cadena perpétua que arrastra la humanidad?..... 241
Carta primera..... 243
Carta segunda..... 259

SEXTO PROBLEMA. — *La Perfecta Casada* que á mediados del siglo XVI nos dibujó tan admirablemente Fray Luis de Leon, ¿es la casada perfecta de mediados del siglo XIX?..... 279
Carta primera..... 281
Carta segunda..... 300

SOLUCIONES..... 315
Carta única..... 317

CARTA DE DESPEDIDA..... 345